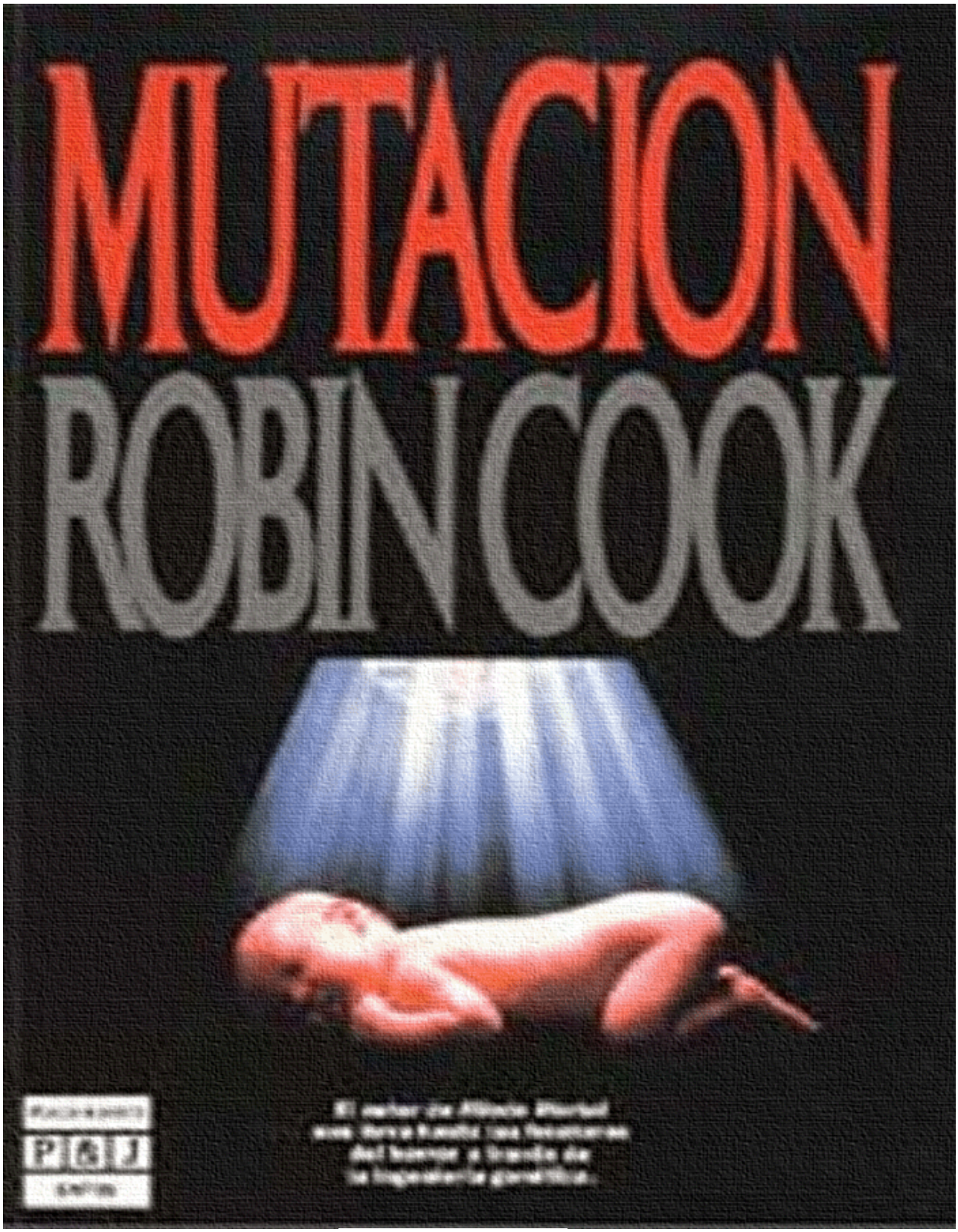
MUTACIÓN
Robin Cook



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Mi agradecimiento a Jean, que me proporcionó mucho alimento, tanto en sentido literal como figurado.

Librodot

A LOS ABUELOS

Mae y Ed, a quienes me hubiera gustado conocer más.

A Esther y John, que me acogieron en familia.

Y a Louise y Bill, que me adoptaron por pura generosidad.

Librodot

Cómo te atreves a jugar así con la vida.

MARY WOLLSTONECRAFT SHELLEY

Frankenstein, 1818

La energía se acumulaba progresivamente en los millones de neuronas desde su gestación, seis meses atrás. Las células nerviosas hervían de energía eléctrica que se galvanizaba progresivamente hacia un umbral voltaico. La arborización de las dendritas neuronales y de las células de la microglia aumentaba en progresión

exponencial: cada hora se formaban centenares de miles de conexiones sinápticas. Era como un reactor nuclear a punto de alcanzar la masa hipercrítica.

Y sucedió. El umbral fue alcanzado y superado. Las micro corrientes de energía eléctrica se extendieron como un reguero de pólvora a través del plexo de conexiones sinápticas hasta alcanzar toda la masa. Las vesículas intra sinápticas segregaron sus neurotransmisores y neuromoduladores, hasta que la excitación alcanzó un nuevo nivel crítico.

De esta actividad celular microscópica surgió uno de los misterios del universo: la conciencia. Una vez más, la materia había engendrado a la mente.

La conciencia era la facultad que daba lugar a la memoria y a la intelección; también al terror y al miedo. Traía consigo el peso adicional del conocimiento de la propia muerte. Pero en ese momento la conciencia creada carecía de conocimiento. El conocimiento era el paso siguiente, y no tardaría en llegar.

Librodot

PRÓLOGO

- ¡Ay, Dios mío! - exclamó Mary Millman, agarrando las sábanas con las manos. El dolor se extendía desde el bajo vientre hacia el pubis y la base de la columna como una lanza de acero fundido -. ¡Deme algo para calmar el dolor! ¡Por favor, no aguanto más! - Soltó un alarido.

- Todo marcha muy bien, Mary - dijo el doctor Stedman serenamente -. Respira hondo. - Se puso los guantes de cirujano y ajustó los dedos.

- ¡No aguanto más! - gritó Mary. Torció el cuerpo para acomodarse mejor, pero no sintió alivio. El dolor se intensificaba.

Contuvo el aliento, y sus músculos reaccionaron con una fuerte contracción.

- ¡Mary! - El doctor Stedman le cogió el brazo con firmeza - : Mary, no hagas fuerza. No sirve de nada mientras no se dilate el cuello. ¡Y además podrías hacerle daño al bebé!

Mary abrió los ojos y trató de relajarse. La simple respiración le producía más dolor.

- No puedo evitarlo - gimió entre lágrimas -. ¡Ayúdeme, por favor! ¡No aguanto más!

Mary Millman, una mujer de veintidós años, era secretaria en una gran tienda de Detroit. Cuando leyó el anuncio en el que se pedía una madre de alquiler, le pareció un regalo caído del cielo: con el dinero podría cancelar las deudas que habían quedado después de la larga enfermedad de su madre. Pero nunca había sufrido un embarazo ni visto un parto, salvo en el cine; no tenía la menor idea de lo que entrañaba. En ese momento no se le ocurría pensar en los treinta mil dólares que recibiría después de que todo terminara, aunque era una cantidad mucho mayor que la vigente en el “mercado” de madres de alquiler de Michigan, el único

Estado que admitía la adopción prenatal. Creía que iba a morir. El dolor fue creciendo hasta alcanzar un determinado nivel.

Mary aprovechó el momento para respirar.

- Quiero una inyección para el dolor - dijo. Sentía la boca reseca.

- Ya te hemos dado dos - replicó el doctor Stedman. Se quitó los guantes que había contaminado al coger el brazo de la muchacha y se puso un nuevo par esterilizado.

- No me han hecho efecto - gimió Mary.

- En el momento de la contracción, no. Pero hace unos instantes estabas dormida.

- ¿De verdad? - Mary buscó la ratificación de los ojos de Marsha Frank, la madre adoptiva, que le humedecía la frente con un pañuelo mojado en agua fresca. Marsha asintió con una sonrisa cálida y comprensiva. Mary la quería, le gustaba tenerla a su lado durante el parto. Esa había sido una de las condiciones impuestas por los Frank, aunque a Mary no le gustaba el futuro padre, con su actitud hosca y autoritaria.

- Recuerda que lo que te inyectan a ti, también se lo dan al bebé - decía Frank en ese momento -. No vamos a poner en peligro su vida sólo para aliviar tu dolor.

Librodot

El doctor Stedman le echó una ojeada. La presencia de aquel tipo lo ponía nervioso. Era el peor futuro papá que jamás había admitido en la sala de partos. Lo más extraño era que Frank también era médico y se había especializado en obstetricia antes de dedicarse a la investigación. Si tenía alguna experiencia, no la demostraba en la sala de partos. Mary soltó un suspiro, y el doctor Stedman volvió a concentrarse en la paciente.

La mueca de dolor se borraba de su cara. Evidentemente, la contracción había pasado.

- Muy bien - dijo el médico, y le indicó a la enfermera que quitara la sábana que cubría las piernas de Mary -: Veamos cómo marcha esto. - Se inclinó y alzó las piernas de Mary hasta la posición ginecológica.

- ¿Qué le parece si le aplicamos ultrasonido? - sugirió Víctor -. Esto no va muy rápido que digamos.

El doctor Stedman se enderezó.

- ¡Doctor Frank! Si me permite... - dejó la frase inconclusa, pensando que su tono de fastidio lo decía todo.

Víctor Frank levantó los ojos y en ese momento Stedman advirtió que estaba aterrado. Su rostro estaba lívido y le caían gotas de sudor de la frente. Tal vez el empleo de una madre de alquiler producía una tensión insoportable, aunque el futuro padre fuera médico.

Mary soltó una exclamación y un chorro de líquido fluyó sobre la cama. El doctor Stedman se olvidó de Frank y se volvió hacia ella.

- Bueno, has roto la bolsa - dijo -. Es normal, ya te lo dije antes. A ver cómo viene el bebé.

Mary cerró los ojos al sentir los dedos hurgando en su cuerpo.

Tendida sobre sábanas empapadas con sus propios fluidos, se sentía humillada, vulnerable. Se había autoconvencido que no lo hacia sólo para ganar dinero, sino también para dar felicidad a una pareja que no podía tener un segundo hijo. Marsha se había mostrado muy dulce y persuasiva. Ahora se preguntaba si había hecho lo correcto. Pero en ese momento la nueva contracción le dejó la mente en blanco.

- ¡Bien, muy bien! - exclamó el doctor Stedman -. Lo haces muy, pero que muy bien, Mary. - Se quitó los guantes y los dejó a un lado -. La cabeza del bebé ya ha bajado y tu cuello casi está en la máxima dilatación. ¡Perfecto! - Se volvió hacia la enfermera - : Bueno, vamos a la sala.

- ¿No me dan algo para el dolor? - preguntó Mary.

- En la sala de partos - dijo el doctor Stedman. El momento de máxima tensión había pasado. Pero una mano le cogió del brazo.

- ¿No tiene demasiado grande la cabeza? - preguntó Víctor, atrayéndolo con brusquedad.

El doctor Stedman advirtió el temblor de la mano que le agarraba el brazo y la apartó con suavidad.

- He dicho que la cabeza ya ha bajado. Eso significa que está alojada en el canal pelviano. ¡No lo habrá olvidado en tan poco tiempo!

- ¿Está seguro de que ha bajado?

La ira estuvo a punto de hacerle estallar, pero se contuvo al advertir la ansiedad de Víctor.

- Sí, no hay duda de que ha bajado. - Y añadió - : Está muy nervioso. Seria mejor que esperara fuera.

- ¡No puedo! - exclamó Víctor -. Tengo que seguir hasta el final.

Los médicos se miraron cara a cara. El doctor Stedman había advertido desde el comienzo algo extraño en la actitud del futuro padre. Al principio había atribuido la tensión al hecho de recurrir a una madre de alquiler, pero había algo más. El doctor Frank no era el típico padre ansioso.

-"Tengo que seguir hasta el final." Qué extraño escuchar esas palabras en boca de un futuro padre, a pesar de la situación. Parecía como si se tratara de una misión en lugar de una experiencia feliz - aunque traumática - para los seres humanos.

Marsha era consciente de la extraña actitud de su esposo. Pero al seguir la camilla de Mary hacia la sala de partos estaba tan concentrada en el alumbramiento que no pensó en ello. Deseaba de todo corazón haber sido ella la mujer tendida en esa camilla.

Hubiera soportado el dolor, aunque el parto de su hijo David, cinco años antes, le había provocado una hemorragia tan violenta que el médico había practicado una histerectomía para salvarle la vida. Anhelaban tanto tener un segundo hijo que estudiaron diversas posibilidades, hasta que finalmente optaron por la de la madre de alquiler. Marsha se sentía feliz, sobre todo porque el niño era legalmente suyo incluso antes del parto, pero de todos modos hubiera deseado llevar al bebé en su seno. Se preguntó cómo era posible que Mary aceptara que se lo quitaran. Justamente por eso estaba satisfecha con las leyes de Michigan.

Las enfermeras trasladaron a Mary a la mesa de parto.

- Todo marcha bien - dijo Marsha -. Falta muy poco.

- La quiero de costado - dijo a la enfermera el anestesista doctor Whitehead. Cogió el brazo de Mary -: Voy a hacerle un bloqueo epidural, como le dije hoy.

- Me parece que no conviene hacerle un epidural - dijo Víctor, que se había acercado a la camilla -. Sobre todo si piensa hacerlo por vía caudal.

- ¡Doctor Frank! - dijo Stedman con tono severo -. Le doy a elegir: deje de entrometerse o salga de la sala de partos. Escoja.

El doctor Stedman estaba harto de lidiar con Frank. Se había sometido a sus exigencias, que incluían una batería completa de análisis prenatales, desde la amniocentesis hasta una biopsia de la microvellosidad coriónica. Durante las tres primeras semanas del embarazo le había administrado un antibiótico llamado cefaloclor. Consideraba que nada de esto era necesario, pero lo había aceptado ante la insistencia del doctor Frank y en vista de las peculiaridades de la situación. Además, Mary no se oponía; ya que era parte de su acuerdo

con los Frank. Pero el parto era otra cosa: el doctor Stedman no iba a alterar sus métodos de trabajo sólo para complacer a un colega neurótico. Se preguntó qué clase de medicina habría estudiado Frank. Seguramente conocía las técnicas quirúrgicas usuales. Sin embargo, a cada paso ponía sus objeciones.

Víctor y el doctor Stedman se miraron a los ojos, furiosos los dos mientras crecía la tensión. El doctor Frank había crispado los puños y por un instante Stedman pensó que le iba a golpear.

Pero Víctor optó por alejarse a un rincón para seguir el proceso desde allí.

El corazón le latía con violencia y sentía el estómago revuelto.

“Por favor, que sea un bebé normal”, rogó para sus adentros. Miró a su esposa con los ojos llenos de lágrimas. ¡Quería tanto ese bebé!

Nuevamente empezó a temblar. “Hice mal - se dijo -. Pero, por el amor de Dios, que sea un bebé normal.” Miró el reloj de pared.

El segundero tardaba una eternidad en barrer el circulo completo. Se preguntó si seria capaz de soportar la tensión hasta el final.

Las hábiles manos del doctor Whitehead colocaron en pocos segundos el analgésico caudal. Marsha cogió a Mary de la mano y sonrió para darle ánimos mientras se disipaba el dolor. Mary sintió entonces que la despertaban, porque había llegado el momento de empujar. La segunda etapa del parto fue r pida y sin tropiezos, y a las 18.04 nacía un lozano bebé: Víctor Frank, hijo.

En el momento del alumbramiento, Víctor contenía el aliento y trataba de no perderse detalle desde la posición que ocupaba, detrás del doctor Stedman. Estudió rápidamente al niño mientras el doctor Stedman cortaba el cordón umbilical. Luego entregó el recién nacido al pediatra, quien lo llevó a una incubadora con temperatura regulada por termostato. Víctor lo siguió, observando cuando lo examinaba. Experimentó una sensación de alivio. El bebé parecía normal.

- Apgar diez - dijo el médico. Era la máxima calificación para un recién nacido.

- Perfecto - dijo Stedman, ocupado con el postalumbramiento.

- Pero no llora - objetó Víctor, con una sombra de duda en medio de la euforia.

El pediatra palmeó suavemente las plantas de los pies del bebé y le frotó la espalda, pero no lloró.

- Respira bien - dijo.

Cogió la jeringa succionadora para limpiarle la nariz, y casi se cayó de espaldas cuando el bebé levantó la mano, le arrancó la jeringa y la arrojó al suelo.

- Bueno, no cabe duda - dijo con una sonrisa -. No tiene ganas de llorar.

- ¿Me permite? - preguntó Víctor.

- Pero que no coja frío.

Víctor se inclinó sobre la incubadora y alzó al bebé rodeándole el torso con las manos. Era hermoso, con cabello rubio y mejillas regordetas y rosadas que le daban un aire de querubín. Pero lo más destacado eran los ojos, azules y brillantes. Al contemplarlos Víctor advirtió, atónito, que el bebé lo miraba.

Qué hermoso, ¿no? - dijo Marsha, mirando sobre su hombro.

- Si, es hermoso - asintió Víctor -. ¿Pero de dónde le viene el pelo rubio? Los dos tenemos pelo castaño.

- Yo fui rubia hasta los cinco años - dijo Marsha, y rozó la piel rosada del bebé con un dedo.

Víctor miró a su esposa, que estaba embelesada con el bebé.

Su cabello era castaño oscuro con algunos mechones grises. Tenia unos ojos de color azul gris ceo y unos rasgos muy marcados, a diferencia de la cara regordeta del niño.

-¡Y qué ojos! - dijo Marsha.

Víctor miró nuevamente al bebé.

- Son increíbles, ¿no? Hace un momento tuve la impresión de que me estaba mirando.

- Parecen zafiros - dijo Marsha.

Víctor giró el cuerpo del bebé para que mirara a Marsha. ¡Pero los ojos del niño siguieron clavados en los suyos! Eran de un profundo azul turquesa, fríos y brillantes como el hielo. Sintió una punzada de miedo.

Víctor Frank giró el volante de su “Oldsmobile Cutlass” para coger el camino de gravilla que conducía a su casa, una vieja granja restaurada, de paredes de madera. Los Frank estaban eufóricos.

Muchos planes, mucha angustia en los viajes a Detroit hasta hallar la madre adecuada, mucha tensión durante el proceso de fertilización in vitro, y finalmente el premio anhelado. Tenían un hijo. Mientras lo acunaba en sus brazos, Marsha agradeció en silencio la bondad de Dios.

Cuando el vehículo cogió la última curva, Marsha alzó al niño y le apartó la manta del rostro para que viera su hogar. Como si comprendiera, Víctor hijo parpadeó al contemplar la casa, bonita aunque modesta, por la ventanilla del coche. Se volvió hacia Víctor sonrió.

- Parece que te gusta, ¿no, campeón? - rió el padre -. Aunque sólo tiene tres días, no me sorprendería que fuera capaz de hablar.

- ¿Qué te gustaría que dijera? - preguntó Marsha al acomodar a VJ sobre su regazo. Le habían puesto ese sobrenombre para diferenciarlo de Víctor padre.

- No sé - dijo éste mientras detenía el coche frente a la puerta -. Tal vez que le gustaría ser médico, como su viejo.

- ¡Por Dios! - exclamó Marsha al abrir la puerta del coche.

Víctor corrió a ayudarla. Era un hermoso día de octubre, muy soleado y claro. Los árboles detrás de la casa mostraban sus mejores galas otoñales: las hojas escarlatas del arce, las anaranjadas del roble, las amarillas del abedul. En ese momento se abrió la puerta y Janice Fay, la niñera, salió corriendo.

- Déjeme verlo dijo mientras se precipitaba hacia Marsha.

Se llevó la mano a la boca, asombrada.

- ¿Le gusta? - preguntó Víctor.

- ¡Ay, es un ángel! - exclamó Janice -. ¡Qué hermoso! ¡Y esos ojos azules! - Extendió los brazos -. Déjeme tenerlo un poco.

- Cogió al niño y lo acunó suavemente -. Qué extraño que sea rubio, ¿verdad?

- A nosotros también nos sorprendió - dijo Marsha -. Pero le viene de mi familia.

- Claro que si - observó Víctor -. Entre los hunos de Atila había infinidad de rubios.

- ¿Dónde está David? - preguntó Marsha.

- En casa - dijo Janice, sin quitar los ojos de VJ.

- ¡David! - llamó Marsha.

El niño apareció en la puerta, cargado con un osito de peluche que había abandonado tiempo atrás. Tenía cinco años y era menudo, con el cabello oscuro y ensortijado.

- Ven a conocer a tu hermanito.

David se acercó a regañadientes al grupo, que sólo tenía ojos para el bebe.

Janice se inclinó para mostrárselo. David se lo quedó mirando y arrugó la nariz.

- Huele feo.

Víctor se echó a reír. Marsha lo besó y le dijo que cuando VJ tuera más grande tendría un bonito olor como él. Cogió a VJ en sus brazos y fue hacia la casa. Janice suspiró con placer. Era un día feliz. Le gustaba cuidar bebés recién nacidos. Sintió que David le cogía la mano. Bajó la vista. El niño la miraba

- No me gusta mi hermanito - dijo -. Devolvedlo.

- Vamos, no seas así - dijo Janice, abrazándolo -. El es un bebé, y tú un chico grande.

Entraron en la casa cogidos de la mano, justamente cuando

Marsha y Víctor entraban en el flamante cuarto del bebé en la planta alta. Fueron a la cocina, donde Janice estaba preparando la cena. David se sentó en una silla y puso el osito en otra, frente a él.

- A quién quieres más, ¿a mí o al bebé?

Librodot

Janice dejó las legumbres que estaba lavando, cogió a David en sus brazos y apoyó la frente contra la suya

- Yo te quiero más que a nadie en el mundo - dijo, y lo abrazó con fuerza. David le devolvió el abrazo.

No sabían que les quedaban pocos años de vida.

19 de marzo de 1989
Domingo al atardecer

Las largas sombras de los arces despojados de sus hojas que bordeaban la entrada, se extendían sobre el patio empedrado de guijarros que separaba la gran mansión de estilo colonial del granero. Al atardecer se había levantado el viento, y las sombras se agitaban suavemente como telarañas gigantescas. Aunque según el calendario faltaban pocos días para la primavera, el invierno reinaba todavía en North Andover, Massachusetts.

Frente al fregadero de la gran cocina campestre, Marsha contemplaba el jardín a la luz del crepúsculo. La distrajo un destello en el camino de entrada: era VJ, que volvía a casa en bicicleta.

Por un instante sintió un nudo en la garganta. Desde la muerte

de David, cinco años atrás, la inquietaba cualquier pequeña tardanza del niño en volver a casa. Jamás olvidaría aquel día horroroso cuando el médico le dijo que la ictericia de David se debía a un cáncer. Su rostro amarillo y demacrado quedó grabado en su corazón. Recordaba cómo se había aferrado a ella con el resto de sus fuerzas antes de morir. En ese momento había tenido la certeza de que trataba de decirle algo, pero sólo se escuchaban sus jadeos mientras se desesperaba por aferrarse a la vida.

Las cosas cambiaron desde entonces, e incluso empeoraron un año después. La obsesión de Marsha por la seguridad de VJ se debía en parte a la muerte de David, pero también a las terribles circunstancias de la muerte de Janice un año más tarde. Los dos habían contraído un tipo sumamente raro de cáncer hepático, y aunque los especialistas excluían la posibilidad de un contagio.

Marsha no conseguía librarse del miedo al no hay dos sin tres.

La muerte de Janice era aún más memorable por lo que tuvo de horrenda

Era otoño, poco después del cumpleaños de VJ. Los árboles empezaban a perder las hojas y hacia frió. Antes de su enfermedad Janice había comenzado a tener una conducta extraña. Se negaba a comer alimentos que no preparara ella misma y que no procedieran de envases cerrados. Había abrazado con verdadero fanatismo una secta cristiana particularmente virulenta. Marsha y Víctor sólo la aceptaban en casa porque después de tantos años de trabajar para ellos era prácticamente un miembro de la familia.

Durante los meses finales y críticos de la vida de David, su ayuda había sido providencial. Pero poco después de la muerte del niño, Janice empezó a llevar su Biblia a todas partes, apretada contra su pecho como un escudo para defenderse de males horribles. Sólo se desprendía de ella, y de mala gana, cuando realizaba sus tareas. Además se había vuelto hosca y malhumorada, y durante la noche cerraba la puerta de su cuarto con llave.

Lo peor de todo fue su actitud hacia VJ. Un día decidió que nada tendría que ver con el niño, que entonces tenia cinco años.

Aunque era una criatura muy independiente, en ocasiones se requería la colaboración de Janice, pero ella se negaba a prestarla. Evitaba cruzarse con él, y cuando le preguntaban

Librodot

por qué, desvariaba hablando de la presencia del demonio en la casa y de otras sandeces religiosas.

La enfermedad de Janice llevó a Marsha al borde de la desesperación.

Fue Víctor quien advirtió el tinte amarillo de sus pupilas y le comunicó el hecho a Marsha, quien recordó, aterrada, el color de los ojos de David. Víctor la sometió a exámenes médicos en Boston. A pesar del color de sus ojos, el diagnóstico los traumatizó profundamente: padecía un cáncer hepático, del mismo tipo virulento que había provocado la muerte de David.

Esta doble incidencia de un tipo raro de cáncer en el mismo hogar en menos de un año los llevó a encargar una minuciosa investigación epidemiológica. Pero los resultados fueron negativos.

No existían factores ambientales. Los ordenadores determinaron que los dos hechos eran producto del azar.

El cáncer de hígado explicaba en cierta medida la extraña conducta de Janice, pues según los médicos probablemente había hecho metástasis al cerebro. Después del diagnóstico, el curso de la enfermedad fue fulminante e inexorable. Perdió peso a pesar de la terapia y en menos de dos semanas quedó reducida a piel y huesos. Pero el suceso más traumático se produjo el día antes de su partida hacia el hospital, donde habría de morir.

Víctor acababa de llegar y estaba en el cuarto de baño contiguo a la sala de estar. Marsha preparaba la cena en la cocina cuando se oyó un grito aterrador que retumbó por toda la casa.

Víctor salió del cuarto de baño.

- ¿Quién ha lanzado ese grito?

- Ha salido del cuarto de Janice - dijo Marsha, muy pálida.

Intercambiaron una mirada sombría y se precipitaron al garaje para subir las escaleras hasta el cuarto de la joven. Antes de llegar, escucharon un segundo alarido, salvaje y aterrador, que hizo temblar las ventanas.

Víctor llegó primero, seguido por Marsha.

Incorporada sobre su cama, Janice aferraba su Biblia contra el pecho. Tenia un aspecto lamentable. Parecía un demonio con el cabello quebradizo y erizado, la cara demacrada, la piel amarilla estirada sobre los huesos y la mirada alucinada de sus ojos, amarillos como luces de neón.

Marsha quedó paralizada a la vista de la mujer transformada en arpía. Pero siguió su mirada: en la puerta trasera del cuarto estaba VJ, que miraba a Janice serenamente y sin parpadear.

Marsha comprendió: el niño había subido por la escalera de atrás y al parecer había asustado a Janice, quien presa de su psicosis producida por la enfermedad había soltado aquel terrible alarido.

- ¡Es el demonio! - gruñó Janice entre dientes -. ¡Es un asesino! ¡Sáquenlo de aquí!

Librodot

- Trata de calmar a Janice - exclamó Marsha. Se precipitó hacia VJ, lo levantó en brazos y se lo llevó a la sala de estar, cerrando la puerta con el pie. Luego lo estrechó contra su pecho, pensando que era una estupidez permitir que aquella mujer trastornada permaneciera en la casa.

Finalmente lo soltó. VJ la apartó y se la quedó mirando con sus ojos cristalinos.

- Janice no hablaba en serio - dijo Marsha. Rogaba para sus adentros que el horrible incidente no dejara huellas en el niño.

- Ya lo sé - dijo VJ con una madurez asombrosa para sus años -. Está muy enferma. No sabe lo que dice.

Desde entonces, Marsha no pudo volver a disfrutar de la vida como antes. Temía que Dios volviera a castigarla y pensaba que no podría soportar la pérdida de VJ.

Como psiquiatra infantil, sabía que no cabía esperar que el niño evolucionara como ella quisiera, pero a menudo deseaba que VJ fuera más afectuoso. Desde muy pequeño había mostrado un grado de independencia impropio de su edad. De vez en cuando permitía que lo abrazaran, pero a veces ella anhelaba que se sentara sobre su regazo y se apretara contra su pecho como solía hacer David.

Mientras lo veía bajar de la bicicleta, se preguntó si siempre estaba tan absorto como parecía. Agitó el brazo para llamar su atención, pero él dejó caer las alforjas de la bicicleta sin alzar la vista. Abrió el portón del garaje y guardó la bicicleta. Después salió con las alforjas y se dirigió hacia la casa. Marsha agitó el brazo de nuevo, pero él no respondió, aunque se dirigía directamente hacia ella. Mantenía la cabeza gacha, caminando contra el viento frío que siempre soplaba en el patio.

Iba a golpear la ventana para llamar su atención, pero se contuvo. Últimamente la asaltaba la premonición horrible de que algo marchaba mal. Dios era testigo de que lo quería tanto como si hubiera salido de su propio vientre, pero su frialdad e indiferencia le daban miedo. Genéticamente era su hijo, pero no manifestaba la naturaleza cariñosa y alegre que ella recordaba de su propia infancia. Por las noches, antes de dormir, la asaltaba la idea de que tal vez el hecho de haber sido concebido en una probeta había congelado sus sentimientos. Sabía que era ridículo, pero la idea la obsesionaba.

Sacudió la cabeza y dijo

- Ha llegado VJ.

Víctor, que leía frente a la chimenea en la sala de estar, lanzó un gruñido, pero no alzó la vista.

La puerta trasera se cerró con fuerza y poco después se oyeron ruidos en la entrada, donde el niño se quitaba las botas y el abrigo. Poco después apareció en la puerta de la cocina. Era un muchacho apuesto, de un metro cincuenta, un poco alto para sus diez años. Su pelo dorado no se había oscurecido como el de Marsha, y aún conservaba sus rasgos de querubín. Su rasgo más notable seguía siendo unos helados ojos azules, de mirada intensa, que hablaban de una inteligencia superdotada.

- A ver, jovencito - dijo Marsha con fingida irritación -. ¿Cuántas veces tengo que decirte que debes volver a casa antes de que se haga de noche?

Librodot

- Pero si todavía es de día... - dijo VJ con su clara voz de soprano. Entonces advirtió que su madre bromeaba -. He estado en casa de Richie - añadió dejando las alforjas y acercándose al fregadero.

- ¡Qué bien! - dijo Marsha, evidentemente satisfecha -. ¿Por qué no has llamado por teléfono? Hubieras podido quedarte hasta más tarde y yo te hubiera ido a buscar.

- Tenia ganas de volver a casa - dijo VJ. Cogió una de las zanahorias que Marsha acababa de pelar y le dio unos mordiscos.

Marsha lo estrechó entre sus brazos y sintió la fuerza de aquel cuerpo delgado y juvenil.

- Ahora que no tienes clases, pensé que querrías estar con Richie y divertirte un poco.

- iBah! - dijo VJ, desembarazándose de su madre.

- ¿Otra vez está s haciendo regañar a tu madre? - preguntó Víctor en tono burlón. Apareció en la puerta de la sala con una revista científica abierta en la mano y las gafas de lectura en la punta de la nariz.

- ¿Qué harás esta semana? - preguntó Marsha, pasando por alto la interrupción -. ¿Tienes planes con Richie?

- Yo. Voy a pasar la semana con papá en el laboratorio. Bueno si papá está de acuerdo - dijo, y miró a Víctor.

- Por mí no hay problema - dijo Víctor, encogiéndose de hombros.

- ¿Se puede saber por qué te gusta tanto ir al laboratorio? - preguntó Marsha. Pero era una pregunta retórica, a la que no habría respuesta. VJ iba al laboratorio con su padre desde muy pequeño. El servicio de guardería de “Chimera” era excelente pero además le encantaba jugar en el laboratorio. Se había convertido en un h bito, sobre todo después de la muerte de Janice Fay -¿ Por qué no llamas a unos cuantos chicos del colegio y te vas con ellos y Richie a jugar?

- Déjalo en paz - dijo Víctor -. Si VJ quiere venir conmigo, me parece perfecto.

- Está bien, está bien - capituló Marsha, derrotada por el frente del padre y el hijo -. Cenamos a las ocho - añadió, y dio al niño una palmada en las nalgas.

VJ cogió las alforjas que había dejado sobre la silla junto al teléfono y se dirigió a la escalera trasera. Los viejos peldaños de madera crujían bajo sus treinta kilos de peso. VJ fue directamente al estudio de la planta alta, un cuarto acogedor revestido de caoba

Se sentó ante el ordenador de su padre y lo encendió. Aguzó el oído para asegurarse de que sus padres seguían conversando en la cocina y luego efectuó una serie de pasos complejos para llamar un archivo al que había denominado STATUS. La pantalla se llenó de datos. VJ abrió las alforjas, contempló su contenido y efectuó una serie de cálculos. Luego incorporó una serie de cifras en el ordenador. Toda la operación le llevó pocos minutos.

Después de efectuar las entradas, VJ volvió al menú principal e hizo subir el Pac-Man. Sonrió cuando la bola amarilla empezó a recorrer el laberinto devorando sus presas.

Marsha se escurrió el agua de las manos y las secó con la toalla colgada de la puerta del frigorífico. Su preocupación por VJ aumentaba a su pesar. No es que existiera ningún problema concreto. Sus maestras jamás tenían quejas. A pesar de que no acertaba a definir el problema, crecía en ella la convicción de que algo marchaba mal. Cogió a Kissa, la gata negra que se frotaba parsimoniosa contra sus piernas, y fue a la sala de estar. Tendido en el sofá. Víctor leía revistas científicas, como tenía por costumbre antes de acostarse.

- ¿Podemos hablar? - preguntó Marsha.

Víctor la miró por encima de las gafas. Era un hombre de cuarenta y tres años, menudo y esbelto, de pelo oscuro y revuelto, y rostro inteligente. Había sido buen jugador de squash en la Universidad y todavía lo practicaba tres veces a la semana. Chimera, poseía terrenos de juego propios gracias a Víctor.

- Me preocupa VJ - dijo Marsha. Se sentó en el sillón junto al sofá sin dejar de acariciar a Kissa, que se acomodó en su regazo.

- ¿Qué sucede? - dijo Víctor, sorprendido -. ¿Algún problema?

- Ninguno en concreto - dijo Marsha -. Es como una suma de pequeñas cosas. Por ejemplo, tiene-muy pocos amigos. Hace unos minutos, cuando me dijo que había estado con ese chico, Richie, me sentí tan contenta como si se tratara de una hazaña. Y ahora dice que no quiere pasar más tiempo con él durante la semana de vacaciones. Un chico de su edad tiene que tener amigos. Es un aspecto importante de su desarrollo.

Víctor la miró con fastidio. Le molestaban las discusiones psicológicas, aunque ella era psiquiatra. No tenia paciencia. Además, el tema del desarrollo de VJ parecía suscitar en él ciertas ansiedades que aparentemente se esforzaba por evadir. Lanzó un suspiro, pero no respondió.

- ¿No te preocupa? - insistió Marsha ante el silencio de Víctor. Acarició la gata, que parecía soportar las caricias con resignación.

Víctor meneó la cabeza.

- La verdad es que no. VJ me parece uno de los chicos mejor adaptados que conozco. ¿Qué vamos a cenar?

- ¡Víctor! - exclamó Marsha -. Es importante.

- Bueno, está bien - replicó él, y cerró la revista.

- Se lleva muy bien con los adultos - prosiguió Marsha - , pero nunca está con otros chicos de su edad.

- En la escuela, si.

- Es cierto pero ése es un ambiente estructurado.

- Bueno té diré lo que pienso - dijo Víctor. Sabía que iba a herirla, pero la ansiedad que VJ suscitaba en él, una ansiedad muy distinta a la de su esposa, le impedía discutir el tema -.

Marsha, hizo un esfuerzo para contener las lágrimas y seguir la discusión.

Cuando compramos a Kissa, le dijimos que la gata era suya, pero es extraño que VJ nunca hable de ella. Cuando se lo dijimos, reaccionó como alguien que está perturbado, eres tú. Llevas cinco años llorándolo.

- Sólo quería que supieras lo que pienso - dijo, y se fue la cocina.

Librodot

19 de marzo de 1989
Domingo al anochecer
CAPITULO 2

Sentado frente al tablero de ajedrez, el doctor William Hobbs contemplaba arrobado a su hijo, como lo hacia casi todos los días.

De pronto los profundos ojos azules giraron hasta quedar en blanco y el niño cayó de espaldas. William no vio cómo el cuerpo de su hijo caía al suelo, pero escuchó el ruido sordo.

Llamó a gritos a su esposa Sheila y se precipitó hacia su hijo.

Vio aterrado cómo Maurice agitaba los brazos y las piernas convulsivamente. Era un ataque de epilepsia grave.

William era doctor en filosofía, no en medicina. No sabía qué hacer Sólo recordaba que era necesario meter algo entre los dientes de la persona que sufría el ataque para evitar que se mordiera la lengua.

Se arrodilló junto al niño, que iba a cumplir tres años, y nuevamente llamó a su esposa a gritos. El cuerpo de Maurice se agitaba con violencia; era difícil sostenerlo.

Sheila quedó paralizada al ver a su hijo agitándose en brazos de su esposo. Maurice se había mordido la lengua, y al agitar con violencia la cabeza, lanzaba espumarajos de baba sanguinolenta sobre la alfombra.

- ¡Llama una ambulancia! - gritó William.

La voz de su esposo la hizo reaccionar y corrió el teléfono. Maurice no se sentía bien por la tarde, cuando fue a buscarlo a la guardería de “Chimera”. Se quejaba de una jaqueca, y más concretamente de un latido en la cabeza, como una migraña. Los niños de tres años no utilizan esos términos para describir un dolor de cabeza, pero Maurice, aunque tenía tres años, no era un niño cualquiera. Era un auténtico prodigio, un genio. Caminaba a los ocho meses, leía al año, y ahora jugaba con su padre al ajedrez todas las noches, y casi siempre le ganaba.

- ¡Quiero una ambulancia! - chilló Sheila cuando por fin alguien contestó el teléfono. Dio su dirección y rogó a la operadora que se diera prisa. Luego se precipitó a la sala.

La crisis había pasado. Maurice estaba tendido sobre el sofá.

Había vomitado la cena y una buena cantidad de sangre roja y brillante. Había revolcado la cabeza en el vómito y aún le caía un hilillo de baba de la boca. Además había perdido el control de los esfínteres.

- ¿Qué puedo hacer? - gimió William en su impotencia. El niño respiraba normalmente y empezaba a recuperar su color habitual después de haberse puesto cianótico.

- ¿Qué ha pasado? - preguntó Sheila.

- Nada. Me estaba ganando, como siempre. De repente, puso los ojos en blanco y cayó para atrás. Creo que se golpeó la cabeza contra el suelo.

- ¡Dios mío! - exclamó Sheila, mientras limpiaba la boca del niño con el delantal -. Hiciste mal en jugar al ajedrez esta noche con él, si le dolía la cabeza.

- El lo quiso - dijo William, a la defensiva. Lo cual no era del todo cierto. Maurice había aceptado de mala gana. Pero a William le fascinaba poner a prueba aquel cerebro excepcional. Maurice era la niña de sus ojos.

Después de ocho años de matrimonio, William y Sheila habían terminado por aceptar que no podrían tener hijos. Pero “Chimera” poseía un centro de fertilización in vitro, y como William era empleado del laboratorio, los habían atendido gratuitamente. No les resultó fácil. Tuvieron que reconocer su esterilidad, aceptar una madre de alquiler y la donación de gametos. Finalmente llegó el niño tan anhelado: Maurice, una maravilla de bebé, con un nivel de inteligencia que superaba todos los límites.

- Voy a traer una toalla para limpiarlo - dijo Sheila, pero William la detuvo.

Librodot

- Es mejor que no lo movamos.

Contemplaron al niño, impotentes y desesperados, hasta que escucharon el alarido de la ambulancia y Sheila se precipitó a la puerta.

Momentos después, William se hallaba sentado precariamente en el vehículo que recorría las calles a gran velocidad, seguido por Sheila en el automóvil de la familia.

En el hospital general “Lowell”, el matrimonio aguardó angustiado hasta que los médicos les dijeron que el estado de Maurice era lo suficientemente estable como para trasladarlo. William quería llevarlo al hospital pediátrico de Boston, a media hora de coche. Una voz interior le dijo que el niño agonizaba. Tal vez se habían mostrado demasiado orgullosos de la inteligencia excepcional de Maurice, y ahora Dios los castigaba por ello.

- -

- ¡VJ! - gritó Víctor desde el pie de la escalera -. ¡Vamos a nadar!

Su voz retumbó en las paredes de la casona. La había construido un terrateniente en el siglo XVIII. Víctor la había adquirido y restaurado poco después de la muerte de David. Las acciones de “Chimera,- habían subido meteóricamente cuando la empresa empezó a atender al público, y Víctor pensaba que Marsha se sentiría mejor si no tuviera que vivir en la misma casa donde había crecido David. La muerte del niño la había afectado mucho más que a él.

- ¡Vamos a la piscina! - insistió Víctor. Era en esos momentos cuando le volvía la idea de instalar intercomunicadores.

- No, gracias - dijo VJ desde lo alto de la escalera.

Víctor permaneció unos instantes inmóvil con una mano en la baranda y un pie sobre el primer escalón. La conversación con Marsha de unas horas antes había vuelto a despertar todos sus temores sobre el niño. El desarrollo extraordinariamente precoz, la inteligencia que a los tres años le permitía jugar al ajedrez como un maestro, y la brusca caída de ese nivel de inteligencia antes de los cuatro años, no coincidían en absoluto con las pautas normales. La sensación de culpa que lo había embargado después del nacimiento del niño había sido tan fuerte, que Víctor casi había sentido alivio cuando VJ perdió sus extraordinarias facultades. Pero ahora se preguntaba si un chico normal no aceptaría gustoso la oportunidad de nadar en la piscina familiar. Víctor había decidido construirla para poder hacer ejercicio. Estaba alojada en una especie de invernadero detrás de la casa. Hacía un mes que la habían terminado.

Resuelto a no aceptar una respuesta negativa, Víctor subió los peldaños de dos en dos, descalzo y sin hacer ruido. Recorrió el largo pasillo hasta la habitación de VJ, que tenía vista al patio del frente. En el cuarto reinaba el orden de siempre, con la Enciclopedia Británica en un estante sobre una de las paredes y la tabla de los elementos químicos sujeta a otra. Tendido boca abajo sobre la cama, VJ leía un grueso tomo. Estaba totalmente absorto.

Víctor trató de leer sobre su hombro, pero sólo vio una maraña de ecuaciones matemáticas. No era lo que esperaba.

- ¡Te pillé! - dijo mientras le agarraba de una pierna.

VJ dio un salto y levantó las manos para defenderse

- Qué, ¿estabas muy concentrado?

Los ojos color turquesa de VJ se clavaron en los de su padre

- No vuelvas a hacerlo - dijo.

Por un instante Víctor volvió a sentir el miedo que le causaba su criatura. Pero VJ lanzó un suspiro y se dejó caer sobre la cama.

- ¿Qué diablos estás leyendo? - preguntó Víctor

VJ cerró el libro como si se tratara de una revista pornográfica

- Nada, es un ensayo sobre los agujeros negros.

- ¡Genial! - exclamó Víctor

- No tanto - dijo VJ -. Está lleno de errores.

Víctor se estremeció de nuevo. Parecía que su hijo recuperaba su inteligencia precoz. Se encogió de hombros para calmar sus temores y dijo con firmeza:

- ¡Vamos a nadar!

Fue a la cómoda, sacó un traje de baño y lo arrojó sobre su cama

- Vamos a ver quién es más rápido

Víctor fue a su dormitorio, se puso el traje de baño y llamó a VJ. El chico apareció en el pasillo. Su padre lo miró con orgullo, era un muchacho bien formado, con cuerpo de atleta.

En el recinto de la piscina, el aire húmedo estaba impregnado del típico olor del cloro. Las paredes y el techo eran de vidrio y reflejaban el interior; no existía el invierno. Víctor arrojó la toalla sobre una tumbona de aluminio cuando apareció Marsha.

- ¿Vienes a nadar? - preguntó.

- No, no me apetece. Tengo frío.

- Vamos a hacer una carrera - dijo Víctor -. ¿Quieres dar la carrera?

- No quiero correr - protestó VJ

- Claro que si - dijo Víctor -. Dos largos. El perdedor saca la basura.

Marsha cogió la toalla de su hijo con una mirada de fingida resignación.

- ¿Quieres la calle interior o exterior? - preguntó Víctor.

- Da lo mismo - replicó VJ. Se colocó junto a su padre, frente a piscina. La bomba de renovación agitaba suavemente la superficie.

- Danos la salida - dijo Víctor a Marsha.

- A sus puestos, listos... - dijo Marsha e hizo una pausa para mirar cómo su esposo y su hijo hacían equilibrios en el borde de la piscina -.

¡Ya!

Dio un paso atrás para evitar que la salpicaran y se sentó en una tumbona a mirar la carrera. Víctor no era buen nadador, pero le sorprendió que VJ le sacara ventaja durante el primer largo y la vuelta. Luego pareció frenarse en el segundo largo, y el padre ganó por medio cuerpo.

- ¡Otra vez será! - jadeó Víctor con una sonrisa triunfal -.

¡Venga, a sacar la basura!

Perpleja por lo que acababa de ver, Marsha contemplaba a Víctor que salía de la piscina. Cuando sus miradas se encontraron, le guiñó un ojo. Marsha no salía de su asombro.

VJ cogió la toalla y se secó con fuerza. Realmente hubiera querido ser la clase de hijo que su madre anhelaba, un chico como David. Pero él no era así. A veces trataba de fingir, pero sabia que no lo hacía bien. Pero si estos momentos en familia hacían felices a sus padres, ¿quién era él para negárselos?

- -

- Mamá, me duele más que antes - dijo Mark Murray a Colette. El niño estaba tendido en su cuarto, en la planta alta de la casa de los Murray, en Beacon Hill -. Cada vez que me muevo, me siento la presión detrás de los ojos y en las sienes. - Sus palabras precisas ofrecían un agudo contraste con las manos de bebé con las que se agarraba la cabeza.

- ¿Te duele más que antes de cenar? - preguntó Colette, acariciando sus dorados rizos. A ella ya no le sorprendía el vocabulario de su bebé. Aunque sólo tenia dos años y medio, el niño dormía en una cama de adultos. A los trece meses se había negado a seguir durmiendo en la cuna.

- Mucho más - dijo Mark.

- Veamos la temperatura otra vez - dijo Colette, y le introdujo el termómetro en la boca. Estaba asustada, aunque se tranquilizaba pensando que era un principio de resfriado, o posiblemente de anginas. Los síntomas habían comenzado a manifestarse una hora después de que su esposo, Horace, trajera al niño de la guardería de “Chimera”. Mark le dijo que no tenía hambre, lo cual en él era un síntoma preocupante.

Después, cuando se sentaron a la mesa, empezó a sudar. Aunque dijo que no sentía calor, sudaba profusamente. Poco después vomitó, y entonces Colette lo llevó a la cama.

Horace era un contable, de estómago tan débil que ni siquiera había podido cursar biología en la Universidad. Dejó la tarea de cuidar al niño enfermo en manos de Colette aunque ella no tenía mucha experiencia. Ella era abogada, con una gran clientela lo que la había obligado a recurrir a la guardería cuando Mark penas tenia un año. Adoraba a su hijo, que era un verdadero genio, pero jamás hubiera imaginado que para tenerlo debería sufrir una experiencia tan traumática.

A los tres años de casados, Colette y Horace decidieron tener su primer hijo. Después de un año de intentos infructuosos, consultaron a un especialista y se enteraron de la trágica

verdad: Colette era estéril. Finalmente recurrieron a la fertilización in vitro y a una madre de alquiler. Había sido una pesadilla, sobre todo por las polémicas que se habían desatado a raíz del caso de Baby M. pero ahora tenían a Mark.

Colette cogió el termómetro y le dio la vuelta en busca de la columna de mercurio: temperatura normal. Suspiró con desaliento.

- ¿Tienes hambre? - preguntó -. ¿Tienes sed?

Mark negó con la cabeza

- No veo bien - dijo.

- ¿Qué quieres decir? - preguntó la madre, asustada. Le cubrió un ojo, luego el otro -. ¿Puedes ver con los dos?

- Sí, pero veo todo borroso, desenfocado.

- Bueno, tranquilízate - dijo Colette -. Voy a hablar con tu padre.

Encontró a Horace encerrado en su estudio, mirando un partido de baloncesto en el televisor portátil.

Al ver a su esposa en la puerta se sobresaltó y apagó el aparato.

- Los Celtic juegan hoy - dijo, como si eso explicara la situación.

Colette pasó por alto el comentario.

- Está peor - dijo con voz ronca -. Estoy asustada. Dice que no ve bien. Hay que llamar al médico.

- ¿Tú crees? Hoy es domingo.

- ¡No es culpa mía! - farfulló ella con fastidio.

En ese momento se escuchó un alarido espantoso y se precipitaron a la escalera.

Mark se agitaba convulsivamente en la cama, agarrándose la cabeza como Si agonizara y gritando con todas sus fuerzas. Horace lo cogió de los hombros para sostenerlo mientras Colette corría al teléfono.

El niño poseía una fuerza sorprendente. Horace tuvo que esforzarse para impedir que se arrojara de la cama.

Pero de pronto pasó el ataque. Cesaron los alaridos, Mark se llevó las manitas a las sientes y cerró los ojos con fuerza.

- ¿Mark? - susurró Horace.

El niño abrió sus ojos azules y miró a su padre. Pero evidentemente no lo reconoció, y cuando abrió la boca solo pudo lanzar unos balbuceos incomprensibles.

--

Sentada ante el tocador, Marsha se cepillaba la larga cabellera y contemplaba a Víctor en el espejo. El se lavaba los dientes con energía. VJ se había dormido mucho antes. Marsha había pasado por su dormitorio, y al ver su rostro angelical recordó lo sucedido en la piscina.

- ¡Víctor!

Se volvió hacia ella, con la boca llena de espuma, como un perro rabioso. Lo había sobresaltado.

- No sé si te has dado cuenta de que VJ te ha dejado ganar la carrera.

Víctor escupió en el lavabo.

- Un momento - dijo -. Fue casi un empate, pero yo le gané limpiamente y con justicia.

- Te llevó ventaja durante casi toda la carrera - insistió Marsha -. Disminuyó la marcha expresamente para dejarte ganar.

- Es absurdo - dijo Víctor, indignado.

- No lo es. Su conducta no es propia de un chico de diez años.

Como cuando empezó a jugar al ajedrez a los dos años y medio.

A ti te encantaba, pero a mi me molestó. Mejor dicho, me asustó.

Y cuando bajó su nivel de inteligencia y luego se estabilizó, para mí fue un alivio. Sólo quiero un chico feliz y normal. - Sus ojos se llenaron de lágrimas -. Como David - añadió.

Víctor se secó la cara rápidamente, dejó la toalla y fue a abrazarla.

- No tienes por qué preocuparte. VJ es un buen chico.

- Tal vez es un chico raro porque lo dejé tanto tiempo a solas con Janice cuando era bebé - dijo Marsha, tratando de dominarse -. Nunca estaba en casa con él. Tendría que haber dejado el trabajo.

- Veo que tienes ganas de echarte la culpa de todo, aunque no pasa nada.

- Es que su conducta es rara. Si fuera sólo un episodio, bueno.

Pero no. Su manera de actuar no es normal para un chico de diez años. Es tan reservado, tan..., tan adulto... - Estalló en llanto -. A veces le tengo miedo.

Víctor abrazó a su esposa y recordó el terror que había sentido cuando nació VJ. Había deseado un hijo excepcional, no anormal ni atípico.

20 de marzo de 1989
Lunes por la mañana
CAPITULO 3

El desayuno en casa de los Frank era siempre informal. Fruta, cereales, café con leche y zumos. La gran diferencia esa mañana era que VJ estaba de vacaciones y no tenía que correr para alcanzar el autobús. Marsha fue la primera en salir, alrededor de las ocho: visitaba a los pacientes en el hospital antes de abrir el consultorio. Cuando salía, llegó Ramona Juárez, la asistenta de los lunes y jueves.

Víctor contemplaba a su esposa, que ponía en marcha su “Volvo”. El aliento formaba nubes de vapor en el aire fresco de la mañana. Aunque el calendario indicaba que al día siguiente comenzaba la primavera, el termómetro señalaba una temperatura de dos grados bajo cero.

Víctor enjuagó la taza de café en el fregadero y se volvió hacia VJ, que repartía su atención entre el televisor y una revista científica de su padre. Víctor frunció el entrecejo. Tal vez Marsha tenia razón. El chico recuperaba su primitiva inteligencia. Los artículos de la revista eran muy técnicos. Se preguntó si su hijo los comprendería.

Iba a decir algo, pero se contuvo. El chico era normal, no tenía problemas.

- ¿De veras quieres venir al laboratorio? Tal vez te divertirías más con tus amigos.

- El laboratorio es entretenido - dijo VJ.

- Tu madre dice que deberías pasar más tiempo con chicos de tu edad - dijo Víctor -. Así aprenderás a colaborar y compartir.

- ¿Y con quién paso todo el día en el colegio?

- En eso estamos de acuerdo - dijo Víctor -. Es lo que le respondí a tu madre. Bueno, ahora que esto está aclarado, ¿cómo quieres ir al laboratorio? ¿En el coche conmigo o en tu bicicleta?

- En la bici - dijo VJ.

A pesar del frío Víctor abrió el techo corredizo del coche y dejó que el viento le agitara el pelo. Sintonizó la radio con la única emisora local de música clásica y cruzó rápidamente el antiguo puente del río Merrimack. El agua era un torrente de remolinos y espuma que crecía a diario debido al deshielo en los Montes

Blancos de New Hampshire, ciento cincuenta kilómetros al Norte.

Al llegar a la calle anterior a “Chimera”, Víctor giró a la izquierda, bordeando un edificio de ladrillo que se alzaba al borde del camino. Cuando llegó al extremo, giró nuevamente a la izquierda y redujo la velocidad al acercarse a la garita de seguridad. El guardia uniformado reconoció el coche y lo saludó agitando la mano. Víctor pasó la barrera blanca y negra y se adentró en la enorme empresa dedicada a la biotecnología.

Al entrar en el complejo fabril de ladrillo, construido en el siglo XIX, siempre lo embargaba el orgullo de ser uno de sus propietarios. Las instalaciones eran impresionantes. A muchos edificios les habían restaurado las fachadas en lugar de renovarlas.

Los edificios más altos del complejo tenían cinco plantas, pero la mayoría tenía tres y se extendían en ambas direcciones como modelos en perspectiva. Eran de forma rectangular y

Librodot

encerraban un enorme patio interior en el que se alzaban diversos edificios de distintos tamaños y formas.

En el extremo occidental del complejo se alzaba una torre de ocho pisos coronada por un gran reloj, réplica del Big Ben londinense. A su vez, la torre coronaba una estructura de tres pisos construida en parte sobre una presa de hormigón que cruzaba el Merrimack. Con la gran crecida del río, el embalse de la presa desbordaba en una atronadora caída de agua a través del vertedero central, alzando nubes de espuma.

Antiguamente cuando la fábrica producía telas de algodón traído del Sur, él edificio rematado en la torre había servido de central energética. El complejo había empleado la energía hidráulica hasta que llegó la energía eléctrica; entonces la compuerta se cerró y las inmensas ruedas de paletas y los engranajes del sótano quedaron inmovilizados. El Big Ben había dejado de marcar las horas, pero Víctor quería restaurarlo.

En 197ó, cuando “Chimera” adquirió el complejo abandonado, se renovó menos de la mitad de los metros cuadrados disponibles; el resto quedó a la espera de la futura expansión de la empresa. Sin embargo, habían equipado todos los edificios con agua corriente, sanitarios y energía eléctrica. Víctor estaba seguro de que seria fácil poner en marcha el Big Ben. Lo propondría en la próxima reunión de la directiva.

Víctor estacionó su automóvil en el parking frente al edificio de la administración, cerró el techo corredizo y antes de bajar repasó mentalmente su agenda. A pesar de su orgullo de propietario, el éxito de “Chimera” despertaba sentimientos encontrados.

La pasión de Víctor era la ciencia, pero al ser uno de los tres socios fundadores de “Chimera”, debía asumir responsabilidades administrativas. Desgraciadamente, esas tareas le ocupaban demasiado tiempo.

Víctor entró en el edificio por el gran portal georgiano, con sus columnas y frontones. Los arquitectos habían restaurado el edificio con todos sus complejos detalles. Hasta los muebles eran de principios del XIX. No había nada en común entre ese vestíbulo y los salones desnudos del MIT, donde Víctor era profesor. En 1973, él y su colega Ronald Beekman se habían entusiasmado con las oportunidades que parecía brindar el nuevo campo de la biotecnología. Formaban una buena pareja, ya que Víctor era biólogo y Ronald bioquímico. En 1975 se habían asociado con un empresario, Clark Fitzsimmons Foster, para fundar “Chimera”. Los resultados habían superado todas las previsiones. En 1983, bajo la presidencia de Clark, la empresa había comenzado a atender al público y los tres se habían hecho ricos.

Pero el éxito trajo consigo unas responsabilidades que alejaban a Víctor de su primer amor, el laboratorio. Como socio fundador era miembro de la directiva de “Chimera”, la empresa matriz. Era también vicepresidente primero, y tenia a su cargo el departamento de investigaciones de la misma empresa. Al mismo tiempo era director ejecutivo del Departamento de Biología Evolutiva. Además era presidente y director ejecutivo de la muy rentable subsidiaria “Fertility Inc.”, propietaria de una cadena de clínicas para el tratamiento de la esterilidad.

Al llegar a lo alto de la escalera, Víctor se detuvo ante el ventanal abovedado para contemplar el gran complejo fabril que habían resucitado. Su satisfacción no tenia limites. La fábrica del siglo XIX había enriquecido a sus dueños mediante la explotación de una clase obrera inmigrante. El éxito de “Chimera” se sustentaba sobre bases más sólidas: las leyes de la ciencia, el ingenio de la mente humana que buscaba desentrañar los misterios de la vida. Víctor sabía que la biotecnología era la onda del futuro y le complacía pensar que se hallaba

Librodot

en el epicentro del proceso. Sus manos sostenían una palanca que movería el mundo, tal vez el universo.

VJ bajaba silbando en bicicleta por la calle Stanhope. Se había subido la cremallera del anorak hasta el cuello debido al viento frío, y se había puesto unos guantes confeccionados con el mismo material aislante que usaban los astronautas.

Hizo un cambio de marchas y pedaleó con fuerza. Con el silbido del viento y el zumbido de las ruedas, tenia la sensación de que marchaba a cien por hora. Era libre. Toda una semana sin colegio.

Basta de fingir delante de las maestras y de los compañeros. Dedicaría su tiempo a la misión para la que había nacido. Su sonrisa era extraña y adulta, y su mirada resplandeciente. Era una suerte que su madre no estuviera allí para verlo. Tenia una misión, igual que su padre. Y nada se interpondría en su camino.

Disminuyó la velocidad al llegar al pequeño casco urbano de North Andover, cogió la calle comercial más céntrica y al llegar al Banco se detuvo y dejó la bicicleta apoyada contra un poste, sujeta con cadena y candado. Se colocó las alforjas sobre el hombro, subió los tres escalones y entro.

- Buenos días, señor Frank - dijo el gerente, girando en su asiento. Se llamaba Harold Scott. VJ trataba de evitarlo, pero era difícil, porque su mesa estaba a la derecha de la entrada -. ¿Me permite dos palabras, jovencito?

VJ se detuvo, estudió brevemente las posibilidades y se acercó a la mesa.

- Sé que es usted un buen cliente del Banco - dijo Harold -, por eso quería explicarle algunos de los beneficios de operar con la institución. ¿Sabe qué es el interés, joven?

- Creo que si - replicó VJ.

- En ese caso, debería tener una cuenta de ahorro para el dinero que gana repartiendo periódicos.

- ¿Periódicos?

- Claro - dijo Harold -. Hace algún tiempo me dijo que repartía periódicos. Supongo que todavía lo hace, ya que viene al Banco regularmente.

- Ah, si, claro - dijo VJ. Recordó que el hombre lo había abordado en una ocasión, hacia tal vez un año de eso.

- En una cuenta de ahorro, su dinero gana intereses. Es dinero que gana dinero. Permítame que se lo demuestre.

- Señor Scott - dijo VJ mientras el gerente tomaba unas hojas de papel -, tengo poco tiempo. Mi padre me espera en el laboratorio.

- No nos llevar demasiado tiempo - dijo Harold, y a continuación le demostró a VJ lo que sucedía si dejaba veinte dólares depositados en el “North Andover National Bank” durante veinte años -. ¿Qué le parece? - preguntó finalmente -. ¿Está convencido?

- Totalmente - dijo VJ.

Librodot

- Muy bien - dijo Harold. Cogió unos formularios del cajón, los llenó y los puso delante de VJ, indicando una línea punteada al pie de la página -: Firme aquí.

VJ cogió la pluma y firmó.

- Muy bien - repitió Harold -. ¿Cuánto dinero quiere depositar?

VJ frunció la boca y sacó la cartera. Tenia tres dólares, que entregó a Harold.

- ¿Nada más? ¿Cuánto gana a la semana repartiendo periódicos? El ahorro es un h bito que conviene cultivar desde la más temprana edad.

- Después traeré el resto - dijo VJ.

Harold cogió los formularios y los billetes y tocó un timbre para que le abrieran la puerta de plástico del mostrador. Volvió y entregó a VJ el recibo del depósito:

- Este es un día importante en su vida, jovencito.

VJ asintió, guardó el recibo en el bolsillo y fue al interior del Banco. Se volvió. Afortunadamente el señor Scott estaba ocupado con un cliente.

Tocó el timbre para llamar al guardia de las cajas de seguridad. Poco después estaba encerrado en una de las cabinas privadas con una gran caja de seguridad. Abrió las alforjas, que estaban llenas de fajos de billetes de cien dólares. Los puso en la caja con el resto del dinero y después, con esfuerzo, la levantó y la introdujo en su lugar en la cámara acorazada.

Al salir cogió la bicicleta y se dirigió hacia el Oeste, hasta Lawrence. Cruzó el Merrimack, en dirección a la entrada de “Chimera”.

El guardia lo hizo pasar, saludándolo con el mismo respeto que reservaba para el doctor Frank.

Colleen, la hermosa y eficiente secretaria de Víctor, lo aguardaba con un montón de avisos telefónicos.

Víctor se quejó en silencio. Los lunes eran así- a veces el trabajo administrativo lo mantenía alejado del laboratorio durante todo el día. El tema que le apasionaba como investigador era la implantación del huevo fertilizado en el útero. No se conocía bien el mecanismo ni los factores que lo activaban. Víctor había iniciado ese proyecto hacía algunos años, convencido de que el resultado sería de gran importancia tanto en el plano científico como comercial. Pero avanzando al ritmo actual, tardaría varios años más en llevarlo a cabo.

- Creo que éste es el aviso más importante - dijo Colleen mientras le entregaba una hoja de papel rosado.

Ronald Beekman le pedía que lo llamara lo antes posible. “Qué bien”, pensó Víctor. Ronald y él habían sido amigos íntimos en los primeros años de “Chimera”, pero la relación se había hecho tirante debido a sus desacuerdos sobre el futuro de la empresa. El centro de las desavenencias en ese momento era la propuesta de Clark Foster de vender algunas acciones para reunir capital con vistas a la expansión de la compañía.

Ronald era intransigente: la venta de las acciones, decía, facilitaría la eventual adquisición de la empresa por intereses hostiles. Sostenía que ia expansión debía depender

Librodot

sólo de las ganancias y de la rentabilidad del momento. Víctor contaba de nuevo con el voto decisorio, lo mismo que en 1983, cuando resolvieron abrirse al público. En aquella ocasión Víctor había votado con Clark, en contra de Ronald. A pesar de las enormes ganancias obtenidas, Ronald lo acusaba de haber traicionado su integridad académica.

Dejó el aviso sobre la mesa y preguntó si había algo más. Antes de que pudiera responder, VJ asomó por la puerta y preguntó si habían visto a Philip.

- Lo he visto hace un rato en la cafetería - dijo Colleen.

- Si lo ve, dígale que he llegado - dijo VJ.

- Cómo no - replicó la secretaria.

- Estaré por ahí.

Víctor agitó la mano con aire ausente. Pensaba en Ronald, en cómo convencerlo de que ahora necesitaban capital, no el año próximo.

Al salir, VJ cerró la puerta.

- ¿No va a la escuela? - preguntó Colleen.

- Vacaciones de primavera - dijo Víctor.

- Es un chico excepcional - dijo la secretaria -. No da ningún trabajo. Si trajera a mi hijo, no me dejaría trabajar.

- Mi esposa no opina lo mismo - dijo Víctor -. Piensa que VJ tiene algún problema.

- No puede ser. Es un chico muy atento y maduro.

Ojalá la oyera Marsha - dijo Víctor. Extendió la mano con impaciencia -. ¿Qué más?

- Perdone - dijo Colleen -. Este es el teléfono de Jonathan Marronetti, el abogado de Gephardt.

- Ah, qué bien - dijo Víctor.

George Gephardt era el jefe de personal de “Fertility Inc.” Y anteriormente, durante tres años, había sido supervisor de compras de “Chimera”. Estaba suspendido de empleo y sueldo mientras se investigaba la desaparición de una suma superior a los cien mil dólares de la cuenta de “Fertility”. La inspección de impuestos había descubierto, para vergüenza de la empresa, que Gephardt pagaba los sueldos de un empleado fallecido. Cuando se enteró, Víctor encargó una auditoria de las compras efectuadas por “Chimera” bajo la supervisión del sospechoso entre 1980 y 198ó. Víctor lanzó un suspiro y puso el mensaje del abogado debajo del de Ronald.

- ¿Algo más? - preguntó.

- Estos son los mensajes más importantes - dijo Colleen -. Lo demás puedo manejarlo yo.

- ¿Eso es todo? - preguntó Víctor, incrédulo.

Librodot

- Sharon Carver quiere verle.

- ¿No puede atenderla?

- Podría, pero ella quiere verle a usted. Le he traído su expediente.

El expediente no le diría nada nuevo, pero lo cogió y lo puso sobre la mesa. Sharon Carver, encargada del cuidado de los animales del laboratorio de biología había sido cesada por negligencia en el desempeño de sus funciones".

- Que espere - dijo Víctor, poniéndose de pie -. Primero hablaré con Ronald.

Salió por la puerta trasera de su oficina y se dirigió a la de su socio. Tal vez Ronald se mostraría razonable en una conversación cara a cara.

Al doblar una esquina, Víctor reconoció al hombre que salía por una puerta, empujando una carretilla. Era Philip Cartwright, una de las personas retrasadas que "Chimera" empleaba para trabajos que estuvieran al alcance de sus facultades. Philip trabajaba en vigilancia y mensajería, y se había hecho querer por todos desde su primer día en la empresa. Además, estaba encariñado con VJ y se había pasado mucho tiempo con él, sobre todo antes de que el niño fuera a la escuela. Formaban una pareja singular. Philip era un hombre alto, robusto, de escaso pelo, con los ojos muy juntos y un cuello robusto que empezaba detrás de las orejas y terminaba en los extremos de los hombros. Remataban sus largos brazos dos enormes manos cuyos dedos eran todos de la misma longitud.

Al ver al doctor Frank le dirigió una amplia sonrisa que puso al descubierto unos dientes cuadrados. Su figura hubiera podido causar miedo, de no haber sido por su afabilidad natural.

- Buenos días, señor Frank - dijo. Su voz infantil era incongruente con su figura.

- Buenos días, Philip. VJ está aquí y ha preguntado por ti. Esta semana vendrá todos los días.

- Eso me gusta mucho - dijo Philip con sinceridad -. Iré a buscarlo ahora mismo. Gracias.

Mientras lo veía alejarse con la carretilla, Víctor se preguntó por qué todos los empleados de "Chimera" no eran tan responsables como Philip.

Al llegar a la oficina de Ronald, idéntica a la suya, Víctor pidió a la secretaria que lo anunciara a su jefe. Lo hizo esperar unos minutos antes de hacerlo pasar.

- ¿Viene Bruto a elogiar a César? - preguntó Ronald, alzando sus gruesas cejas. Era un hombre robusto, con una cabellera espesa y revuelta.

- Quería tratar contigo el problema de la venta de acciones - dijo Víctor. Pero por el tono y el gesto, era evidente que Ronald no estaba de humor para conversar.

- ¿Qué me vas a contar? - dijo, sin ocultar su ira -. Me han dicho que está s a favor de vender acciones.

- Estoy a favor de reunir más capital.

Librodot

- Es lo mismo.

- ¿No quieres conocer mis razones?

- Tus razones están muy claras. ¡Clark y tú conspiráis contra mi desde que empezamos a atender al público!

- No me digas - replicó Víctor con sorna. Era absurdo que Ronald se sintiera perseguido. Seguramente lo afectaba el estrés de las tareas administrativas. Sus responsabilidades en esa área eran tan grandes como las de Víctor, y ninguno de los dos estaba preparado para asumirlas.

- No te hagas el inocente - dijo Ronald. Se levantó pesadamente y se inclinó sobre la mesa -. Te lo advierto, Frank. Me voy a vengar de vosotros.

- ¿De qué diablos está s hablando? - dijo Víctor, incrédulo -.

Ronald, soy yo, Víctor. ¿No te acuerdas de mi? - Agitó la mano frente a la cara del otro.

- Si quieres amargarme la vida, yo también puedo amargártela a ti. Y te prometo que lo haré si no dejas de presionarme para que venda mis acciones.

- ¡Por favor! - exclamó Víctor -. Ronald, cuando despiertes, haz el favor de llamarme. No voy a permitir que me amenaces.

Víctor giró sobre sus talones y salió del despacho. Ronald seguía hablando, pero no se paró a escucharlo. Estaba asqueado.

Por un instante pensó que lo mejor sería arrojar la toalla, vender sus acciones y volver a la Universidad. Pero cuando llegó a su mesa esa sensación se había disipado. No permitiría que las neurosis de Ronald lo alejaran de la industria biotecnológica. Además, la vida académica también tenía sus limitaciones, sólo que eran de otra clase.

En su mesa le esperaba el número de teléfono de Jonathan Marronetti, el abogado de Gephardt. Víctor marcó el número con desgana. El abogado hablaba con un desagradable acento neoyorquino.

- Tengo buenas noticias para ustedes dijo Jonathan.

- Me alegro de oírle decir eso - dijo Víctor.

- Mi cliente, el señor Gephardt, está dispuesto a devolver esos fondos que aparecieron misteriosamente en su cuenta bancaria junto con los intereses. Con ello no reconoce culpa alguna. Sólo pide que se dé por zanjado el incidente.

- Discutiré la propuesta con nuestros abogados - dijo Víctor.

- Espere, hay algo más. A cambio de ello, mi cliente pide su reincorporación y el cese de todo hostigamiento. Eso incluye poner fin a la investigación de sus asuntos particulares.

- Eso está fuera de discusión - dijo Víctor -. El señor Gephardt no pretenderá que lo reincorporemos antes de concluir la investigación.

Librodot

- Está bien dijo el abogado después de una pausa -. Creo que puedo convencerlo de que renuncie a la pretensión de ser reincorporado.

- Eso no cambiaria la situación - dijo Víctor. Oiga, seamos sensatos.

- La investigación proseguirá hasta las últimas consecuencias.

- Pero debe de haber alguna forma...

- Lo lamento. Cuando hayamos aclarado los hechos, volveremos a hablar.

- Si no está dispuesto a negociar - dijo Marronetti -, me veré obligado a tomar represalias. Y le advierto que no está en situación de hacerse el inocente.

- Buenos días, señor Marronetti - dijo Víctor, y colgó con violencia.

Se acomodó en la silla, llamó a Colleen y le indicó que hiciera pasar a la Carver. Aunque conocía el caso, repasó el expediente.

La empleada había dado problemas desde el primer día. Era irresponsable y faltaba con frecuencia. El expediente contenía cinco cartas de otras tantas personas que se quejaban de su trabajo.

Víctor alzó la vista. Sharon Carver vestía una minifalda ajustada y una blusa de seda. Se sentó en la silla frente a Víctor y cruzó las piernas.

- Gracias por recibirme - susurró.

Víctor echó una mirada a la foto de cuerpo entero que figuraba en el expediente. Vestía vaqueros amplios y camisa de franela.

- ¿En qué puedo servirle? - preguntó, mirándola directamente a los ojos.

- En muchas cosas - dijo Sharon con una sonrisa seductora -.

Pero lo que me interesa en este momento es mi trabajo. Quiero que me readmitan.

- Eso no es posible - dijo Víctor.

- Yo creo que sí lo es - insistió Sharon.

- Señorita Carver, permítame recordarle que la echamos por no cumplir con sus obligaciones.

- ¿Y por qué no echaron también al hombre que estaba conmigo cuando nos descubrieron en el almacén? - Se inclinó sobre la mesa, desafiante - : A ver, ¿por qué no lo echaron a él también?

- Sus actividades sexuales de ese día no fueron la única causa del despido - explicó Víctor -. No lo consideramos motivo de despido. Y el hombre en cuestión no descuidó sus responsabilidades en ningún momento. Era su media hora de descanso. Usted en cambio abandonó su puesto de trabajo. Y bueno, lo hecho, hecho está. Estoy seguro de que encontrar trabajo en otra empresa.

Ahora, si me disculpa... - Víctor se detuvo y le indicó la salida.

Librodot

Sharon Carver lo miró furiosa, sin moverse.

- Si se niega a readmitirme, le pondré un juicio por discriminación sexual, ya lo verá. Le voy a hacer sufrir.

- Lo que me hace sufrir es su presencia aquí - dijo Víctor -.

Si me disculpa...

Sharon se levantó lentamente, como una gata al acecho, mirándolo con odio, y salió chillando:

- ¡Ya tendrán noticias mías!

Víctor esperó a que se cerrara la puerta, llamó a Colleen y le dijo que se iba al laboratorio, que no estaba absolutamente para nadie, como no fuera el Papa en persona.

- Lo lamento - dijo Colleen -. El doctor Hurst está en la antesala y quiere hablar con usted. Está muy nervioso.

William Hurst era el jefe interino del Departamento de Oncología Médica. También él era objeto de una investigación. Pero su caso, a diferencia del de Gephardt, tenía que ver con un presunto fraude de investigación, una amenaza creciente en la comunidad científica.

- Que pase - dijo Víctor con desgana. No tenía dónde ocultarse.

Hurst entró como una tromba y se plantó frente a la mesa:

- Acabo de enterarme de que usted ha encargado a un laboratorio independiente una investigación de los resultados publicados en mi último trabajo.

- No veo por qué se sorprende, después del articulo que apareció en el Boston Globe el viernes pasado dijo Víctor. Se preguntó qué haría si Hurst, que parecía fuera de si, intentaba atacarle.

- ¡Me importa un comino el Boston Globe! - gritó Hurst -.

Montaron una historia absurda con las declaraciones de un técnico de laboratorio descontento. ¡No me va a decir que lo creyó!

- No importa lo que yo crea o deje de creer - dijo Víctor -. El Globe dice que usted falsificó deliberadamente algunos datos que aparecen en el artículo. Las acusaciones de ese tipo pueden resultar perjudiciales para usted y también para la empresa. Tenemos que detener el rumor antes de que se difunda por todas partes. No comprendo por qué está tan furioso.

- Permítame explicarle - replicó Hurst bruscamente -. Yo esperaba su apoyo, no su suspicacia. El mero hecho de realizar una verificación de mi trabajo equivale a una presunción de culpabilidad. Además, en cualquier trabajo escrito en colaboración pueden aparecer estadísticas falsas que no tienen la menor importancia. Se ha descubierto que hasta el mismo Isaac Newton solía alterar sus observaciones planetarias. Quiero que anule la investigación sobre mi articulo.

- Bueno, lamento que lo tome de esa manera - dijo Víctor -.

Librodot

Pero a pesar de Newton, no hay relatividad en la ética de la investigación científica. La confianza de la opinión pública...

- ¡No he venido aquí a escuchar sermones sino a exigir que se anule la investigación sobre mí articulo!

- Entiendo muy bien lo que dice. Ahora trate de entenderme usted a mí si no ha cometido fraude, no tiene nada que temer. La investigación lo beneficiará.

- ¿Quiere decir que no la va a anular?

- Eso es exactamente lo que le quiero decir - replicó Víctor, harto de mostrarse amable.

- Su falta de lealtad académica me deja atónito - dijo Hurst tras una pausa -. Ahora comprendo lo que Ronald piensa de usted.

- Entre el doctor Beekman y yo no hay discrepancias sobre la ética de la investigación científica - replicó Víctor, ya sin tratar de ocultar su furia -. Buenos días, doctor Hurst. La conversación ha terminado.

- Le diré una cosa Frank. Si insiste en ensuciar mi nombre, haré lo mismo con el suyo. ¿Está claro? Usted no es el santo patrón de la pureza científica como pretende aparentar.

- A mi nadie me ha acusado de publicar datos fraudulentos.

- Pero quiere hacernos creer que es un santo, y no lo es.

- ¡Fuera de aquí!

- Con mucho gusto - dijo Hurst. Abría la puerta para salir, pero se volvió un instante -. Recuerde lo que le he dicho: ¡No está a salvo!

Dio tal portazo que el diploma universitario estuvo a punto de caer de la pared.

Víctor se sentó tratando de serenarse y de recuperar el equilibrio emocional. Había recibido demasiadas amenazas en un solo día. Se preguntó a qué se refería Hurst cuando dijo que él no era un santo. ¡Menudo circo!

De pronto se levantó decididamente de la silla, se puso la bata blanca de laboratorio y abrió la puerta para decirle a Colleen que se iba al laboratorio. Al salir tropezó con la secretaria, que en ese momento entraba en su despacho.

- El doctor William Hobbs quiere verle - dijo Colleen, y añadió rápidamente -: Está muy alterado.

Víctor alzó la vista sobre el hombro de la secretaria y vio a un hombre sentado junto a la mesa, con la espalda encorvada y la cabeza cogida entre las dos manos.

- ¿Qué problema tiene? - susurró Víctor.

- Se trata de su hijo - dijo Colleen -. Creo que le sucedió algo.

Quiere un permiso de trabajo.

Librodot

Víctor sintió que se le humedecían las manos y que se le formaba un nudo en la garganta.

- Que pase - articuló con dificultad.

Comprendía los sentimientos de aquel hombre, ya que él mismo había tenido que recurrir a medidas extraordinarias para tener un hijo. La posibilidad de que el hijo de Hobbs tuviera problemas reavivó sus temores sobre VJ.

- Maurice... - dijo Hobbs, pero tuvo que contener las lágrimas antes de seguir -. Mi hijo iba a cumplir tres años. Usted no lo conoció. Era nuestra alegría, el centro de nuestra vida. Era un genio.

- ¿Qué pasó? - preguntó Víctor con temor.

- ¡Murió! - dijo Hobbs, súbitamente furioso.

Víctor quiso tragar saliva pero tenia la garganta reseca.

- ¿Fue un accidente?

- No saben bien qué pasó. Primero tuvo un ataque. Cuando lo llevamos al hospital pediátrico, descubrieron un edema en el cerebro, una inflamación. No pudieron hacer nada. Hizo un paro cardiaco y murió sin haber recuperado el conocimiento en ningún momento.

Se hizo un silencio tenso en el despacho, que fue roto por Hobbs para pedir unos días de permiso.

- Por supuesto - dijo Víctor.

Hobbs se puso en pie y salió lentamente.

Víctor se quedó mirando la puerta durante más de diez minutos. Por primera vez en su vida deseó estar en cualquier parte menos en el laboratorio.

Lunes a media mañana

Librodot

CAPITULO 5

La pequeña alarma del reloj sobre la mesa de Marsha señaló el final de la sesión con Jasper Lewis, un iracundo jovencito de quince años con una sombra de pelusa en el mentón. Repantigado en la silla frente a ella, trataba de mostrarse aburrido, pero lo cierto es que tenia problemas graves.

- Todavía no hemos hablado de tu estancia en el hospital - dijo

Marsha. Tenia el historial clínico abierto sobre las rodillas

Jasper señaló hacia la mesa:

- Creía que el timbre indicaba el fin de la sesión

- Indica que nos quedan cinco minutos. Bueno, ¿qué me dices de los tres meses que pasaste en el hospital, ahora que has vuelto a casa?

Marsha tenia la impresión de que el ambiente altamente estructurado del hospital era beneficioso para el chico, pero quería conocer su opinión.

No estuvo mal - dijo Jasper.

- ¿Nada más que eso? - insistió Marsha. Era muy difícil hacer

- No, estuvo bien. - Jasper se encogió de hombros - : Bueno ya sabe usted que no es el mejor sitio del mundo.

Evidentemente no seria fácil obtener su opinión Marsha anotó en el margen del historial clínico que iniciaría la sesión siguiente con ese tema. Cerró el historial y miró a Jasper a los ojos.

- Me alegro que hayas vuelto - dijo -. Nos veremos la semana que viene.

Claro - dijo Jasper. Apartó la mirada y salió rápidamente del consultorio.

Marsha volvió a su mesa y empezó a dictar los apuntes de la sesión. Repasó el resumen preliminar. Jasper mostraba problemas de conducta desde la edad preescolar. Cuando cumpliera los dieciocho, modificarían el diagnóstico: personalidad antisocial.

Marsha pensaba que además exhibía un trastorno esquizoide de la personalidad.

Al repasar los hechos destacados del historial clínico, subrayó la mendacidad, las peleas frecuentes en la escuela, las numerosas ausencias, la conducta vengativa y las fantasías. Se detuvo al leer la frase: incapaz de experimentar afecto o demostrar sus emociones. Le asaltó la imagen de VJ, que la miraba con ojos fríos como un lago alpino cuando trataba de abrazarlo. Prosiguió la lectura con esfuerzo. Prefiere actividades solitarias; no desea relaciones estrechas, no tiene amistades íntimas.

Sintió que se le aceleraba el pulso. ¿Acaso era la historia clínica de su hijo? Releyó la evaluación de la personalidad de Jasper con creciente temor. Había una serie de correlaciones molestas.

Librodot

Se sintió aliviada cuando vio entrar a Jean Colbert, su enfermera y secretaria, una bostoniana recatada de cabello castaño. Sin embargo, le llamó la atención una frase subrayada con tinta roja.

Jasper fue criado por una tía, ya que su madre tenía dos trabajos para mantener a la familia.

- ¿Puede pasar el siguiente? - preguntó Jean.

Marsha tomó aliento:

- ¿Recuerdas los artículos que me interesaban sobre las guarderías y sus efectos psicológicos?

- Claro que si - dijo Jean -. Los he archivado.

- ¿Puedes traérmelos? - dijo Marsha con fingida despreocupación?

- Por supuesto - dijo Jean. Hizo una pausa y añadió - : ¿Se siente mal?

- No, no, estoy muy bien.

Tomó el historial siguiente. Mientras repasaba las últimas anotaciones, Nancy Traverse, una niña de doce años, entró sigilosamente en el consultorio y se hundió tanto como pudo en una silla.

Su cabeza desapareció prácticamente entre los hombros, como una tortuga.

Marsha se sentó frente a Nancy, tratando de recordar cómo había concluido la sesión anterior, en la que la niña le había relatado sus experiencias sexuales.

La sesión prosiguió, interminable. Marsha trataba de concentrarse, pero no podía dejar de pensar en VJ. Se sentía culpable por haber seguido trabajando cuando él era pequeño. En realidad, él no parecía molesto cuando su madre salía a trabajar. Pero Marsha sabia que ése podía ser un síntoma psicopatológico.

Cuando Hobbs hubo marchado, Víctor trató de ocuparse de la correspondencia, para no tener que ir al laboratorio y dejar de pensar en las horribles noticias que había recibido. Pero sus pensamientos volvieron rápidamente a las circunstancias de la muerte del chico. La causa inmediata había sido un edema, una inflamación aguda del cerebro. ¿Pero cuál había sido la causa del edema? Hobbs no le había ofrecido detalles, y la falta de un diagnóstico concreto aumentaba sus temores.

De pronto Víctor lanzó una exclamación y descargó la palma de la mano sobre el escritorio. Súbitamente se puso de pie y se acercó al ventanal, desde donde veía la torre del reloj. Las manos se habían detenido en un pasado lejano, precisamente a las dos y cuarto.

“¡Qué idiota fui!”, masculló. Descargó con furia el puño derecho en la palma de la mano izquierda. La muerte del hijo de Hobbs había reavivado todos los temores que sentía por VJ, y que había logrado dominar. Mientras Marsha se preocupaba por el estado psicológico del muchacho, los temores de Víctor se centraban en el aspecto físico. Cuando el coeficiente de inteligencia de VJ se redujo bruscamente y luego se estabilizó en un nivel que a pesar de todo era excepcionalmente elevado, Víctor sintió terror. Le llevó años superarlo, tranquilizarse. Y bruscamente, con la muerte del hijo de Hobbs, los viejos temores volvían a

Librodot

aflorar. Lo peor era que las similitudes entre VJ y el chico de Hobbs no se limitaban a la concepción: los dos eran niños prodigio. Víctor había sentido curiosidad por saber si el chico sufriría, como VJ, un brusco descenso de su coeficiente intelectual. Pero ahora sólo le interesaba conocer las circunstancias de su trágica muerte.

Se sentó ante su terminal del ordenador, limpió la pantalla y llamó su archivo sobre el hijo de Hobbs. No buscaba nada en particular; sólo pensaba que entre los datos encontraría una pista para esclarecer la muerte del niño. Pasaban los segundos y la pantalla seguía en blanco. Volvió a oprimir el mando de execute. En la pantalla apareció la palabra BUSCANDO, y a continuación, para su estupor, el ordenador indicó que no existía ese archivo en su memoria.

"¿Qué diablos pasa?", murmuró Víctor. Pensando que había cometido un error, tecleó cuidadosamente BABY-HOBBS y oprimió el mando Hubo una pausa, mientras el ordenador recorría su memoria, y finalmente apareció la misma respuesta: NO HAY ARCHIVO.

Víctor desconectó el ordenador. La falta del archivo no tenía justificación, ni siquiera en el hecho de que no lo hubiera consultado durante algún tiempo. Tamborileó con los dedos sobre la mesa, luego conectó nuevamente la terminal e ingresó el archivo BABYMURRAY.

Nuevamente la pausa, y la misma respuesta que antes: NO HAY ARCHIVO.

Se abrió la puerta del despacho y apareció Colleen con cara compungida.

- Este no es lo que se dice el día del padre - dijo -. Llama un señor Murray, de contabilidad. Dice que su bebé está mal. El hombre está llorando.

- No puede ser - farfulló Víctor, atónito. Era demasiada coincidencia.

- Créame que si - dijo Colleen -. Línea dos.

Aturdido, Víctor cogió el teléfono. El destello de la luz intermitente era como una alarma en su cerebro. No podía ser; todo había marchado muy bien hasta ahora. Tuvo que sobreponerse para recibir la llamada.

- Perdone que lo moleste - dijo Murray con voz ahogada - , pero usted nos ayudó mucho a tener el niño. Tuvimos que internar a Mark en el hospital pediátrico. Está agonizando. Los médicos dicen que no hay nada que hacer.

- ¿Qué ha pasado? - preguntó Víctor con dificultad.

- Nadie lo sabe - dijo Murray -. Empezó con un dolor de cabeza.

- ¿Se dio algún golpe?

- Creemos que no.

- ¿Le molestaría que fuera a verlo?

Media hora más tarde, Víctor dejó su coche en el garaje frente al hospital, y una vez dentro preguntó en información. La recepcionista le dijo que Mark Murray se encontraba internado en la unidad de cuidados intensivos quirúrgicos. Se dirigió a la sala de espera, donde lo recibieron Horace y Colette, trastornados por la desesperación y el insomnio.

Librodot

- ¿Alguna novedad? - preguntó Víctor.

Horace negó con la cabeza:

- Está en el pulmón artificial.

Víctor les expresó sus condolencias y los Murray se mostraron conmovidos porque se había tomado la molestia de ir al hospital, ya que su relación era estrictamente laboral.

- Era un chico tan especial - dijo Horace -. Tan excepcional, tan inteligente... - Movió la cabeza. Colette ocultó la cara entre las manos Sus hombros temblaban. Horace la abrazó

- ¿Cómo se llama el médico que lo atiende? - preguntó Víctor.

- Nakano - dijo Horace -. El doctor Nakano.

Víctor se disculpó, dejó su abrigo en la sala de espera con los padres angustiados y se dirigió a Vigilancia Intensiva Pediátrica que se encontraba al final de un largo corredor, pasando una doble puerta electrónica. Al pisar la alfombra de goma delante de la puerta, ésta se deslizó automáticamente.

El ambiente no le resultó extraño. Recordaba de sus años de médico interno los equipos electrónicos y las enfermeras que corrían de un lado para otro. El zumbido de los pulmones artificiales y las señales electrónicas de los monitores cardiacos generaban una atmósfera tensa. Aquí la vida estaba en el filo de la navaja.

La actitud natural de Víctor hizo que nadie le preguntara qué hacía en el lugar, aunque no llevaba la tarjeta de identificación.

Se dirigió a secretaria y preguntó por el doctor Nakano.

- Acaba de pasar por aquí - dijo una joven amable. Se inclinó sobre el mostrador para ver si aún estaba en el lugar. Luego se sentó, cogió el teléfono y poco después los altavoces del techo incorporaron el nombre de Nakano a la interminable lista de llamadas.

Víctor se paseó por la sala, tratando de localizar a Mark, pero las facciones de los niños parecían distorsionadas detrás de los pulmones artificiales. Volvió a secretaria. La responsable de sala dejó el teléfono y le dijo que el doctor Nakano volvería en seguida a la unidad.

Cinco minutos más tarde le presentaron al apuesto médico de ascendencia japonesa. Víctor dijo que era médico, amigo de los Murray y que quería conocer el estado de Mark.

- No es bueno - dijo el doctor Nakano con franqueza -. El niño está agonizando. El problema es que no responde a ningún tratamiento, cosa que no sucede con frecuencia.

- ¿Tiene idea de lo que pasa?

- Sabemos qué tiene, pero no la causa - dijo Nakano -. Venga, se lo enseñaré.

Con paso rápido, propio de un médico muy ocupado, el médico se dirigió hacia el fondo de la unidad, donde había un cuarto pequeño, separado del resto de la sala.

Librodot

- Tomamos algunas precauciones - explicó -. No hay señales de infección, pero por si acaso... - Le ofreció una bata con gorro y mascarilla. Los dos se pusieron la vestimenta de protección y entraron.

Mark Murray ocupaba el centro de una cuna grande con barandas laterales. Tenia la cabeza envuelta en gasas. Nakano dijo que habían hecho una derivación para aliviar la presión sobre el cerebro, pero que no había dado resultado.

- Observe - dijo, y le entregó un oftalmoscopio. Víctor se inclinó sobre el bebé moribundo, le alzó un párpado y enfocó la pupila, dilatada y rígida. A pesar de su falta de experiencia, detectó la patología al instante. El nervio óptico estaba abultado, como si algo lo empujara desde atrás.

Víctor se enderezó.

- Impresionante, ¿no? - dijo Nakano. Cogió el instrumento, examinó al niño y se enderezó -. Lo más frustrante es que su estado empeora minuto a minuto. Es una hinchazón progresiva del cerebro. Me sorprende que no le salga por los oídos. Ninguna mejoría con la descompresión, ni la derivación, ni la dosis masiva de esteroides, ni el manitol. Estamos a punto de tirar la toalla.

Víctor advirtió que no había ninguna enfermera presente.

- ¿Hubo hemorragia o señales de traumatismo?

- En absoluto. Aparte de la inflamación, el niño no tiene nada.

Tampoco es un caso de meningitis, como ya le he dicho antes.

No entendemos. Esto está en manos del director técnico, allá arriba - añadió, señalando el cielo.

En ese instante, como respuesta al lúgubre vaticinio, sonó la alarma del monitor cardiaco: señal de que el latido se volvía irregular. La alarma sonó de nuevo, pero el doctor Nakano no reaccionó.

- No es la primera vez que suena - dijo -, pero a estas alturas no hay nada que hacer. - Al advertir la expresión perpleja de Víctor, añadió -: Ahora que está descerebrado; los padres dicen que no tiene sentido prolongarle la vida.

Víctor asintió, y en ese momento la alarma sonó otra vez, sin detenerse. El corazón de Mark entró en fibrilación. Víctor miró sobre su hombro hacia secretaria. Nadie se acercó.

Poco después, la onda irregular en la pantalla se convirtió en una línea recta.

- Terminó el partido - dijo Nakano. Parecía un comentario cruel, pero Víctor sabía que era fruto de la frustración, no de la indiferencia. Recordaba muy bien sus años de residente.

Nakano y Víctor volvieron a la oficina, donde aquél informó a la secretaria que el niño Murray había muerto. Sin inmutarse, la secretaria cogió el teléfono y lo comunicó a la administración. La muerte era un hecho frecuente en aquel lugar: uno no podía trabajar si daba rienda suelta a sus emociones.

- Anoche hubo un caso similar dijo Víctor -. Familia Hobbs.

Librodot

Un bebé de la misma edad que éste, o tal vez un poco mayor. ¿Conoce el caso?

- De oídas - dijo Nakano, distraído -. No sé quién lo atendió, pero dicen que los síntomas eran bastante similares.

- Así parece - dijo Víctor. Luego preguntó -: ¿Harán la autopsia?

- Sin duda. Es un caso para el médico forense pero nos lo dejarán. En el centro tienen demasiado trabajo como para ocuparse de los casos raros. ¿Hablará con los padres o prefiere que lo haga yo?

Sorprendido por el brusco cambio de tema, Víctor dijo que él lo haría y agradeció al doctor Nakano su atención.

- No tiene importancia - dijo sin mirarlo. Una nueva urgencia ya lo estaba reclamando.

Aturdido, Víctor salió de cuidados intensivos y las puertas electrónicas se cerraron silenciosas a su espalda. Cuando llegó a la sala de espera, los Murray vieron la mala nueva escrita en su cara. Le agradecieron su atención y él respondió con unas palabras de pésame, pero en ese momento apareció ante sus ojos una imagen aterradora: VJ, pálido, tendido en la cuna que Mark había ocupado hasta unos momentos antes.

Víctor se dirigió al departamento de Patología y se presentó a su jefe, Warren Burghofen. El patólogo le aseguró que le haría llegar los resultados de las autopsias lo antes posible.

- Tenemos que saber qué pasa - dijo -. No podemos permitir una epidemia de edema cerebral idiopática en la ciudad.

Víctor volvió lentamente a su automóvil. Sabía que difícilmente habría una epidemia. La población de riesgo era muy pequeña: exactamente tres niños.

De nuevo en su despacho, Víctor pidió a Colleen que llamara a Louis Kaspwicz, el jefe de informática de “Chimera”.

Louis era un hombre menudo y rechoncho de lustrosa calva, que desconcertaba a sus interlocutores con sus gestos bruscos e impredecibles. Era sumamente tímido y rara vez miraba de frente a su interlocutor. Sin embargo, a pesar de su extraña personalidad, era un técnico de primera y manejaba todos los programas, desde investigación a contabilidad, pasando por producción.

- Tengo un problema - dijo Víctor, cruzando los brazos sobre el pecho -. No encuentro dos archivos personales. ¿Tiene alguna idea de a qué puede ser debido?

- Puede haber distintas razones - dijo Louis -. La más frecuente es que el usuario olvida el nombre que asignó al archivo.

- Los he buscado en el directorio, pero no los he encontrado.

Tal vez los introdujo en otro directorio - dijo Louis.

- No se me había ocurrido - dijo Víctor -. Pero recuerdo que cuando los usé los llamé por la vía normal.

Librodot

- Bueno, tendré que investigarlo - dijo Louis -. Deme los nombres de los archivos.

- Es estrictamente confidencial - dijo Víctor en tono enfático.

- Comprendo.

El técnico se sentó ante la terminal y se puso a trabajar.

- ¿No pasa nada? - preguntó Víctor después de un rato. La pantalla seguía en blanco.

- Parece que no. Pero desde mi terminal puedo pedir al ordenador que investigue todos los menús. ¿Está seguro de los nombres que me dio?

- Totalmente seguro.

- Bueno, si es importante lo haré ahora mismo.

- Es muy importante.

Louis salió y Víctor se sentó nuevamente ante la terminal. Tenia una idea. Tecleó el nombre de otro archivo: BABY-FRANK. Vaciló un instante, temeroso de lo que aparecería o dejaría de aparecer.

Oprimió el botón de execute y contuvo el aliento. Sus temores se vieron confirmados: ¡faltaba el archivo de VJ!

Estaba empapado en sudor frío. La desaparición de tres archivos con distintas referencias no podía ser casual. Bruscamente vio ante sí la cara furiosa de Hurst y recordó su amenaza: “Usted quiere hacernos creer que es un santo... No está a salvo.”

Víctor se dirigió a la ventana. Hacia el Este empezaban a amontonarse las nubes, presagio de lluvia o nieve. Mientras las contemplaba se preguntó si Hurst tendría algo que ver con la desaparición de los archivos. ¿Tenía alguna sospecha? En ese caso, su vaga amenaza tendría un fundamento. Víctor meneó la cabeza. Hurst no podía estar al tanto de la existencia de esos archivos. Ni é] ni nadie. ¡Nadie!

Lunes al anochecer
CAPITULO 5

Sentada a la mesa, Marsha contemplaba a su esposo y a su hijo. VJ, absorto en la lectura del libro sobre los agujeros negros, apenas levantaba la vista para comer. En otras circunstancias le hubiera dicho que dejara el libro para después de la cena, pero Víctor estaba tan malhumorado que no quería empeorar las cosas. Y ella también estaba preocupada por VJ. Lo amaba la mera idea de que tuviera algún problema le era difícil de soportar, pero sabía que no podría ayudarlo si no afrontaba la verdad. Al parecer había pasado el día entero en “Chimera”, y a solas, porque Víctor había admitido que no lo había visto desde la mañana.

Como si advirtiera su mirada, VJ dejó el libro y llevó el plato al lavavajillas. Sus intensos ojos azules se cruzaron con la mirada de Marsha. No había en ellos calidez ni afecto, sólo una luz turquesa, penetrante como la lente de un microscopio

- La cena estaba muy buena - dijo VJ maquinalmente.

Los pasos de VJ se alejaron rápidamente por la escalera.

Marsha se volvió hacia la ventana al escuchar el silbido del viento. En el haz de luz que se proyectaba desde la ventana sobre el garaje vio que la lluvia se había vuelto nieve. Se estremeció, pero no por el paisaje invernal.

- No tengo mucho hambre - dijo Víctor. Era la primera vez que abría la boca desde que Marsha había vuelto a casa desde el hospital.

- ¿Está s preocupado por algo? - preguntó -. ¿Quieres que hablemos?

- No juegues a psiquiatra conmigo - dijo Víctor bruscamente.

Era una respuesta grosera. Marsha no estaba jugando a psiquiatra, pero pensó que era mejor pasar por alto la impertinencia.

Si estaba preocupado, acabaría por hablar.

- Yo sí estoy preocupada - dijo Marsha. Pensó que lo mejor era mostrarse franca. Conocía bien a Víctor, sabía que se sentía culpable por haberle hablado en ese tono -. Hoy he leído unos artículos sobre los posibles efectos de la ausencia de los padres en los niños criados por nodrizas o que pasan demasiado tiempo en la guardería. Creo que algunas de las conclusiones explican lo de VJ. Tal vez debería haber pasado más tiempo con él cuando era bebé.

- Un momento - interrumpió Víctor con dureza, levantando las manos. Su expresión era de fastidio -. No quiero oír una palabra más. Yo a VJ lo veo muy bien. Las idioteces psiquiátricas no me interesan.

- Pues qué bien, me alegro de que te preocupes tanto por tu hijo...

- ¡Bueno, basta! - Víctor arrojó el resto de su cena a la basura -. No tengo ganas de seguir hablando.

- ¿Y qué te gustaría hacer?

- Me parece que voy a salir a pasear - dijo Víctor, mirando por la ventana.

- ¿En medio de la nieve y el frío? No, me parece que algo te preocupa, pero que por algún motivo no puedes expresarlo.

Víctor se volvió hacia su esposa.

- ¿De veras es tan evidente?

- Me da pena ver cómo luchas contigo mismo - dijo Marsha con una sonrisa -. Bueno, dime qué te preocupa. Soy tu esposa.

Víctor se encogió de hombros y se sentó de nuevo a la mesa.

Entrelazó los dedos y puso los codos sobre el mantel.

- Es verdad que estoy preocupado - confesó.

Librodot

- Estoy de suerte, porque no es tan difícil hacer hablar los pacientes - dijo Marsha. Trató de acariciarle el brazo.

Víctor se levantó de la silla y fue al pie de la escalera. Tras escuchar un instante, cerró la puerta, y regresó a la mesa.

- Quiero someter a VJ a un chequeo fisiconeurológico completo como el de hace siete años, cuando bajó su nivel de inteligencia.

Marsha no respondió. El desarrollo en la personalidad del chico era una cosa inquietante, pero su estado general de salud era mucho más grave. La idea de que fuera necesario semejante examen la inquietó profundamente, tanto como el recuerdo de lo sucedido siete años antes.

- ¿Recuerdas cómo bajó su coeficiente intelectual cuando tenia tres años y medio? - preguntó Víctor.

- Claro, cómo podría olvidarlo - replicó Marsha, mirándolo fijamente. El sabía que le hacía daño hablándole de este modo. ¿Por qué lo hacía?

- Quiero someterlo al mismo tipo de pruebas - repitió Víctor.

- Me está s ocultando algo - dijo Marsha, asustada -. ¿De qué se trata? ¿Qué le pasa a VJ?

- A VJ no le pasa nada, ya te lo he dicho. Pero quiero estar seguro, y sólo me sentiré seguro si le hacen esas pruebas. Y punto.

- ¿Se puede saber por qué quieres que lo examinen, justamente ahora?

- Ya te lo he dicho - replicó Víctor con brusquedad.

- ¿Crees que permitiré que sometan a nuestro hijo a toda una batería de exámenes físicos y neurológicos sin saber más detalles?

¡No señor! No voy a permitir que le hagan todas esas radiografías y pruebas si no me das una explicación.

- ¿Una explicación?

- Sí, una explicación. Me está s ocultando algo, Víctor. No sé qué es, pero no me gusta. Quieres hacer lo que te da la gana con el chico, sin pensar en mí. Te lo digo de una vez por todas: a VJ no le van a hacer ningún examen sin mi autorización, y para eso me tienes que dar alguna explicación. Así que empieza de una vez o dejémoslo.

Marsha se acomodó en la silla, inspiró profundamente y soltó el aire poco a poco. Víctor la miró a los ojos, furioso, pero ella se mostraba más fuerte que él. Además, había explicado su posición con toda claridad, y difícilmente retrocedería. Al cabo de un minuto de silencio, su mirada empezó a vacilar. Finalmente bajó la vista a sus manos. El reloj de péndulo de la sala marcó las ocho.

- Bueno, está bien - dijo, exhausto -. Te diré todo lo que quieres saber. - Se pasó los dedos por el pelo y miró al techo, como un niño sorprendido en medio de una travesura -. El problema es que no sé por dónde empezar.

- Por qué no empiezas por el principio - dijo Marsha, impaciente y a la vez angustiada, tal vez por alguna premonición.

Víctor la miró a los ojos. Había ocultado el secreto de la concepción de VJ durante diez años. Al contemplar el rostro franco y honesto de Marsha se preguntó si le perdonaría después de conocer la verdad.

- Por favor - rogó ella -. ¿Por qué no me lo dices ya?

- Por muchas razones - dijo Víctor, apartando la mirada -.

Una de ellas es que tal vez no me creerías. Además, para entenderlo bien tienes que venir conmigo al laboratorio.

- ¿Ahora mismo? - preguntó Marsha, atónita -. ¿Hablas en serio?

- Si quieres saber la verdad, si.

Marsha se sobresaltó cuando Kissa se echó sobre su regazo. Se había olvidado de darle de comer.

- Está bien - dijo -. Le daré de comer a la gata y hablaré con VJ Saldremos dentro de un cuarto de hora.

VJ escuchó los pasos que se acercaban a su habitación. Cerró tranquilamente su álbum de sellos y lo dejó en el estante. Sus padres no sabían nada de filatelia y no hubieran comprendido el valor del álbum. Pero cuantos menos riesgos corriera, mejor. La colección era ya enorme y muy valiosa, pero ellos no comprendían: pensaban que su afán por tener una caja de seguridad en el sótano del Banco era sólo un capricho infantil. VJ no tenia motivos para desengañarlos.

- ¿Qué hacías, querido? - preguntó Marsha al entrar al cuarto.

- No estaba haciendo nada, la verdad.

Sabía que ella se sentía mal, pero no podía remediarlo. Desde muy pequeño ya se había dado cuenta de que su madre quería de él algo que otros niños daban a las suyas, pera que él no podía brindar. A veces sentía pena por ella.

- ¿Por qué no invitas a Richie a dormir aquí una noche?

- Quizá lo haga.

- Lo pasaríais muy bien - dijo Marsha -. Y además me gustaría conocerlo.

VJ asintió.

Marsha sonrió, incómoda:

- Tu padre y yo vamos a salir un rato. ¿Está s bien?

- Claro.

- Volveremos temprano.

Librodot

- No os preocupéis. Me lo pasaré bien.

Cinco minutos más tarde, VJ observaba cómo el coche de su padre salía del garaje. Se preguntó por un momento si debería preocuparse. Normalmente sus padres no salían de noche a mitad de semana. Se encogió de hombros: si había algo de qué preocuparse, ya se enteraría.

Cogió de nuevo el álbum para seguir clasificando la nueva serie de sellos norteamericanos que acababa de recibir.

El teléfono sonó varias veces antes de que VJ recordara que sus padres habían salido. Fue al estudio, descolgó el aparato y saludó.

- El doctor Víctor Frank, por favor - dijo una voz. Sonaba distante y apagada, como si hubiera tapado el auricular con un pañuelo.

- El doctor Frank no está en casa - dijo VJ amablemente -.

¿Quiere dejar algún recado?

- ¿Cuándo volverá?

- Dentro de una hora, aproximadamente.

- ¿Hablo con su hijo?

- Sí.

- Entonces te doy el recado. Dile a tu padre que lo piense bien y que se muestre más razonable. En caso contrario lo va a pasar muy mal. ¿Entendido?

- ¿Quién habla?

- Díselo a tu padre. El ya sabe de qué va la cosa.

- ¿Pero quién habla? - repitió VJ, atemorizado. La única respuesta que recibió fue el sonido de la palanca.

VJ colgó el auricular lentamente. Aguzó el oído, consciente de que estaba totalmente solo en la casa. Nunca había prestado atención a los ruidos nocturnos de la casa vacía. El radiador siseaba en el rincón. Desde algún lugar venia un ruido metálico sordo probablemente una cañería de agua caliente. Fuera, el viento arrojaba la nieve contra la ventana.

VJ cogió el teléfono para efectuar una llamada. Cuando el hombre respondió, le dijo que estaba asustado. El hombre le aseguró que no tenía de qué preocuparse. Se sintió más tranquilo al cortar la comunicación, pero descendió a la planta baja para asegurarse de que todas las puertas y ventanas estaban cerradas. No bajó al sótano, pero cerró la puerta de entrada con llave.

Volvió a su cuarto y encendió el ordenador. Hubiera deseado que la gata se quedara con él, pero sabia que de nada le serviría salir a buscarla. Kissa le tenia miedo, hecho que él trataba de ocultar para que su madre no lo advirtiera. Ocultaba tantas cosas a su madre, que pasaba el día en tensión. Pero él no había elegido su destino.

Encendido el ordenador, puso el programa del Pac-Man y trató de concentrarse.

Los fluorescentes parpadearon un par de veces antes de inundar el salón con su luz desagradable. Víctor abrió la puerta y entraron en el laboratorio. Ella había estado allí algunas veces, pero siempre de día. Le sorprendió el aspecto siniestro del lugar por la noche, sin seres humanos que le dieran vida. Era una sala de unos quince metros de largo por diez de ancho, con bancos y mesas alineados contra las paredes. Ocupaba el centro una especie de gran mesa cubierta de instrumental científico, con aparatos de aspecto extraño. Había sintonizadores, tubos de rayos catódicos, ordenadores, frascos, tubos de vidrio y una maraña de cables electrónicos.

Había varias salidas desde la sala principal. Víctor y Marsha salieron por una de las puertas a una sala menor, en forma de L, ocupada por mesas de disección. Marsha se estremeció al ver los bisturís y otros instrumentos de tortura. Más allá de esa sala, a través de una puerta de vidrio con rejilla metálica, se veían los perros y monos. Los animales se movían nerviosos detrás de los barrotes de las jaulas. Marsha apartó la mirada. Era un aspecto de la tarea investigadora en el que prefería no pensar.

- Por aquí - dijo Víctor, y la condujo al extremo de la sala en forma de L, rematado con una pared de vidrio. Al encenderse la luz, Marsha advirtió sorprendida que detrás del vidrio había una serie de acuarios ocupados por decenas de extrañas criaturas marinas. Parecían caracoles sin caparazón.

Víctor acercó una escalera y contempló un instante los acuarios. Cogió una bandeja de disección, subió a la escalera y con una redecilla sacó dos criaturas de sendos depósitos.

- ¿Es necesario hacer todo esto? - preguntó Marsha. No comprendía qué tenían que ver esas criaturas horribles con la salud de VJ.

Víctor no respondió. Bajó de la escalera con la bandeja en una mano. Marsha contempló los animales. Median casi treinta centímetros, su piel era de color marrón y tenían un aspecto viscoso.

Tuvo que reprimir las náuseas. Detestaba estas cosas. Ese era uno de los motivos que la había llevado a elegir la psiquiatría: la terapia era limpia, atractiva y muy humana.

- ¡Víctor! - exclamó Marsha, mientras él abría las aletas, o lo que fueran, de los animales, y las sujetaba con alfileres a la cera que cubría el fondo de la bandeja -. ¿Por qué no me dices de qué se trata y nos ahorramos todo este espectáculo?

- Porque no me creerías - dijo Víctor -. Sólo te pido un poco más de paciencia.

Cogió un bisturí y le puso una hoja nueva, afilada como una navaja. Abrió rápidamente los animales. Marsha apartó la vista.

- Estos son del género aplasia - dijo Víctor. Estaba nervioso, pero trataba de disimularlo hablando en un tono académico -.

Son de uso común para el estudio de las células nerviosas. – Cogió unas tijeras y efectuó una serie de cortes rápidos y precisos -. Ya está . Acabo de separar el ganglio abdominal de cada uno.

Víctor le mostró un plato lleno de un líquido transparente, en cuyo centro flotaban dos piezas diminutas de tejido animal.

- Vamos al microscopio - dijo Víctor.

Librodot

- ¿Y esas pobres criaturas? - pregunto Marsha, haciendo un esfuerzo por mirar la bandeja de disección. Los animales parecían debatirse, sujetos con alfileres a la cera.

- Los técnicos lo limpiar n todo por la mañana - dijo Víctor, que no había interpretado correctamente sus palabras.

Marsha echó una última mirada a los aplasia y se dirigió al microscopio de disección, de doble ocular, en el que Víctor ya enfocaba las dos preparaciones.

Se inclinó para mirar. Los ganglios tenían la forma de una letra H, en la que el trazo transversal parecía una bolsa transparente llena de bolitas de vidrio. Los otros dos trazos de la H eran evidentemente fibras nerviosas seccionadas. Moviendo la aguja.

Víctor le pidió que contara las células nerviosas, o neuronas, medida que el las señalaba.

Marsha obedeció.

- Bueno, ahora veamos el otro ganglio - dijo Víctor.

Pasó el campo visual hasta que apareció otra H, similar a la primera.

- A ver, cuenta otra vez.

- Tiene el doble de neuronas que el primero.

- ¡Exactamente! - dijo Víctor. Dejó el microscopio y empezó a pasearse por la sala. Su mirada era febril, y por primera vez

Marsha sintió un poco de miedo -. Hace doce años empecé a sentir interés por el aplasia debido a sus células nerviosas. Yo sabia, como todo el mundo, que las células nerviosas se desarrollan y proliferan durante los primeros estadios de desarrollo del embrión. Como el aplasia es relativamente menos complejo que los animales superiores, pude aislar la proteína que provoca el proceso. La llamé factor de desarrollo nervioso, FDN. ¿Hasta aquí está claro?

Víctor dejó de pasearse y la miró a los ojos.

- Sí - dijo Marsha. El parecía alterado, con una inquietante expresión mesiánica. De pronto la asaltó una idea aterradora, como si adivinara la conclusión, que hasta el momento parecía no tener relación alguna con su hijo.

Víctor empezó a pasearse otra vez, mientras su excitación parecía aumentar:

- Por medio de la ingeniería genética, reproduje la proteína y aislé el gen causante de todo. Y ahora viene lo más espectacular.

- La miró otra vez, con un brillo extraño en la mirada -. Cogí un huevo fertilizado, un cigoto de aplasia, y después de efectuar una mutación puntual en el DNA, inserté el gen FDN con un activador.

¿Y cuál fue el resultado?

- Mayor número de neuronas en el ganglio - replicó Marsha.

Librodot

- Efectivamente - dijo Víctor, muy excitado -. Y lo que es más, la capacidad de transmitir esa característica a su descendencia. Volvamos a la sala principal. - Le dio una mano para ayudarla a levantarse.

Lo siguió en silencio a una mesa iluminada donde se veían varias transparencias ampliadas de secciones microscópicas de cerebro de rata. No hacía falta contar para advertir que el número de neuronas era mucho mayor en algunas fotografías que en otras.

Aturdida, se dejó llevar a la sala de los animales, donde él se puso unos gruesos guantes de cuero.

Marsha contuvo el aliento. El lugar apestaba a zoológico sucio. Las jaulas alojaban a centenares de monos, perros, gatos y ratas. Se detuvieron ante las jaulas de las ratas. Marsha se estremeció al ver los innumerables hocicos rosados que husmeaban sin cesar, y las largas colas peladas.

Víctor abrió una de las jaulas y sacó una gran rata, que trató de morderle los dedos.

- ¡Tranquilo, Charlie! - dijo. Llevó la rata a una mesa con tapa de vidrio, levantó la tapa y dejó caer el animal en un pequeño laberinto, justo delante de la puerta de entrada.

- Observa - dijo Víctor, y levantó la puerta.

Tras una breve pausa, la rata entró al laberinto, lo recorrió equivocándose en sólo dos o tres vueltas y llegó al final, donde la esperaba el premio.

- Ha ido rápido, ¿no? - dijo Víctor con satisfacción -. Esta es una de mis ratas inteligentes, inoculada con el gen FDN. Ahora viene lo mejor.

Volvió a colocar la rata en la posición inicial, pero en un sector sin acceso al laberinto. Volvió a la jaula, de donde cogió otra rata y la colocó en el dispositivo, de manera tal que los dos animales quedaron frente a frente, separados por una rejilla metálica.

Esperó un par de minutos, después levantó la puerta y la rata recorrió el laberinto sin cometer un solo error.

- ¿Comprendes lo que acabas de presenciar? - preguntó Víctor.

Marsha movió la cabeza.

- Comunicación entre ratas - dijo Víctor -. Estas ratas son capaces de explicarse el laberinto unas a otras. Es increíble.

- Desde luego - dijo Marsha sin entusiasmo.

- He repetido este estudio de proliferación de neuronas con centenares de ratas - dijo Víctor.

Marsha asintió, temblorosa.

- Lo he repetido con cincuenta perros, seis vacas y una oveja

Librodot

- prosiguió -. Con monos, no. Tuve miedo de que resultara demasiado efectivo. Recordaba la vieja película El planeta de los simios. - Se echó a reír, y el sonido de su risa resonó en las paredes de la sala.

Marsha no podía reír. Se estremeció:

- ¿Adónde quieres ir a parar? - preguntó, aunque su mente ya barruntaba la aterradora respuesta.

Víctor evitó mirarla a los ojos.

- ¡Contesta, por favor! - rogó Marsha, al borde de las lágrimas.

- Te explico todo esto para que puedas comprender - dijo Víctor, aunque sabía que ella no lo entendería -. Créeme, lo que vino después no lo premedité. Acababa de terminar la experiencia de la oveja con todo éxito, cuando tú empezaste a hablar de tener otro hijo. ¿Recuerdas cuando decidimos acudir a “Fertility”?

Marsha asintió, sin poder contener las lágrimas.

- Tu cosecha de óvulos fue muy abundante: ocho en total.

Sintió que sus piernas se aflojaban y tuvo que agarrarse a la mesa para mantenerse en pie.

- Yo mismo los fertilicé in vitro con mi esperma – prosiguió Víctor -. Eso lo sabes. Pero lo que no te dije es que traje los óvulos fertilizados al laboratorio.

Marsha se soltó de la mesa y se dirigió tambaleando hacia un banco, a punto de desmayarse. Se sentó pesadamente. Le parecía imposible soportar el resto de la explicación, pero a estas alturas era consciente de que Víctor seguiría hasta el final. De alguna manera, él parecía creer que su pecado se volvía menos monstruoso si conseguía explicarlo en términos puramente científicos. ¿Era éste el hombre con quien se había casado?

- Traje los cigotos - prosiguió - , elegí una secuencia sin sentido en el DNA y efectúe una mutación puntual a nivel del cromosoma seis. Luego, por medio de una técnica de microinyección y un vector retroviral, inoculé el gen FDN con varios activadores.

Entre ellos había un plásmido bacteriano codificado para ofrecer resistencia a un antibiótico cefalosporino llamado cefaloclor. - Víctor hizo una pausa, pero no levantó la mirada -. Por eso obligué a Mary Millman a tomar cefaloclor desde la segunda hasta la octava semana del embarazo. El cefaloclor activaba al gen productor del factor de desarrollo nervioso. - Entonces levantó la mirada -: Que Dios me perdone, pero en ese momento me pareció una idea extraordinaria. Después comprendí mi error. Viví aterrado hasta que nació VJ.

Bruscamente embargada por la furia, Marsha se puso en pie de un salto y empezó a golpearlo con los puños. El no trató de protegerse, esperó a que ella bajara los brazos, llorando en silencio. Intentó abrazarla, pero ella salió a la sala principal y se sentó. Víctor fue tras ella, pero Marsha no se dignó dirigirle la mirada.

- Perdóname - dijo -. No lo hubiera hecho si no hubiera tenido la seguridad de que todo marcharía bien. Jamás tuve problemas con los animales. Y la idea de tener un hijo superdotado era tan seductora...

Librodot

- Todavía no puedo creer que hicieras algo tan horrible - sollozó.

- No es tan raro que un investigador experimente con su propio cuerpo - dijo Víctor, sabiendo que era lo peor que podía decir.

- ¡Con el suyo! - gritó Marsha -. ¡No con el de un niño indefenso! - Sollozó sin poder contenerse, pero el miedo acabó por imponerse a la angustia.

Con gran esfuerzo, logró dominarse. Lo de Víctor no tenía perdón, pero era imposible remediarlo. Tenía que afrontar la realidad en bien de VJ. Trató de contener las lágrimas.

- Está bien - dijo -, ya estoy enterada. Pero lo que no comprendo es por qué quieres que le hagan esas pruebas. ¿Tienes miedo de que sufra un nuevo descenso de su coeficiente intelectual?

En ese momento recordó lo sucedido seis años atrás. Todavía vivían en la casa pequeña. David y Janice estaban vivos y sanos.

Era una época feliz, en la que VJ empezaba a desarrollar sus increíbles poderes mentales. A los tres años leía de todo y recordaba casi todo. Su coeficiente intelectual era de doscientos cincuenta.

El cambio había sido extremadamente brusco y repentino. Ella había pasado por “Chimera” a recoger a VJ de la guardería, donde pasaba la tarde. Por la mañana lo llevaba a la escuela “Crocker”

Apenas vio la cara de la directora, supo que había algún problema. Pauline Spaulding era una persona maravillosa, que a los cuarenta y dos años había descubierto que su verdadera vocación no era la escuela primaria ni la enseñanza de gimnasia aeróbica, sino la dirección de una guardería. Le gustaba su trabajo, amaba a los niños y éstos la adoraban por el entusiasmo que ponía en su tarea. Ese día parecía muy preocupada.

- VJ tiene un problema - dijo sin preámbulos.

- ¿Está enfermo? ¿Dónde está?

- Aquí - dijo Pauline -. No está enfermo. Físicamente está bien, el problema es otro.

- ¡Bueno, dígamelo de una vez! - exclamó Marsha.

- Ha sido inmediatamente después de la comida. Cuando los demás niños van a descansar, él se mete en el taller a jugar al ajedrez con el ordenador.

- Sí, ya lo sé - dijo Marsha. Le había dado permiso porque VJ decía que no necesitaba dormir y que le molestaba perder el tiempo.

- El estaba solo en el taller - prosiguió Pauline -, pero de repente oí un ruido fuerte y me acerqué corriendo, VJ estaba golpeando el ordenador con una silla.

- ¡No me diga! - exclamó Marsha. Las rabietas no formaban parte de la conducta de VJ -. ¿Le dio alguna explicación?

- Lloraba, señora Frank.

- ¿Lloraba? - preguntó Marsha, atónita. VJ jamás lloraba.

- Lloraba como cualquier niño de tres años y medio.

- ¿Adónde quiere ir a parar?

- Me parece que VJ destrozó el ordenador porque de repente no supo usarlo.

- Pero es absurdo - exclamó Marsha. VJ usaba el ordenador desde que tenía dos años y medio.

- Espere - dijo Pauline -. Para tranquilizarlo, le di su libro sobre los dinosaurios. Lo hizo pedazos

Marsha entró en el taller. A esa hora sólo había tres niños. Sentado a la mesa, VJ coloreaba un libro, como cualquier otro niño de su edad. Al verla, dejó caer el lápiz y corrió a abrazarla. Se puso a llorar y dijo que le dolía la cabeza.

Marsha lo abrazó con fuerza:

¿Es verdad que has roto el libro? - preguntó.

VJ apartó la mirada:

- Sí.

- ¿Por qué?

- Porque ya no puedo leer.

Durante los días siguientes, lo sometieron a una batería exhaustiva de pruebas neurológicas para eliminar ese tipo de trastornos.

Todos los resultados fueron negativos, pero cuando Marsha lo sometió a una serie de tests de inteligencia que el niño había realizado el año anterior, descubrieron horrorizados que su coeficiente había descendido a 130. Seguía siendo alto, pero en modo alguno el de un genio.

Víctor la devolvió al presente al asegurarle que no había ningún problema con la inteligencia de VJ.

- Entonces, ¿por qué quieres hacerle los exámenes?

- Porque..., bueno, porque me parece conveniente - dijo Víctor sin convicción.

- Soy tu esposa desde hace dieciséis años - dijo Marsha después de una pausa -. Sé que no me está s diciendo la verdad.

Era difícil creer que Víctor todavía no le había dicho lo peor.

El se pasó los dedos por la espesa cabellera:

- Es por lo que sucedió con los bebés de Hobbs y de Murray.

- ¿Quiénes son?

- William Hobbs y Horace Murray son trabajadores de la empresa - respondió Víctor.

- No me digas que también convertiste a sus hijos en monstruos. . .

- Peor aún - dijo Víctor -. Las dos parejas eran estériles. Había que donarles los gametos. Yo había congelado los otros siete cigotos nuestros, y puesto que esas familias estaban en inmejorable situación para ofrecerles un buen hogar, les di dos de los nuestros.

- ¿Quieres decir que esos bebés son hijos genéticos míos? - preguntó con incredulidad.

- Nuestros - asintió Víctor.

- ¡Dios mio! - exclamó Marsha, aturdida ante la nueva revelación. Su estado de ánimo iba más allá de cualquier emoción.

- Es lo mismo que donar espermatozoides u óvulos. En realidad es más eficaz, porque ya está n unidos.

- Tal vez para ti es lo mismo - dijo Marsha -, después de lo que le hiciste a VJ. Pero yo pienso de un modo distinto. No puedo concebir que un extraño críe a mis hijos. Y los cinco cigotos restantes, ¿dónde están?

Aunque estaba exhausto, Víctor se levantó de su asiento y se dirigió a un artefacto metálico cilíndrico, semejante a una m quina de lavar, instalado en el centro de la sala. Estaba conectado por medio de tubos de goma a un gran tubo de nitrógeno líquido.

- Aquí están, en animación suspendida por medio de congelamiento - dijo Víctor -. ¿Quieres verlos?

Marsha negó con la cabeza. Estaba anonadada. Era médico y conocía la existencia de esa tecnología, pero las pocas ocasiones que pensó en ello fue siempre en abstracto. Jamás pudo imaginar que tendría que ver con su propia vida.

- Mi intención era revelártelo todo, pero poco a poco - prosiguió Víctor -. Pero bueno, ahora ya lo sabes. Quiero que examinen a VJ para estar seguro de que no sufre los efectos de la terapia inicial.

- ¿Por qué? - preguntó Marsha con amargura -. ¿Qué les pasó a los otros niños?

- Se pusieron enfermos.

- ¿Enfermos? ¿Qué enfermedad tienen?

- Tenían dijo Víctor -. Murieron de edema cerebral agudo. Todavía no se conocen las causas.

Otra vez sintió un fuerte mareo y tuvo que bajar la cabeza para evitar desmayarse. En cuanto empezaba a recuperarse, Víctor le revelaba una nueva catástrofe.

- ¿Fue algo repentino o habían estado enfermos?

- Repentino.

- ¿Cuántos años tenían?

Librodot

- Tres años, más o menos.

La impresora de uno de los ordenadores escupió rápidamente una serie de cifras, al tiempo que se encendía una unidad de refrigeración que empezó a emitir un leve zumbido. El laboratorio funcionaba solo: los seres humanos sobraban.

- Y los niños que murieron, ¿tenían el mismo gen FDN que VJ?

- Sí.

- ¿Y murieron a la misma edad en que VJ sufrió la pérdida de inteligencia?

- Sí, más o menos. Por eso quiero hacerle las pruebas, para asegurarme de que no se está gestando otro problema. Pero está sano. Si no hubiera sucedido lo de los Hobbs y los Murray, ni siquiera hubiera pensado en las pruebas. Confía en mí.

En otras circunstancias, Marsha se hubiera echado a reír. Víctor acababa de destruir su vida, y ahora le pedía que confiara en él. Era inconcebible que un hombre utilizara a su propio hijo como conejillo de Indias. Pero no había forma de rectificar lo pasado.

Había que ocuparse del presente.

- ¿Crees que le puede suceder lo mismo a VJ?

- Lo dudo. Ya han pasado siete años desde lo que yo llamaría el momento critico, cuando descendió su coeficiente intelectual.

Tal vez lo sucedido a los otros niños estuvo en función del congelamiento previo de los cigotos... - Se interrumpió al ver la expresión de su mujer: a ella no le interesaba el aspecto científico de la tragedia.

- ¿Y la pérdida de inteligencia de VJ? - preguntó Marsha -. Tenía casi la misma edad que estos niños. ¿Habrá sufrido el mismo mal en una forma benigna?

- Puede ser, pero la verdad es que no lo sé - replicó Víctor.

La mirada de Marsha se paseó lentamente por el laboratorio, con sus aparatos futuristas. Ahora los veía bajo una nueva luz. La investigación científica representaba la esperanza del futuro al derrotar la enfermedad, pero también abría caminos potencial mente siniestros.

- ¡Quiero salir! - exclamó Marsha de pronto. Se levantó con brusquedad, y su silla se deslizó sobre las ruedas hasta estrellarse contra el frigorífico que contenía los cigotos. Víctor la devolvió a su lugar. Marsha ya había salido y se alejaba resueltamente por el pasillo. Víctor cerró con llave y la siguió. Logró subir al ascensor con ella cuando ya se cerraban las puertas. Marsha se apartó de él, asqueada y furiosa. Pero por encima de todo, estaba preocupada por VJ y quería volver rápidamente a casa.

Salieron en silencio. Víctor pensó que seria inútil tratar de hablar. El suelo estaba cubierto de una capa resbaladiza de nieve que los obligaba a caminar con precaución. Marsha era consciente de la mirada de su esposo al subir al coche, pero se sentó en silencio. No abrió la boca hasta que cruzaron el río Merrimack.

Librodot

- Tenía entendido que la ley prohibía los experimentos con embriones humanos - dijo. Sabía que el verdadero crimen de Víctor era de tipo moral, pero todavía no estaba en condiciones de hacer frente a toda la verdad.

- La ley no es clara al respecto - dijo Víctor, encantado de poder evitar la discusión sobre el aspecto ético de la cuestión -. Se promulgó un decreto prohibiendo este tipo de experimentos, pero se refería sólo a las instituciones que reciben ayudas oficiales. No abarcaba a las instituciones privadas como “Chimera”. - No abundó más en el tema. Sabía que sus acciones eran inexcusables. Siguieron un rato en silencio, hasta que él tomó de nuevo la palabra -: No te revelé la verdad antes porque quería que criaras a VJ como a un chico igual que cualquier otro.

Marsha se volvió para mirarlo, y vio su cara a la luz de los faros de los automóviles que avanzaban en sentido contrario.

- No me lo dijiste porque sabias que habías hecho algo horrible.

- Tal vez tengas razón - respondió al doblar la esquina de la calle Windsor -. Creo que me sentía culpable. Durante el embarazo estuve varias veces al borde de la crisis nerviosa. Y después, cuando perdió su inteligencia, estuve a punto de volverme loco.

Sólo me sentí más tranquilo en los últimos cinco años.

- Entonces, ¿por qué usaste esos cigotos?

- Porque estaba convencido de que el experimento había dado buen resultado. Y además, porque eran familias perfectamente capacitadas para tener un hijo superdotado. Pero ahora soy consciente de que hice mal.

- ¿Lo dices en serio?

- Te lo juro por Dios.

Al llegar a casa, Marsha sintió por primera vez desde la experiencia con las ratas que tal vez algún día podría perdonarlo. Entonces, si VJ realmente estaba bien, si resultaba que sus preocupaciones eran infundadas, tal vez seguirían siendo una familia. Tal vez. Marsha cerró los ojos y se puso a rezar. Había perdido un hijo y rogó a Dios que protegiera al otro. Le parecía imposible sobrevivir a una nueva pérdida.

La luz del cuarto de VJ estaba encendida. Siempre leía o estudiaba un poco por la noche, porque aunque parecía solitario y distante en el fondo era un buen chico.

Víctor accionó el dispositivo automático de la puerta del garaje. Apenas detuvo el coche, Marsha bajó y se precipitó a la puerta, ansiosa por comprobar si VJ se encontraba bien. Sin esperar a Víctor, abrió con su llave la puerta de acceso directo a la casa.

Pero la puerta estaba trabada. Víctor trató de abrirla, pero también en vano.

- Está echado el cerrojo - dijo Víctor -. Habrá sido VJ.

Marsha golpeó la puerta violentamente con el puño. Los golpes resonaron en el garaje, pero no hubo respuesta desde el interior.

- ¿Le ocurrirá algo? - preguntó ella, angustiada.

Librodot

- No lo creo - dijo Víctor -. Pero los golpes no se oyen desde su cuarto. ¡Vamos! Entremos por la puerta de delante.

Salieron y bordearon el garaje hacia la puerta principal. Víctor trató de abrirla, pero también estaba trabada con cerrojo. Tocó el timbre, pero no hubo respuesta. Llamó de nuevo. Marsha empezaba a contagiarle su miedo. Cuando iban a probar con otra puerta, oyeron la voz de VJ, que preguntaba quién llamaba a la puerta.

Cuando la abrió, Marsha trató de abrazarlo, pero él la esquivó.

- ¿Dónde habéis estado? - preguntó.

Víctor consultó la hora. Faltaba un cuarto de hora para las diez. Habían estado ausentes una hora y media, aproximadamente.

- En el laboratorio - dijo Marsha. Le extrañaba que VJ hubiera notado su ausencia. Era muy autosuficiente.

- Te han llamado por teléfono - dijo VJ a Víctor -. Han dejado un recado: que lo pasar s mal si no recapacitas y te muestras razonable.

- ¿Quién era? - preguntó Víctor.

- No me quiso decir su nombre.

- ¿Hombre o mujer?

- No lo pude descubrir. Seguramente tapó el auricular con un pañuelo, o algo por el estilo.

- Víctor, ¿me quieres decir qué pasa? - terció Marsha.

- Celos de oficina - dijo -. No hay de qué preocuparse.

Marsha se volvió hacia VJ:

- ¿Te asustaste? ¿Echaste los cerrojos por eso?

- Me asusté un poco - asintió VJ -. Pero después me di cuenta de que no hubieran llamado para dejar ese aviso si tenían intención de venir.

- Sí, tienes razón - dijo Marsha, impresionada por la capacidad de raciocinio de su hijo -. Bueno vamos a la cocina. Una tisana nos vendrá muy bien.

- Yo no, gracias - dijo VJ, y se dirigió a la escalera.

- ¡Hijo! - dijo Víctor, y VJ se detuvo con un pie en la escalera -. Mañana por la mañana iremos al hospital pediátrico de Boston. Quiero que te hagan un examen físico.

- ¡Pero si me siento bien...! No me hace falta ningún examen - dijo VJ, quejumbroso - Y además no me gustan los hospitales.

- Te comprendo perfectamente, pero es necesario que te hagas un examen periódico, como hacemos tu madre y yo. VJ miró a Marsha. Ella quería abrazarlo, asegurarse de que no

le dolía la cabeza ni tenía ningún otro síntoma. Pero no lo hizo: se sentía intimidada por su propio hijo.

- ¡No tengo nada! - insistió VJ.

- Asunto terminado - dijo Víctor -. Basta de discusiones.

VJ miró a su padre; tenía los labios apretados en un rictus furioso. Luego giró sobre sus talones y se dirigió a su cuarto sin decir palabra.

Marsha puso agua a hervir en la cocina. Sabia que necesitaría varios días para digerir la información que había recibido y poner un poco de orden en su cabeza. Después de dieciséis años de matrimonio, se preguntaba si realmente conocía a su marido.

Azotadas por el viento y la nieve, las ventanas crujieron en sus marcos. Marsha se dio media vuelta en la cama y miró la hora en el despertador de la mesilla de noche. Eran las doce y media, y estaba desvelada. Tendido a su lado, Víctor dormía serenamente.

Se levantó, buscó las pantuflas y la bata y salió al pasillo. Una violenta ráfaga de viento hizo crujir los maderos de la vieja casa.

Iba a bajar a su estudio, pero cambió de idea y se dirigió al cuarto de VJ, en el otro extremo del pasillo. Abrió la puerta. VJ había dejado la ventana entreabierta, y las cortinas se agitaban al viento. Marsha entró sigilosamente y la cerró.

Contempló a su hijo dormido, sus rizos dorados y su cara de ángel. Reprimió el impulso de acariciarlo. Detestaba que lo abrazaran; a veces le parecía increíble que él y David fuesen hermanos.

Se preguntó si su aversión a las caricias tendría alguna relación con los genes extraños que Víctor le había inoculado. Nunca lo sabría. Pero ahora no le cabía duda de que su preocupación por el desarrollo de la personalidad de VJ no carecía de fundamento.

Apartó la ropa de la silla y se sentó. Cuando era bebé, parecía un santo. Lloraba muy poco y dormía toda la noche. A los pocos meses de nacer comenzó a hablar, y todos se quedaron atónitos.

Ahora comprendía que el orgullo le había impedido preguntarse si un desarrollo tan precoz no resultaba extraño. Pero nunca se le había ocurrido pensar que pudiera obedecer a causas artificiales. Había sido ingenua. La inteligencia de VJ superaba el genio. Recordó que cuando él tenía tres años, un científico francés y su esposa habían venido a trabajar seis meses a “Chimera”. Michelle, su hija de cinco años, pasaba el día en la guardería. En una semana había aprendido algunas frases en inglés. Pero en el mismo espacio de tiempo, VJ había aprendido el francés a la perfección.

Cuando cumplió los tres años, ella lo sorprendió con una fiesta a la que había invitado a sus compañeros de guardería. Ese sábado, cuando bajó a comer, se encontró con una sala llena de niños con sus madres que le cantaban “Cumpleaños feliz". No le gustó. Tiró de su madre y preguntó:

- ¿Por qué los has invitado? Los veo cada día en la guardería y los odio. ¡Me vuelven loco!

Librodot

Quedó atónita, pero justificó la actitud del niño pensando que al ser tan inteligente, prefería alternar con los adultos y que jugar con niños de su edad era un castigo para él.

VJ murmuró en sueños, y Marsha volvió al presente y a todos los problemas que hubiera preferido olvidar. ¡Era tan hermoso!

Difícilmente se podía identificar ese rostro angelical con la monstruosa verdad revelada en el laboratorio. Ahora empezaba a comprender el motivo de su frialdad y de su falta de afecto, e incluso por qué parecía sufrir algunos de los trastornos de la personalidad que manifestaba Jasper Lewis. Pensó con amargura que, después de todo, no podía atribuir el problema a sus ausencias de casa durante los primeros años de vida del niño.

Bueno, si Víctor quería un examen médico y neurológico completo, ella lo sometería a una batería de tests psicológicos. En todo caso, no le haría daño.

Martes por la mañana
CAPITULO ó

Fueron a Boston en sus respectivos automóviles, porque Víctor quería volver directamente a “Chimera”. VJ optó por ir con Marsha.

Durante el viaje no sucedió nada. Marsha quería hacerle hablar, pero él respondía a sus preguntas con un lacónico si o no.

Abandonó el intento hasta poco antes de llegar al hospital.

- ¿Has sufrido dolores de cabeza últimamente? - preguntó, rompiendo el prolongado silencio.

- No - dijo VJ -. Estoy bien, ya te lo dije. ¿Por qué estáis preocupados por mi salud.

- Ha sido idea de tu padre - dijo Marsha. No había motivos para ocultarle la verdad -. Dice que es medicina preventiva.

- Yo digo que es una pérdida de tiempo.

Librodot

- ¿No has tenido problemas de memoria?

- ¡Por enésima vez te digo que no tengo nada! - replicó bruscamente.

- Bueno, está bien. No te alteres. Nos alegramos mucho de que seas un chico sano. Queremos que sigas así. - Se preguntó cómo reaccionaría si le dijeran que era un ser quimérico, con genes animales en sus cromosomas.

- ¿Recuerdas cuando tenias tres años y de repente fuiste incapaz de leer? - preguntó Marsha.

- Claro que lo recuerdo.

- Nunca hablamos de eso - dijo Marsha.

VJ volvió la cara hacia la ventanilla.

- ¿Te sentiste muy mal cuando lo descubriste?

VJ se volvió para mirarla:

- Mamá, no juegues a psiquiatra conmigo. Claro que me sentí mal. Era desagradable no poder hacer las cosas que antes hacía.

Pero volví a aprender y ahora estoy muy bien.

- Cuando quieras hablar de ello, estoy dispuesta - dijo Marsha -. Me preocupa mucho, aunque nunca lo menciono. Para mí fue una época horrible. Tenía miedo de que te pusieras enfermo, pero cuando te recuperaste traté de no volver a pensar en lo que pasó.

Subieron a la sala de espera del doctor Clifford Ruddock, jefe de neurología. Víctor había llegado quince minutos antes. VJ se enfrascó en una revista, y Víctor llamó a Marsha para hablarle a solas.

- Ya he hablado con Ruddock. Acepta comparar el estado neurológico actual de VJ con los resultados de las pruebas que le hicieron cuando descendió su coeficiente intelectual. Pero se muestra un poco suspicaz. Evidentemente, no está enterado sobre el gen FDN y yo no le diré nada.

- Por supuesto - dijo Marsha.

Víctor le lanzó una mirada:

- Confío en que colabores con esto que quiero hacer.

- Voy a hacer algo más - dijo Marsha -. Cuando terminemos aquí, me lo llevaré al consultorio para aplicarle una batería de tests psicológicos.

- ¿Y para qué diablos le vas a aplicar esos tests?

- ¿De veras no lo sabes?

El doctor Ruddock, un hombre alto y delgado de barba y cabellos rojizos, hizo pasar a los Frank a su consultorio para conversar brevemente con ellos antes de iniciar el examen.

Librodot

Preguntó al chico si lo recordaba. VJ dijo que sí, que recordaba sobre todo su olor. Víctor y Marsha soltaron una risita nerviosa.

- Me refiero a la colonia - dijo VJ -. “Hermes” para después del afeitado.

Desconcertado por la alusión personal, el doctor Ruddock presentó a su adjunto de neurología pediátrica, el doctor Chris Stevens.

El doctor Stevens realizó las pruebas. Permitió a Víctor y Marsha permanecer en la sala, por ser médicos. Fue un examen neurológico total. En menos de una hora se estudió el sistema nervioso de VJ desde todos los puntos de vista posibles. Los resultados eran normales.

Luego comenzó el trabajo de laboratorio. Stevens cogió muestras de sangre para los análisis químicos de rutina. Víctor hizo congelar una parte de la muestra para hacerla analizar en “Chimera”. Luego sometieron a VJ a exploraciones con haces electrónicos PET y NMR.

Durante la primera exploración le inyectaron sustancias radiactivas inocuas que emitían positrones en su brazo, mientras introducía la cabeza en un enorme aparato en forma de rosca.

Los positrones chocaban con los electrones del cerebro y en cada colisión emitían energía en forma de rayos gamma. Los cristales del haz explorador PET registraban los rayos gamma, y un ordenador generaba una imagen a partir de la trayectoria de la radiación.

Para efectuar el NMR lo introdujeron en un cilindro de dos metros de longitud rodeado de imanes superconductores con helio líquido. El campo magnético resultante, setenta mil veces mayor que el de la Tierra, alineaba los núcleos de los tomos de hidrógeno del agua en el organismo. Cuando una longitud de onda de determinada frecuencia los desordenaba, volvían a alinearse y en ese momento emitían una débil señal de radio, recibida por los sensores del aparato y transformada por el ordenador en imagen.

Concluidas las pruebas, el doctor Ruddock se encerró en el consultorio con Víctor y Marsha, mientras VJ los esperaba en la sala de visitas. Víctor cruzaba y descruzaba las piernas, alisándose continuamente el pelo con las manos. Durante las pruebas, ni el doctor Stevens ni el técnico habían efectuado comentario alguno, y al final Víctor estaba casi paralizado por la tensión.

- Muy bien - dijo el doctor Ruddock, ordenando los papeles sobre su mesa -. Faltan algunos resultados, sobre todo de los análisis de sangre, pero tenemos algunos positivos.

Marsha se llevó la mano al corazón.

- Las dos imágenes, tanto del PET como del MNR, son anormales - explicó el neurólogo. Con la mano izquierda levantó una de las im genes multicolores del PET y con la otra una pluma que utilizó a manera de puntero para indicar las distintas zonas -. En los hemisferios cerebrales vemos una ingestión muy elevada pero difusa de glucosa. - Dejó el papel y cogió otro -. En esta imagen formada por el MNR se observan claramente los ventrículos.

Marsha se inclinó para ver mejor. Su corazón latía con fuerza.

- Es evidente - prosiguió Ruddock -, que los ventrículos son muy pequeños, mucho menores que lo normal.

- ¿Y eso qué significa? - preguntó Marsha con temor.

El doctor Ruddock se encogió de hombros:

- En mi opinión, nada. Según el doctor Stevens, el examen neurológico del niño es absolutamente normal. Y estos fallos son interesantes, pero lo más probable es que no afecten las funciones cerebrales. Lo único que se me ocurre decirles es que si el cerebro ingiere tanta glucosa, sería conveniente darle algunas golosinas cuando lo vean muy pensativo. - El doctor Ruddock celebró su propia broma con una risa. Víctor y Marsha lo escucharon en silencio, aturdidos por la transición de la mala noticia esperada a la buena noticia recibida.

Víctor fue el primero en recuperarse.

- Seguiremos su consejo - dijo sonriente -. ¿Recomienda alguna golosina en particular?

El doctor Ruddock se echó a reír de nuevo, contento de que su broma hubiera tenido tan buena aceptación.

- La mejor terapia en mi opinión es un chocolatín cada veinticuatro horas.

Marsha le dio las gracias y se precipitó a la puerta. Corrió hacia VJ y lo abrazó con fuerza, sin darle tiempo a reaccionar.

- Todo está bien - le susurró al oído -. Estás sano.

- Eso ya lo sabia - dijo VJ fríamente -. ¿Nos vamos de una vez?

Víctor apareció por detrás y le palmeó el hombro a Marsha:

- Tengo otro asunto que tratar aquí; después me voy al despacho. Nos vemos esta noche en casa. ¿De acuerdo?

- Haremos algo especial para la cena - dijo Marsha, y se volvió nuevamente hacia su hijo -: Nos vamos, pero no a casa, jovencito, sino a mi consultorio. Faltan algunos tests.

- ¡Ay, mamá! - protestó VJ.

Marsha sonrió al escuchar su tono de protesta, igual al de cualquier otro chiquillo de su edad.

- Hazle caso a tu madre - dijo Víctor -. Hasta luego.

Besó a Marsha en la mejilla, revolvió el pelo de VJ y salió de la sala.

Víctor cruzó desde los consultorios externos al hospital propiamente dicho, y subió en el ascensor a Patología, donde se hallaba la oficina del doctor Burghofen. No se veía ninguna secretaria, de modo que se asomó. Burghofen escribía a m quina, usando sólo los índices. Víctor golpeó el marco de la puerta.

- ¡Adelante! - gruñó el jefe de Patología. Aporreó un poco más las teclas de la máquina y finalmente se dio por vencido -. No tendría por qué hacer esto, pero mi secretaria falta por enfermedad tres veces a la semana y no me permiten despedirla. No sirvo para jefe.

Librodot

Víctor sonrió: la vida académica tenía sus limitaciones. Lo recordaría la próxima vez que tuviera que atender problemas burocráticos en “Chimera”.

- Quería saber si ya está n hechas las autopsias de los niños que murieron de edema cerebral - dijo Víctor.

El doctor Burghofen revolvió entre los papeles que atestaban su mesa.

- ¿Dónde diablos está la lista? - masculló. Giró en su asiento y encontró lo que buscaba en el estante que había a sus espaldas.

- A ver, a ver, aquí están. Maurice Hobbs y Mark Murray. ¿Se refiere a ellos?

- Así es.

- Los tiene el doctor Shryack. Seguramente las estará haciendo en este momento.

- ¿Puedo presenciar la autopsia? - preguntó Víctor.

- No hay problema - dijo, tras consultar la lista -. Anfiteatro tres. - Y cuando Víctor estaba a punto de salir, añadió -: ¿Usted es médico, no? - Víctor asintió -. Bueno, que se divierta - dijo el patólogo, y se inclinó nuevamente sobre la m quina de escribir.

Al igual que el resto del hospital, el departamento de patología era ultramoderno, equipado con tecnología muy avanzada. Todo era de acero, vidrio o formica.

Las cuatro salas de autopsia parecían quirófanos. Sólo una estaba ocupada. Víctor entró sin llamar. La mesa de disección, como el resto del mobiliario, era de acero inoxidable. Los dos hombres situados a cada lado de la mesa alzaron la vista. Entre ellos estaba tendido el cuerpo de un niño, abierto en dos como un pescado destripado. Había otro pequeño cadáver, cubierto por una sábana, sobre una camilla con ruedas.

Víctor se estremeció. Después de tantos años se había desacostumbrado del impacto de la sala de patología, impacto tanto mayor cuando se trataba de un niño.

- ¿En qué le podemos servir? - preguntó el médico de la derecha. Llevaba mascarilla de cirujano, pero la bata era de un material impermeable.

- Soy el doctor Frank - dijo Víctor, tratando de contener las náuseas. Además del impacto visual, reinaba en el lugar un olor fétido que el acondicionador de aire no conseguía disipar -. Me interesan los casos Hobbs y Murray. El doctor Burghofen me ha dado permiso para venir.

- Pues entonces ya se puede acercar - dijo el patólogo, agitando el bisturí.

Víctor entró con cautela, evitando mirar el pequeño cadáver sin vísceras.

- ¿Doctor Shryack? - preguntó.

- Soy yo - dijo el patólogo. Era un joven de voz cordial y ojos chispeantes -. Este es Samuel Harkinson, mi ayudante. ¿Los niños eran pacientes suyos?

- No, pero me interesa mucho conocer la causa de la muerte.

- Acérquese - dijo Shryack -. ¡Una historia de lo más extraña! Mire este cerebro.

Víctor tragó saliva. Los patólogos habían cortado el cuero cabelludo y lo habían estirado sobre la cara. Luego habían serrado y retirado la tapa de los sesos. El cerebro libre de su prisión, desbordaba la caja craneana, dando al niño el aspecto de un ser extraterrestre. La mayoría de las circunvoluciones corticales estaban aplanadas, por haber sido aplastadas contra el interior de la bóveda craneana.

- Nunca había visto un edema cerebral parecido - dijo el doctor Shryack -. Me ha dado mucho trabajo sacar el cerebro. Entre los dos he tardado más de media hora. - Señaló el cuerpo cubierto por la sábana.

- Hasta que le encontró la vuelta - dijo Harkinson. Tenia un leve acento londinense.

- Así es, Samuel.

Harkinson cogió la cabeza del niño entre las manos y apartó el cerebro inflamado para que Shryack insertara el cuchillo entre el cerebro y la base del cráneo, y seccionara la parte superior de la médula espinal.

Después el cerebro quedó separado con un sonido sordo. Harkinson seccionó los nervios craneales y el patólogo levantó el cerebro para colocarlo sobre el platillo de la balanza. La aguja osciló fuertemente hasta detenerse en 1,ó.

- Casi medio kilo más de lo normal - dijo Shryack. Levantó el cerebro con sus manos enguantadas y lo llevó a una pila, donde lo lavó para eliminar los coágulos de sangre y otros restos. Luego lo colocó sobre una tabla de madera.

Sus manos experimentadas palparon cuidadosamente la masa cerebral en busca de señales de patología macroscópica:

- Aparte del tamaño, parece normal - comentó.

Cogió una cuchilla del cajón y cortó el cerebro en rodajas de algo más de un centímetro de espesor.

- No hay hemorragia ni tumores ni infección. De nuevo era correcto el NMR.

- Quisiera pedirle un favor - dijo Víctor -. ¿Sería posible que me diera una muestra para hacerla analizar en mi laboratorio?

El doctor Shryack se encogió de hombros.

- Supongo que puedo darle una muestra, siempre que no se sepa. Imagine los titulares del Boston Globe: “Médicos regalan tejidos cerebrales.” No nos darían ni una autopsia más.

- No se preocupe, seré una tumba.

- ¿Quiere éste, que es de Hobbs, o el otro?

Los dos. Si no es problema.

- Bueno, creo que da lo mismo dos muestras que una.

- ¿Ya ha hecho la patología macroscópica de las vísceras?

- No, es lo que voy a hacer ahora. ¿La quiere ver?

- Ya que estoy aquí...

--

VJ se mostró aún menos comunicativo en el viaje de vuelta a Lawrence que en la ida a Boston. Evidentemente estaba furioso.

Marsha se preguntó si se dejaría aplicar los tests de buen grado.

En caso contrario, sería una pérdida de tiempo.

Marsha aparcó el automóvil frente al edificio donde tenía el consultorio. Aunque era un solo piso, tuvieron que subir en ascensor porque la puerta de la escalera estaba cerrada con llave.

- Sé que esto no te hace ninguna gracia - dijo Marsha - , pero me parece necesario aplicarte unos tests psicológicos. Sin embargo, si no cooperas, ser una pérdida de tiempo para ti y para Jean.

¿Está claro?

- Perfectamente claro - dijo VJ, mirándola fijamente con sus deslumbrantes ojos celestes.

- Entonces, ¿vas a cooperar?

VJ asintió fríamente.

Jean se alegró mucho de verlos. Había tenido problemas con algunos pacientes de Marsha, pero los había resuelto con su característica eficiencia.

Estaba muy contenta de ver a VJ, aunque él la saludó con escaso entusiasmo y se disculpó para ir al lavabo.

- Está de mal humor - dijo Marsha. Le explicó lo de la mañana y le dijo que preparara la batería de tests psicológicos.

- Con todo el trabajo que tenemos hoy, va a ser difícil – dijo Jean -. Usted no estaba, y el teléfono no ha dejado de sonar.

- Conecta el contestador automático - dijo Marsha -. Tengo que hacerle los tests hoy mismo, es muy importante.

Jean asintió, sacó los formularios y preparó el ordenador para calificar y correlacionar los resultados.

Cuando VJ volvió del lavabo, Jean lo sentó frente al teclado y le preguntó por cuál de los tests quería empezar, dado que ya los conocía.

- Empecemos con los de inteligencia - dijo VJ, más animado que antes.

Durante una hora y media, Jean lo sometió al test de inteligencia WAIS-R, que comprende seis subtests orales y cinco de ejecución. Sabía por experiencia que los resultados eran aceptables, pero muy alejados de los que VJ había conseguido siete años atrás. Advirtió también que el niño vacilaba antes de responder a una pregunta o ejecutar una consigna, como si verificara mentalmente cada respuesta.

- ¡Muy bien! Dijo Jean al terminar -. Bueno, vamos al test de personalidad.

- ¿El MMPI o el MCMI? - preguntó VJ.

- Parece que conoces ciertos libros - dijo Jean.

- Si la madre de uno es psiquiatra...

- Bueno, haremos los dos, pero empecemos por el MMPI – dijo Jean -. No es necesario que yo esté presente. Es de elecciones múltiples. Si me necesitas, llámame.

Jean dejó a VJ en la habitación donde aplicaban los tests y volvió a recepción. Escuchó los mensajes del contestador automático, atendió los que pudo y cuando salió el paciente que Marsha estaba atendiendo, le transmitió los que ella debía contestar en persona.

- ¿Cómo van los tests? - preguntó Marsha.

- Mejor, imposible.

- ¿Muestra buena disposición?

- Si, está muy dócil - dijo Jean -. Casi diría que se divierte con esto.

Marsha movió la cabeza, asombrada.

- Gracias a ti. Esta mañana estaba de un humor de perros.

Jean sonrió ante el elogio.

- Ha hecho el WAIS-R, y ahora está haciendo el MMPI. ¿Qué otros quiere que le aplique? ¿Qué le parece un Rorschach y un Test de Apercepción Temática?

Marsha se mordisqueó la uña del pulgar, pensativa.

- Aplíquele el TAT y dejemos el Rorschach para otro día.

- No me importa aplicarle los dos, si quiere.

- No, sólo el TAT - dijo Marsha, cogiendo el historial clínico del paciente que la esperaba -. No abusemos de la buena disposición de VJ. Además, sería interesante comparar los resultados del TAT con los del Rorschach si los hace en días distintos. - Llamó al paciente que la esperaba y se encerró en el consultorio.

Jean liquidó un poco más de papeleo y volvió a la habitación de los tests. VJ estaba absorto.

- ¿Tienes algún problema? - preguntó Jean.

Librodot

- Algunas preguntas son difíciles - dijo con una sonrisa -. Ni siquiera tienen respuestas apropiadas.

- Se trata de elegir la mejor respuesta posible - dijo Jean.

- Ya lo sé. Es lo que intento hacer.

Al mediodía fueron a comer a la cafetería del hospital. Marsha y Jean pidieron bocadillos de atún, y VJ una hamburguesa y un batido de leche. Marsha estaba contenta ante el cambio de actitud de VJ. Pensó que tal vez sus temores eran infundados, y que los tests revelarían un cuadro psicológico sano. Se moría de ganas por conocer los resultados, pero no podía hablar de ello con Jean en presencia del niño. Media hora más tarde, volvieron a sus respectivas ocupaciones.

Una hora después, Jean conectó el contestador automático y volvió a la habitación de los tests. En ese preciso instante VJ señaló la última respuesta, alzó la mirada y dijo:

- Listo. He acabado.

- Muy bien - dijo Jean. Había contestado las quinientas cincuenta preguntas en la mitad del tiempo normal.

- ¿Seguimos o prefieres descansar un poco?

- No, quiero terminar cuanto antes.

Durante noventa minutos Jean le mostró las tarjetas del TAT, una tras otra. En cada tarjeta había un dibujo en blanco y negro de personas en actitudes que suscitaban respuestas con un trasfondo psicológico. El sujeto debía expresar lo que en su opinión ocurría en cada dibujo y los sentimientos de las personas. Así proyectaba sus fantasías, sentimientos, pautas de relación, necesidades y conflictos.

El TAT no resultaba fácil de aplicar a algunos pacientes, pero en este caso Jean disfrutó con VJ. El chico daba explicaciones interesantes y sus respuestas eran normales y lógicas. Al concluir el test, Jean estaba convencida de que VJ era un muchacho emocionalmente estable, bien adaptado y maduro.

Cuando salió el último paciente, Jean fue al consultorio con los resultados impresos por el ordenador. El MMPI sería evaluado después por un programa con una base de datos más amplia, pero el PC les daba una evaluación preliminar.

Marsha echó una primera ojeada a los resultados, mientras Jean le facilitaba su evaluación clínica inicial.

- Me parece un chico modelo. No veo por qué se preocupa tanto.

- Me alegra oírte decir eso - dijo Marsha, mientras estudiaba rápidamente los resultados del test de inteligencia. La puntuación global era 128, una variación de dos puntos respecto al resultado obtenido siete años atrás. Por consiguiente, el índice no había variado. Era una puntuación buena, muy superior a la media. Pero había una discrepancia que llamaba la atención: una diferencia de quince puntos entre el índice verbal y el de ejecución, siendo aquél inferior a éste, lo que parecía indicar un problema cognitivo relacionado con alguna incapacidad en el área del lenguaje, lo cual no era lógico en absoluto, dada la facilidad con que VJ había aprendido el francés.

Librodot

- Sí, me ha llamado la atención - dijo Jean respondiendo a la pregunta de Marsha -. Pero no le he dado importancia, en vista de la puntuación global tan alta. ¿A usted le parece que es muy importante?

- No sé qué pensar - dijo Marsha -. Nunca había visto un resultado semejante. Bueno, veamos el MMPI.

Marsha ordenó los resultados del inventario de personalidad sobre su mesa. La primera parte comprendía las llamadas escalas de validez. A primera vista, le llamaron la atención las escalas F y K, ambas situadas en el límite superior de lo que se consideraba normal.

- Pero está n dentro de lo normal - insistió Jean cuando Marsha se lo hizo notar.

- Es verdad - dijo Marsha - , pero recuerda que todo esto es relativo. ¿Por qué las escalas de validez son casi anormales?

- Lo hizo muy rápidamente - dijo Jean -. Tal vez se descuidó.

- VJ jamás es descuidado - dijo Marsha -. Bueno, tendré que estudiarlo. Sigamos.

La segunda parte del informe comprendía las escalas clínicas.

Ninguna salía de los límites de la normalidad. Sobre todo, para satisfacción de Marsha, las escalas cuatro y ocho se situaban en los limites normales. Se referían a las desviaciones psicópatas y la conducta esquizofrénica, respectivamente. Marsha suspiró aliviada porque esas escalas tenían una elevada correlación con la realidad clínica, y temía los resultados a la luz del historial clínico de VJ.

Pero seguidamente advirtió que la escala tres era “alta normal” lo que indicaba una tendencia a la histeria y a buscar atención y afecto. Esto no encajaba con la experiencia de Marsha.

- ¿Has observado si VJ cooperaba contigo durante este test? - preguntó.

- Sin ninguna duda - respondió Jean.

- Cualquiera se sentiría feliz con estos resultados - dijo Marsha. Juntó los papeles y los apoyó de canto sobre la mesa, para ordenarlos.

- Más que feliz - asintió Jean.

Marsha grapó los papeles y los guardó en la cartera.

- Pero tanto el Wechsler como el MMPI son algo anormales. O tal vez habría que decir inesperados. Hubiera preferido que fueran normales y punto. Dime, ¿cómo respondió VJ al TAT del hombre que levanta el brazo frente al niño?

- Dijo que le estaba enseñando algo.

- ¿Quién enseñaba, el hombre o el niño? - preguntó riendo.

- El hombre, desde luego.

Librodot

- ¿Había hostilidad en la situación?

- En absoluto.

- ¿Por qué tenía el brazo levantado?

- Porque enseñaba al chico a jugar al tenis. Más exactamente a levantar la raqueta para el servicio.

- ¿Al tenis? VJ nunca ha jugado al tenis.

Al llegar a “Chimera”, Víctor observó que ya no había nieve en el suelo, a pesar de la tormenta de la noche anterior. Estaba nublado, pero la temperatura había subido.

Aparcó en el lugar habitual, pero no fue a la administración sino al laboratorio, con una bolsa de papel marrón.

- Tengo un trabajo urgente y prioritario que quiero que haga - dijo a Robert Grimes el jefe de los técnicos.

Era un hombre delgadísimo y reconcentrado, cuyas camisas demasiado holgadas acentuaban su delgadez. Sus ojos saltones le daban un aire de asombro permanente.

Víctor sacó los tubos de ensayo con sangre congelada de VJ y los frascos con muestras de tejido cerebral de los niños muertos.

- Quiero análisis cromosómicos de estas muestras.

Robert cogió los tubos de ensayo y los agitó; luego examinó las muestras de tejido cerebral.

- ¿Quiere que deje todo lo demás y me ocupe de esto?

- Si, y necesito los resultados lo antes posible. Además, quiero que haga la tinción neural estándar en las muestras de tejido cerebral.

- Tendré que dejar la implantación uterina.

- Tiene mi permiso.

Víctor salió del laboratorio y se dirigió al edificio siguiente, donde se encontraba el ordenador central. Ocupaba el centro geométrico del patio, una ubicación ideal para efectuar las conexiones con las demás instalaciones. La oficina de Louis Kaspwicz ocupaba la planta superior. Víctor encontró al jefe de informática cuando supervisaba a un grupo de técnicos que revisaban uno de los ordenadores. El gran aparato estaba abierto, como un cuerpo humano en el quirófano.

- ¿Tiene alguna información? - preguntó Víctor.

Louis asintió, dijo a los técnicos que prosiguieran la búsqueda del desperfecto y condujo a Víctor a su despacho, donde cogió una carpeta que contenía los archivos del ordenador.

Librodot

- He descubierto por qué no pudo llamar esos archivos desde su terminal - dijo, mientras hojeaba la carpeta.

- Ah, ¿si? - dijo Víctor, mientras el técnico seguía buscando.

Al no encontrar lo que buscaba, se enderezó, mirando a su alrededor. Después cogió una hoja de su mesa y murmuró: “Aquí está .”

- No pudo llamar los archivos Baby-Hobbs y Baby-Murray porque fueron borrados el 18 de noviembre pasado - dijo, agitando la hoja.

- ¿Borrados?

- Si, borrados. El archivo del ordenador correspondiente al 18 de noviembre lo indica claramente.

- Qué extraño - dijo Víctor -. ¿Puede averiguar quién lo hizo?

- Naturalmente - replicó Louis -. Tenemos la clave personal de acceso del usuario.

- Bueno, ¿quién fue? - preguntó Víctor, malhumorado al observar la vacilación del técnico.

Louis se lo quedó mirando y después apartó los ojos.

- Fue usted, doctor Frank.

- ¿Yo? - exclamó, sorprendido. Había esperado cualquier respuesta menos ésa. Recordaba que en algún momento había pensado en borrar esos archivos, e incluso que había consultado el procedimiento para hacerlo, pero no que los hubiera borrado.

- Lo siento - dijo Louis. Evidentemente se sentía incómodo.

- No, está bien - dijo Víctor. Se sentía avergonzado -. Le agradezco las molestias que se ha tomado.

- Ninguna molestia, señor - dijo Louis.

Víctor salió del centro de ordenadores, ensimismado y perplejo. Sabia que últimamente se había vuelto algo distraído y olvidadizo, pero no hasta el punto de borrar un archivo sin poder recordarlo. ¿Habría sido un accidente? Se preguntó qué había hecho el 18 de noviembre. Volvió al edificio de administración y subió lentamente la escalera trasera hasta el segundo piso, donde estaba su despacho. Al recorrer el pasillo decidió comprobar su agenda. Se quitó el abrigo, lo colgó en el perchero y fue a hablar con Colleen.

- ¡Qué susto, doctor Frank! - exclamó la joven cuando Víctor le tocó el hombro. Estaba escribiendo a m quina, totalmente concentrada, y tenia puestos los auriculares del dictáfono -. No lo había visto llegar. Víctor se disculpó; dijo que había entrado por la escalera de atrás.

- ¿Cómo ha ido por el hospital? - preguntó. Víctor le había dicho que llegaría tarde -. ¿Qué tal está VJ?

Librodot

- Está muy bien - sonrió Víctor -. Los resultados de las pruebas han sido normales. Faltan los de algunos análisis de sangre, pero no hay problema.

- ¡Gracias a Dios! - exclamó la secretaria -. Me asustó esta mañana. Un examen neurológico completo es una cosa seria.

- Yo también estaba preocupado - asintió Víctor.

- ¿Quiere ver los avisos? - preguntó Colleen, cogiendo varias hojas de papel de su mesa -. Esta mañana lo ha llamado medio mundo.

- Que esperen - dijo Víctor -. ¿Me busca la agenda de 1988? Me interesa especialmente el 18 de noviembre.

- Ahora mismo se la busco - dijo Colleen. Apartó el dictáfono, se levantó y fue al archivador.

Víctor volvió a su despacho. Mientras esperaba, se puso a pensar en la amenaza telefónica que había recibido VJ y en qué podría hacer al respecto. Llegó a la conclusión de que no había mucho que hacer. Si acusaba a las personas que tenían problemas con él, evidentemente lo negarían.

Colleen entró en el despacho con la agenda de 1988, abierta en la hoja del 18 de noviembre, y la puso sobre la mesa. Había sido un día bastante atareado, pero no había absolutamente nada relacionado con los archivos borrados. La última anotación del día indicaba que por la noche había salido con Marsha a cenar y que luego habían asistido a un concierto de la Sinfónica de Boston.

Marsha se quitó la bata y se deslizó bajo las sábanas, agradablemente calientes. Luego bajó el mando de la manta eléctrica. Víctor se había alejado del calor: nunca encendía su media manta. Se había acostado media hora antes y hojeaba una revista especializada.

Marsha se tendió de lado y estudió el perfil de Víctor. La nariz fina, las mejillas y los labios delgados, le resultaban tan conocidos como su propio cuerpo. Sin embargo, le parecía un extraño.

No terminaba de aceptar el experimento que había realizado con su propio hijo. Sus sentimientos oscilaban entre la incredulidad, la furia y el miedo. Sobre todo, el miedo.

- ¿Tú crees que los análisis indican realmente que VJ está bien? Preguntó.

- Me siento mucho más tranquilo - dijo Víctor sin levantar la vista -. Y tú parecías muy contenta en el consultorio del doctor Ruddock.

Marsha se tendió de espaldas.

- Fue sólo una reacción de alivio porque no apareció ningún tumor cerebral ni nada por el estilo. - Miró otra vez a Víctor -.

Pero todavía no se explica la brusca pérdida de inteligencia.

- Pero eso sucedió hace seis años y medio...

- Lo que me preocupa es que vuelva a suceder.

- Como quieras.

- ¡Víctor! - exclamó -. ¿Podrías dejar esa revista un momento? Tenemos que hablar.

Víctor dejó caer la revista.

- Bueno, hablemos.

- Gracias - dijo Marsha -. Claro que estoy contenta con los resultados del examen físico. Pero las pruebas psicológicas no han sido tan normales. Los resultados son inesperados y un poco contradictorios. - Hizo un breve resumen de los resultados obtenidos, dejando para el final la puntuación relativamente alta en la escala de histeria.

- VJ no es un chico emotivo - dijo Víctor.

- Eso es precisamente a dónde quería ir a parar.

- Me parece que si algo marcha mal son los tests. Los resultados son poco fiables.

- Al contrario, justamente estos tests son de los más fiables.

Pero no sé cómo evaluar los resultados. Por desgracia, sólo consiguen aumentar mi preocupación. Tengo la sensación de que va a suceder algo horrible.

- Escucha - dijo Víctor -. He llevado una muestra de sangre de VJ al laboratorio. Voy a aislar el cromosoma seis. Si no hay cambios, ser la prueba de que todo está bien. Debes tranquilizarte. - Extendió el brazo para palmearle el muslo, pero ella apartó la pierna. Víctor dejó caer la mano sobre la cama -. Si VJ tiene algún problema psicológico leve, eso es otra cosa. Ir a terapia.

¿De acuerdo? - Quería tranquilizarla, pero no sabia qué decir. De ninguna manera mencionaría los archivos borrados.

- Está bien - dijo Marsha, tomando aliento -. Trataré de tranquilizarme. Quiero conocer el resultado del análisis de ADN cuando lo tengas.

- Por supuesto - sonrió Víctor. Ella hizo un esfuerzo por devolverle la sonrisa.

Víctor trató de reanudar la lectura, pero no podía dejar de pensar en los archivos borrados. Se preguntó si lo habría hecho él. Era posible. Como no había relación entre los tres, difícilmente los hubiera podido borrar otra persona.

- ¿Has averiguado la causa de la muerte de los pobres niños?

- Todavía no - dijo Víctor, soltando otra vez la revista -.

Falta una parte de la autopsia, sobre todo el estudio microscópico.

- ¿Habrá sido un cáncer? - preguntó Marsha.

Recordó el día en que David se puso enfermo: fue el 17 de junio de 1984. Jamás olvidaría la fecha. David tenia diez años, y VJ cinco. Estaban de vacaciones y ese día iban a ir a la playa con Janice.

Marsha estaba en su estudio, preparando sus papeles y a punto de ir al consultorio, cuando de pronto David apareció en la puerta, con los brazos caídos.

- Mamá, me encuentro mal.

Marsha no levantó los ojos. Buscaba un expediente que había traído del consultorio el día anterior.

- ¿Qué te duele? - preguntó mientras iba abriendo cajones. La noche anterior David había tenido molestias de estómago, pero le dieron un antiácido y se encontró mejor.

- Tengo la cara fea - dijo.

- No, eres un niño muy guapo - dijo Marsha, de espaldas a él y revisando los estantes empotrados en la pared.

- Estoy todo amarillo.

Dejó de buscar el expediente y se volvió hacia él, que corrió a hundir la cara en su pecho. Era un niño muy afectuoso.

- ¿Por qué dices que está s amarillo? - preguntó, ya algo atemorizada -. Déjame verte la cara - insistió, tratando de apartarlo de si. Seguramente habría una explicación cómica para su aprensión.

Pero David se agarró con fuerza.

- Son los ojos - dijo -. Y la lengua.

- Si tienes la lengua amarilla es porque habrás estado comiendo caramelos de limón. Bueno, déjame ver.

Salieron del estudio, donde había poca luz, y se detuvieron frente a la ventana. Al ver sus ojos a la luz del sol, Marsha contuvo el aliento, angustiada. Era una ictericia grave.

Ese mismo día le aplicaron una tomografía y se descubrió la presencia de un tumor difuso en el hígado. Era un cáncer sumamente virulento, que le destrozó el hígado en pocos días.

- Ninguno de los dos parecía tener cáncer - dijo Víctor, y Marsha se sobresaltó -. No han aparecido tumores en el estudio macroscópico.

Marsha trató de borrar la imagen de David, con los ojos amarillos en aquella cara demacrada. La piel también había adquirido un tinte amarillento. Carraspeó:

- ¿Existe la posibilidad de que la muerte de los niños fuera provocada por los genes extraños que les inoculaste?

- Prefiero creer que no hubo relación entre las dos muertes

- dijo Víctor después de una pausa -. He hecho centenares de experimentos con animales y jamás hubo problemas de salud.

- Pero no está s seguro.

- Efectivamente, no tengo la total seguridad - asintió Víctor.

- ¿Qué harás con los cinco cigotos restantes?

- ¿Qué quieres que haga? Están guardadas en el congelador del laboratorio.

- ¿Son normales o mutantes?

- A todos les inoculé el gen FDN.

- Destrúyelos.

- ¿Pero por qué?

- Me dijiste que lamentabas lo que habías hecho - exclamó Marsha, furiosa -, y todavía me preguntas por qué debes destruirlos.

- No voy a implantarlos - dijo Víctor -. Te lo prometo. Pero los necesito para descubrir qué pasó con los niños. Recuerda que sus cigotos estuvieron congelados. Esa fue la única diferencia.

Marsha estudió el rostro de Víctor. Era horrible darse cuenta de que dudaba de su palabra, y de que esos cigotos eran potencialmente sus hijos. Pero antes de que pudiera responder, se oyó un ruido de cristales seguido de un agudo chillido. El ruido venia del cuarto de VJ.

Marsha y Víctor se levantaron precipitadamente de la cama y corrieron.

Librodot

Martes, por la noche
CAPITULO 7

VJ estaba acurrucado contra la cabecera de la cama, con la cabeza entre los brazos. Sobre la alfombra del centro de la habitación había un ladrillo, al que estaba sujeta una hoja de papel atada con una cinta roja; parecía un paquete envuelto para regalo.

La ventana estaba rota y el suelo lleno de cristales. Evidentemente, alguien había arrojado el ladrillo desde la entrada.

Marsha iba a precipitarse hacia su hijo, pero Víctor la contuvo:

- ¡Cuidado, el suelo está lleno de cristales!

- VJ, ¿estás bien? - preguntó Marsha.

VJ asintió.

Víctor cogió la alfombra oriental del pasillo y la arrojó sobre el suelo. Después se precipitó hacia la ventana. No había nadie abajo.

- Voy a salir - dijo.

- ¡No te hagas el héroe! - chilló Marsha, pero Víctor ya bajaba la escalera. Se volvió hacia VJ -: No te muevas. Hay muchos cristales y podrías cortarte. Enseguida vuelvo.

Corrió a su dormitorio, se puso las pantuflas y la bata y volvió. VJ se dejó abrazar.

- Agárrate fuerte - dijo Marsha, levantándolo con dificultad.

Era más pesado de lo que parecía. Lo sacó al pasillo y lo bajó con alivio.

- Dentro de unos meses ya no podré levantarte - dijo jadeando -. Pesas mucho.

- Voy a averiguar quién ha sido - gruñó VJ.

- ¿Te asustó mucho, cariño? - preguntó Marsha, acariciándole la cabeza.

Le apartó la mano con rudeza:

- Voy a averiguar quién ha sido. ¡Lo voy a matar!

- Bueno, ya ha pasado todo - dijo Marsha, tratando de calmarlo -. Sé qué estás asustado, pero lo importante es que estás bien, que no estás herido.

- Lo voy a matar - insistió VJ -. Ya lo verás. ¡Lo voy a matar!

- Está bien - dijo Marsha. Trató de abrazarlo, pero él se resistió. Lo miró unos instantes. La luz de sus ojos era intensa y penetrante -. Bajemos al estudio. Voy a llamar a la Policía.

Librodot

Víctor corrió hasta la calle y miró en ambas direcciones. A unos veinte metros arrancaba un automóvil. Iba a lanzarse hacia él pero en ese momento se encendieron los faros y el coche se alejó a toda velocidad. No pudo verlo.

Furioso, le arrojó una piedra, pero ya era tarde. Volvió rápidamente a la casa. Marsha y VJ estaban conversando en el estudio, pero callaron al ver a Víctor.

- ¿Dónde está el ladrillo? - preguntó Víctor, jadeando.

- En el cuarto de VJ - dijo Marsha -. Lo dejamos donde cayó.

VJ me estaba contando que piensa matar al que lo ha tirado.

- ¡Es verdad, lo mataré! - dijo el chico.

Víctor pensó con disgusto que para Marsha seria una prueba más de que el chico estaba trastornado. Volvió a la habitación.

El ladrillo seguía en el mismo lugar. Se inclinó y cogió el papel atado a la cinta. El mensaje, escrito a máquina, decía: “Recuerde que tenemos un acuerdo.” Víctor hizo una mueca de disgusto. ¿Quién diablos habría hecho una cosa así?

Volvió al estudio con el ladrillo y el mensaje y se los mostró a Marsha, que los cogió en sus manos. Iba a decir algo cuando sonó el timbre.

- ¿Qué pasa ahora? - preguntó Víctor.

- Es la Policía - dijo Marsha, poniéndose de pie -. La he llamado mientras tú corrías por ahí. - Salió del estudio y bajó las escaleras.

Víctor miró a VJ:

- Te has asustado, ¿verdad campeón?

- Desde luego - dijo VJ -. Cualquiera en mi lugar se hubiera asustado.

- Claro, es lógico. Lamento que tengas que sufrir esto. Quiero decir, lo de la llamada de anoche, y ahora el ladrillo. Sé que no lo vas a entender, pero tengo problemas con el personal del laboratorio. Voy a tener que hacer algo para que no se repitan estos incidentes.

- No tiene importancia - dijo VJ.

- Te agradezco que lo tomes así - dijo Víctor -. Bueno, vamos a bajar. La Policía está esperando.

- ¿Y qué puede hacer la Policía? Nada - dijo VJ. Pero se levantó, dirigiéndose a la escalera.

Víctor lo siguió. Pensaba lo mismo, pero le sorprendía que VJ hubiera llegado a esa conclusión a los diez años.

La Policía de North Andover era amable y solícita. El sargento Widdicomb y el agente O'Connor habían respondido a la llamada. Widdicomb tenía por lo menos sesenta y cinco años, piel rubicunda y una enorme barriga de consumado bebedor de cerveza.

Librodot

O'Connor era el polo opuesto: tenia unos veintiocho anos y físico de atleta. El primero hablaba por los dos.

Cuando Víctor y VJ bajaron al vestíbulo, Widdicomb leía la nota mientras su compañero estudiaba el ladrillo. Devolvió la nota a Marsha.

- Es terrible - dijo -. Antes estas cosas sólo ocurrían en Boston.

Sacó una libreta, chupó la punta del lápiz y empezó a tomar notas. Las preguntas eran las que cabía esperar: la hora del suceso, si vieron a alguien, si estaban encendidas las luces del dormitorio... Aburrido, VJ se fue a la cocina.

Widdicomb terminó de hacer preguntas y pidió permiso para inspeccionar el terreno.

- Por supuesto - dijo Marsha, y lo acompañó a la puerta.

Esperó a que salieran los policías y se volvió hacia Víctor:

- Anoche me aseguraste que no había de qué preocuparse, que te ocuparías de las amenazas.

- Si, lo sé - dijo Víctor. Estaba avergonzado. Marsha esperó a que dijera algo más, pero permaneció en silencio.

- Una amenaza telefónica es una cosa - dijo ella -. Pero que tiren un ladrillo por la ventana de nuestro hijo es otra muy distinta. Te dije que no quería más sorpresas. Creo que tengo derecho a saber cuáles son esos problemas que tienes en el trabajo.

- De acuerdo - dijo Víctor -. Pero antes, déjame que tome un trago. Me hace falta.

VJ había encendido el televisor de la sala para mirar el programa de Johnny Carson. Tenia la cabeza apoyada en el brazo y su mirada era vidriosa.

- ¿Te encuentras bien? - preguntó Marsha desde la cocina.

- Sí, muy bien - dijo VJ sin mirarla.

- Dejemos que se tranquilice - le dijo a Víctor, que preparaba una bebida con ron caliente.

Con las tazas en la mano, se sentaron a la mesa de la cocina. Víctor le refirió brevemente su controversia con Ronald, las negociaciones con el abogado de Gephardt, las amenazas de Sharon Carver y el problema con Hurst.

- Bueno, ahora ya lo sabes - dijo para concluir -. En realidad fue una semana de tantas en el trabajo.

Marsha meditó unos instantes y llegó a la conclusión de que, a excepción de Ronald, cualquiera de ellos podía ser el culpable.

- ¿Y la nota? - preguntó -. ¿Qué es eso de un acuerdo?

Víctor echó un trago, dejó la taza, y estudió la nota en silencio unos instantes.

- No tengo la menor idea. No he hecho acuerdos con nadie.

Librodot

- Dejó la hoja sobre la mesa.

- Pero alguien está convencido de lo contrario

- Cualquiera que sea capaz de arrojar un ladrillo a la ventana es capaz de tomar por realidad sus propias fantasías. Pero hablaré con cada uno de ellos y les haré saber que no me voy a quedar cruzado de brazos para que nos sigan tirando ladrillos a las ventanas.

¿Y si hablaras con una agencia de seguridad?

No es mala idea - dijo Víctor -. Pero antes llamaré a esta gente. Creo que con eso se resolver el problema.

Sonó el timbre.

- Ya voy yo - dijo Víctor. Dejó la taza sobre la mesa y salió de la cocina.

Marsha se fue a la sala. El televisor seguía encendido, pero en lugar de Johnny Carson, en la pantalla aparecía una de esas series para insomnes. Era taradísimo. VJ dormía. Apagó el televisor y miró a su hijo. No quedaban rastros de esa intensa hostilidad que había mostrado unas horas antes. Dios mio, pensó ¡qué consecuencia ha tenido el experimento de Víctor sobre su bebé!

La puerta se cerró con estrépito y Víctor volvió a la sala:

- La Policía no ha descubierto nada. Dicen que van a vigilar la casa durante una semana o diez días. - Miró a VJ -: Veo que se ha recuperado.

- Ojalá - dijo Marsha con tristeza.

- No empieces otra vez - dijo Víctor -. No quiero escuchar una conferencia sobre la hostilidad del chico ni nada por el estilo.

- La caída de su nivel de inteligencia habrá sido un golpe durísimo para él - dijo Marsha, siguiendo sus propios pensamientos -.

Le habrá significado una pérdida tremenda de su autoestima.

- Tenia tres años y medio - replicó Víctor.

- Sé que no estamos de acuerdo - dijo Marsha, mirando al niño dormido -. Pero estoy aterrada. No puedo creer que tu experimento genético no tendrá consecuencias en su futuro.

A la mañana siguiente la temperatura había subido hasta los dieciocho grados y el cielo estaba despejado. Víctor abrió las ventanillas y el techo corredizo del coche. El aire estaba impregnado de aromas que presagiaban la llegada de la primavera. Víctor apretó el acelerador y se lanzó velozmente por las calles estrechas.

Miró a VJ, que parecía haber olvidado totalmente el incidente de la noche anterior. El chico había extendido el brazo por la ventanilla y dejaba que el viento le acariciara la mano. Era un gesto sencillo y normal. A Víctor le gustaba hacerlo cuando tenía su misma edad.

Librodot

Sin embargo Marsha le había contagiado sus temores. Físicamente estaba bien, pero todavía no se podía determinar si los genes extraños le habían afectado el desarrollo. VJ era un ser solitario, y en ese sentido era distinto del resto de la familia.

- ¿Cómo es tu amigo Richie? - preguntó Víctor de pronto.

VJ lo miró con una mezcla de fastidio e incredulidad.

- Hablas como mamá.

- Si, eso parece - dijo riendo -. Pero dime, ¿cómo es ese chico? ¿Por qué no lo has invitado a casa?

- Es un buen chico - dijo VJ -. Nos vemos todos los días en el colegio. Pero en casa tenemos gustos distintos. Le gusta mucho la televisión.

- Si quieres ir a Boston con él, haré que os lleven con un coche de la empresa.

- Gracias, papá. Hablaré con Richie.

Víctor se acomodó en el asiento. Evidentemente, su hijo tenia amigos. Esa noche se lo diría a Marsha.

En el momento en que Víctor detuvo el coche en la zona de estacionamiento de “Chimera”, el corpachón de Philip apareció como por arte de magia. Sonrió al ver a VJ, cogió el parachoques delantero del coche y lo sacudió.

- ¡Cuidado que no lo vuelque! - exclamó Víctor.

VJ bajó del automóvil y le dio un puñetazo amistoso en el brazo. Philip se tambaleó, y agarrándose el brazo con una fingida mueca de dolor. VJ se echó a reír, y los dos empezaron a alejarse.

- Esperad un momento - dijo Víctor -. ¿Adónde vais?

VJ se dio la vuelta y se encogió de hombros:

- No sé. A la cafetería, o quizás a la biblioteca. ¿Por qué?

¿Qué quieres que haga?

- Nada. Lo único que quiero es que no te acerques al río. Con el calor está muy crecido.

Desde atrás de los edificios se elevaba el rugido del agua al caer por el vertedero.

- No te preocupes - dijo VJ -. Hasta luego.

Víctor los vio alejarse hacia uno de los edificios donde se encontraba la cafetería. Hacían una pareja realmente increíble.

Víctor subió a su despacho y se puso a trabajar. Colleen le recordó los compromisos del día. Delegó algunas tareas, y luego ordenó sobre su mesa los papeles que debía leer. Finalmente, sacó la nota que había estado atada al ladrillo.

Librodot

- Recuerde que tenemos un acuerdo - repitió Víctor en voz alta -. ¿Qué diablos quiere decir?

Se puso furioso. Cogió el teléfono y llamó al abogado de Gephardt, a William Hurst y a Sharon Carver. Sin permitirles decir palabra, les dijo que no pactaría acuerdos con nadie y que la próxima vez que molestaran a su familia llamaría a la Policía.

Después se sintió avergonzado de su tontería pero al menos tenía la esperanza de que el culpable se lo pensaría dos veces antes de volver a actuar. A Ronald no lo llamó: era inconcebible que su viejo amigo cometiera un acto de violencia.

Resuelto el problema, Víctor cogió el primer mensaje e inició las tareas administrativas del día.

Para Marsha, la mañana fue un desfile interminable de pacientes difíciles. Pero, la última visita antes de la comida llamó para cancelar la cita. Aprovechó la hora libre para revisar los tests de VJ. Recordó la furia con que había reaccionado ante el incidente del ladrillo la noche anterior y consultó la escala clínica cuatro que debía reflejar la hostilidad reprimida. La puntuación era muy inferior a la que cabía esperar después de su conducta de la víspera.

Marsha se levantó, estiró los brazos y fue a la ventana del consultorio. Más allá de la zona de aparcamiento se veían prados y algunas colinas. Los árboles conservaban el aspecto agónico propio del invierno, y sus ramas se perfilaban como esqueletos contra el cielo azul.

Para eso tanto test psicológico..., pensó. Desgraciadamente no había podido hablar con Janice Fay, la joven que había vivido con ellos hasta su muerte en 1985. Ella hubiera sido la más capacitada para comprender los cambios producidos en la personalidad de VJ por la pérdida de inteligencia. Aparte de Janice, la única persona que había tenido contacto estrecho con VJ en esa época era Martha Gillespie, la directora del centro preescolar. VJ había empezado a asistir a él antes de cumplir los dos años.

De improviso dijo a Jean que no se quedaría a comer, y que ella lo hiciera cuando le apeteciera, dejando conectado el contestador automático.

Absorta en su trabajo, Jean agitó la marlo para indicar que la había oído.

Cinco minutos más tarde, Marsha iba lanzada a cien por hora por la autopista. Cogió la primera salida y siguió por los caminos vecinales.

El “Instituto Preescolar Crocker” era un bonito conjunto de casitas de paredes amarillas con persianas y contraventanas blancas, en los terrenos de una gran propiedad. Marsha se preguntaba de dónde obtenía el centro sus fondos, pero según se rumoreaba, su propietaria, Martha Gillespie, había quedado viuda en su juventud y poseía una gran fortuna.

- ¡Claro que recuerdo a VJ! - dijo Martha con fingida indignación. Marsha la había encontrado en la administración. Era una mujer de unos sesenta años, de cabello blanco como la nieve, mejillas rosadas y sonrisa alegre -. Lo recuerdo muy bien, desde el primer día que vino aquí. Un niño extraordinario.

Marsha también recordaba el primer día. Lo había traído muy temprano, preocupada porque VJ nunca había estado fuera de casa sin ella o Janice. Seria su primera experiencia independiente.

Librodot

Pero el proceso de adaptación fue más penoso para la madre que para el hijo, quien al ver un grupo de niños corrió hacia él sin una sola mirada atrás.

- Recuerdo que al final del primer día todos los chicos hacían lo que él quería - dijo Martha -. ¡Y no tenía ni dos años!

- Recordará entonces lo que sucedió cuando tuvo aquella caída de inteligencia.

Martha hizo una pausa antes de responder.

- Si, lo recuerdo.

- ¿Y qué recuerda de su conducta después de este suceso?

- ¿Cómo está el chico ahora?

- Bien. Al menos, eso espero.

- ¿Tiene algún motivo para volver sobre este asunto? Se pregunto porque en el momento en que sucedió aquello usted frió muchísimo.

- Es que me aterra la posibilidad de que vuelva a suceder.

Pienso que cuanto más pueda saber sobre el primer episodio mejor podré prevenir cualquier otro.

- Espero servirle de ayuda, pero no sé - dijo Martha -.

El cambio de conducta fue acusado y sobre todo repentino. VJ era un niño confiado, con una capacidad mental aparentemente ilimitada. Pero después del incidente se convirtió en un chico introvertido con pocos amigos, aunque no se volvió autista. Se apartaba dé los demás, pero no perdía conciencia de lo que sucedía a su alrededor. Todo lo contrario, diría yo.

- ¿Se relacionaba con niños de su edad?

- Muy poco. Cuando le obligábamos a participar lo hacia sin oponer resistencia, pero cuando le dejábamos actuar libremente se limitaba a observar. Ah, y había una cosa extraña. Cuando le hacíamos participar en un juego competitivo, como en el baile de la silla, dejaba ganar a los demás. Digo que era extraño, porque antes de que ocurriera aquello, VJ ganaba en casi todos los juegos, cualquiera que fuese la edad de los participantes.

- Eso sí que es extraño - dijo Marsha.

Más tarde, cuando regresaba al consultorio, se sintió acosada por la imagen de un niño de tres años y medio que se dejaba ganar en los juegos. Y también por el incidente del domingo anterior en la piscina. Marsha tenia mucha experiencia con niños pequeños y jamás había observado un rasgo de conducta semejante.

- ¡Perfecto! - exclamó Víctor, levantando uno de los preparados microscópicos a la luz. El trozo de tejido cerebral, delgado como un papel de fumar, estaba sujeto por cubreobjetos.

- Esta es la preparación de Golgi - dijo Robert -. También he hecho un Cajal y un Bielschowsky. Si quiere otras preparaciones avíseme.

- Perfecto - repitió Víctor. En menos de veinticuatro horas Robert había realizado un trabajo que a un técnico menos capacitado le hubiera llevado varios días.

- Aquí tiene las preparaciones cromosómicas. - El técnico le entregó una bandeja -: Todo está rotulado.

- Perfecto - volvió a repetir.

Víctor cogió las preparaciones y cruzó la sala principal del laboratorio hacia los microscopios. Se sentó ante uno de los instrumentos y colocó en la platina el primer portaobjetos rotulado “Hobbs, lóbulo frontal derecho”.

Bajó el objetivo hasta que casi rozó el cubreobjetos. Luego se inclinó sobre el ocular y corrigió el foco.

- ¡Dios mio! - exclamó cuando la imagen se hizo nítida. No había células malignas en la preparación, pero el efecto era el mismo. Los niños no habían muerto de edema cerebral ni de acumulación de fluido. Lo que Víctor vio fue la evidencia de una profusa actividad mitótica. Las células cerebrales se multiplicaban con la misma rapidez que en los dos primeros meses de desarrollo fetal.

Víctor estudió rápidamente las preparaciones de otras zonas del cerebro de Hobbs y luego de Murray. En todas vio lo mismo.

Las células nerviosas se reproducían activamente y a gran velocidad. Dada la rigidez de la caja craneana, las nuevas células forzaban al cerebro a introducirse en el canal espinal. Los resultados eran fatales.

Aterrado y a la vez atónito, cogió la bandeja de preparaciones y dejó el microscopio óptico. Cruzó el laboratorio hacia la sala del microscopio electrónico, que parecía el centro de mando de un moderno sistema de armas sofisticadas.

El instrumento en si no se parecía lo más mínimo a un microscopio tradicional. Su tamaño era similar al de un frigorífico casero. El alma del artefacto era un cilindro de unos treinta centímetros de diámetro por un metro de altura, con un gran generador de electrones en la parte superior. Los electrones eran alineados por imanes, que cumplían la función de las lentes en el microscopio óptico. Junto al microscopio había un ordenador de gran tamaño. Su función consistía en analizar las imágenes de los planos múltiples del microscopio y transformarlas en imágenes tridimensionales sobre la pantalla.

Robert había hecho una preparaciones delgadísimas de tejido con cromatina, cogiendo algunas células que estaban en las etapas iniciales de la división. Víctor colocó una de las preparaciones en la platina y buscó el cromosoma seis. Intentaba localizar el área de mutación donde había insertado genes extraños. La encontró por fin después de una hora de ardua búsqueda.

- ¡Dios! - exclamó, atónito. Las histonas que envolvían normalmente el ADN estaban atenuadas o simplemente ausentes de la zona del gen inserto. Además, la cadena de ADN, que debía formar una espiral apretada, se había distendido, lo cual quería decir que el proceso de transcripción activa estaba en marcha. En otras palabras, ¡los genes insertos estaban activados!

La preparación del otro niño dio el mismo resultado. Los genes insertos estaban activados y producían FDN. No cabía duda.

Librodot

Luego cogió las preparaciones de la sangre de VJ. Estas le habrían exigido a Robert una gran paciencia, ya que era mucho más difícil hallar las células apropiadas. Introdujo la preparación en él microscopio electrónico, buscó el cromosoma seis y a la media hora lo encontró. Lo estudió durante mucho tiempo y con extrema minuciosidad. Los genes estaban desactivados. La zona del gen inserto estaba rodeada de histona, como debía ser.

Víctor se echó atrás en el asiento. VJ estaba bien, pero los otros dos niños habían sido víctimas de su experimento. ¿Cómo decírselo a Marsha? Ella se separaría de él. Y él no sabia si sería capaz de asumirlo.

De pronto se levantó y empezó a pasear por la diminuta sala.

El gen estaba activado, pero ¿cómo? Sólo se le ocurría pensar en el cefaloclor, el antibiótico que había suministrado a la madre sustituta de VJ durante la primera etapa del desarrollo embriológico.

Había que preguntarse por tanto quién había administrado la droga a los niños. No era fácil de obtener, y les habían advertido a los padres que sus hijos eran mortalmente alérgicos a ella. Víctor estaba seguro de que ni los Hobbs ni los Murray hubieran permitido que les recetaran cefaloclor a sus hijos.

La muerte simultánea de los dos niños obligaba a descartar la posibilidad de un accidente. Súbitamente aterrado, se preguntó si la zona del cromosoma seis donde había inoculado los genes extraños no era, como se creía, la de una secuencia sin sentido. Tal vez su ubicación con respecto a un catalizador interno había puesto en marcha un mecanismo desconocido de activación de los genes.

En ese caso, VJ estaba en peligro. Tal vez el gen había sido activado durante un breve período cuando perdió su inteligencia.

Quiso tragar saliva, pero tenía la boca reseca. Recogió las muestras, fue a la fuente y bebió varios tragos de agua. Algunos ayudantes estaban trabajando en el laboratorio principal, pero Víctor no estaba con ánimos para conversar. Se encerró en su despacho.

Trató de serenarse, pero cuando su pulso estaba a punto de recuperar la normalidad, recordó las microfotografías de los cromosomas de VJ que había hecho seis años y medio atrás.

Se levantó de un salto, abrió el archivador y rebuscó nerviosamente hasta encontrar las fotos que había hecho cuando VJ sufrió la pérdida de inteligencia. Soltó un suspiro de alivio. No había cambios en VJ. Su cromosoma seis conservaba el mismo aspecto que seis años atrás. El ADN no se había estirado ni perdido su envoltura proteínica.

Más sereno, salió en busca de Robert. Lo encontró en la sala de animales, supervisando el trabajo de la sustituta de Sharon Carver, y lo llamó aparte.

- Tengo que encargarle otro trabajo especial.

- Bueno, usted manda.

- Hay una zona del cromosoma seis en las preparaciones de cerebro donde el ADN ha perdido la envoltura y se ha estirado.

Quiero que analice las secuencias lo antes posible.

Librodot

- Me va a llevar bastante tiempo.

- Sé que es un trabajo tedioso, pero tengo sondas radiactivas que le servirán.

- Eso es otra cosa.

Fueron al despacho de Víctor a recoger los frasquitos. Cuando el técnico se hubo ido, Víctor siguió pensando en el problema.

¿Qué otro agente, aparte del cefaloclor, podía haber activado el gen FDN en los dos niños? Entre los treinta y los treinta y seis meses de edad se producía una desaceleración del proceso de desarrollo, y no se volvían a producir cambios fisiológicos importantes antes de la pubertad.

El otro hecho curioso era la exacta coincidencia en el tiempo de la activación del gen FDN en los dos niños. No tenía sentido.

Sus vidas no tenían otro punto de intersección que la guardería de “Chimera”. Era otro de los motivos por los que Víctor había elegido esas dos parejas. Quería seguir el desarrollo de los dos niños. Se había asegurado de que los Hobbs y los Murray no se conocían antes de ser padres. En caso contrario, hablarían de sus hijos y tal vez sospecharían algo.

Víctor llamó por teléfono a la oficina de personal para pedir las direcciones particulares de las dos familias. Luego, avisó a Colleen que volvería más tarde y salió.

Primero visitó a los Hobbs porque vivían más cerca, en una bonita casa de ladrillo en un pueblo llamado Haverhill. Detuvo el automóvil frente a la casa y llamó a la puerta.

- ¡Doctor Frank! - dijo William Hobbs, sorprendido. Abrió la puerta y lo invitó a pasar -. ¡Sheila! ¡Tenemos visita!

Víctor entró en el vestíbulo. Era una casa amueblada con buen gusto, al estilo moderno, pero reinaba en ella un silencio pesado, triste.

- Adelante, por favor. Siéntese - dijo Hobbs, haciéndolo pasar a la sala -. ¿Quiere tomar un café o un té? - Su voz resonaba en el silencio.

Sheila Hobbs entró en la sala. Era una mujer dinámica, que llevaba el pelo recogido en un rodete. Víctor la había conocido en uno de los encuentros sociales que la empresa organizaba para los empleados jerárquicos.

Víctor aceptó un café y poco después los tres se encontraban en la sala, sosteniendo las diminutas tazas de porcelana sobre las rodillas.

- ¡Qué casualidad que haya venido! - dijo William -. Justamente estaba a punto de llamarle.

- ¡No me diga!

- Sí. Sheila y yo hemos decidido volver al trabajo. – Hablaba sin apartar la vista de la taza -. Al principio pensamos disfrutar de un permiso, pero luego comprobamos que el estar ociosos nos hacía mal.

- Por favor, vuelvan cuando les parezca mejor - dijo Víctor -.

Los recibiremos con mucho gusto.

- Se lo agradezco.

Víctor carraspeó:

- Quiero hacerles una pregunta - dijo con voz vacilante -.

¿Verdad que a ustedes les advirtieron que su hijo era alérgico a un antibiótico llamado cefaloclor?

- Así es - dijo Sheila -. Nos lo dijeron antes de que lo sacáramos del hospital. - Dejó la taza con mano temblorosa.

- ¿Existe alguna posibilidad de que alguien le hubiera administrado cefaloclor?

Los Hobbs se miraron un instante y respondieron que “no” al unísono.

- Maurice no había estado enfermo - prosiguió Sheila -. Además, su alergia a ese antibiótico estaba anotada en su historial clínico. Estoy segura de que no le dieron ni ése ni ningún otro.

¿Por qué?

- Es algo que me pasó por la cabeza - dijo Víctor, mientras se se levantaba del asiento -. Recordé que era alérgico simplemente.

Víctor volvió al automóvil y se dirigió hacia Boston. Estaba casi seguro de que la historia de Murray coincidiría con la de Hobbs pero de todos modos quería comprobarlo.

Llegó rápidamente porque a aquella hora de la tarde había poco tráfico. Aparcar le resultó más difícil. Después de dar algunas vueltas encontró sitio en Beacon Hill. Estaba prohibido aparcar pero decidió arriesgarse.

La casa de los Murray estaba en la calle West Cedar, en mitad de una manzana. Llamó a la puerta.

Le abrió un hombre de unos treinta años, con el pelo cortado al estilo punk.

- ¿La familia Murray vive aquí? - preguntó Víctor.

- Sí, pero están en el trabajo - dijo el hombre -. Yo soy del servicio de limpieza.

- Pensaba que habían solicitado permiso.

- ¡Son de esos trabajadores compulsivos! - dijo el hombre riendo -. Cogieron un día de permiso después de la muerte de su hijo, y después volvieron al trabajo.

Víctor volvió al coche, enfadado consigo mismo por no haber llamado antes de venir. Se hubiera ahorrado el viaje.

Al volver a “Chimera”, fue directamente al departamento de contabilidad. Horace Murray estaba inclinado sobre su mesa, estudiando unos listados de números. Al ver a Víctor, se levantó de un salto:

Colette y yo queríamos agradecerle nuevamente su visita al hospital.

- Lamento que no pudiera hacer nada.

- Fue la voluntad de Dios - dijo Horace con resignación.

A la pregunta de Víctor, el hombre respondió enfáticamente que su hijo no había recibido ningún antibiótico, y mucho menos cefaloclor.

Al salir de contabilidad, le asaltó otra idea aterradora: ¿existiría alguna vinculación entre la muerte de los niños y la desaparición de los archivos? En tal caso, había sucedido lo peor: alguien había activado los genes intencionadamente.

Cuando volvió al laboratorio, el corazón le latía aceleradamente.

Uno de los técnicos quiso hacerle una pregunta, pero Víctor le dijo que si tenía algún problema que hablara con Grimes.

Una vez en el despacho, se dirigió rápidamente hacia un armario situado en la parte inferior de la librería. Lo abrió con llave e introdujo la mano para sacar los libros con los datos sobre el

FDN, escritos por él mismo en código. El armario estaba vació.

- Tranquilízate - se dijo en voz alta al sentir que lo embargaba la desesperación -. No des rienda suelta a tu imaginación. Tiene que haber una explicación.

Encontró a Robert en la unidad de electroforesis, donde estaba haciendo el trabajo que Víctor le había encomendado.

- ¿No ha visto mis libros con los datos sobre el FDN?

- No sé dónde está n. Hace seis meses que no los veo. Pensaba que usted los había guardado en otra parte.

Víctor le dio las gracias y se alejó. Ya no se podía pensar en una fantasía. Las pruebas se acumulaban. Alguien había interferido con su experimento y los resultados eran fatales. Resuelto a hacer frente a sus temores, se dirigió al congelador de nitrógeno liquido. Puso la mano sobre el pestillo y vaciló. Su intuición le dijo qué hallaría al levantar la tapa, pero aun así no era fácil hacerlo. Al mismo tiempo escuchaba la voz de Marsha pidiéndole que destruyera los cinco cigotos.

Levantó la tapa lentamente. Al principio sólo vio una nube congelada que se elevaba del depósito y flotaba lentamente hacia el suelo. Luego la nube se disipó, dejando a la vista la bandeja que contenía los embriones. Estaba vacía.

Tuvo que apoyarse en el congelador para no caer. Miraba la bandeja vacía, sin dar crédito a su ojos. Dejó caer la tapa. La fría bruma del nitrógeno envolvía sus piernas como un ser vivo. Volvió a su despacho y se dejó caer pesadamente en la silla. ¡Alguien estaba al tanto del FDN! ¿Pero quién? ¿Por qué había provocado la muerte de los niños? ¿Había sido un accidente? ¿Acaso estaba dispuesto a destruir seres inocentes en su afán por destruir a Víctor? De pronto, las amenazas de Hurst empezaban a tomar una nueva dimensión.

Librodot

Era necesario descubrir al autor de estos extraños sucesos. Empezó a pasear por el despacho. Se estremeció al recordar que David había muerto poco después de la batalla sobre las acciones de “Chimera”. ¿Tendría esa muerte alguna relación con los hechos?

¿Tendría Ronald algo que ver? No, era una hipótesis absurda. David no había muerto envenenado, ni en un accidente que alguien hubiera podido provocar, sino de cáncer hepático. La mera idea de que alguien hubiera matado intencionalmente a los niños Hobbs y Murray era absurda. Esas muertes serían producto de un fenómeno intracelular. Tal vez la congelación había provocado una segunda mutación. Lo sabría cuando Robert terminara el análisis del ADN.

“Tranquilízate, así no puedes pensar racionalmente”, se dijo. Salió hacia el centro de ordenadores para ver a Louis Kaspwicz. El ordenador estropeado había quedado reducido a un cascarón metálico rodeado de centenares de piezas.

- Lamento molestarle - dijo Víctor -, pero quiero saber a qué hora fueron borrados los archivos. Quiero averiguar cómo sucedió.

Si le sirve de consuelo, piense que mucha gente borra sus archivos sin querer. No se rompa tanto la cabeza. En cuanto a la hora, creo que sucedió ente las nueve y las diez.

- ¿Me permite consultar el registro? - preguntó Víctor. Pensaba que hallaría una pista en sus propias operaciones con el ordenador, antes o después de borrar los archivos.

- Doctor Frank - dijo Louis con uno de sus extraños tics -, usted es el dueño de la empresa. Puede consultar lo que quiera.

En su despacho, el técnico le entregó el registro correspondiente al 18 de noviembre. Víctor lo estudió cuidadosamente, pero no encontró nada entre las ocho y media y las diez y media.

- No encuentro nada - dijo.

- ¡Qué extraño! - dijo Louis, mirando sobre su hombro para verificar la fecha -: 18 de noviembre. La fecha está bien... ¡Ah, ya está! Usted ha leído el registro de la mañana, por eso no lo encontraba. - Louis le señaló la entrada en cuestión.

- ¿Por la noche? - preguntó Víctor, incrédulo -. Imposible.

A las 21.45 del 18 de noviembre yo estaba en el teatro de la Sinfónica de Boston.

- Pues qué quiere que le diga...

- ¿Está seguro de que no hay un error?

- Segurísimo. - Louis señaló la secuencia de anotaciones -: ¿Lo ve?, todo está en orden cronológico. No puede haber error.

¿Dice que estaba en un concierto?

- Si, en el teatro de la Sinfónica de Boston.

- ¿No salió a hablar por teléfono?

Librodot

- ¿Por qué me lo pregunta?

- Porque la operación fue realizada desde fuera. Mire el número de acceso: es el de su PC, la terminal de su casa.

- Pero yo no estaba en casa.

Louis alzó los hombros en su gesto elocuente.

- Entonces, hay una sola posibilidad. La operación fue realizada por alguien que conoce su clave personal de acceso y el número de teléfono de nuestro ordenador. ¿Alguien conoce su clave personal, aparte de usted?

- No se la he dado a nadie - dijo Víctor.

- ¿Utiliza con frecuencia el ordenador desde la terminal de su casa?

- No, casi nunca. Antes sí lo hacia, cuando empezó a funcionar la empresa.

- ¡Dios mío! - exclamó Louis, con los ojos fijos en el registro.

- ¿Qué otra catástrofe acaba de descubrir?

- Lamento decirle que alguien ha penetrado con frecuencia en el ordenador, empleando su clave personal. Hay una sola posibilidad: un hacker ha descubierto el número de teléfono.

- Pensaba que eso era muy difícil.

- En absoluto, es de lo más fácil. Como el chico en la película Juegos de guerra. Usted programa su ordenador para que efectúe una serie interminable de llamadas telefónicas por medio de permutaciones. En determinado momento recibe un tono de ordenador: ahí comienza la diversión.

- ¿Y este hacker la ha usado con frecuencia?

- ¡Ya lo creo! Yo había visto las entradas, pero pensaba que era usted mismo quien las hacia. ¡Mire!

Abrió el registro y le mostró una serie de operaciones con la clave de Víctor:

- En general son viernes por la noche. - Pasó algunas hojas más - : Claro, lo hace cuando sale de la escuela. Seguro que es un estudiante. ¡Me gustaría darle un par de patadas en el culo! Mire aquí: entró en el programa de Personal. Y aquí en el de Compras.

Es increíble, desde luego. Hemos tenido problemas de archivo. Aquí está la explicación. Creo que ahora mismo deberíamos cambiar su clave personal.

- Pero entonces ser más difícil identificarlo. Además, yo casi no uso mi clave. Podríamos -instalar una vigilancia el viernes por la noche para localizarlo. Es posible, ¿no?

- Si, es posible. Siempre y cuando el chico permanezca en línea el tiempo necesario y tengamos aquí a un técnico de la compañía telefónica.

- Ocúpese de eso - dijo Víctor.

Librodot

- Lo intentaré. Sólo hay una cosa peor que un hacker: un virus electrónico. Pero en este caso me juego el sueldo a que es un hacker.

Al salir del centro de ordenadores, se le ocurrió que convendría buscar a VJ. A la luz de los últimos sucesos, era mejor que se mantuviera alejado de Hurst e incluso de Ronald Beekman.

Primero fue al laboratorio, pero Robert dijo que no había visto a VJ ni a Philip en todo el día. Lo mismo dijeron los demás técnicos, para sorpresa de Víctor, ya que a VJ le fascinaban los microscopios y el instrumental del laboratorio. Se dirigió a la cafetería, donde a esa hora había muy poca gente tomando café.

El encargado, que estaba cerrando caja, dijo que había visto a VJ por última vez a la hora de la comida.

De la cafetería fue a la biblioteca, alojada en el mismo edificio. Las columnas circulares de hormigón que los arquitectos habían agregado a la estructura para sostenerla habían quedado a la vista, dando al lugar un aire gótico. Los estantes de libros y publicaciones llegaban a la altura del hombro, lo que permitía una visión de toda la sala. A la derecha estaba la sala de lectura con vistas al patio interior del complejo.

La bibliotecaria meneó la cabeza: no había visto a VJ ni a Philip.

Preocupado, Víctor fue al gimnasio y a la guardería, donde recibió la misma respuesta.

Volvió al laboratorio para llamar a seguridad, pero encontró un aviso del encargado de la cafetería: VJ y Philip se encontraban allí, tomando helados.

Víctor los encontró sentados junto helados.

- A ver - dijo con tono fingidamente enojado -, ¿dónde habéis estado?

VJ se volvió para mirar a su padre. Tenia la cucharita en la boca. Philip se puso de pie. Evidentemente creía que Víctor estaba furioso. Sus enormes manos colgaban a los lados del cuerpo.

- Estábamos paseando - dijo VJ.

- ¿Pero dónde? Os he estado buscando por todas partes.

- Cerca del río - confesó VJ.

- ¿No te dije que no te acercaras al río?

- Pero papá, no estábamos haciendo nada malo.

- Yo nunca voy a permitir que le pase nada malo - dijo Philip con su voz aflautada, infantil.

- De eso estoy seguro - dijo Víctor, súbitamente impresionado por la fortaleza física de Philip. Formaban realmente una pareja increíble, pero la lealtad de Philip era conmovedora -. Siéntate - dijo en tono más amable -. Acabad el helado.

Víctor también tomó asiento, y miró a su hijo:

- Quiero que seas muy prudente. Después del ladrillazo de anoche, comprender s que existen algunos problemas.

- No me va a pasar nada.

- Estoy seguro, pero un poco de prudencia no le viene mal a nadie. No digas nada, pero mantén los ojos abiertos, sobre todo cuando veas por ahí a Hurst y a Beekman. ¿De acuerdo?

- De acuerdo.

- Y tú - le dijo a Philip -, podrías ser el guardaespaldas de VJ.

¿Crees que ser s capaz de hacerlo?

- Claro que si, señor Frank.

- Y ahora que pienso - añadió, sabiendo que Marsha estaría una ventana, con sus de acuerdo -, podrías pasar algunas noches en casa, como hacías cuando VJ era más pequeño. Así podrás estar con él incluso por la noche.

- Gracias, doctor Frank - dijo Philip, mostrando sus enormes dientes con una sonrisa -. Me gustaría mucho.

- Entonces, ni una palabra más. Bueno, me voy al despacho.

Tengo mucho que hacer y me he pasado todo el día corriendo de aquí para allá. Nos vamos dentro de un par de horas. Pasaremos por la casa de Philip a buscar su ropa.

VJ y Philip se despidieron agitando las cucharitas de helado.

--

Marsha estaba vaciando la bolsa de la compra cuando oyó el coche de Víctor que se acercaba al garaje. Cuando el automóvil se detuvo ante la puerta automática, observó que había alguien más, y protestó para sus adentros: sólo había comprado seis pequeñas chuletas de cordero.

Dos minutos después, los tres entraban en la cocina.

- He invitado a Philip a pasar unos días en casa - dijo Víctor -.

Con tantos problemas como hemos tenido, es bueno tener un hombre forzudo en casa.

- Me parece bien - dijo Marsha, pero inmediatamente añadió -:

Espero que no sea para sustituir a una agencia de seguridad.

- No exactamente - dijo Víctor con una sonrisa, y luego se volvió hacia VJ -: ¿Por qué no vais a la piscina?

VJ y Philip se precipitaron a la escalera.

Víctor se volvió para besar a Marsha, pero ella ya se había inclinado sobre la bolsa de la compra. Pasó a su lado sin mirarlo, con los brazos cargados de los comestibles que iba a

Librodot

guardar en la despensa. Evidentemente seguía enojada con él, y tenia motivos sobrados por los sucesos de la víspera.

- Lamento no haberte consultado antes de hablar con Philip, pero se me ocurrió en el último momento. De todas maneras, creo que no habrá más llamadas anónimas ni ladrillos por la ventana.

He hablado con los posibles autores y me he puesto duro.

- En ese caso, ¿por qué has traído a Philip? - preguntó Marsha, que volvía de la despensa.

- Una precaución más, simplemente - dijo Víctor. Y agregó en seguida, para cambiar de tema -: ¿Qué tenemos para cenar?

- Chuletas de cordero... y demasiado pocas para tanta gente - dijo Marsha, mirándolo de reojo -. No sé por qué, tengo la sensación de que todavía me ocultas algo.

- Porque eres más suspicaz que Sherlock Holmes - dijo Víctor, aunque sabía que ella no estaba para bromas -. ¿Y qué tenemos para cenar? - insistió para cambiar de tema.

- Alcachofas, arroz y ensalada. - Ahora estaba segura de que él le ocultaba algo, pero lo dejaría para más tarde.

- ¿Te ayudo? - se ofreció Víctor, lavándose las manos en el fregadero de la cocina. Solían preparar juntos la cena, porque los dos trabajaban mucho. Marsha le indicó que lavara las verduras para la ensalada -. Esta mañana VJ me ha estado hablando de su amigo Richie - prosiguió Víctor -. Va a invitarlo a pasar un día juntos en Boston. Así que no me parece justo decir que VJ no tiene amigos.

- Espero que tengas razón - dijo Marsha evasivamente.

Puso a hervir el arroz y las alcachofas, sin dejar de mirarlo de reojo, a la espera de que le diera alguna información sobre los pobres niños. El preparaba la ensalada en silencio. Al fin, le preguntó exasperada:

- ¿Qué has averiguado sobre la muerte de los niños?

Víctor la miró de frente:

- He examinado el gen inoculado tanto en VJ como en Hobbs y Murray. En los dos niños presentaba un aspecto francamente anormal, como si el proceso de transcripción estuviera activado, pero en VJ el aspecto era normal. Y después he buscado unas microfotografías del mismo gen tomados cuando VJ tuvo ese problema, y también eran normales. Así que el problema de VJ no tuvo nada que ver con el de estos niños.

- Me alegra saberlo - dijo Marsha con un suspiro de alivio -.

¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora?

- Porque acabo de llegar a casa.

- Podrías haberme llamado por teléfono - dijo Marsha, convencida de que aún le ocultaba algo -. Además, no me has dicho nada hasta que te lo he preguntado.

- Estamos haciendo otros análisis de los genes de esos niños - dijo Víctor mientras sacaba las vinagreras -. Así tal vez descubriremos qué fue lo que activó el gen.

Marsha sacó los platos de la despensa para poner la mesa. Trataba de controlar la furia que volvía a embargarla. ¿Cómo podía hablar de semejantes cosas con tanta despreocupación? Cuando Víctor le preguntó en qué más podía ayudarla, le dijo que ya había hecho bastante. El interpretó sus palabras en sentido literal y se sentó en un taburete de la cocina.

- Ahora no tengo ninguna duda de que VJ te dejó ganar la carrera - dijo, con la esperanza de provocarlo -. Ya lo hacia a los tres años. - Le refirió su entrevista con Martha Gillespie sobre la conducta de VJ en el centro preescolar.

- Pero sigo sin comprender por qué está s tan segura de que perdió la carrera adrede.

- No me digas que está s molesto por eso... - Disminuyó la llama para evitar que se quemara el arroz -. El domingo por la noche, después de ver la carrera, estuve casi segura de que fue así. Y la conversación con Martha terminó de convencerme. Es como si VJ intentara no llamar la atención.

- Pero también se puede llamar la atención perdiendo una carrera a propósito - dijo Víctor.

- Es posible - asintió ella sin convicción -. Lo que a mí me gustaría es saber qué sintió cuando tuvo aquella caída tan brusca de su inteligencia. Tal vez encontraríamos una explicación de su conducta actual. Cuando ocurrió aquello, estábamos tan preocupados por su salud que ni siquiera pensamos en sus sentimientos.

- Yo creo que superó el episodio con todo éxito - dijo Víctor.

Sacó una botella de vino blanco del frigorífico -. Sé que no estás de acuerdo conmigo, pero yo lo veo muy bien. Es un chico feliz.

Me siento muy satisfecho con sus progresos. Algún día va a ser un investigador de primera. Le fascina el laboratorio.

- Siempre que no vuelva a suceder lo mismo - replicó Marsha con brusquedad -. Lo que me preocupa no es su capacidad de trabajo, sino que tu atroz experimento haya afectado sus cualidades humanas. - Le dio la espalda para ocultar sus lágrimas.

Cuando todo terminara, no podría seguir casada con Víctor. El problema era si VJ estaría dispuesto a abandonar el laboratorio para vivir con ella.

- Malditos psiquiatras... - murmuró Víctor entre dientes, mientras forcejeaba con el corcho de la botella.

Marsha dio vueltas al arroz y pinchó las alcachofas. Se dominó con esfuerzo. No quería seguir llorando. Durante varios minutos permaneció en silencio.

- Ojalá hubiera llevado un registro diario de la evolución de VJ - dijo rompiendo el silencio -. Hoy seria muy útil.

Librodot

- Yo lo hice - dijo Víctor, mientras sacaba el corcho de la botella.

- ¿De veras? ¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora?

- Porque era para el proyecto FDN.

- ¿Puedo leerlo? - preguntó, dominando nuevamente la furia que sentía siempre que recordaba que Víctor había utilizado a su bebé como conejillo de Indias.

Víctor probó el vino:

- Lo tengo en mi estudio. Te lo daré después, cuando VJ se vaya a dormir.

Sentada en el estudio de Víctor, Marsha leía el Diario a solas. Le había obligado a salir para no sentirse presionada por su presencia Sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar el nacimiento del niño. La mayor parte del escrito era el típico informe de laboratorio, pero a ella le resultaba doloroso y conmovedor. Había olvidado cómo desde los primeros días VJ la seguía con la mirada, la mayoría de los bebés apenas podían enfocar la vista.

Las etapas normales de la evolución infantil se habían sucedido a una velocidad increíble, principalmente en el área del lenguaje. A los siete meses, cuando otros bebé apenas balbuceaban “ma-ma” y “pa-pa”, él ya componía frases. Al año poseía un vocabulario completo. A los dieciocho meses, cuando los bebés normales caminaban razonablemente bien, él ya iba en una pequeña bicicleta que Víctor había mandado fabricar a su medida.

Marsha recordaba las emociones vividas durante esos años.

Cada día dominaba una nueva tarea y manifestaba una nueva destreza. Comprendió que también ella había sido culpable al fijarse tan sólo en sus espectaculares adelantos, que la llenaban de alegría, sin pensar en el efecto que tendría semejante precocidad sobre el desarrollo de su personalidad. Era psiquiatra y debería haberse dado cuenta.

Víctor entró en el estudio con el pretexto de buscar un libro, precisamente en el momento en que ella llegaba a un capitulo titulado “Matemática”. Avergonzada por sus propias deficiencias como madre, no le pidió que saliera. Siguió leyendo. En la Universidad, las matemáticas habían sido su pesadilla. Había necesitado ayuda especial para aprobar el curso obligatorio de cálculo. Para su asombro, VJ había demostrado una gran facilidad para los números. A los tres años había sido capaz de explicarle a su madre en términos claros y sencillos, los principios elementales del cálculo numérico.

- Lo que más me asombraba - dijo Víctor en ese momento-era su capacidad para traducir ecuaciones matemáticas al lenguaje musical.

Marsha recordó el día en que pensaron que su hijo era un nuevo Beethoven. “Nunca se me ocurrió pensar si un niño tan pequeño era capaz de sobrellevar el peso de la genialidad”, pensó con tristeza. Siguió leyendo y se sorprendió al ver que el Diario terminaba poco después.

- Espero que haya algo más - dijo.

- Me temo que no.

Librodot

Las últimas hojas llevaban fecha del ó de mayo de 1982. En ellas se describían los sucesos en la guardería de “Chimera” que Marsha recordaba con tanto detalle. Se mencionaba la brusca caída de la inteligencia del niño en términos fríamente clínicos.

La última frase decía: “VJ parece haber sufrido una alteración aguda de sus funciones cerebrales, que aparentemente se han estabilizado.”

- ¿No añadiste nada más? - preguntó Marsha.

- No. Estaba convencido de que el experimento había fracasado, a pesar del éxito inicial. Consideré que no tenía sentido seguir llevando el Diario.

Marsha cerró el cuaderno. Había esperado encontrar alguna pista sobre lo que para ella constituía una deficiencia en la personalidad de VJ.

- Si al menos el historial clínico indicara la existencia de un mal psicosomático o una reacción de conversión, podríamos aplicarle alguna terapia. Lo que me remuerde la conciencia es no haber sido más sensible a todo esto cuando sucedió.

- En mi opinión, el problema se debió a una especie de fenómeno intracelular. Además, no creo que sirviera de nada conocer el historial clínico.

- Eso es justamente lo que me aterra - dijo Marsha -. Es lo que me hace pensar que VJ va a morir como esos niños, o de cáncer como David y Janice. No estoy muy al corriente de tu trabajo, pero si lo suficiente como para saber que el cáncer es una de las grandes preocupaciones de los que trabajan en terapia genética. Dicen que los genes inoculados podrían transformar los protooncogenes en oncogenes activos, y entonces la célula afectada se volvería maligna.

Tuvo que interrumpirse. Sus emociones empezaban a dominarla:

- No sé cómo puedo hablar de esto como si se tratara tan sólo de un experimento científico. Es nuestro hijo... y yo qué sé si has activado algo en su organismo que lo va a matar.

Se cubrió la cara con las manos y estalló en llanto, sin poderse dominar.

Víctor quiso abrazarla, pero ella se apartó. Se puso en pie, frustrado. Contempló unos instantes los hombros de su mujer, que se estremecían en silencio. No había nada que decir. Salió del estudio y se dirigió a la escalera, agobiado por su propio dolor. Después de lo que había descubierto ese día, tenia más razones que ella para temer por la vida de su hijo.

Jueves por la mañana
CAPITULO 8

Librodot

Mientras conducía su automóvil en medio de un tráfico normal para las horas punta de Boston, Víctor se preguntó cómo era posible que tanta gente lo hiciera todos los días.

La circulación se hacia un poco más fluida en Storrow Drive pero se congestionaba de nuevo en el Fenway. Poco después de las nueve llegó al ajetreado hospital de niños y se dirigió a Patología.

- ¿Está el doctor Shryack? - preguntó. La secretaria levantó la vista y señaló el pasillo sin quitarse los auriculares del dictáfono.

Recorrió el pasillo, leyendo los nombres en las placas de cada puerta.

- ¿Doctor Shryack? - dijo Víctor. La puerta estaba abierta. El patólogo, de aspecto juvenil, levantó la vista del microscopio.

- Soy el doctor Frank, ¿me recuerda? Asistí a la autopsia de un niño apellidado Hobbs.

- Claro que lo recuerdo - respondió Shryack. Se levantó del asiento y le extendió la mano -. Me alegro de verlo en circunstancias menos desagradables. Y llámeme Stephen.

Víctor le estrechó la mano.

- Todavía no tenemos el diagnóstico definitivo - prosiguió el patólogo -. Bueno, en el caso de que éste sea el motivo de su visita. Estamos preparando los portaobjetos.

- Me interesa el diagnóstico, desde luego - dijo Víctor -. Pero en realidad, he venido a pedirle otro favor. Quisiera saber si habitualmente toman muestras fluidas.

- Por supuesto - dijo Stephen -. Siempre hacemos un análisis toxicológico.

- Lo que quisiera es una muestra de fluido - dijo Víctor.

- Me impresiona tanto interés - dijo Stephen -. La mayoría de los internistas huyen de nosotros como la peste. Acompáñeme, le enseñaré lo que tenemos.

Recorrieron un largo pasillo hasta una gran sala de laboratorio, donde el patólogo se detuvo a hablar con una mujer de unos cuarenta años, de aspecto severo. La mujer señaló el extremo de la sala. Stephen y Víctor cruzaron el laboratorio y entraron a una salita lateral.

- Parece que estamos de suerte - dijo el patólogo. Abrió las puertas de un gran frigorífico y se puso a hurgar entre centenares de frascos de “Erlenmeyer”, todos cerrados. Sacó uno, que entregó a Víctor, y luego otros tres.

Dos de los frascos contenían sangre; los otros dos, orina.

- ¿Qué cantidad necesita?

- Unas gotas de cada uno - dijo Víctor.

Stephen cogió cuatro tubos de ensayo de una especie de mostrador y vertió un poco de líquido de los frascos en cada tubo.

Los tapó, los rotuló con un bolígrafo rojo y se los entregó a Víctor.

- ¿Necesita algo más? - preguntó Stephen.

- Bueno, no quiero abusar de su generosidad - dijo Víctor.

- Ningún abuso. Por favor, dígame en qué puedo ayudarle.

- Hace unos cinco años, mi hijo murió de cáncer hepático, de una variedad muy rara.

- Lo siento.

- Lo atendieron aquí. Los médicos dijeron que sólo se conocían un par de casos similares. Pensaban que el cáncer había aparecido inicialmente en las células de Kupffer. Es decir, que en realidad era un tumor del sistema reticuloendotelial.

- Creo haber leído algo sobre ese caso - asintió Stephen -. Mejor dicho, estoy seguro.

- Tratándose de un tumor tan raro, quizás hayan conservado la muestra macroscópica.

- Es posible. Volvamos a mi despacho.

Sentado ante la terminal del ordenador, preguntó a Víctor el nombre completo de David y su fecha de nacimiento. Con estos datos consiguió el número de su historial clínico en el hospital y el de las muestras de patología. Su dedo recorrió la pantalla hasta detenerse en un número.

- Este parece que es el número de una muestra. Vamos a ver.

Esta vez descendieron dos plantas.

- Las muestras antiguas está n almacenadas en un sótano - explicó el patólogo.

Salieron del ascensor a una salita mal iluminada de donde partían pasillos en distintas direcciones. Había cañerías y conductos en el techo, y el suelo era de cemento.

- No bajamos con frecuencia - dijo Stephen mientras recorrían el laberinto. Se detuvo ante una pesada puerta de metal.

Víctor le ayudó a abrirla y Stephen encendió la luz. Era una sala enorme y mal iluminada con bombillas desnudas. El aire era frío y húmedo. Las estanterías metálicas ocupaban casi todo el espacio y llegaban hasta el techo.

Stephen consultó el número que había anotado en una hoja de papel y se dirigió a uno de los pasillos entre las estanterías. Víctor siguió tras él, pero al echar una mirada r pida a uno de los estantes, se quedó helado. En un gran frasco de vidrio había una cabeza de niño sumergida en un liquido conservante. Los ojos estaban fijos y la boca abierta en un grito perpetuo. Otros recipientes de vidrio contenían muestras de diverso tipo, horribles y elocuentes testimonios del sufrimiento de un ser humano. Sintió un estremecimiento. Echó una mirada en derredor, pero Stephen había desaparecido de su vista. De pronto oyó su voz:

- ¡Por aquí!

Avanzó hasta el extremo del pasillo, evitando mirar las muestras, dobló la esquina y encontró al patólogo, que movía algunos frascos.

Librodot

- ¡Eureka! - exclamó, incorporándose. Tenia en sus manos un frasco que contenía un hígado bulboso, suspendido en un liquido claro -. Tiene suerte - dijo.

Cuando subían en el ascensor, preguntó a Víctor por qué le interesaba esa muestra.

- Por curiosidad - replicó Víctor -. Cuando murió mi hijo, yo estaba tan abrumado por el dolor que no quería saber absolutamente nada. Ahora que han pasado algunos años, me interesa conocer el motivo de su muerte.

--

Marsha atravesó la barrera de entrada de “Chimera”. Llevaba a VJ y a Philip en el coche. Durante el trayecto, VJ le había hablado de su nuevo videojuego Pac-Man, como hubiera podido hacer cualquier muchacho de su edad.

- Gracias por haberme traído, mamá - dijo al bajar.

- Dile a Colleen dónde vas a estar - dijo -. Y no te acerques al río. Ya lo has visto desde el puente.

- Nada le va a pasar a VJ - dijo Philip, bajando del asiento.

- ¿Estás seguro de que no prefieres visitar a tu amigo Richie?

- Me gusta estar aquí - dijo VJ -. Por favor, no te preocupes por mí. Estoy bien.

VJ se alejó rápidamente, seguido por Philip. “Menuda pareja”, pensó Marsha, tratando de dominar la ola de pánico que sentía cada vez que recordaba las revelaciones de la noche anterior.

Aparcó el coche y se dirigió a la guardería. Al entrar en el edificio oyó los ruidos de una pelota de paddle. Las pistas de juego y el gimnasio ocupaban el piso superior.

Arrodillada en el suelo, Pauline Spaulding vigilaba a un grupo de niños que pintaban con los dedos. Se levantó ágilmente al ver a Marsha: su silueta era testimonio elocuente de sus años de instructora de gimnasia aeróbica.

Cuando Marsha le pidió unos minutos, Pauline dejó a los niños y salió en busca de una sustituta. Volvió con una mujer más joven y luego condujo a Marsha a una habitación llena de cunas y colchonetas.

- Aquí podremos conversar sin que nos molesten - dijo Pauline, con una mirada inquieta en sus enormes ojos rasgados. Pensó que Marsha venía a verla enviada por su esposo.

- No he venido aquí en calidad de esposa de uno de los socios

- dijo Marsha para tranquilizarla.

- Ah, bueno - sonrió Pauline con un suspiro de alivio -. Pensaba que había alguna queja.

- En absoluto. Quería hacerle algunas preguntas sobre mi hijo.

Librodot

- Un muchacho extraordinario - dijo Pauline -. Viene de vez en cuando a ayudarnos. El fin de semana pasado estuvo por aquí.

- No sabia que el centro funcionaba los fines de semana.

- Los siete días de la semana - dijo Pauline con orgullo -. Mucha gente de “Chimera” trabaja todos los días. A esto se le llama entrega.

Marsha no lo hubiera llamado así. Pensaba más bien en las consecuencias que tendría semejante entrega sobre una vida familiar en crisis. Pero no lo dijo. Se limitó a preguntar a la maestra si recordaba el día en que VJ había sufrido la pérdida de inteligencia.

- Sí, desde luego. Y en cierto sentido me siento responsable por el hecho de que sucediera aquí.

- Eso sí que es absurdo - dijo Marsha con una sonrisa afectuosa -. Lo que me interesa saber es cómo cambió la conducta de VJ.

Pauline miró al suelo, pensativa. Luego levantó la mirada.

- Creo que lo más significativo es que de líder pasó a observador. Antes le interesaba todo, se lanzaba a cada actividad nueva con avidez. Después, parecía aburrido y tenia la actitud de quien participa por obligación. Evitaba la competición. No lo forzábamos, porque temíamos que fuera contraproducente. Además, después de ese episodio empezamos a verlo cada vez menos.

- ¿Cómo cada vez menos? Después de los exámenes médicos siguió viniendo aquí todas las tardes al salir del centro de preescolar.

- No, no - dijo Pauline -. Se pasaba casi todo el tiempo en el laboratorio de su padre.

- ¡No me diga! Yo pensaba que empezó a ir por el laboratorio a partir del primer grado escolar. Al parecer, la madre es la última en enterarse.

Pauline sonrió.

- ¿Qué me dice de sus amistades?

- La amistad nunca fue una de sus grandes virtudes - dijo Pauline, diplomática -. Siempre tuvo mejores relaciones con las maestras que con sus compañeros. Después de aquel problema, tendía a pasar mucho tiempo solo. No, miento. Disfrutaba de la compañía de ese deficiente que trabaja en la empresa.

- ¿Se refiere a Philip?

- El mismo.

Marsha se puso en pie, le dio las gracias y se dirigieron juntas a la entrada.

- VJ tal vez no sea tan inteligente como antes - dijo Pauline al llegar a la puerta -. Pero es un buen chico. Aquí todos lo queremos mucho.

Marsha volvió rápidamente al coche. No había podido aclarar nada, pero al parecer VJ era un chico aún más solitario de lo que había sospechado.

Librodot

El deber le exigía ir directamente a su despacho, donde Colleen le estaría esperando impaciente, desbordada por las situaciones imprevistas. Pero en lugar de ello, Víctor se dirigió al laboratorio con las últimas muestras recogidas en el hospital pediátrico. Por el camino se detuvo en el centro de ordenadores.

Buscó a Louis Kaspwicz donde antes estaba el ordenador estropeado, pero al parecer ya había sido arreglado, porque las luces parpadeaban y los rollos de cinta giraban perfectamente. Uno de los técnicos de bata blanca le dijo que Louis estaba en su despacho, tratando de resolver un problema que había surgido en los programas de contabilidad.

Cuando Víctor entró a su despacho, Louis apartó el programa en el que estaba ocupado, sacó unas hojas de registro y se las ofreció.

- He comprobado los registros de los últimos seis meses y señalado las entradas del hacker. El chico entra todos los viernes por la noche, alrededor de las veinte, y en la mitad de las ocasiones permanece bastante tiempo. El suficiente para que podamos localizarlo.

- ¿Por qué dice que es un chico? - preguntó Víctor, enderezándose después de echar una mirada al registro.

- Es una manera de hablar. No hay una edad para esto de meterse en un sistema de computación privado.

- ¿Podría ser alguien de la competencia?

- Podría ser, pero la experiencia demuestra que en la mayoría de los casos se trata de adolescentes, y que lo hacen para poner a prueba su habilidad. Para ellos es como una especie de videojuego.

- ¿Cuándo podremos localizarlo?

- Lo antes posible. Me asusta pensar que ha estado haciéndolo durante tanto tiempo. Quién sabe el mal que nos habrá hecho.

Bueno, la Telefónica va a enviar a un par de técnicos para que lo localicemos mañana por la noche, si le parece bien.

- Perfecto.

Resuelto el problema, Víctor se dirigió al laboratorio. Encontró a Robert trabajando en el análisis de nucleótidos del ADN.

- Tengo otro trabajo urgente para usted - dijo Víctor -. Si es necesario, dígale a uno de los técnicos que deje lo que está haciendo para ayudarle, pero quiero que usted mismo lo supervise todo.

- Traeré a Harry si hace falta - dijo Robert -. ¿De qué se trata?

Víctor abrió la bolsa de papel “kraft” y extrajo un frasco. Se lo tendió a Robert con mano temblorosa.

- Esta es una muestra del hígado de mi hijo.

Librodot

- ¿De VJ? - exclamó Robert, atónito. Su rostro tenia un aspecto más demacrado que nunca y sus ojos parecían a punto de saltar de las órbitas.

- No, no, de David. ¿Recuerda que identificamos el ADN de todos los miembros de mi familia?

Robert asintió.

- Bueno, quiero que haga lo mismo con este tumor - dijo Víctor -. Además, quiero preparados estándar con histocina y eosina y un estudio cromosómico.

- ¿Puedo preguntar qué objeto tiene todo esto?

- No, hágalo y punto.

- Está bien - dijo Robert, nervioso. Bajó la vista -. No le preguntaba sus motivos, sino sólo qué es exactamente lo que busca, porque en ese caso tal vez podría encontrarlo más deprisa.

Víctor se alisó el pelo con la mano.

- Perdóneme por haberle contestado en ese tono - dijo -, pero es que últimamente estoy muy nervioso.

- No tiene por qué disculparse. Me pondré a trabajar en esto ahora mismo.

- Hay algo más - dijo Víctor, y le mostró los cuatro tubos de ensayo tapados -: Necesito un análisis cualitativo de estas muestras de sangre y orina. Busco rastros de un antibiótico cefalospórico llamado cefaloclor.

Robert cogió las muestras, las agitó suavemente para verificar su consistencia y leyó las etiquetas.

- Esto lo va a hacer Harry. Es bastante sencillo.

- ¿Qué tal el análisis del ADN?

- Pesado, como siempre.

- ¿Ha aparecido alguna mutación?

- Ni una sola - dijo Robert -. Y a juzgar por los fragmentos que van recogiendo las sondas, a estas alturas me atrevería a afirmar que los genes son totalmente estables.

- ¡Qué lástima! - dijo Víctor.

- Pensé que se alegraría - dijo Robert.

- En cualquier otro caso, si - replicó Víctor, sin mayor explicación. Cómo decirle al técnico que lo que buscaba eran pruebas concretas de que los genes FDN de los niños eran distintos a los de VJ.

- ¡Por fin lo encuentro! - dijo una voz, y los dos se sobresaltaron. Colleen los miraba desde la puerta, con las piernas separadas y las manos en jarras -. Una secretaria me dijo que lo había visto rondando por aquí - dijo, guiñándole un ojo.

- Precisamente iba al despacho - dijo Víctor, a la defensiva.

- Y a mí precisamente iba a tocarme la lotería – respondió Colleen con buen humor.

- ¿Quiere decir que el despacho se ha convertido en una casa de locos?

- Ahora se cree indispensable... - dijo la secretaria mirando a Robert -. Bueno, tanto como una casa de locos, no. Me he ocupado de casi todo. Pero hay algo que debe saber ahora mismo.

- ¿De qué se trata? - preguntó Víctor, súbitamente preocupado.

- ¿Podríamos hablar a solas? - dijo Colleen, sonriendo a Robert para disculparse.

- Claro - dijo Víctor, y se dirigió al otro extremo del laboratorio, seguido por Colleen.

- Se trata de Gephardt. Darryl Webster, que está a cargo de la investigación, ha llamado varias veces. Al final me ha explicado qué pasaba. Parece que ha descubierto una serie de irregularidades. Cuando Gephardt era supervisor de compras de “Chimera”, desapareció mucho instrumental de laboratorio.

- ¿Qué clase de instrumental?

- De lo más avanzado: unidades de cromatografía Proteínica, secuenciadores de ADN, espectrómetros de masa, cosas por el estilo.

- ¡Dios mío!

- Darryl tenía mucho interés en que lo supiera cuanto antes - añadió Colleen.

- ¿Encontró pedidos falsos?

- No. Eso es lo más extraño. El equipo llegó correctamente, pero nunca fue a parar al departamento que supuestamente lo había pedido. Y además ese departamento ha negado haber hecho

- Entonces todo fue un invento de Gephardt - dijo Víctor, atónito -. Ahora comprendo por qué su abogado quería un acuerdo a toda costa. Sabía que lo descubriríamos.

De pronto recordó que la nota atada al ladrillo hablaba de un acuerdo. Por tanto Gephardt era el autor de los ataques a su familia.

- Me imagino que tenemos el número de teléfono particular de este hijo de puta - dijo Víctor con virulencia.

- Supongo que si - dijo Colleen -. Estará en su expediente.

- Voy a llamarlo. Estoy harto de tratar con su picapleitos.

Se dirigieron a la administración. Colleen apenas podía seguir el paso de Víctor. Nunca lo había visto tan furioso.

No dejaba de gruñir mientras marcaba el número. Le había pedido a Colleen que permaneciera en el despacho como testigo de la conversación. Pero nadie contestaba al teléfono.

- ¡Mierda! - gruñó Víctor -. Ese hijo de puta ha salido, o ha desconectado el teléfono. Consígame su dirección.

Colleen le facilitó el número de una calle de Lawrence, una localidad cercana a “Chimera”.

- Iré a verlo cuando me vaya. Tengo la sensación de que ese tipo estuvo rondando por mi casa. Ha llegado el momento de devolverle la visita.

--

Uno de los pacientes llamó a Marsha para decirle que se encontraba enfermo. Marsha decidió aprovechar la hora libre para ir a la “Pendleton Academy”, la escuela privada a la que asistía VJ desde que había finalizado la preescolar.

El recinto de la escuela era bonito, a pesar de que los árboles estaban sin hojas y el césped tenía el color pardo propio del invierno. Los muros cubiertos de hiedra daban a la escuela el aspecto de una vetusta Universidad.

Marsha detuvo el automóvil frente a la administración. No conocía demasiado la escuela. Ella y Víctor concurrían habitualmente a las reuniones de padres y maestros, pero sólo había visto en dos ocasiones al director, Perry Remington. No sabia si la recibiría.

Al entrar observó complacida que el personal de secretaría estaba trabajando: las vacaciones eran para los alumnos, no para el personal. El señor Remington sólo la hizo esperar unos minutos.

Era un hombre alto y robusto, de barba bien cuidada. Sus cejas espesas asomaban sobre el marco de sus gafas de concha.

- Siempre es un placer recibir a los padres de un alumno – dijo al ofrecerle un asiento, al tiempo que también se sentaba. Cruzó las piernas y cogió una carpeta.

- ¿En qué puedo servirle?

- Se trata de mi hijo, VJ - dijo Marsha -. Soy psiquiatra y, para serle franca, estoy un poco preocupada. No por sus calificaciones, que son excelentes, sino por su conducta en general. - Marsha hizo una pausa. No quería poner palabras en la boca de su interlocutor.

El director carraspeó.

- Cuando la anunciaron, revisé rápidamente el expediente de VJ. - Levantó la carpeta y se acomodó, cruzando la otra pierna -. Francamente, si usted no hubiera pasado por aquí, la hubiéramos citado nosotros al iniciarse de nuevo las clases. Los maestros están algo preocupados. A pesar de las excelentes calificaciones, parece que su hijo tiene problemas de atención. Los maestros dicen que se pierde en sus propios pensamientos. No obstante, cuando le hacen una pregunta, siempre responde correctamente.

- Entonces, ¿qué les preocupa?

- Yo diría que las peleas.

- ¿Las peleas? - exclamó Marsha -. No tenia la menor idea de que se peleara.

- Ha habido cuatro o cinco incidentes en lo que va de año.

- ¿Y por qué no me avisaron inmediatamente? - preguntó Marsha, indignada.

- No la llamamos porque VJ nos pidió encarecidamente que no lo hiciéramos.

- ¡Es absurdo! ¿Desde cuándo las autoridades de la escuela reciben órdenes de un alumno?

- Un momento, doctora Frank. Déjeme explicarle. En cada ocasión, resultó evidente para la persona del centro que denunció el hecho que su hijo era víctima de una provocación y que utilizó los puños como último recurso, frente a algún camorrista molesto porque su hijo es..., digamos que especial. No había duda posible.

En ningún caso su hijo fue el instigador. Por consiguiente, respetamos su deseo de no causar una preocupación innecesaria a sus padres.

- ¿Y no le hicieron daño? - preguntó Marsha, un poco más serena.

- Parece sorprendente, pero no. VJ se condujo con gran habilidad, teniendo en cuenta que es un chico sin aficiones deportivas.

En cambio, uno de sus contrincantes sufrió fractura de nariz.

- Últimamente me estoy enterando de muchas cosas sobre mi hijo - dijo Marsha -. Dígame, ¿tiene amigos?

- VJ es un chico solitario - dijo el señor Remington -. Más aún, yo diría que no tiene mucha relación con los demás. No es un problema de hostilidad, sino de que él va a la suya, como dicen los chicos.

No era lo que Marsha quería escuchar. Esperaba que su hijo tuviera más vida social en la escuela que en casa.

- ¿Usted diría que VJ es un chico feliz? - preguntó.

- Esa pregunta no es fácil de responder. No me parece un chico triste, pero la verdad es que no expresa sus emociones con frecuencia.

En otras palabras, una personalidad lisa y llanamente esquizoide, pensó Marsha. El cuadro empeoraba con cada nueva información.

- Raymond Cavendish, uno de nuestros profesores de matemáticas, se interesaba mucho por VJ - prosiguió Remington -. Trató por todos los medios de penetrar en lo que él llamaba el mundo privado de VJ.

- ¿Y lo consiguió?

- Desgraciadamente, no. Lo he mencionado porque Raymond quería hacerlo participar en actividades extraescolares, sobre todo en deportes. Al chico no le interesaba, aunque había demostrado cualidades naturales para el fútbol y el baloncesto. Pero coincido con la opinión de Raymond: es necesario que VJ desarrolle otros intereses.

- ¿A qué se debía el interés del señor Cavendish por mi hijo?

- Creo que estaba muy impresionado por las aptitudes matemáticas de VJ. Lo incluyó en una serie de clases especiales para alumnos aventajados, de distintas edades. Un día, cuando ayudaba a estudiantes de bachillerato a resolver un problema de álgebra, observó que VJ estaba distraído. Lo llamó por su nombre para que prestara atención. Pero VJ creyó que lo llamaba para responder, y ante el asombro de todos dio la solución del problema.

- ¡Es increíble! - exclamó Marsha -. Me gustaría hablar con el profesor Cavendish.

El director movió la cabeza.

- Desgraciadamente, es imposible. El profesor Cavendish murió hace un par de años.

- ¡Qué pena! - dijo Marsha.

- Su muerte significó una gran pérdida para la escuela - corroboró el director.

Se produjo un silencio. Marsha estaba a punto de despedirse, cuando el director añadió:

- Si quiere saber mi opinión, me parece que a VJ le iría bien asistir al colegio con mayor asiduidad.

- Quiere decir, ¿que viniera a los cursos de verano?

- No, no. Me refiero al ciclo lectivo regular. Su esposo lo lleva con frecuencia al laboratorio y luego envía notas de justificación.

Yo soy partidario de los métodos didácticos alternativos, los trabajos prácticos, etc., etc. Pero yo creo que VJ debería participar más de las actividades colectivas, sobre todo en las extraescolares.

Me parece...

- Espere un momento - interrumpió Marsha -. ¿Dice que VJ falta del colegio para ir al laboratorio?

- Sí, y con frecuencia.

- No tenía la menor idea - confesó Marsha -. Sabía que pasaba muchas horas en el laboratorio, pero no que faltara al colegio.

- Creo que no exagero al decir que VJ pasa más tiempo en el laboratorio que en la escuela.

- ¡Dios mio!

- Y si piensa lo mismo que yo, tal vez debería hablar con su esposo.

- Lo haré - dijo Marsha, poniéndose de pie -. Le aseguro que lo haré.

--

- Quiero que esperéis en el coche - dijo Víctor a VJ y Philip, mientras miraba la casa de Gephardt por la ventanilla del automóvil. Era un edificio de dos pisos, vulgar, con fachada de ladrillos y contraventanas.

Librodot

- Gira la llave para que podamos escuchar la radio - dijo VJ, que ocupaba el asiento delantero. Philip estaba sentado en el de atrás.

Víctor giró la llave del encendido. El coche se llenó de una estridente música rock, que aún sonaba más fuerte al estar parado el motor.

- Vuelvo enseguida - dijo Víctor al bajar del coche.

Ahora se encontraba frente a la casa de Gephardt, no estaba tan seguro de que tuviera que hacerle frente. La casa ocupaba un terreno bastante grande, separado de las casas vecinas por arces y abedules. Un gran ventanal a la izquierda indicaba probablemente la sala de estar. Aunque atardecía, las luces de la casa estaban apagadas. Pero seguramente había alguien en la casa, a juzgar por una furgoneta “Ford” aparcada frente a la entrada.

Víctor se inclinó hacia la ventanilla.

- Vuelvo enseguida.

- Ya lo has dicho antes - replicó VJ, acompañando la música con golpes rítmicos de la palma de la mano sobre el tablero del coche.

Víctor asintió, confuso. Al dirigirse hacia la casa se preguntó si no seria mejor abandonar la idea y llamar por teléfono más tarde. Pero entonces recordó la sustracción del equipo de laboratorio, el fraude perpetrado por medio de los salarios de un trabajador muerto y el ladrillo que había roto la ventana de VJ. La rabia lo hizo avanzar más resueltamente. Al acercarse a la fachada de ladrillo, se preguntó si el que había arrojado a la ventana de su hijo no seria alguno de los que habrían sobrado al construir la casa. Al ver el ventanal, sintió deseos de arrojarle uno de los adoquines que bordeaban el camino. Entonces se detuvo.

Parpadeó como si no diera crédito a sus ojos. Estaba a unos seis metros del ventanal y vio que varios cristales estaban rotos, y que sólo quedaban astillas de vidrio en su lugar. Era como si su fantasía de venganza se hubiera hecho realidad.

Miró hacia atrás, vio las siluetas de Philip y VJ en el coche y tuvo que contener el impulso de volver. Sentía que algo marchaba muy mal. Miró el ventanal y los escalones que conducían a la puerta. Demasiado silencio, demasiada oscuridad. Pero ¿qué le iba a decir a VJ? ¿Que tenia miedo? Se dirigió resueltamente a la puerta.

Al ver que estaba entornada, alzó la voz:

- ¡Hola! ¿Hay alguien aquí? - Abrió la puerta y dio un paso hacia el interior.

Tuvo que contenerse para no gritar. Jamás había visto tanta sangre como la que inundaba la sala de Gephardt, ni siquiera durante sus años de médico en el hospital de Boston. Siete cadáveres - entre ellos el del dueño de la casa - aparecían esparcidos por toda la sala en posiciones grotescas. Habían sido acribillados a balazos y el aire estaba impregnado de olor a pólvora.

La matanza era reciente, porque algunas heridas aún manaban sangre. Uno de los cadáveres era el de una mujer que debía tener aproximadamente la misma edad que Gephardt: seguramente era su esposa. Los restantes eran de dos personas mayores y tres niños, el menor de los cuales tendría cinco años. A Gephardt le habían disparado tantas veces que le faltaba la tapa de los sesos.

Librodot

Víctor se enderezó después de examinar el último cadáver en busca de señales de vida y se dirigió tambaleante hacia el teléfono. No perdió el tiempo en llamar a una ambulancia: marcó el número de la Policía y le dijeron que inmediatamente enviaban un coche.

Víctor volvió a su automóvil. Tenia miedo de desmayarse si seguía en la casa.

- Vamos a esperar un poco - dijo, levantando la voz sobre el estrépito de la radio. Bajó el volumen. La imagen de los siete cadáveres estaba impresa en su mente -. Ha habido un pequeño problema en la casa y la Policía viene para aquí

- ¿Tendremos que esperar mucho rato? - preguntó VJ.

- No lo sé. Quizás una hora.

- ¿Y van a venir los bomberos? - preguntó Philip

La Policía llegó en cuatro automóviles, que probablemente constituían toda la dotación del departamento de Policía de Lawrence

Víctor fue con los agentes hasta la puerta, pero esperó fuera. Uno de los policías, vestido de civil, salió para hablar con él

- Soy el teniente Mark Scudder - dijo -. ¿Tenemos su nombre y dirección?

Víctor asintió.

- Un asunto jodido - gruñó el teniente. Encendió un cigarrillo y arrojó el fósforo en el césped -. Tiene toda la pinta de un ajuste de cuentas entre traficantes de droga. Este tipo de cosas son frecuentes en el sur de Boston, pero resultan raras por estos lugares.

- ¿Han encontrado drogas?

- Todavía no - dijo Scudder, aspirando el humo con fuerza-Lo que le puedo decir es que no fue un crimen pasional, a juzgar por la artillería que han usado. Han tenido que ser por lo menos dos o tres.

- ¿Voy a tener que estar aquí mucho tiempo?

Scudder movió la cabeza.

- Si ya tenemos su nombre y su dirección, puede retirarse cuando quiera.

--

Preocupada por la conversación que había mantenido en la escuela, Marsha tuvo que apelar a toda su paciencia y responsabilidad para atender a los pacientes, y demostrar interés por el último de la tarde, una jovencita narcisista con algunos trastornos de personalidad. Apenas terminó con ella, cogió la cartera y salió, dejando la correspondencia para el día siguiente.

Durante el camino de regreso repasó una y otra vez la conversación con Remington. O bien Víctor le había mentido sobre la cantidad de visitas de VJ al laboratorio o bien el niño falsificaba la firma del padre en las notas de justificación. Las dos posibilidades eran igualmente malas. No podría abordar sus propios sentimientos hacia Víctor hasta descubrir en

Librodot

qué grado su incalificable experimento había afectado a su hijo. Las repetidas ausencias a clase eran un nuevo motivo de preocupación, por tratarse de un síntoma clásico de los trastornos de conducta propios de una personalidad antisocial.

Dobló por el camino y aceleró en la subida. Ya era casi de noche y llevaba los faros encendidos. Bordeó la casa, y cuando estaba a punto de abrir el garaje descubrió algo sobre la puerta.

La luz de los faros se reflejaba en la pintura blanca, dificultando la visión. Marsha se bajó del coche y se acercó para ver mejor el objeto, que desde lejos parecía una pelota de trapo.

- ¡Dios mío! - chilló, tambaleándose hacia atrás. Contuvo las náuseas y se aventuró a dar un nuevo vistazo. Habían estrangulado a la gata y la habían crucificado con clavos sobre la puerta del garaje.

Apartó la mirada de los ojos protuberantes y la lengua que asomaba entre los dientes del animal, y vio una nota sujeta a la cola:

DESE PRISA EN ARREGLAR LAS COSAS.

Apagó el motor y los faros del coche, pero lo dejó donde estaba.

Luego corrió a la casa y cerró la puerta desde dentro, temblando de asco, furia y miedo. Ramona, la asistenta, limpiaba la sala. Cuando Marsha le preguntó si había oído ruidos raros, la mujer dijo que había oído martillazos alrededor del mediodía, pero que al asomarse no había visto a nadie.

- ¿No vio si se alejaba algún coche o camión?

- No.

La asistenta volvió a sus quehaceres y Marsha fue a llamar a Víctor al despacho, pero le dijeron que había salido. Iba a telefonear a la Policía, pero decidió esperar a que llegara Víctor. Se sirvió una copa de vino blanco. Al beber el primer sorbo, vio los faros que se acercaban.

- ¡Coño! - exclamó Víctor al ver el coche atravesado frente al garaje -. ¿Por qué diablos no lo deja a un lado si no tiene ganas de entrarlo?

Condujo el coche hacia la puerta trasera, lo detuvo y apagó el motor. Estaba hecho un manojo de nervios después de lo que había visto en la casa de Gephardt. VJ y Philip, muy alegres los dos, no tenían la menor idea de lo que había sucedido ni le habían pedido explicaciones sobre la larga espera en el coche.

Víctor bajó lentamente y los siguió a la casa. Pronto pudo advertir que Marsha estaba de pésimo humor. Lo supo por el tono con que ordenó a VJ y Philip que se quitaran los zapatos, subieran a lavarse y bajaran a cenar.

Víctor se quitó la americana y fue a la cocina.

- ¡Y tú! - dijo Marsha -. ¡Me imagino que no has visto el regalo que nos han dejado en la puerta del garaje!

- ¿De qué está s hablando? - replicó, en el mismo tono de fastidio.

- ¡Habría que ser ciego para no verlo! - dijo Marsha. Dejó la copa, encendió la luz del patio y le indicó que la siguiera.

Víctor vaciló un instante antes de acompañarla. Atravesaron la sala y salieron por la puerta de atrás.

- ¡Marsha! - exclamó, tratando de alcanzarla.

Ella se detuvo junto a su coche, y él la alcanzó.

- ¿Se puede saber qué...? - la frase quedó en suspenso cuando vio el cadáver de la gata, mutilado y clavado a la puerta del garaje.

Con las manos en la cintura, Marsha no miraba a la gata sino a su esposo.

- Pensaba que te gustaría saber el efecto que han tenido tus advertencias sobre las personas que nos han amenazado.

Víctor apartó la cara. No soportaba la vista del animal mutilado y no estaba en condiciones de discutir con su esposa.

- Quiero saber que vas a hacer para poner fin a todo esto. Y no me digas simplemente que vas a ocuparte de todo. Quiero saber qué medidas vas a tomar. Ahora mismo. No aguanto más... – No pudo seguir.

Víctor también había llegado al limite. Marsha le hablaba como si él fuera el culpable. En cierto modo, tal vez lo fuera. Pero en cuanto al autor de estos hechos, no tenía la menor idea de quién podía ser. Estaba tan perplejo como ella.

Se volvió lentamente hacia la puerta del garaje y vio la nota.

Furioso y aturdido a la vez, se preguntó nuevamente quién seria el culpable. Si era Gephardt, ya no volvería a molestarlos.

- Primero una llamada, después una ventana rota, ahora la gata muerta... - dijo Marsha -. ¿Y ahora qué va a venir?

- Llamemos a la Policía.

- Si, la última vez nos ayudaron mucho...

- No sé qué quieres que haga - dijo Víctor, un poco más sereno -. He llamado a las tres personas que podían ser culpables de esto. Ah, por cierto, la lista de sospechosos se ha reducido.

Ahora son dos.

- ¿Qué quieres decir? - preguntó Marsha.

- Cuando volvía a casa, me detuve en la de George Gephardt.

El tipo había...

- ¡Puaj!

La voz de VJ a sus espaldas los sobresaltó. Marsha había esperado ahorrarle el horrible cuadro. Se interpuso entre su hijo y la puerta.

- ¡Mira cómo tiene la lengua! - dijo VJ, tratando de acercarse.

- ¡Venga, para adentro! - exclamó, tratando de arrastrarlo hacia la casa. Nunca podría perdonarle aquello a Víctor. Pero VJ se resistía a alejarse. Quería mirar a toda costa. Demostraba un interés morboso, una frialdad clínica. Marsha advirtió con estupor que no mostraba el menor sentimiento: ése era otro síntoma de la personalidad esquizoide.

- ¡VJ! - exclamó Marsha -. ¡Vete adentro ahora mismo!

- ¿La habrán matado antes de clavarla a la puerta? – preguntó VJ tranquilamente, tratando de mirar atrás mientras Marsha lo empujaba hacia la puerta.

Víctor se fue a llamar a la Policía de North Andover mientras Marsha se sentaba a conversar con VJ. No podía dejar de sentir pena por la gata. Víctor comunicó con la comisaría, donde el telefonista le dijo que enviarían un coche lo antes posible.

Volvió a la sala. VJ subía la escalera, saltando los escalones de dos en dos. Marsha seguía sentada en el sofá, con los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba furiosa, sobre todo desde que VJ había visto la gata.

- Voy a contratar una agencia de seguridad hasta que terminemos de esclarecer los hechos - dijo Víctor -. La casa estar vigilada toda la noche.

- Es lo que deberíamos haber hecho el primer día.

Víctor se encogió de hombros y se sentó. De pronto se sintió muy cansado.

- ¿Sabes qué me dijo VJ cuando le pregunté qué sentía? Dijo que no importa, que podemos comprar otro gato.

- Eso revela una gran madurez, ¿no te parece? - replicó Víctor -. VJ es un chico muy racional.

- ¡Pero Víctor, es su gata, la tiene desde hace años! Lo lógico es que sintiera pena al perderla así. - Tragó saliva con esfuerzo -:

Su reacción ha sido fría y distante. - Por más que tratara de conservar la compostura cuando hablaban sobre su hijo, no podía contener las lágrimas.

Víctor se encogió nuevamente de hombros. Estaba harto de la cháchara psiquiátrica. El chico estaba perfectamente bien.

- La emoción inoportuna es mal síntoma - prosiguió Marsha, mirándolo, esperando alguna reacción. Pero él no respondió -.

¿Qué opinas?

- A decir verdad, estoy preocupado por otra cosa en este momento. Iba a hablarte de Gephardt cuando en ese momento apareció VJ. Cuando volvía del despacho he pasado por su

Librodot

casa y he visto..., bueno, no puedes imaginarte la escena. Lo habían asesinado, a él y a toda su familia. Los ametrallaron esta tarde en la sala de su casa. Una masacre. - Se alisó el pelo -: Fui yo el que llamó a la Policía.

- ¡Qué horror! - exclamó -. Dios mio, ¿qué está pasando?

- Miró a Víctor. Era su esposo, el hombre al que había amado durante tantos años -. ¿Te sientes bien? - preguntó.

- Sí, ya estoy bien - respondió sin convicción.

- ¿VJ estaba contigo?

- No, me esperaba en el coche.

- Entonces no vio nada.

- No.

- Gracias a Dios - dijo Marsha -. ¿La Policía tiene alguna idea sobre el móvil de los asesinatos?

- Dicen que tiene que ver con la droga.

- ¡Qué horror! - dijo Marsha sin salir de su estupor -. ¿Quieres una copa? ¿Un poco de vino?

- No, prefiero algo más fuerte. Un whisky.

- Ahora te lo traigo.

Fue al bar y sirvió una buena cantidad de whisky. Tal vez se mostraba demasiado dura con Víctor, pero tenia que obligarle a enfrentarse a los problemas de su hijo. Decidió abordar el tema.

- Yo también he tenido hoy una experiencia inquietante – dijo al entregarle el vaso -. No, no tiene nada que ver con la tuya. Fui a la escuela de VJ para hablar con el director.

Víctor bebió un sorbo en silencio.

Marsha relató su conversación con el profesor Remington y finalmente le preguntó por qué no había consultado con ella su decisión de que VJ faltara tanto a la escuela.

- Yo nunca tomé esa decisión.

-O sea que no enviaste una serie de notas al colegio para que VJ faltara, y pasara el día contigo en el laboratorio.

- Claro que no.

- Me lo temía - dijo Marsha -. Tenemos un problema grave.

Esto de hacer novillos sistemáticamente es un síntoma grave.

Librodot

- La verdad, es que me llamó la atención verlo con tanta frecuencia por el laboratorio, pero cuando se lo pregunté, me dijo que sus maestros se lo permitían porque así adquiría más experiencia práctica. Como sus calificaciones son tan altas, no se me ocurrió indagar más.

- Pauline Spalding también me dijo que VJ pasaba la mayor parte del tiempo en tu laboratorio - dijo Marsha -. Sobre todo después de que sufriera la pérdida de inteligencia.

- VJ siempre ha pasado mucho tiempo en el laboratorio - asintió Víctor.

- ¿Y qué hace?

- Muchas cosas. Experimentos químicos elementales mira preparaciones microscópicas, juega con el ordenador. No sé. Siempre anda por ahí. Todos lo conocen y lo quieren. Sabe entretenerse solo.

Sonó el timbre de la puerta principal. Marsha y Víctor fueron a recibir a la Policía.

- Soy el sargento Cerullo - dijo un policía alto y gordo. Sus rasgos, todos muy pequeños, ocupaban el centro de su cara regordeta -. El es el agente Hood. Lamentamos lo sucedido. Hemos tratado de vigilar la casa desde que Widdicomb estuvo aquí, pero es difícil, porque está muy apartada de la carretera.

Al igual que Widdicomb el martes anterior, el sargento Cerullo sacó una libreta y un lápiz. Víctor los condujo al garaje. Hood hizo algunas fotografías y luego los dos estudiaron el terreno. Cuando Hood se ofreció a retirar el cadáver de la gata, Víctor aceptó su ofrecimiento con gratitud. Entre los dos cavaron un pequeño agujero junto a un abedul.

Cuando volvían a la casa, Víctor preguntó si le podían recomendar alguna agencia de seguridad. Los policías le dieron los nombres de algunas empresas locales.

- Ya que estamos - dijo el sargento -, ¿se le ocurre quién podría ser capaz de hacer semejante cosa?

- Se me ocurren dos personas - dijo Víctor - : Sharon Carver y William Hurst.

Cerullo anotó los dos nombres. Víctor no mencionó a Gephardt ni tampoco a Ronald Beekman. Ronald jamás se rebajaría a una cosa así.

Acompañó a los policías hasta la puerta y fue a llamar a las agencias que le habían recomendado. En los dos casos le respondió un contestador automático, en el que dejó su nombre y el número de teléfono de su despacho.

- Quiero que hablemos con VJ ahora mismo - dijo Marsha.

Su tono de voz no admitía réplica. Víctor asintió y juntos subieron la escalera. La puerta de la habitación de VJ estaba entornada. Entraron sin llamar.

El niño cerró uno de sus álbumes de sellos y lo puso en el estante, sobre su mesa. Luego se quedó mirando a sus padres con aire expectante, casi culpable, como si lo hubieran sorprendido en una travesura, no con un álbum de sellos en las manos.

- Queremos hablar contigo - dijo Marsha.

- Bueno - asintió VJ -. ¿Qué sucede?

Librodot

De pronto no era más que un niño de diez años, tan vulnerable que daban ganas de abrazarlo. Pero Marsha se contuvo: debía mostrarse severa, por su bien.

- Hoy he ido a Pendleton y he hablado con el director. Me ha dicho que llevas notas firmadas por tu padre para justificar tu ausencia de la escuela y pasar más tiempo en “Chimera”. ¿Es verdad?

De acuerdo con su experiencia profesional, Marsha esperaba que VJ negara inicialmente la acusación y que después, ante las pruebas irrefutables, confesara su responsabilidad. Así actuaban los preadolescentes. Pero ésa no fue la actitud de VJ.

- Si, es verdad - dijo sin alterarse -. Lamento haberos engañado. Os pido disculpas por las molestias que os haya podido causar. No fue ésa mi intención.

Marsha se sintió totalmente confundida. Hubiera preferido la habitual negativa infantil, pero VJ no respondía a la norma, ni siquiera en este aspecto. Miró a Víctor, que levantó las cejas sin responder.

- Lo único que puedo alegar a mi favor es que tengo muy buenas calificaciones en la escuela - prosiguió VJ -. Me pareció que eso era lo más importante.

- La escuela debería ofrecer dificultades, problemas por resolver - dijo Víctor, al advertir que la serenidad de VJ dejaba a

Marsha sin respuesta -. Si te resulta demasiado fácil, debes pasar de grado. Se han dado casos de chicos de tu edad que han ingresado en la Universidad e incluso se han graduado.

- A esos chicos los tratan como bichos raros - replicó VJ -.

Además, no me interesan las instituciones. En el laboratorio aprendo muchísimo más que en la escuela. Quiero ser investigador.

- ¿Por qué no me lo dijiste? - preguntó Víctor.

- Me pareció que era lo más fácil - dijo VJ -. Tenia miedo de que te negaras a dejarme pasar más tiempo en el laboratorio, si te pedía permiso.

- Aunque creas que sabes el resultado de una discusión, deberías consultar - dijo Víctor.

VJ asintió.

Víctor miró a Marsha para ver si quería añadir algo. Ella se mordisqueaba el labio. Miró a Víctor, y los dos se encogieron de hombros.

- Volveremos a hablar de esto - dijo Víctor, y los dos bajaron de nuevo a la sala.

- Por lo menos no nos ha mentido - dijo Víctor.

- No lo acabo de entender - dijo Marsha -. Estaba tan segura de que lo negaría... - Se sirvió más vino y se sentó a la mesa de la cocina -. Es tan difícil predecir sus reacciones...

Librodot

- ¿Pero no es una buena señal el que no haya mentido? - preguntó Víctor, apoyado contra el mármol de la cocina.

- No, no lo es. En estas circunstancias, y tratándose de un niño de esta edad, no es en absoluto lo normal. No ha mentido, pero tampoco ha mostrado el menor remordimiento, no sé si te has dado cuenta.

Víctor levantó los ojos, exasperado:

- ¿Nunca te darás por satisfecha? A mí no me parece tan grave. Yo hacía novillos en el instituto, lo que pasa es que nunca me descubrieron.

- No es lo mismo - dijo Marsha -. Esa conducta es la típica rebeldía adolescente. Por eso lo hiciste en el instituto. VJ está en quinto grado.

- No creo que por falsificar un par de notas sea un delincuente en potencia. Además, mira sus calificaciones. Es un prodigio, qué coño. Falta al colegio para ir al laboratorio, no para encerrarse a fumar marihuana.

- Si fuera sólo eso, no me preocuparía tanto. Pero hay todo un conjunto de problemas que configuran un cuadro. Eso es lo que me preocupa. No puedes ser tan ciego como para no ver...

El ruido de un objeto pesado al caer la interrumpió en mitad de la frase.

- ¿Qué ha sido eso? - preguntó Víctor.

- Me parece que es algo en el garaje.

Víctor corrió a la sala y apagó la luz. Luego cogió una linterna del armario y observó el patio desde la ventana.

- ¿Ves algo? - preguntó Marsha.

- Desde aquí no se ve nada - dijo Víctor, dirigiéndose hacia la puerta.

- No quiero que salgas.

- Voy a ver quién anda por ahí - dijo él sobre su hombro.

- Bueno pero no salgas solo. Te acompaño.

Víctor salió de puntillas, seguido por Marsha, casi pegado a su espalda. Escucharon ruido de pasos cerca de la puerta del garaje.

Víctor encendió la linterna y la apuntó hacia allí.

Dos brillantes ojillos negros los miraron un instante y desaparecieron en la oscuridad.

- Un mapache - dijo Víctor con un suspiro de alivio.

Librodot

viernes por la mañana
CAPITULO 9

Víctor llegó al trabajo, furioso Todavía por la muerte de la gata.

Marsha estaba cada vez más preocupada por VJ, y por si fuera poco un tipo misterioso hostigaba a la familia. Había que actuar con rapidez para prevenir un nuevo ataque, sobre todo porque cada uno era peor que el anterior. ¿Qué sucedería después de la muerte de la gata? Víctor se estremeció al considerar las perspectivas.

Aparcó el coche en el lugar que tenia reservado y apagó el motor. VJ y Philip, que venían juntos en el asiento trasero, bajaron rápidamente y se dirigieron a la cafetería. Víctor se preguntó, mientras los veía alejarse, si Marsha no tendría razón al pensar que el chico demostraba una conducta potencialmente peligrosa desde el punto de vista psiquiátrico. La noche anterior, en la cama, Marsha le había referido el resto de su conversación con el profesor Remington. El hecho de que VJ se hubiera peleado con alguien le había inquietado más que cualquier otra cosa. Eso no correspondía con la personalidad del chico. Le parecía imposible. Y si era verdad, no sabía qué pensar. En cierto sentido, era para estar orgulloso de su hijo. ¿Qué tenía de malo que se defendiera? El mismo profesor Remington había expresado cierta admiración por el modo en que había actuado.

- ¿Quién sabe? - dijo Víctor en voz alta al bajar del coche y dirigirse a la puerta del edificio. Antes de que diera una docena de pasos, apareció un hombre vestido con uniforme de policía.

- ¿Es usted el doctor Víctor Frank?

- Sí.

Le entregó un sobre.

- Es para usted, de comisaría - dijo -. Buenos días.

Librodot

Víctor abrió el sobre. Era una citación para responder a una querella judicial. La carátula decía: “Sharon Carver contra Víctor Frank y "Chimera Inc"."

No hacía falta leer más. Sabía de qué se trataba: Sharon le llevaba a juicio por discriminación sexual. Sintió el impulso de arrojar las hojas de papel al aire. Su furia iba en aumento a medida que subía las escaleras hacia la entrada.

En la oficina reinaba una tensión casi eléctrica. Todos lo miraban pasar y luego murmuraban entre ellos. Cuando llegó al despacho, llamó a Colleen y le preguntó qué diablos pasaba.

- Se ha hecho famoso - dijo -. Han dicho en las noticias que fue usted el que descubrió los cadáveres de la familia Gephardt.

- ¡Lo que me faltaba! - dijo Víctor. Entregó la citación a Colleen para que la hiciera llegar al abogado de la empresa. Luego se sentó:

- Bueno, ¿qué tenemos para hoy?

- De todo un poco - dijo Colleen. Le entregó una hoja -: El informe preliminar sobre las investigaciones de Hurst. Han encontrado irregularidades importantes nada más empezar. Quieren tenerle informado.

Usted siempre es portadora de gratas nuevas - dijo Víctor, echando un vistazo al informe. No era para sorprenderse dada la reacción de Hurst al conocer su decisión de investigar el asunto, pero había pensado que las irregularidades no aparecían tan pronto. Hurst parecía un hombre hábil para cubrirse.

- ¿Qué más? - preguntó, dejando el informe a un lado.

- El miércoles próximo habrá una reunión de dirección para resolver la venta de acciones. - Le entregó una hoja para que la incluyera en su agenda.

- Es como una invitación a jugar a la ruleta rusa - dijo Víctor -. ¿Qué más?

Colleen siguió recorriendo la lista y señalando los sucesivos problemas: casi todos eran de poca importancia, pero había que ocuparse de ellos. Tomó nota de las instrucciones de Víctor. Terminaron en media hora.

- Ahora me toca a mí - dijo Víctor -. ¿Me han llamado de alguna agencia de seguridad?

- No.

- Bueno. Quiero que coja el teléfono y que utilice todos sus encantos para averiguar dónde estaban Ronald Beekman, William Hurst y Sharon Carver ayer al mediodía.

Colleen tomó nota y aguardó el resto de las instrucciones. Cuando Víctor le dijo que eso era todo, asintió y se dirigió hacia su mesa.

Víctor cogió los papeles listos para su lectura y firma y se puso a trabajar.

Media hora más tarde, Colleen volvió con la información que había pedido: el doctor Beekman y el doctor Hurst habían pasado el día en “Chimera”, aunque éste había

desaparecido a la hora de comer y nadie sabia dónde había ido. Sobre la señorita Carver no se sabía nada.

Víctor le dio las gracias. Cogió el teléfono y llamó a “Able Protection”, una de las agencias de seguridad. Una telefonista atendió la llamada y le hizo esperar. Luego se puso al teléfono un hombre de voz grave, con quien Víctor contrató un servicio de vigilancia para su casa entre las 18 y las ó.

Colleen volvió con una lista del instrumental sustraído por Gephardt.

Víctor recorrió la lista: sintetizador de polipéptidos, contratadores intermitentes, centrifugadoras, microscopio electrónico...

- ¡Un microscopio electrónico! - chillo Víctor -. ¿Cómo diablos lo sacó de aquí? ¿Cómo consiguió ocultarlo y después venderlo? La demanda de microscopios electrónicos no es tan grande, que yo sepa. - Víctor la miró, pero en su mente tenia la imagen de la furgoneta aparcada frente a la puerta de Gephardt.

- No tengo la menor idea - dijo la secretaria.

- Pero lo peor de todo es que pudiera hacerlo durante tanto tiempo. Contabilidad y seguridad van a tener que dar explicaciones.

A las once y media pudo salir por fin de su despacho para ir al laboratorio. Las tareas administrativas de la mañana le habían puesto extraordinariamente nervioso, pero en el laboratorio se relajó casi al instante. Era una reacción inmediata, casi refleja. Había creado “Chimera” para dedicarse a la investigación, no al papeleo engorroso.

Cuando entraba en su despacho del laboratorio, una de las técnicas se dirigió hacia él, apresuradamente.

- Robert lo anda buscando. Nos ha dicho que le avisáramos.

Víctor le dio las gracias y salió en busca del técnico, a quien encontró en la unidad de electroforesis.

- ¡Doctor Frank! - exclamó Robert con una sonrisa feliz -. Dos de sus muestras habían dado positivo.

- O sea que...

- En las dos muestras de sangre hemos detectado la presencia de cefaloclor.

Víctor se quedó un instante sin aliento. Jamás se le había ocurrido que ese análisis pudiera dar un resultado positivo. Sólo lo había encargado porque conservaba el espíritu del estudiante de medicina.

- ¿Está seguro? - preguntó, articulando con dificultad.

- Es lo que dice Harry. Y si hay un tipo competente, es él. ¿No lo esperaba?

- La verdad es que no - respondió. Su mente ya consideraba las implicaciones del hecho. Se volvió hacia Robert-: Compruébelo usted personalmente.

Librodot

Sin decir una palabra más, dio medio vuelta para volver a su despacho del laboratorio. En uno de sus cajones guardaba un frasco con cápsulas de cefaloclor. Cogió una cápsula, salió del despacho y atravesó el laboratorio y la sala de disección hacia la sala de animales. Cogió dos ratas inteligentes, las puso en una jaula aparte y agregó el contenido de la cápsula al tazón con agua.

Esperó que el polvo blanco se disolviera antes de colocar el tazón en la jaula.

Salió de su departamento de biología, recorrió un largo pasillo y subió una escalera hasta el departamento de inmunología. Fue directamente al despacho de Hobbs.

- ¿Cómo se encuentra ahora después de volver al trabajo? - preguntó.

- No consigo concentrarme al cien por cien - confesó Hobbs -.

Pero el trabajo me va bien. En casa pensaba que me iba a volver loco. A Sheila también le ha ido bien volver.

- Bueno, me alegro. Quería preguntarle una vez más si existe la posibilidad de que a su hijo le suministraran cefaloclor.

- En absoluto - dijo Hobbs -. ¿Por qué? ¿Cree que el cefaloclor provocó el edema?

- Si no lo tomó, no - dijo Víctor en un tono que no dejaba lugar a dudas.

Dejó a un Hobbs un tanto perplejo y fue al departamento de contabilidad para preguntar a Murray. La respuesta fue la misma.

Ninguno de los niños había toma cefaloclor.

De vuelta al laboratorio, pasó por el centro de ordenadores para hablar con Louis y enterarse del plan para la noche.

- Estaremos preparados - dijo Louis -. Los técnicos de la telefónica vendrán hacia las seis para montar el aparato. Todo depende de que el hacker se conecte y trabaje un rato. Toco madera.

- Y yo - dijo Víctor -. Estaré en el laboratorio. Que me llamen cuando se conecte. Vendré inmediatamente.

- De acuerdo, doctor Frank.

Mientras se dirigía al laboratorio, trató de poner orden en sus pensamientos. Una vez sentado, en su despacho, dejó que su mente indagara en el significado del cefaloclor encontrado en las muestras de sangre de los niños muertos. Evidentemente, el antibiótico había penetrado en sus organismos y activado el gen FDN, el cual estimuló las células del cerebro hasta el extremo de que empezaron a dividirse. Dentro de la caja craneana, el cerebro tenía un espacio limitado para crecer. Superado ese limite, el cerebro penetraba en el canal de la médula espinal, tal como había revelado la autopsia.

Víctor se estremeció. Era imposible que hubieran tomado el cefaloclor accidentalmente. Por otra parte, alguien se lo había suministrado a los dos niños al mismo tiempo. Por consiguiente, cabía suponer que se les había suministrado adrede, para matarlos.

Víctor se frotó los ojos con fuerza, y luego se alisó el pelo con las manos. ¿Qué motivo habría para matar a dos niños extraordinarios, de inteligencia prodigiosa? ¿Quién lo habría hecho?

Incapaz de contenerse, empezó a pasear por el despacho. Sólo se le ocurría una idea estrafalaria: un idiota, un moralista reaccionario, había descubierto casualmente los detalles del experimento FDN y había asesinado a los niños en su afán por frustrar la obra de Víctor.

Pero en ese caso, ¿porqué no había matado las ratas inteligentes? O a VJ. Además, muy pocas personas tenían acceso al ordenador y a los laboratorios. Un hacker había borrado los archivos.

¿Pero cómo había podido penetrar en los laboratorios y en la guardería? Víctor sabía que el único punto de intersección en las vidas de los niños Hobbs y Murray era la guardería. Por consiguiente, ¡allí les habían subministrado el cefaloclor!

De pronto recordó la amenaza de Hurst: “Usted no es un santo como quieres hacernos creer.” Tal vez Hurst estaba al tanto del proyecto FDN y se había vengado de él por esa vía.

Empezó a pasearse otra vez. La hipótesis de Hurst no explicaba todos los hechos. Si se trataba de una venganza, ¿por qué no había recurrido al chantaje? ¿O por qué no había revelado todo a la Prensa? Eso tenía más sentido que la muerte de un par de niños inocentes. No, la explicación era otra, más maligna y menos sencilla.

Se sentó, cogió los resultados de sus últimos experimentos de laboratorio y trató de concentrarse. Pero no pudo. Sus pensamientos volvían una y otra vez al experimento FDN. Dada la magnitud del problema, no podía comunicar sus sospechas a la Policía porque en tal caso debería revelar el proyecto FDN, lo cual era imposible. Sería un suicidio profesional, y además destruiría su familia. Hubiera dado cualquier cosa por volver atrás el reloj y anular el experimento desde sus comienzos.

Se echó atrás en la silla, entrelazó los dedos en la nuca y contempló el techo. Cuando VJ sufrió la pérdida de su inteligencia, a Víctor ni se le había ocurrido hacerle una prueba de cefaloclor.

¿Acaso había quedado almacenado un resto del antibiótico en su cuerpo desde el nacimiento, que se había lixiviado entre los dos y cuatro años? Pero Víctor se dijo que ningún proceso fisiológico podía causar semejante fenómeno.

Los sucesos de los últimos días pasaron por su mente en torbellino: el asesinato de Gephardt, la muerte posiblemente intencionada de dos niños sometidos a ingeniería genética, la escalada de amenazas contra su familia, el fraude, la malversación. ¿Acaso estos incidentes sin relación aparente formaban parte de una siniestra conspiración?

Víctor negó con la cabeza. Imposible: el hecho de que todo sucediera a la vez era una mera coincidencia. Pero no era tan fácil descartar esa idea. Nuevamente pensó en VJ. ¿Estaba en peligro? ¿Cómo impedir que le suministraran cefaloclor si una mano siniestra estaba empeñada en ello?

Miró fijamente la pared. Desde el miércoles anterior le rondaba por la cabeza la idea de que VJ corriera peligro. Se preguntó si se había mostrado suficientemente enérgico al advertirle que no se acercara a Beekman ni a Hurst. De pronto se puso en pie y se dirigió a la puerta: no le permitiría seguir paseando a solas por la empresa.

Librodot

Empezó por el laboratorio, como el miércoles anterior. Nadie había visto a VJ ni a Philip en las últimas horas. Se dirigió a la cafetería. Era casi mediodía y el personal se preparaba para la hora punta de la comida. Algunos trabajadores ya estaban comiendo. El encargado, Curt Tarkington, supervisaba la cocina.

- Estoy buscando a mi hijo otra vez - dijo Víctor.

- No ha venido por aquí - replicó Curt -. Tal vez debería darle un transmisor.

- No es mala idea - dijo Víctor -. Por favor, si lo ve, avise a mi secretaria.

- Lo haré, no se preocupe.

Fue a la biblioteca, que estaba en el mismo edificio, pero la encontró desierta. Pensaba dirigirse a la guardería y al gimnasio, pero cambió de idea y fue a la garita de los vigilantes.

Era una pequeña dependencia entre las barreras de entrada y salida de “Chimera”. Un hombre manejaba las barreras, y otro estaba sentado ante una pequeña mesa. Los dos vestían uniformes pardos con el símbolo de “Chimera” cosido en la manga, cerca del hombro. El hombre sentado a la mesa se levantó de un salto al ver a Víctor.

- Buenos días, señor - dijo el guardia. Llevaba una placa con su nombre en el uniforme: Sheldon Farber.

- Buenos días. Siéntese, por favor. - Sheldon se sentó -. Quiero hacerle una pregunta. Cuando sale un camión o una furgoneta ¿se comprueba la carga?

- Sí, señor - dijo Sheldon -. Lo hacemos siempre.

- Y si lleva instrumental, ¿se aseguran que la salida ha sido autorizada?

- Por supuesto - replicó Sheldon -. Comprobamos la orden de salida o llamamos a mantenimiento. Es un procedimiento de rutina.

- ¿Qué sucede si el conductor del vehículo es empleado de “Chimera”?

- No importa. El procedimiento es el mismo.

- ¿Y si es un ejecutivo?

- Bueno, en ese caso no es lo mismo - dijo Sheldon tras una pausa -. Es decir, me parece, ¿no?

- Entonces, si aparece una furgoneta conducida por uno de los ejecutivos, ¿le franquean el paso sin más?

- Bueno, no sé - dijo Sheldon, nervioso.

- De ahora en adelante quiero que revisen cada camión furgoneta o vehículo de carga de cualquier tipo que salga dé aquí.

No importa quién lo conduzca. Aunque sea yo mismo. ¿Entendido?

- Si, señor. Entendido.

Librodot

- Otra pregunta. ¿Han visto a mi hijo?

- Yo no - dijo Sheldon. Llamó al hombre de la barrera - ù George, has visto a VJ?

- Cuando llegó con el doctor Frank

Sheldon le indicó que esperara. Fue a un transmisor de radio y llamó a Hal.

- Hal ha estado patrullando esta mañana - explicó. La voz de Hal le llegó envuelta en un montón de ruidos. Sheldon le preguntó si había visto a VJ.

- Esta mañana lo he visto cerca de la presa - dijo la voz en medio de fuertes ruidos.

Víctor dio las gracias a los empleados de seguridad y salió de la garita. Estaba molesto por la terquedad de VJ. Le había dicho por lo menos cinco veces que no se acercara al río.

Se ajustó la bata del laboratorio y se dirigió al río. Estaba a punto de volver a su despacho para buscar el abrigo, pero cambió de parecer. Aunque la temperatura era más baja que el día anterior, sentía menos frío.

El cielo había estado despejado, pero empezaba a cubrirse de nubes. La brisa del Nordeste traía el aroma del océano. Varias gaviotas volaban en círculos y lanzaban sus chillidos penetrantes. Frente a él se alzaba la torre del reloj, con las agujas del Big Ben detenidas en las 2.15. Recordó su idea de proponer la restauración de la estructura y el reloj en la reunión del viernes.

A medida que se acercaba al río, crecía el rugido del agua al pasar por el vertedero de la presa.

- ¡VJ! - gritó Víctor al llegar a la orilla del río, pero el rugido del agua era más potente que cualquier voz. Bordeó la pared oriental del edificio de la torre, cruzó un puente de madera sobre la compuerta de salida del sótano del edificio y llegó al muelle de granito que se alzaba río abajo de la presa. Contempló el agua blanca que seguía su curso turbulento hacia el océano. A la izquierda se extendía la presa a todo lo ancho del río, con su amplio embalse aguas arriba. El agua saltaba sobre el vertedero central, en un imponente arco verde esmeralda. Víctor sentía la vibración del muelle de granito bajo sus pies. Era un testimonio imponente del poder de la Naturaleza, originado meses antes con los primeros y suaves copos de nieve.

Cuando se dio la vuelta para llamar de nuevo a VJ, se lo encontró a sus espaldas. Se dio un buen susto. Philip esperaba a prudencial distancia.

- Ah, ¿estás aquí? - dijo Víctor -. Te he buscado por todas partes.

- Me lo imaginaba - dijo VJ -. ¿Qué pasa?

- Quiero que... - Vaciló. No sabia bien qué quería -. ¿Qué estabas haciendo?

- Nada. Estábamos jugando.

- No me gusta que andes solo por todas partes, y menos aún cerca del río - dijo Víctor en tono severo -. Quiero que vuelvas a casa. Os llevará un coche de la empresa, a ti y a Philip.

- Pero yo no quiero ir a casa... - replicó VJ, quejumbroso.

Librodot

- Después hablaremos - dijo Víctor con firmeza -. Quiero que vayas a casa ahora mismo. Es por tu bien.

--

Marsha abrió la puerta del consultorio que daba al pasillo y Joyce Hendricks salió furtivamente. Le había dicho que le aterraba la idea de encontrarse con un conocido cuando salía del consultorio del psiquiatra, y por el momento Marsha le seguía la corriente. Con el tiempo la convencería de que la consulta al psiquiatra no conllevaba el estigma social de otras épocas.

Hizo algunas anotaciones en el expediente de Hendricks. Después se asomó a la sala de espera y dijo que salía a comer. Ocupada como siempre con el teléfono, Jean agitó la mano para indicar que la había oído.

Marsha iba a comer con la doctora Valerie Maddox, una colega suya a quien admiraba y respetaba, y que tenia su consultorio en el mismo edificio. Además de colegas, eran amigas intimas.

- ¿Tienes hambre? - preguntó Marsha cuando Valerie le abrió la puerta.

- Digamos mejor que estoy famélica.

Tenía todo el aspecto de una mujer al borde de los sesenta que era en efecto su edad. Fumadora empedernida durante muchos años de su boca irradiaban finas arrugas, como los rayos de sol que dibujan los niños.

Bajaron en el ascensor y cruzaron hacia el hospital. En la cafetería, buscaron una mesa apartada donde poder conversar tranquilamente. Las dos pidieron ensalada de atún.

- Te agradezco que hayas venido a comer - dijo Marsha -.

Quiero hacerte una consulta sobre VJ.

Con una sonrisa, Valerie la alentó a seguir hablando.

- Me ayudaste muchísimo cuando sufrió aquella caída de inteligencia. Bueno, últimamente he estado preocupada por él, pero no sé qué decir. Soy su madre. Tratándose de él, no tengo la menor objetividad.

- ¿Cuál es el problema?

- Ni siquiera sé si hay un problema. En todo caso, no es un hecho concreto sino un conjunto de hechos. Le apliqué una serie de tests. Mira los resultados.

Valerie cogió la carpeta que le tendía Marsha y estudió los resultados atentamente.

- No veo nada que se aparte de lo normal - dijo -. Lo único que me llama la atención es esa escala de validez del MMPI, pero salvo eso no veo que haya nada de qué preocuparse.

- Tal vez tengas razón - dijo Marsha, y a continuación le explicó lo de las faltas repetidas, las notas falsificadas y las peleas en la escuela.

- Parece un chico muy despierto - sonrió Valerie -. No recuerdo su edad.

- Diez años - dijo Marsha -. También me preocupa que tenga un solo amigo de su edad, un chico llamado Richie Blakemore a quien ni siquiera conozco.

- ¿VJ nunca lo invita a casa?

- Nunca.

- Tal vez deberías hablar con la señora Blakemore para saber si realmente son tan amigos.

- Sí, creo que es buena idea.

- Y si quieres que examine a VJ, lo haré con mucho gusto.

- Te lo agradecería muchísimo. No estoy en condiciones de evaluarlo yo misma. Pero al mismo tiempo estoy muy asustada. No sé por qué, tengo la impresión de que está desarrollando un trastorno serio de personalidad.

Las dos mujeres se despidieron en el ascensor. Marsha le dio las gracias una vez más por atenderla y ofrecerse a examinar a VJ. Quedaron en que Marsha llamaría a la secretaria de Valerie para pedir hora.

- Ha llamado su esposo - dijo Jean al verla -. Dice que no deje de llamar.

- ¿Hay algún problema?

- Me parece que no. No dijo nada, pero por la voz no parecía preocupado.

Marsha recogió la correspondencia y se encerró en el consultorio. Llamó a Víctor mientras hojeaba las cartas. Colleen pasó la llamada al laboratorio donde estaba Víctor.

- ¿Cómo estás? - preguntó Marsha. Víctor no la llamaba con frecuencia.

- Como siempre.

- Tienes voz de cansado - dijo Marsha, aunque en realidad hubiera querido decir que tenía una voz extraña, de quien acaba de sufrir un choque emocional y hace esfuerzos por dominarse.

- Es que cada día sucede algo nuevo dijo Víctor, sin mayor explicación -. Sólo quería decirte que VJ y Philip están en casa.

- ¿Ha habido algún problema?

- No. Ningún problema. Pero voy a trabajar hasta muy tarde, asi que no me esperéis a cenar. Ah, antes de que se me olvide: estarán vigilando la casa de 18 a ó.

- ¿Tu demora tiene algo que ver con las amenazas que hemos recibido?

- Tal vez. Ya te lo explicaré cuando llegue a casa.

Marsha colgó el auricular lentamente. De nuevo tuvo la sensación de que Víctor le ocultaba algo importante, que ella debería saber. ¿Por qué no confiaba en ella? Se sentía cada vez más sola.

Librodot

--

Reinaba un silencio extraño en el laboratorio cuando Víctor estaba allí solo. De vez en cuando se encendía un aparato electrónico, pero no había más ruidos. Pasadas las ocho y media, no quedó nadie salvo él. Con las puertas cerradas, ni siquiera se oían los ruidos de los animales al pasearse por sus jaulas o hacer girar sus pequeñas norias.

Inclinado sobre una mesa, Víctor estudiaba unas filminas surcadas por oscuras franjas horizontales. Cada franja representaba una porción de ADN. Estudiaba el ADN de su hijo David – un análisis previo a la enfermedad que lo había matado - y lo comparaba con una muestra del tumor canceroso. Lo asombroso era que no había coincidencia total entre las dos muestras. Su primera impresión fue que el doctor Shryack se había equivocado de muestra: era un tumor de otro paciente. Sin embargo, había una gran homología entre las dos muestras: las semejanzas superaban ampliamente a las diferencias.

Sometió las muestras a un análisis de ordenador programado para señalar las zonas de homología y heterogeneidad, y llegó a la conclusión de que los dos ADN diferían en un solo punto.

Para colmo de confusiones, la muestra analizada por Robert contenía zonas de tejido hepático normal, además del tumor. La comparación entre el ADN del hígado normal y el anterior a la enfermedad indicaba que la homología era total.

No era frecuente descubrir un cáncer con una alteración documentada del ADN. Víctor no sabía si sentirse emocionado ante la perspectiva de un importante hallazgo científico o aterrado ante la posibilidad de descubrir algo que no podría explicar o no le convendría saber.

Empezó a aislar la parte del ADN que aparecía alterada en el tumor. Con este proceso de aislamiento, a Robert le seria más fácil terminar el trabajo por la mañana.

Salió del laboratorio, atravesó la sala de disección y entró en la sala de animales. Al encender la luz se produjo una conmoción en las jaulas.

Fue directamente a la jaula donde había alojado las ratas inteligentes con una cápsula de cefaloclor disuelta en el agua. Observó con estupor que una estaba muerta y la otra en estado semicomatoso.

Llevó el animal muerto a la sala de disección y efectuó una rápida autopsia. Al abrir el cráneo, el cerebro se hinchó como si alguien lo inflara con aire.

Seccionó una muestra de tejido cerebral y la preparó para la mañana siguiente. En ese momento sonó el teléfono.

- Doctor Frank, soy Phil Moscone, de parte de Louis Kaspwicz.

El hacker acaba de entrar en el ordenador.

- Ya voy - dijo Víctor. Guardó la muestra de cerebro de rata, apagó las luces y salió.

Corrió hasta el centro de ordenadores, donde Louis le salió al encuentro.

- Parece que podremos localizarlo. Hace siete minutos que está operando. Esperemos que no produzca daños.

- ¿Pueden determinar en qué parte del sistema se encuentra?

En este momento está en Personal - dijo Louis -. Primero ha metido unas cantidades importantes y después ha pasado a la parte Compras. Es algo muy raro.

- ¿Se ha metido en Personal? - repitió Víctor. Había pensado que el hacker no era un chico travieso sino un agente de la competencia. La biotecnología era una área sumamente competitiva, y casi todos querían sacar ventaja a las empresas grandes como "Chimera". Pero a un espía industrial le interesarían los programas de investigación, no los de Personal.

¡Lo pillamos! - anunció con una sonrisa el hombre que operaba el aparato de radio.

Bueno - dijo Louis -. Ya tenemos el número. Ahora sólo falta el nombre.

El hombre de la radio levantó la mano para indicar silencio, escuchó un instante y dijo: - Es un número no registrado.

Esta vez se elevó un coro de protestas de los hombres que ya guardaban su equipo.

- ¿Eso significa que no pueden averiguar el nombre? - preguntó Víctor. - No - dijo Louis -. Significa que van a tener que trabajar un poco más.

Víctor se apoyó contra la impresora y se cruzó de brazos.

De pronto, el hombre de la radio se llevó el auricular al oído y pidió una hoja de papel. Alguien le entregó una libreta. El hombre hizo una anotación, dijo "gracias, cambio y fuera" al micrófono, apagó la unidad y recogió la antena.

Entregó la hoja a Louis este leyó el nombre y la dirección anotados y palideció. Entregó la hoja a Víctor sin decir palabra. Este la leyó y releyó, atónito. ¡Era su nombre y dirección!

¿Qué es esto, una broma? - dijo Víctor mirando a Louis. Luego miró a los demás.

Nadie dijo nada. Fue Louis quien rompió el silencio:

¿Alguna vez programó su PC para acceder automáticamente al directorio principal a determinada hora?

Víctor miró al jefe de sistemas y comprendió que le daba pie para buscar una salida a la situación.

Sí, eso es - asintió, tratando de dominarse. Dio las gracias.

Del centro de ordenadores fue a la administración a buscar su abrigo y de allí a su coche, sin saber bien lo que hacía. Se sentía aturdido. La mera idea de que alguien usara su ordenador para penetrar en el directorio principal de "Chimera" era monstruosa. Y además, absurda.

Recordaba haber anotado el número de teléfono del ordenador y su código de acceso en la cara inferior del tablero, pero, ¿quién los usaba? ¿Marsha? ¿VJ? ¿La asistenta? Seguramente había un error. O tal vez el hacker era tan astuto que había introducido una derivación para burlar una eventual localización. No se le había ocurrido, pero al día siguiente se lo preguntaría a Louis. Esa parecía la hipótesis más sensata.

--

Oyó el coche de Víctor antes de ver las luces de los faros. Estaba en su estudio, tratando vanamente de concentrarse en el montón de revistas especializadas amontonadas sobre la mesa. Al ponerse en pie, vio las ramas sin hojas iluminadas por los faros. El automóvil desapareció de vista al bordear la casa hacia el garaje. Después oyó el ruido de la puerta.

-Se sentó sobre el sofá tapizado con zaraza floreada y contemplo su estudio. Lo había decorado con papel rayado de colores suaves, una alfombra rosa viejo y muebles blancos. Antes era su refugio, donde podía distenderse, pero últimamente nada aliviaba su ansiedad. La conversación con Valerie había sido reconfortante pero la sensación se había disipado rápidamente.

Sonó una salva de aplausos.

En la sala, VJ y Philip miraban una película de terror que habían alquilado. Los abundantes gritos de la banda sonora tampoco servían para serenarla. No lograba acallarlos aunque cerrara la puerta.

Oyó un portazo, voces en la sala y finalmente una llamada a la puerta.

-Víctor entró y la besó maquinalmente. Parecía muy cansado. Las arrugas entre las cejas se habían vuelto casi permanentes.

- ¿Has visto al vigilante ahí fuera? - preguntó Víctor.

- Si, y me siento mucho más tranquila. ¿Has cenado?

- No, pero no tengo hambre.

- Voy a prepararte unos huevos revueltos y unas tostadas.

- Víctor la contuvo: Prefiero darme un chapuzón en la piscina y una ducha. Me sentarán bien.

- ¿Pasa algo malo?

- Lo de siempre - dijo Víctor, y salió sin cerrar la puerta.

Volvió la música siniestra de la película. Marsha trató de concentrarse en la lectura, pero la sobresaltó un nuevo grito. Cerró la puerta con violencia.

Víctor volvió media hora después. Vestía ropa deportiva y no parecía tan cansado.

- Acepto los huevos - dijo.

Fueron junto a la cocina. Marsha se puso a cocinar mientras Víctor ponía la mesa. De la sala llegaba una serie de gritos ahogados y repugnantes. Marsha le pidió que cerrara la puerta.

- ¿Se puede saber qué diablos están viendo?

- Una de esas películas de terror que tanto les gustan.

Marsha le sirvió los huevos revueltos. Luego se preparó una taza de té y se sentó frente a él.

- Me gustaría hablar contigo de un asunto - dijo, mientras se enfriaba el té.

- ¿Qué pasa?

Le refirió su conversación con Valerie Maddox y el ofrecimiento de la psiquiatra para atender a VJ.

- Bueno, ¿qué opinas?

- Tú eres la experta en esas cuestiones - dijo Víctor, limpiándose los labios con la servilleta -. Si te parece necesario, estoy de acuerdo.

- Me alegro - dijo Marsha -. Sí, me parece necesario. Ahora sólo me falta convencer a VJ.

- Espero que lo consigas.

Víctor terminó de limpiar el plato con la tostada y se la comió antes de volver a hablar:

- ¿Has utilizado el ordenador hoy?

- No, ¿por qué?

- Cuando he subido a cambiarme, he visto que la impresora estaba caliente. ¿No sabes si la ha usado VJ?

- No sabría decirte.

Víctor se balanceó en la silla, y Marsha apretó los dientes, como siempre lo hacía. Temía que cayera hacia atrás y se golpeara la cabeza contra las baldosas del suelo.

- Esta noche ha sucedido algo de lo más interesante en la sala de ordenadores de “Chimera” - dijo Víctor, balanceándose en la silla. Explicó todo lo sucedido, incluso el hecho de que el hacker llamaba desde su propia casa.

A pesar de todo, Marsha se echó a reír. Luego se apresuró a disculparse.

- Perdona, pero me imagino la cara que habrás puesto cuando te lo dijeron en medio de tanta tensión.

- Te aseguro que no me hizo la menor gracia. Voy a hablar seriamente con VJ. Parece ridículo, pero nadie salvo él ha podido penetrar en el directorio principal de “Chimera”.

- ¿Vas a hablarle tan seriamente como cuando te enteraste de que había falsificado tu firma para faltar a la escuela? – preguntó en tono burlón.

- Ya veremos - replicó molesto.

Marsha se inclinó hacia él y le cogió el brazo, antes de que pudiera levantarse.

Librodot

Es sólo una broma. En realidad no me parecería bien que lo acorralaras, poniéndolo entre la espada y la pared. Hay un aspecto de la personalidad de VJ que desconocemos. Por eso quiero que Valerie hable con él.

Víctor asintió. Después se levantó y abrió la puerta.

- VJ, ¿puedes venir un momento? Quiero hablar contigo.

Oyó la voz de VJ que protestaba, pero Víctor se mantuvo firme.

Entonces se apagó el sonido y apareció por la puerta. Sus ojos penetrantes tenían la característica mirada vidriosa de quien ha pasado varias horas frente al televisor.

- Siéntate - dijo Víctor.

VJ se sentó en silencio a la izquierda de Marsha, con aire aburrido. Víctor tomó asiento frente a los dos y fue directamente al grano.

- ¿Hoy has usado el ordenador?

- Sí.

Miraba al padre directamente a los ojos, con insolencia. Víctor vaciló, y después apartó la mirada. Probablemente quería concentrarse. Tras una pausa, prosiguió:

- ¿Has utilizado el PC para acceder al directorio principal de “Chimera”?

- Sí - contestó VJ sin la menor vacilación

- ¿Por qué? - Su voz no expresaba ira sino confusión. La misma que había experimentado Marsha cuando VJ confesó que había hecho novillos.

- Porque con la memoria adicional, los videojuegos se vuelven más difíciles.

Víctor abrió los ojos, atónito.

- ¿Utilizas esa memoria gigantesca para el Pac-man y los juegos?

- Como cuando estoy en el laboratorio.

- Sí, supongo que sí - vaciló Víctor -. ¿Quién te ha enseñado a usar el módem?

- Tú.

- ¿Yo? No recuerdo... - Víctor vaciló y entonces se le hizo la luz -. ¡Eso fue hace más de siete años!

- Puede ser, pero el método sigue siendo el mismo.

- ¿Entras en el ordenador de “Chimera” todos los viernes por la noche?

- Casi todos - dijo VJ -. Juego un rato y después me meto en los archivos de Personal y Compras. A veces en los de investigación, pero ésos son más difíciles.

- ¿Y por qué lo haces?

Librodot

- Quiero saber todo sobre la empresa - dijo VJ -. Algún día seré el jefe, tu sucesor. Siempre me has animado a que use el ordenador. Si no quieres, no lo haré más.

- Creo que será lo mejor.

- Bueno - dijo VJ -. ¿Puedo seguir mirando la película?

- Sí, vete.

VJ se puso en pie y salió. A los pocos segundos se oyó de nuevo la banda sonora de gritos y chillidos.

Marsha miró a su esposo. Víctor se encogió de hombros. Sonó el timbre.

- Lamento molestarles a estas horas - dijo el sargento Cerullo -. Les presento al sargento Dempsey, de la Policía de Lawrence. - El otro agente se adelantó, llevándose la mano a la visera de la gorra.

Era un joven pelirrojo y muy pecoso.

- Tenemos que informarles de algo y al mismo tiempo queremos hacerles algunas preguntas - dijo Cerullo.

Víctor los invitó a pasar. Los policías entraron y se quitaron las gorras. Marsha les ofreció café.

- No, muchas gracias, señora - dijo Cerullo -. Trataremos de ser lo más breve que sea posible. Sucede que los de la comisaría de North Andover y los de Lawrence somos muy amigos, además de vecinos. Intercambiamos información. Ellos están investigando el múltiple asesinato de la familia Gephardt, el suceso denunciado por el doctor Frank. Bueno, al revisar la casa encontraron los borradores de las notas que ustedes recibieron, atadas a la gata y al ladrillo. Así que eso está resuelto. Pensamos que les interesaría saberlo.

- Ya lo creo - dijo Víctor con un suspiro de alivio.

Dempsey carraspeó.

- El análisis de balística ha revelado que las armas empleadas para matar a los Gephardt son idénticas a las utilizadas en ciertas batallas que han habido entre bandas de traficantes de droga sudamericanos. Ese informe ha venido de Boston. Allí está n muy interesados en descubrir el contacto en Lawrence. Tienen motivos para creer que se está gestando algo importante. Lo que les interesa saber, ya que Gephardt era empleado suyo, es qué vínculos podía tener con el mundo de la droga. ¿Usted tiene alguna idea sobre el particular?

- Ni la menor idea - dijo Víctor -. ¿Sabían que estaba implicado en una malversación de fondos?

- Sí, eso ya lo sabíamos - dijo Dempsey -. ¿Está seguro de que no puede añadir nada más? En Boston dicen que es muy importante.

- Sospechamos que había sustraído equipo de laboratorio – dijo Víctor -. Habíamos iniciado una investigación poco antes de su muerte. Pero nunca se me ocurrió pensar que tuviera algo que ver con el tráfico de drogas.

Librodot

- Bueno. Cualquier cosa que recuerde, le agradeceremos que nos avise inmediatamente. Una guerra entre narcotraficantes es justo lo que nos faltaba en este pueblo...

Cuando salieron los policías, Víctor apoyó la espalda contra la puerta y miró a Marsha.

- Bueno, un problema resuelto. Ahora sabemos quién era el autor de las amenazas, y sobre todo que no se van a repetir.

- Qué amables al venir a avisarnos - dijo Marsha -. Tal vez podríamos decirle al vigilante que se vaya a su casa.

- Lo haré mañana por la mañana - dijo Víctor -. De todos modos, igualmente tendremos que pagarle.

--

Víctor se sentó en la cama tan bruscamente que destapó a Marsha y la despertó. La oscuridad era total.

- ¿Qué pasa? - preguntó ella, asustada.

- No sé - dijo Víctor -. Me ha parecido oír el timbre.

Aguzaron los oídos, pero sólo se oía el silbido del viento bajo el alero del tejado y el repiqueteo de la lluvia contra las ventanas.

Marsha miró el reloj de la mesita de noche.

- Son las cinco y cuarto de la mañana - dijo. Se dejó caer sobre la cama y se arropó -. Tal vez lo estabas soñando.

En ese momento sonó el timbre.

- ¿Ves? - exclamó Víctor, y se levantó de un salto -. Sabía que no era un sueño. - Trató de ponerse la bata pero no acertaba con las mangas. Marsha encendió la luz.

- ¿Quién diablos será? - preguntó -. ¿Otra vez la Policía?

Víctor terminó de ponerse la bata y se anudó el cinturón.

- Enseguida lo sabremos - dijo, y se dirigió resueltamente a la escalera.

Tras un momento de vacilación, Marsha se puso la bata y las pantuflas y lo siguió. Al llegar a la puerta, vio a Víctor con un hombre y una mujer en el recibidor. Se habían formado charcos de agua a sus pies y tenían la cara empapada. La mujer tenía en la mano un spray de pintura. El hombre sujetaba a la mujer.

- ¡Marsha! - dijo Víctor sin apartar la vista de los recién llegados -. Llama a la Policía.

Marsha se acercó, ajustándose la bata, y contempló a las dos personas. El hombre llevaba un amplio impermeable con la capucha echada hacia atrás. Estaba preparado para soportar la intemperie. La mujer vestía un anorak, que evidentemente estaba empapado hasta el forro.

- Te presento al señor Peter Norwell agente de “Able Protection” - dijo Víctor.

- Buenas noches, señora - dijo el agente.

Y a la señorita Sharon Carver - añadió Víctor señalando a la mujer -. Una ex trabajadora de "Chimera" que acaba de entablarnos un juicio por discriminación sexual.

Iba a pintar la puerta del garaje - prosiguió el agente -. Le dejé que pintara un poco para acusarla de algo más serio que un simple allanamiento de propiedad privada.

Algo compadecida por el aspecto de la mujer, Marsha corrió al teléfono para llamar a la Policía de North Andover. El operador dijo que enviarían un coche inmediatamente.

Después fueron a la cocina, donde Marsha les preparó un té.

Apenas lo habían probado, cuando sonó el timbre. Víctor abrió la puerta para que pasaran Widdicomb y O'Connor.

Parece que tienen ganas de hacernos trabajar - dijo el sargento Widdicomb con una sonrisa. Entraron y se quitaron los impermeables. Peter Norwell trajo a Sharon Carver de la cocina.

- Así que ésta es la jovencita. - dijo el sargento, y sacó las esposas

¡Por Dios, no hace falta que me esposen! - exclamó Sharon.

Lo siento, jovencita. Son órdenes.

Momentos después, los policías partieron con su prisionera.

-Espere a terminar el té - dijo Marsha a Norwell.

- Gracias, señora, ya he terminado. Buenas noches. - Al salir, cerró la puerta a sus espaldas. Víctor echó el cerrojo.

Marsha se lo quedó mirando, y sonrió sacudiendo la cabeza.

Todavía no había conseguido salir de su estupor.

- Es increíble. Parece una película.

- Suerte que el agente de seguridad estaba ahí. - La cogió de la mano -. Vamos, todavía nos quedan un par de horas de sueño.

Pero no resultaba fácil dormir. Una hora después, Víctor seguía despierto y escuchaba el aullido de la tormenta. Las ráfagas de viento estremecían las ventanas. Su mente era un torbellino que oscilaba entre el ADN de David y el cefaloclor en las muestras.

"Marsha", susurró un par de veces, pero ella no respondió. Se levantó, se puso otra vez la bata y fue al estudio de la planta alta.

Encendió el PC y enlazó con el ordenador central de "Chimera"- por medio del módem. Había olvidado lo fácil que era. Se preguntó si alguna vez había transcrito los archivos Hobbs y Murray en el disco duro del PC. Llamó al directorio para comprobarlo.

Para su sorpresa, había pocos archivos aparte de los programas operativos. Pero justo antes de apagar el aparato, advirtió que el disco estaba usado en casi su totalidad.

Se rascó la cabeza, perplejo. Era imposible, dada la gran capacidad de almacenamiento de datos de un disco duro. Trató de hallar la respuesta en el ordenador, pero la máquina se negaba a colaborar. Finalmente apagó el maldito aparato con fastidio.

Iba a volver a la cama cuando advirtió que ya eran las siete. No valía la pena. Decidió prepararse un café y algo para comer.

Mientras bajaba, cayó en la cuenta de que no había preguntado a VJ sobre los archivos borrados. Lo haría hoy. Espiar en los archivos tenía un pase, pero borrarlos era imperdonable.

Al llegar a la cocina se dio cuenta de que también le preocupaba el problema de la seguridad de VJ, sobre todo cuando estaba en “Chimera”. Philip podía vigilar un poco, pero sus habilidades eran muy limitadas. Lo mejor sería llamar a “Able Protection”, que se había mostrado tan eficiente en la vigilancia de la casa.

Asignarían un agente experimentado para acompañar al muchacho. Sería caro, pero valía la pena si con ello se conseguía la tranquilidad. Mientras no terminara de esclarecer la muerte de los dos niños, se sentiría mejor sabiendo que VJ estaba bien protegido.

-Cuando preparaba el café le asaltó otro pensamiento. Aunque no había pensado conscientemente en ello, las similitudes entre los tumores de David y Janice eran notables, sobre todo a la luz del análisis del ADN del muchacho. Tendría que investigarlo.

Sábado por la mañana
CAPITULO 10

Librodot

Aún persistían el viento y la lluvia cuando Víctor fue al garaje y sacó el coche. Había tomado el desayuno, se había duchado, afeitado y vestido, pero los demás seguían durmiendo. Dejó una nota diciendo que pasaría el día en el laboratorio y salió.

Pero en lugar de ir directamente al laboratorio, dobló hacia el Oeste, cogió la carretera 93 y siguió hacia el Sur hasta llegar a Boston. Allí cogió el Storrow Drive hasta la salida de Charles Street y el Ayuntamiento. Poco después dejaba el coche en la zona de aparcamiento del "Massachusetts General Hospital" y subía al departamento de Patología.

Era un sábado por la mañana y ninguno de los patólogos del departamento había llegado aún. Lo atendió una residente de segundo año llamada Ángela Cirone.

Víctor le dijo que le interesaba el caso de una paciente de cáncer, que había muerto hacía cuatro años.

- Lo lamento, no puede ser - dijo la residente -. No tenemos...

Víctor la interrumpió amablemente, le explicó que se trataba de un caso muy especial debido a que el tumor era muy poco frecuente.

- Eso es otra cosa.

Lo más difícil fue hallar el historial clínico, porque Víctor desconocía la fecha de nacimiento de Janice Fay, el dato de referencia más utilizado en los archivos hospitalarios. Pero la paciencia dio sus frutos y Ángela averiguó tanto el número del historial clínico como el del informe de Patología. Le dijo que se conservaba una muestra macroscópica.

- Pero no puedo darle nada - dijo Ángela después de tanto trabajo -. Uno de los patólogos está arriba, haciendo preparaciones.

Cuando termine, le preguntaré si me autoriza.

Pero Víctor le explicó que su hijo David había muerto del mismo tipo de cáncer, y que por eso le interesaban tanto las células cancerosas de Janice. Sabía ser seductor cuando se lo proponía, y no le costó mucho trabajo convencer a la joven residente.

- ¿Qué cantidad necesita?

- Muy poco, un trozo pequeño.

- Bueno, creo que no habrá problema.

Quince minutos después, Víctor bajaba con un frasquito en una bolsa de papel "kraft". Podía haber esperado al patólogo, pero estaba impaciente por llegar al laboratorio. Salió del hospital y se dirigió directamente hacia el Norte.

Cuando llegó a "Chimera" llamó a "Able Protection", pero lo atendió el contestador automático - era sábado - y tuvo que dejar su nombre y número de teléfono. Después salió en busca de Robert, a quien encontró ocupado en el trabajo iniciado por él la noche anterior, de diferenciar el ADN tumoral del normal en la muestra del hígado de David.

- Me va a maldecir - dijo Víctor -, pero le traigo otra muestra. Quiero que analice el ADN.

Librodot

- No se preocupe por mí - dijo Robert -. Me gusta este trabajo. Lo único que sucede es que me estoy atrasando en todo lo demás.

- Eso no es problema - dijo Víctor -. Por ahora, este proyecto tiene prioridad sobre todo lo demás.

Tomó las muestras de tejido de rata, las preparó para el microscopio y las tiñó. Mientras esperaba que se secaran, recibió la llamada de “Able Protection”. Era el mismo hombre de voz grave que lo había atendido anteriormente.

- Ante todo, quiero expresarle mi satisfacción por la actuación del señor Norwell anoche.

- Muchas gracias - dijo el hombre.

- Le llamo además para pedir seguridad adicional. Pero se requiere una persona muy especial. Quiero que alguien esté con mi hijo VJ desde las ó hasta las 18. Y eso significa que lo siga a todas partes sin perderlo de vista.

- No hay problema - dijo el hombre -. ¿Cuándo quiere que empiece?

- Lo antes posible. Esta misma mañana. Mi hijo está en casa.

No hay problema - repitió el hombre -. Tengo a la persona adecuada. Se llama Pedro González. Ahora mismo sale para allá.

Después de colgar, llamó a Marsha.

- ¿Cómo te fuiste sin despertarme?

- Es que después de lo de anoche no pude dormir más. ¿VJ está en casa?

- Sí. Está durmiendo. Philip también.

- Acabo de contratar a un agente para que esté con él todo el día. Se llama Pedro González. Va para allá.

- ¿Pero por qué? - preguntó Marsha, evidentemente muy sorprendida.

- Para tener la plena seguridad de que no corre peligro.

- Me está s ocultando algo - dijo Marsha secamente -. Estoy segura. Quiero que me lo digas.

- Sólo quiero tener la seguridad de que no corre peligro - repitió Víctor -. Ya hablaremos cuando vuelva a casa. Te lo prometo.

Víctor cortó la comunicación. No estaba dispuesto a confiar en Marsha. Al menos no iba a comunicarle sus sospechas sobre el asesinato de los niños, y de que VJ podría ser la próxima víctima si le suministraban cefaloclor. Pensando en ello, cogió las preparaciones de cerebro de rata y las examinó con el microscopio óptico. Tal como suponía, eran muy parecidas a las de los niños. No cabía por tanto la menor duda de que el cefaloclor era la causa de la muerte. Ahora se trataba de averiguar cómo lo habían ingerido.

Librodot

Sacó las preparaciones del microscopio y se reunió con Robert.

Habían trabajado juntos durante tanto tiempo que Víctor podía ayudarlo sin una sola indicación.

--

Marsha se sirvió la segunda taza de café y contempló el cielo cubierto de nubes. El sábado no atendía en el consultorio, pero tenía pacientes en el hospital. Se preguntó si no estaba tomando el asunto del guardaespaldas para VJ demasiado a la ligera. La idea le parecía razonable y tranquilizadora a la vez. Pero el problema era que Víctor no era totalmente franco con ella.

Oyó ruido de pasos en la escalera: eran VJ y Philip. Saludaron a Marsha e inmediatamente se precipitaron a la nevera en busca de fresas y leche para mezclarlos con copos de maíz.

- ¿Qué vais a hacer hoy? - preguntó Marsha cuando estuvieron sentados a la mesa.

- Vamos a ir al laboratorio - dijo VJ -. ¿Papá está allí?

- Sí. Pero pensaba que querías ir a Boston con Richie Blakemore.

- La cosa no ha resultado - dijo VJ. Se sirvió fresas y empujó el tazón hacia Philip.

- ¡Qué lástima!

- No importa.

- Bueno, quiero hablar contigo. Ayer tuve una conversación con Valerie Maddox. ¿La recuerdas?

VJ dejó su cuchara sobre el plato.

- Esto no me gusta. Sí, la recuerdo. Es la psiquiatra que ocupa un consultorio encima del tuyo. Una señora que tiene la boca como si estuviera a punto de dar un beso.

Philip soltó una carcajada, lanzando leche y copos de maíz por todas partes. Se limpió la boca con las manos, avergonzado, pero sin dejar de reír. También VJ rió su propia gracia.

- No hables así - dijo Marsha -. Es una persona extraordinaria y una gran psiquiatra. Estuvimos hablando sobre ti.

- Esto me gusta cada vez menos - dijo VJ.

- Se ha ofrecido a hablar contigo. Me parece una buena idea.

Irías a verla dos veces por semana a la salida del colegio.

- ¡Ay, mamá! - gimió VJ con una expresión de supremo disgusto.

- Quiero que lo pienses. Volveremos a hablar más adelante. Es algo que te beneficiar cuando seas un poco más grande.

- No tengo tiempo para tonterías - gruñó VJ, sacudiendo la cabeza.

Librodot

Marsha no pudo contener la risa al escucharlo.

- De todas maneras, piénsalo - dijo -. Hay algo más. He hablado con tu padre. ¿No te ha dicho que está preocupado por tu seguridad? ¿Ha hablado contigo sobre eso?

- Sí, algo me dijo: que me cuide de Beekman y Hurst. Pero nunca los veo.

- Bueno, pero papá sigue preocupado. Te ha contratado un guardaespaldas para que esté contigo todo el día. Se llama Pedro y viene para aquí.

- ¡Lo que me faltaba para acabar de volverme loco! – exclamó enfadado.

--

Después de visitar a los pacientes del hospital, Marsha salió en coche por la carretera 495 y enfiló hacia Lowell. Cogió la tercera salida y con ayuda de un plano que había dibujado en el recetario, siguió una serie de caminos vecinales hasta encontrar el número 714 de la calle Mapleleaf. Era una ruinosa casa estilo Victoriano pintada de gris con adornos blancos. Habían dividido el edificio en dos viviendas. La familia Fay ocupaba la planta alta.

Marsha llamó a la puerta y esperó.

Había telefoneado desde el hospital para que los Fay supieran que iría. Aunque la hija había sido su asistenta durante once años Marsha solo había conocido a los padres de Janice durante el funeral. Hacía cuatro años que la joven había muerto. Le pareció extraño estar allí, esperando que sus padres le abrieran la puerta.

Después de conocerla durante años, Marsha había llegado a la conclusión de que existían serios trastornos emocionales ocultos en la familia, pero no tenía la menor idea de su naturaleza. Janice jamás hablaba de su familia.

- Pase, por favor - dijo la señora Fay al abrir la puerta. Era una mujer canosa de aspecto agradable pero frágil. Tendría algo más de sesenta años. Marsha advirtió que evitaba mirarla de frente.

El interior de la casa era mucho más desagradable que el exterior. Los muebles eran viejos y desvencijados, pero lo peor de todo era la suciedad. Las bolsas de basura desbordaban de latas de cerveza y restos de comida. En un rincón, cerca del techo, había una telaraña.

- Le diré a Harry que ha llegado.

Desde otro cuarto llegaban ruidos de un encuentro deportivo televisado. Marsha se sentó en el borde del sofá. No quería tocar nada.

- Vaya, vaya - dijo una voz ronca -. Ya era hora de que la señora doctora viniera a visitarnos.

Marsha se volvió. Un hombre alto y muy gordo, en camiseta, fue derecho hacia ella y le tendió una mano callosa. Llevaba el pelo muy corto, al estilo militar. En medio de la cara destacaba una gran nariz hinchada, con una red de capilares rotos a cada lado de las fosas.

- ¿Quiere beber algo? ¿Le apetece una cerveza?

- No, gracias.

Librodot

Harry Fay se dejó caer pesadamente en un sillón.

- ¿A qué debemos el honor? - preguntó. Eructó ruidosamente y se disculpó.

- Quiero hacerles algunas preguntas sobre Janice.

- Espero que no le dijera mentiras sobre mí - dijo Harry -.

He trabajado duro, toda mi vida. Soy camionero. He cruzado el país tantas veces que he perdido la cuenta.

- Me imagino que es un trabajo muy pesado - dijo Marsha.

Empezaba a arrepentirse de su visita.

- Desde luego.

- Lo que quería saber - dijo Marsha - , es si Janice les hablaba alguna vez de mis hijos, de David y VJ.

- Siempre hablaba de ellos - dijo Harry -. ¿Verdad, Mary?

Mary asintió en silencio.

- ¿Nunca les comentó si sucedía algo fuera de lo común? - preguntó. Hubiera podido formular una pregunta más concreta, pero no quería orientar la conversación.

- ¡Ya lo creo! - dijo Harry -. Antes de volverse loca y meterse en esa religión tan rara, dijo que VJ había matado a su hermano. Dijo que trató de advertírselo, pero que usted se negaba a escucharla.

- Janice nunca me dijo nada - dijo Marsha con las mejillas ardiendo - -. Y quiero que sepa que mi David murió de cáncer.

- Bueno, eso no es lo que nos dijo Janice - replicó Harry -.

Dijo que al chico lo envenenaron. Lo drogaron y lo envenenaron.

- Eso es totalmente absurdo - dijo Marsha.

- ¿Qué diablos quiere decir?

Marsha tomó aliento y trató de serenarse. Comprendió que trataba de defender a su familia y a sí misma de las acusaciones de ese hombre insolente. Pero ése no era el motivo de su visita.

- Lo que quiero decir es que mi hijo David no pudo ser envenenado. Eso es imposible. Murió de cáncer, como su hija.

- Nosotros sólo sabemos lo que ella nos decía. ¿Verdad, Mary?

Mary asintió, sumisa.

Librodot

- Le digo más - prosiguió Harry -. Janice nos dijo una vez que la habían drogado. Que no lo denunció porque sabía que no la creerían. Desde entonces empezó a cuidarse muchísimo en las comidas.

Marsha no respondió. Recordaba el cambio que se había producido en Janice. De la mañana a la noche se había vuelto sumamente delicada con las comidas. Nunca había comprendido las causas de ese cambio. Aparentemente se debía a sus fantasías de que la estaban drogando o envenenando.

- La verdad es que nunca creímos a Janice - confesó Harry -.

Esos tipos religiosos le metían cosas raras en la cabeza. Llegó a decirnos que su otro hijo, VJ o como se llame, era un ser maligno.

Que era como el diablo.

- Le aseguro que nada de eso es verdad - dijo Marsha, se puso en pie. Estaba harta.

- Qué extraño que su hijo David y nuestra hija murieran del mismo tipo de cáncer - dijo Harry. Se levantó con gran esfuerzo y su cara se puso roja.

- Fue una casualidad - dijo Marsha -. En aquel momento nos preocupaba la idea de que se debiera a algún factor ambiental, pero hicieron un estudio exhaustivo de la casa y puedo asegurarles que sólo fue una trágica coincidencia.

- Un caso de mala suerte, diría yo - suspiró Harry.

- Muy mala suerte - dijo Marsha -. Y la muerte de Janice fue para nosotros un golpe tan duro como la de nuestro hijo.

Era una buena chica - dijo Harry -. La queríamos mucho.

Pero era muy mentirosa. Decía muchas mentiras de mí.

- A nosotros jamás nos habló de usted - dijo Marsha. Le estrechó la mano secamente y salió.

--

- ¿Seguro que no le molesta? - preguntó Víctor a Louis Kaspwicz. Había llamado al técnico a su casa para consultarle sobre el problema del disco duro de su PC.

- No, en absoluto - dijo Louis -. Si la capacidad del disco está agotada, eso significa que todo el espacio disponible está ocupado.

No puede haber otra explicación.

- Pero he consultado el directorio - dijo Víctor -. Sólo aparecen los archivos operativos.

- Tiene que haber más archivos - dijo Louis -. Créame.

- No me gustaría estropearle la tarde del sábado por una estupidez.

Librodot

- No hay problema, doctor Frank. Es más, ya estaba aburrido de estar en casa. Ahora tengo una excusa para salir.

- Se lo agradezco.

- Dígame cómo puedo llegar a su casa.

Víctor le dio las indicaciones necesarias. Luego fue al laboratorio principal para decirle a Robert que se iba, pero que volvería más tarde. Le preguntó a qué hora se iría a casa. El técnico le dijo que su esposa lo esperaba a las seis, o sea que se iría a las cinco y media.

Cuando Víctor llegó a casa, Louis ya estaba esperándolo.

- Lamento haberlo hecho esperar - dijo Víctor mientras sacaba las llaves.

- No tiene importancia - sonrió Louis -. Qué casa tan bonita

- añadió mientras se restregaba los zapatos en la alfombrilla.

- Gracias. - Lo condujo directamente al cuarto donde tenía su ordenador personal “Wang” -. Aquí está - dijo, mientras lo encendía.

Louis echó una r pida mirada al ordenador, luego puso su maletín sobre la mesa y lo abrió. Tenía una colección impresionante de instrumentos electrónicos, todos envueltos en gomaespuma.

Se sentó frente a la pantalla y esperó a que apareciera el menú.

Luego realizó la misma operación que había efectuado Víctor por la mañana. El resultado fue el mismo.

- Tiene razón - dijo Louis -. No queda mucho espacio en este Winchestero.

Abrió el fuelle bajo la tapa de su maletín, de donde sacó un diskette blando que insertó en la ranura.

- Afortunadamente tengo un dispositivo especial para encontrar archivos secretos.

- ¡Qué son los archivos secretos? - preguntó Víctor.

- Se pueden almacenar archivos sin que aparezcan en el directorio - dijo Louis sin apartar la vista de la pantalla ni dejar de manipular el ordenador.

Como por arte de magia, la pantalla se llenó de datos.

- Ahí está - dijo Louis. Se puso a un lado para que pudiera ver la pantalla -. ¿Usted entiende de qué se trata?

- Sí - dijo Víctor, estudiando la información -. Las letras representan los nucleótidos de la molécula de ADN. - Ocupaban la pantalla una serie de columnas verticales con las letras AT, TA, GC y CG -. La A representa la adenina, la T pirimidina, la G guanina y la C citosina.

Louis pasó a la página siguiente. Seguían las listas. Pasó un par de páginas más. Las listas eran interminables.

Librodot

- ¿Qué significa esto? - preguntó Louis mientras pasaban las páginas.

- Es una molécula de ADN o una secuencia de genes – dijo Víctor. Sus ojos saltaban de una lista a otra como si mirara un partido de ping-pong.

- ¿Podemos pasar a otro archivo? - preguntó Louis.

Víctor asintió.

Louis tecleó sobre el tablero. Apareció otro archivo, similar al primero.

- Estas listas podrían ocupar todo el disco - dijo Louis -. ¿Está seguro de que no lo grabó usted?

- Estoy seguro - dijo Víctor secamente. Sabía que Louis ardía en deseos de preguntar de dónde había salido tanta información y quién había accedido al directorio principal de "Chimera" la noche anterior, pero afortunadamente el técnico sabía dominar su curiosidad.

Durante media hora recorrió una serie de archivos, todos parecidos al primero. Parecía como una biblioteca de moléculas de ADN. De pronto se produjo un cambio.

- A ver, a ver - dijo Louis, interrumpiendo su tecleo con el que pasaba de un archivo secreto a otro. En la pantalla había aparecido un expediente personal -. Sé qué es esto porque lo formateé. Es el expediente de un empleado de "Chimera".

Miró a Víctor, que lo escuchaba en silencio. Pasó al archivo siguiente. Era el expediente de George Gephardt.

Esto lo sacaron directamente del directorio principal – dijo Louis. Los dieciocho archivos siguientes eran otros tantos expedientes. Después apareció una serie de archivos contables -. Esto no sé qué es - dijo Louis, y miró a Víctor -. ¿Usted sí?

Víctor negó con la cabeza. No salía de su estupor.

Louis volvió a la pantalla.

- En todo caso, representa muchísimo dinero. Tiene una presentación bastante ingeniosa. Me pregunto qué clase de programa habrán usado. Me gustaría obtener una copia.

Pasaron varias páginas de cantidades de contabilidad, y luego apareció el archivo siguiente. Era una cartera de acciones de varias empresas pequeñas, que a su vez tenían acciones en "Chimera".

En conjunto representaba una buena parte del paquete de acciones de "Chimera" que no estaba en manos de los tres fundadores ni de sus familias.

- ¿Y esto qué podría ser? - preguntó Louis.

- No tengo ni la menor idea - dijo Víctor. Sólo estaba seguro de que volvería a hablar con VJ sobre el uso del ordenador. Si la información aparecida en la pantalla era verídica, si no era un mero videojuego, aunque sumamente complejo, las implicaciones eran gravísimas. Y además faltaban los archivos de Hobbs y Murray.

- Volvamos al ADN - dijo Louis. Nuevamente la pantalla se había llenado de series de nucleótidos -. ¿Quiere ver más?

- No me parece necesario - dijo Víctor -. Por ahora es suficiente. ¿Puede dejarme el diskette? Se lo devolveré el lunes en “Chimera”.

- No hay problema - replicó Louis -. Sólo es una copia. Quédese con él, yo tengo el original en casa.

Víctor lo acompañó a la puerta y se quedó allí hasta que el técnico se alejó en su furgoneta. Luego entró en la casa y se aseguró que VJ había salido. Llamó al hospital, pero le dijeron que Marsha no estaba.

Entonces se le ocurrió que podría llamar a “Able Protection”.

Ellos sabrían dónde estaba su agente, y por tanto también VJ.

Pero en “Able Protection” lo atendió el contestador automático. Dejó su nombre y número de teléfono, y pidió que lo llamaran lo antes posible.

Durante media hora se paseó por el despacho. Estaba totalmente confundido por lo que acababa de descubrir.

Se sobresaltó cuando sonó el teléfono. Era la voz grave del hombre de la agencia. Víctor le preguntó si podía comunicarse con el agente que acompañaba a VJ.

- Todos nuestros empleados tienen un transmisor-receptor.

- Quiero saber dónde está mi hijo - dijo Víctor.

- Lo llamaré enseguida - dijo el hombre, y cortó. A los cinco minutos recibió su llamada.

- Su hijo se encuentra en “Chimera” Si quiere hablar con Pedro, está en la garita de la entrada.

Víctor le dio las gracias, colgó el auricular y bajó a recoger el abrigo. Minutos después, partía velozmente en su automóvil.

Víctor giró casi noventa grados y detuvo el coche a escasos centímetros de la entrada. Tamborileó impaciente sobre el volante a la espera de que levantaran la barrera blanca y negra. Pero el guardia salió de la garita y corrió hacia el coche, a pesar de la lluvia. Víctor bajó la ventanilla, sin ocultar su fastidio ante la espera.

- ¡Buenas tardes, doctor Frank! - exclamó el guardia, llevando la mano a la visera de la gorra -. Si busca al agente de seguridad, está aquí, en la garita.

- ¿El de “Able Protection”? - preguntó Víctor.

- Eso no lo sé. - Se enderezó y miró hacia la garita -. Oye, Pedro, ¿tú eres de “Able Protection”?

Un joven apuesto se asomó a la puerta. Tenía el pelo muy negro y un bigote fino. Era muy joven. Aparentaba unos veinte años.

Librodot

- ¿Quién pregunta por mí?

- Tu jefe, el doctor Frank.

Pedro se acercó al coche e introdujo la mano por la ventanilla.

- Encantado de conocerlo, doctor Frank. Pedro González, de “Able Protection”.

Víctor le estrechó la mano de mala gana.

- Debería estar con mi hijo - dijo a bocajarro.

- Estaba con él, pero cuando llegamos dijo que dentro de la empresa estaba seguro, y que lo esperara en la garita de guardia.

- Pensaba que le habían dado órdenes claras de permanecer junto a él en todo momento.

- Sí, señor - dijo Pedro, dándose cuenta de que había cometido un error -. No volver a suceder. Su hijo me convenció de que era lo que usted quería. Lo siento.

- ¿Dónde está?

- Está con Philip, pero no sé exactamente dónde. Lo que puedo asegurarle es que no han salido. No se preocupe por eso.

- No me preocupo por eso - dijo Víctor, furioso -. Lo que me preocupa es que he contratado los servicios de “Able Protection”, para que cuiden a mi hijo y lo están haciendo.

- Lo siento - dijo Pedro.

Víctor miró al guardia.

- ¿Está Sheldon?

- ¡Oye, Sheldon! - gritó el guardia.

Sheldon se asomó a la puerta de la garita. Víctor le preguntó si sabía dónde estaba VJ.

- No. Pero cuando llegó, se fue con Philip hacia allí - dijo, señalando con el brazo.

- ¿Hacia el río?

- Puede ser. Pero también puede ser que hayan ido a la cafetería.

- ¿Quiere que le ayude a buscarlo?

Víctor negó con la cabeza y puso la primera.

- Espere aquí hasta que lo encuentre. - Se volvió hacia el guardia, que los escuchaba perplejo -. Y usted, dese prisa en levantar la barrera antes de que la derribe.

El guardia se apresuró a cumplir la orden.

Librodot

Apretó el acelerador a fondo y entró a la zona de aparcamiento. No dejó el coche en el lugar que tenía reservado, sino directamente frente a la entrada del edificio donde estaba el laboratorio.

Había una señal de prohibido aparcar, pero no le hizo caso. Se alzó el cuello de la gabardina y corrió a la puerta.

Todos habían salido menos Robert. Atareado como siempre, trabajaba con la unidad de electroforesis, donde se separaban las porciones del ADN.

- ¿No ha visto a VJ? - preguntó Víctor, sacudiendo el agua de la gabardina.

- No lo he visto - dijo Robert. Se frotó los ojos con las palmas de las manos -. Pero tengo algo que quiero enseñarle, cogió dos filminas que presentaban idénticas bandas oscuras y se las tendió -: La segunda muestra tumoral tiene la misma alteración del ADN que la de su hijo, pero es de otra persona.

- Sí, era de su niñera, que vivía en casa - dijo Víctor -. ¿Está seguro que se trata de la misma alteración en los dos casos?

- Totalmente seguro.

- Es asombroso - dijo Víctor, olvidando a VJ por un instante.

- Ya me parecía que le iba a interesar - dijo Robert con satisfacción -. Es la clase de descubrimiento que buscaban los cancerólogos. Podría representar un avance cualitativo para la medicina.

- Hay que analizar la secuencia - dijo Víctor, impaciente -. Ahora mismo.

- Ya lo estoy haciendo. Lo dejaré pasar por electroforesis un poco más y después veremos qué descubre el ordenador.

- Si fuera un retrovirus o algo parecido... - Víctor dejó la frase en suspenso. Era un descubrimiento inesperado más en una lista que ya resultaba demasiado larga.

- Si ve a VJ, dígale que yo estoy buscando - dijo Víctor, al tiempo que salía del laboratorio.

En la cafetería, fue derecho al encargado.

- ¿No ha visto a VJ?

- Ha venido a comer temprano con Philip y otro guardia.

- ¿Qué otro guardia? - preguntó Víctor. Sheldon no había mencionado ese detalle. Pidió al encargado que lo llamara si veía a su hijo.

Había pocas personas en la biblioteca. Muchos estaban leyendo y otros parecían dormir. La bibliotecaria no había visto a VJ.

Tampoco lo habían visto en el gimnasio ni en la guardería. Nadie había visto a VJ en todo el día, salvo en la cafetería.

Librodot

Buscó un paraguas en el coche y se dirigió a la orilla del río, aproximadamente a la altura del centro del complejo de “Chimera”. Dobló hacia el Oeste, bordeando el muelle de granito. La empresa todavía no había utilizado los edificios que bordeaban el río, pero lo haría cuando llevara a cabo la expansión proyectada. Víctor había decidido trasladar su oficina administrativa a uno de ellos. Si querían obligarle a realizar tareas burocráticas, que le compensaran con una bonita vista desde su ventana.

Contemplaba el río mientras caminaba. Bajo la lluvia, el agua parecía aún más turbulenta que el día anterior. Levantó la vista y trató de ver la presa, pero la mole apenas aparecía esbozada detrás de la espesa bruma que se elevaba desde el salto de agua.

Al contemplar la hilera de edificios desiertos cayó en la cuenta de que había centenares de rincones donde un muchacho podía ocultarse a jugar. Era un paraíso para jugar al escondite, a buscar tesoros y a otros juegos. Pero para ello hacían falta varios niños.

VJ siempre andaba solo o en compañía de Philip.

Siguió por la orilla río arriba hasta llegar al ala voladiza del edificio del reloj, que se extendía sobre la presa y parte del embalse. Para seguir adelante, debería bordear el edificio y aproximarse al río por el lado oeste. Allí le cerraba el paso el desagüe del embalse, de tres metros de ancho, que terminaba en un túnel.

En la antigua fábrica, que funcionaba con energía hidráulica, el desague conducía el agua al sótano del edificio del reloj. Allí el torrente hacía girar unas ruedas enormes y la energía se transmitía a miles de telares y máquinas de coser, además del reloj de la torre.

Desde el borde del túnel, Víctor inspeccionó el desagüe. Un hilillo de agua caía sobre los escombros, en su mayoría botellas rotas y latas de cerveza. Observó el punto de unión del desagüe con el río torrencial. El flujo de agua era regulado por dos pesadas compuertas de acero. Todo el dispositivo estaba corroído por el óxido. Víctor se preguntó cómo era posible que aún resistiera la tremenda presión del agua. El nivel del río llegaba casi al borde superior de las compuertas.

Bordeó el desagüe para proseguir su camino. Había dejado de llover. Cerró el paraguas. Finalmente llegó al último edificio de “Chimera”, que también se extendía sobre el río con vigas voladizas. Más allá había una calle. Víctor se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos.

Esta vez no llamó a VJ. Miró a su alrededor y aguzó el oído.

Finalmente volvió al sector habilitado del complejo, pasando por el edificio del reloj. Se detuvo en el laboratorio a preguntar por VJ, pero Robert no lo había visto.

Confundido, sin saber qué hacer, volvió a la cafetería.

- No lo he visto - dijo el encargado, anticipándose a la pregunta.

- Ya me lo imaginaba - dijo Víctor -. Sólo he venido a tomar café.

El frío y la humedad le habían calado hasta los huesos durante la caminata junto al río, y después de la tormenta la temperatura aún había bajado más.

Reconfortado por el café, se puso la gabardina húmeda, le dijo al encargado que no dejara de llamarlo al laboratorio si veía a VJ y se dirigió a la garita de guardia. El ambiente

Librodot

era agradablemente cálido, aunque lleno de humo de tabaco. Pedro estaba haciendo un solitario, y al verlo se puso inmediatamente de pie. Sheldon también se levantó de su asiento.

- ¿Han visto a mi hijo?

- He hablado con Hal hace dos minutos - dijo Sheldon -. Le he preguntado pero me ha dicho que no lo ha visto en todo el día.

- En la cafetería me han dicho que VJ ha comido con uno de ustedes - dijo Víctor -. ¿Por qué no me lo dijeron?

- ¡Yo no he comido con VJ! - exclamó Sheldon, llevándose la palma de la mano al pecho -. Hal tampoco. Hemos comido juntos lo que trajimos de casa. ¡Oye, Fred!

Fred se asomó a la garita desde el sitio donde vigilaba la entrada y movía las barreras. Sheldon le preguntó si había comido con VJ.

- Yo, no - respondió. Vivo cerca y como en casa.

Sheldon se encogió de hombros y miró a Víctor.

- Hoy sólo estamos nosotros tres.

- Pero el encargado me dijo... - Se interrumpió. No tenía sentido ponerse a discutir quién había comido con quién. Lo importante era descubrir el paradero del chico. Más que curiosidad, empezaba a sentir preocupación. Marsha se preguntaba, como él ahora, en qué se ocupaba VJ cuando pasaba el día en “Chimera”.

Hasta ese momento, Víctor no se había detenido a pensar en ello.

Salió del despacho y se dirigió al laboratorio. Ya no sabía dónde seguir buscándolo.

- Ha llamado el encargado de la cafetería - dijo Robert al verlo -. VJ está allí.

Víctor lo llamó desde el teléfono más cercano.

- Aquí está - dijo el encargado.

- ¿Solo?

- No, con Philip.

- ¿Le ha dicho que lo estoy buscando?

- No. Usted me dijo que le avisara, pero no me dejó ningún recado para él.

- Perfecto - dijo Víctor -. No le diga nada. Voy para allá.

Cruzó la zona de aparcamiento hasta el edificio de la cafetería, donde también se encontraba la biblioteca, pero no se dirigió a la puerta principal sino a una entrada lateral. Desde allí subió a la planta alta, donde podía dominar la cafetería desde un balcón. Al inclinarse sobre la barandilla vio a VJ y Philip, sentados a una mesa y comiendo helados.

Se apartó de la barandilla para que no lo vieran y esperó a que terminaran con los helados. Poco después se levantaron para llevar las bandejas al mostrador. Cuando salían,

Librodot

Víctor bajó la escalera, pegado a la pared para que no pudieran verlo. Oyó el ruido de la puerta al cerrarse y se precipitó hacia allí, desde donde pudo ver que se dirigían hacia el río.

- ¿Sucede algo malo? - preguntó el encargado.

- No, no pasa nada - dijo Víctor, enderezándose con aire despreocupado. No le interesaba lo más mínimo dar lugar a chismorreos -. Sólo tengo curiosidad por saber adónde se mete mi hijo.

Le he dicho mil veces que no se acerque al río cuando está crecido, pero es como hablarle a la pared.

- Los niños son así - dijo con una sonrisa el encargado.

Salió de la cafetería justo cuando ellos doblaban a la derecha más allá del laboratorio. No cabía duda de que iban hacia el río.

Se dirigió a grandes zancadas hasta el lugar donde habían girado a la derecha y alcanzó a verlos unos cincuenta metros más adelante.

Los vio llegar a la orilla del río, girar a la izquierda y desaparecer de vista. Inmediatamente echó a correr hacia allí.

Al llegar, vio que VJ y Philip se dirigían al edificio del reloj.

Subieron los escalones frente al edificio desierto y desaparecieron por la entrada.

"¿Qué diablos hacen ahí dentro?", se preguntó Víctor. Ocultándose lo más posible, se acercó a la entrada y se detuvo a escuchar. No se oía más ruido que el estruendo del salto de agua.

Totalmente perplejo, entró en el edificio y esperó a que sus ojos se adaptaran a la escasa luz. Entonces vio precisamente lo que cabía esperar en un edificio abandonado: escombros esparcidos por el suelo.

La planta baja era una gran sala con vistas al embalse. Los cristales de las ventanas hacía años que estaban rotos. Ni siquiera quedaban los marcos. La basura y los restos de comida amontonados en el centro eran testimonio de los vagabundos que habían utilizado el lugar como refugio antes de que "Chimera" comprara y cercara el complejo. El aire estaba impregnado de olor a madera podrida y cartones viejos.

Víctor se dirigió sigilosamente al centro de la sala y aguzó el oído, pero el estruendo del torrente era aún más ensordecedor dentro que fuera. No se distinguían otros ruidos.

En el lado opuesto al río había entradas a una serie de cuartos pequeños. Víctor se asomó sucesivamente a cada uno. Sólo encontró escombros. En cada extremo y en el centro de la sala había escaleras que conducían a las dos plantas superiores. Víctor subió lentamente la escalera central y recorrió el laberinto de salitas que daban a un largo pasillo. Tampoco había nada, aparte de la basura y los escombros.

Desconcertado, bajó a la planta principal. Desde una de las ventanas contempló el río, la presa, el embalse y el desagüe seco, con las compuertas oxidadas.

Librodot

De pronto recordó que el edificio del reloj se comunicaba con los demás edificios por medio de un complejo sistema de túneles que distribuían la energía mecánica de las ruedas. Evidentemente, VJ había descubierto el laberinto y en ese momento no se hallaba en el edificio del reloj.

Bruscamente se giró, sobresaltado. Le pareció haber oído un ruido por encima del estruendo del agua, o tal vez se lo había parecido; no estaba seguro. Su mirada recorrió la sala, pero no había nadie allí, y de nuevo no oyó otro ruido que el de las aguas del río.

Fue de una escalera a la otra en busca de la bajada al sótano, pero no pudo encontrarla por más que se esforzó. No había escaleras que bajaran. Se asomó por una ventana en busca de una entrada exterior, pero no vio nada. Aparentemente, no había manera de bajar al sótano.

Víctor salió del edificio y volvió al sector habilitado del complejo para dirigirse a la oficina de arquitectura. Abrió la puerta con su llave maestra y encendió las luces. De un enorme armario metálico sacó los planos arquitectónicos de todas las construcciones existentes en el terreno. Buscó el edificio de la torre en el plano general y con esa referencia encontró después los planos correspondientes

El primero era justamente del sótano. Mostraba el punto en el que el agua entraba en el edificio. Dentro del sótano, un gran canal revestido de madera conducía el agua a una serie de ruedas de paleta, algunas de eje vertical y otras horizontal. El sótano en sí constaba de una sala central, la de las ruedas, y una serie de salitas laterales, de una de las cuales nacía el sistema de túneles.

Después estudió el plano de la planta principal e inmediatamente encontró la escalera de bajada al sótano. Estaba a la derecha de la escalera ascendente central: era inconcebible que no la hubiera visto.

A fin de asegurarse, hizo copias reducidas en la fotocopiadora de los planos del sótano y de la planta principal y volvió con ellos al edificio del reloj, decidido a explorar la parte inferior.

Pisando con cuidado en medio de los escombros, se acercó a la escalera central, se detuvo frente al hueco y miró a la derecha

Luego, consultó el plano para asegurarse de que estaba en el lugar indicado. Pero algo estaba mal. No había escaleras que condujeran al sótano. Miró al otro lado por si acaso había algún error en los planos, pero tampoco descubrió ninguna escalera

Al volver al lugar donde, de acuerdo con el plano, debía estar la escalera descendente, Víctor advirtió que justamente ese espacio estaba libre de los escombros desparramados por todo el resto de la sala. El hecho le llamó la atención. Al inclinarse para estudiar el suelo, vio que las tablas eran más anchas que en el resto del lugar, y que la madera no era tan vieja.

Se sobresaltó al oír un ruido a sus espaldas. Se dio la vuelta pero no vio nada. Su intuición le decía sin embargo que alguien se ocultaba en la penumbra y estaba muy cerca de él. Aterrado, escudriñó la gran sala. De nuevo escuchó un ruido o una vibración

No había duda de que era un paso. Giró rápidamente pero ya era tarde. Alcanzó a ver una silueta que empuñaba un objeto sobre su cabeza. Levantó las manos para defenderse, pero el golpe fue terrible. Su mente se hundió en un pozo negro.

Al salir de Lowell, Marsha se detuvo en una estación de servicio con teléfono público y llamó a los Blakemore. Se sentía incómoda, pero logró hacerse invitar. Tardó media hora en llegar a la casa, situada en Plum Island Road 479, West Boxford

Había dejado de llover, pero al abrir la portezuela del coche lamentó no haber traído el abrigo. La temperatura descendía rápidamente.

La casa de los Blakemore era un edificio de aspecto acogedor al estilo de la costa atlántica de Massachusetts. Las ventanas eran de dos hojas y con marco blanco. Delante de la entrada había una glorieta enrejada de madera. Marsha subió los escalones y llamó a la puerta.

La abrió una mujer menuda, de la edad de Marsha. Llevaba el pelo recortado y con las puntas vueltas hacia arriba.

- Adelante - dijo, mirándola con curiosidad -. Soy Edith Blakemore.

La mirada sorprendida de la mujer le hizo preguntarse si había algo raro en su aspecto. Pensó que tendría los dientes manchados por la fruta que acababa de comer, y se pasó la lengua para limpiarlos.

El interior de la casa era tan hermoso como el exterior. Los muebles eran de estilo americano antiguo, con sofás tapizados en zaraza y sillas con apoyabrazos. Algunas pequeñas alfombras cubrían el suelo de pino.

- Permítame el abrigo - dijo Edith -. ¿Le apetece tomar un café o un té?

- Un té, gracias - dijo Marsha. Fueron juntas a la sala.

Un hombre que leía el periódico sentado junto al hogar se levantó al verla y extendió la mano.

- Carl Blakemore mucho gusto - dijo. Era un hombre alto, de piel correosa y rasgos pronunciados.

Marsha le estrechó la mano.

- Siéntese, póngase cómoda - dijo, indicándole el sofá. Luego volvió a su asiento junto al hogar, dejó el periódico en el suelo y sonrió cordialmente. Edith fue a la cocina.

- Bonito tiempo, ¿verdad? - dijo Carl para iniciar la conversación.

Desde el primer momento, Marsha se sentía incómoda en aquel lugar. La habían recibido cordialmente, pero como si tuvieran que esforzarse en hacerlo. No sabía a qué atribuirlo.

Entró un muchacho en la sala. Tenía la edad de VJ, pero era más alto y robusto, con pelo castaño y ojos pardos. Tenía un gran parecido con su padre. Su aire no era amistoso, pero le tendió la mano como un caballero y dijo “hola”.

- Tú eres Richie, ¿verdad? - dijo Marsha al estrecharle la mano -. Soy la mamá de VJ. Me ha hablado mucho de ti. - No era cierto, pero convenía exagerar un poco.

- ¿De verdad? - preguntó el chico con extrañeza.

Librodot

- Sí - dijo Marsha -. Y por eso tenía muchas ganas de conocerte. ¿No te gustaría venir a casa? VJ ya te habrá dicho que tenemos una piscina cubierta.

- VJ nunca me ha dicho nada de la piscina - dijo Richie. Se sentó junto al hogar y la miró fijamente. Marsha se sentía cada vez más incómoda.

- No comprendo por qué no lo ha hecho - dijo. Miró a Carl y sonrió -. A veces los chicos son tan difíciles de entender...

- Eso parece - dijo Carl.

Se hizo un silencio molesto y Marsha se preguntó qué diablos sucedía.

- ¿Leche o limón? - preguntó Edith al entrar con la bandeja.

La dejó sobre la mesita del té.

- Limón, por favor - dijo Marsha. Sostuvo la taza mientras

Edith le servía, v luego le echó unas gotas de limón. Al acomodarse nuevamente en el sofá, advirtió que los demás no bebían nada. La miraban fijamente.

- ¿Nadie me acompaña? - preguntó, incómoda.

- No, ya hemos tomado - dijo Edith.

Marsha bebió un sorbo. Estaba muy caliente, de manera que dejo la taza sobre la mesita. Carraspeó.

-Lamento molestarlos - dijo, nerviosa.

- No, por favor - dijo Edith -. Estábamos en casa y no teníamos nada que hacer.

- Hace tiempo que quería conocerlos - dijo Marsha -. Han sido tan amables con VJ, que me gustaría devolverles el favor

- ¿A qué se refiere? - preguntó Edith.

- Bueno, por ejemplo me gustaría que Richie viniera a casa a pasar la noche. Si él quiere, desde luego. ¿Te gustaría venir a mí casa?

El niño se encogió de hombros.

- ¿Y por que quiere invitar a Richie a pasar la noche en su casa? - pregunto Carl

- Bueno, para devolverles el favor - dijo Marsha - Ya que VJ ha pasado tantas noches aquí, me parece lógico que Richie venga de vez en cuando a nuestra casa.

Carl y Edith intercambiaron una mirada significativa.

- Su hijo nunca ha pasado la noche aquí - dijo Edith – No se ofenda, pero la verdad es que no tengo idea de lo que está hablando.

Marsha se los quedó mirando, sumida en una creciente con

Librodot

- ¿VJ nunca ha pasado la noche aquí?

- Nunca - corroboró Carl.

- ¿Y el domingo pasado? - preguntó mirando a Richie -. ¿No estuvo VJ contigo?

- No - dijo Richie, negando con la cabeza.

- Bueno, entonces les pido disculpas por robarles tanto tiempo - dijo Marsha, y se puso en pie. Edith y Carl la imitaron.

- Pensábamos que su visita se debía a la pelea - dijo Carl.

- Parece que VJ y nuestro hijo tuvieron un pequeño enfrentamiento. Tuvimos que llevar a Richie al dispensario. Tenía la nariz fracturada.

- Lo lamento mucho - dijo Marsha -. Hablaré con VJ.

Se despidió de los Blakemore con toda la amabilidad de que fue capaz y abandonó la casa. Estaba furiosa. ¡Claro que hablaría con VJ! La situación era mucho peor de lo que había imaginado. ¿Cómo podía ser tan ciega? Su hijo parecía llevar una vida aparte completamente distinta de la que representaba. Tanta frialdad y serenidad para mentir no era normal. ¿Qué podría sucederle?

Librodot

Sábado por la tarde
CAPITULO Xl

Víctor recuperó lentamente el sentido. Oyó ruidos sordos en medio de una bruma. Después descubrió que eran voces. Finalmente reconoció la voz de VJ. Gritaba furioso que Víctor era su padre.

- Lo siento - dijo una voz con fuerte acento español -. ¿Cómo iba a saberlo?

Víctor notó que lo sacudían. Le dolía la cabeza y esta a mareado. Se palpó suavemente la coronilla: tenía un chichón del tamaño de un pelota de golf.

- Papá - dijo VJ.

Abrió los ojos lentamente. El dolor de cabeza era intenso, pero disminuía rápidamente. Se encontró con los helados ojos azules de VJ Su hijo le sostenía los hombros. Había también otros rostros, todos cetrinos. Uno de ellos tenía una expresión siniestra y el párpado izquierdo caído.

Víctor cerró los ojos, apretó los dientes y se sentó. Estuvo a punto de caer debido al mareo, pero VJ lo sostuvo. Pasado e mareo, volvió a abrir los ojos y se palpó el chichón, tratando de recordar qué había sucedido.

- ¿Te sientes mejor, papá? - preguntó VJ.

- Creo que sí - dijo Víctor. Miró a los extraños. Los tres vestían el uniforme de los guardias de seguridad de “Chimera”, pero no los conocía. Detrás de ellos asomaba la cara de Philip, tímida y temerosa.

Al principio Víctor pensó que se hallaba en su laboratorio porque lo rodeaba el característico instrumental científico. A su lado vio uno de los instrumentos de aparición más reciente en el mercado: una unidad de cromatografía líquida para el análisis rápido de proteínas.

Pero el lugar no era su laboratorio. El escenario era una extraña combinación de tecnología punta con paredes de granito y mobiliario rústico de madera.

- ¿Dónde estoy? - preguntó, frotándose los ojos con los nudillos de los índices.

- Donde no deberías estar - respondió VJ.

- ¿Qué me ha pasado? - Trató de levantarse pero las piernas no lo sostenían. VJ lo contuvo.

- Descansa un poco. Me imagino que te habrás dado un golpe en la cabeza.

Estuvo a punto de responder que el golpe no había sido accidental, pero se limitó a palpar otra vez el gran chichón y se miró los dedos para ver si sangraba. El mareo se iba disipando y empezaba a pensar con claridad.

- ¿Qué es eso de que estoy donde no debería estar? - preguntó, súbitamente consciente de la observación de VJ.

Librodot

- Significa que no hubieras debido conocer mi laboratorio secreto hasta dentro de un mes o dos - dijo VJ -. Por lo menos hasta que estuviera en mis nuevas instalaciones, al otro lado del río.

Víctor parpadeó. Bruscamente recordó todo, incluso al hombre que había salido de las sombras para golpearlo. Miró el rostro sonriente de su hijo, y después dejó que sus ojos se pasearan por el insólito laboratorio. Era como si lo hubieran transportado a otro mundo, donde los ordenadores convivían con el granito tallado a mano.

- Bueno, dime dónde estamos.

- En el sótano del edificio del reloj - dijo VJ, y lo ayudó a levantarse. Extendió el brazo en un gesto que abarcó todo el lugar.

- Hemos cambiado el decorado de acuerdo con nuestras necesidades. ¿Qué te parece?

Víctor tragó saliva y se humedeció los labios. Miró a su hijo que sonreía con orgullo. Philip se restregaba las manos, nervioso.

Librodot

Miró a los tres hombres que vestían uniforme de guardias de seguridad de “Chimera”: sudamericanos de piel morena y pelo negro. Después sus ojos recorrieron lentamente la enorme sala de techo alto. Jamás había visto cosa igual. Frente a él se abría la gran boca del desagüe. Del borde inferior chorreaba un hilillo de agua, verdosa de moho. La mayor parte de la abertura estaba tapada por una trampa tosca de madera. El gran canal que transportaba el agua había sido desmontado, y la madera empleada para construir la trampa, además de mesas de laboratorio y estanterías.

La sala medía unos veinte metros de ancho por treinta y cinco de largo. La rueda mayor, en posición vertical, no había sido desmontada. Se alzaba en el centro de la sala como una escultura moderna. Varios instrumentos estaban dispuestos en círculo a su alrededor.

En los dos extremos de la sala había puertas reforzadas con remaches metálicos. Las cuatro paredes eran de granito gris y el techo de madera, sostenido por grandes vigas descubiertas. Además de la gran rueda, todavía se conservaba la mayor parte del aparato mecánico de transmisión de la energía hidráulica. Las enormes barras y los engranajes estaban suspendidos de las vigas por medio de cables.

Una escalera de madera ascendía hacia el techo, pero terminaba en una trampa de madera.

- Bueno, ¿qué te parece? - preguntó VJ, impaciente -. ¿Qué me dices de todo esto?

Víctor se puso en pie. Le temblaban las piernas.

- ¿Dices que es tu laboratorio?

- Así es. No está mal, ¿verdad?

Se acercó tambaleante hacia el sintetizador de ADN y rozó el borde con un dedo. Era el modelo más reciente, mejor incluso que el de su laboratorio.

- ¿De dónde ha venido todo este instrumental? – preguntó Víctor. Al otro lado de la rueda estaba instalado un microscopio electrónico.

- Digamos que lo tengo en préstamo - dijo VJ. Había seguido a su padre y contemplaba el sintetizador con embeleso.

Víctor se dio la vuelta y lo miró a los ojos.

- ¿Son los instrumentos robados de “Chimera”?

- Robados, no - dijo VJ con una sonrisa maliciosa -. Digamos que fueron redistribuidos. Pertenecen a “Chimera” y se encuentran en terrenos de propiedad de la empresa. Mientras no salgan de aquí, no puedes decir que han sido robados.

Al dirigirse al siguiente instrumento - una compleja unidad de cromatografía - , Víctor trató de recobrarse. Le dolía la cabeza, sobre todo al caminar, y persistía el mareo, pero empezaba a creer que la causa de éste no era el golpe recibido sino la insólita revelación de aquel mundo subterráneo. Era como un sueño, mejor dicho, como una pesadilla. Palpó suavemente una de las columnas de la unidad de cromatografía para asegurarse de que era real y se volvió hacia VJ, que lo seguía:

Librodot

- Creo que me debes una explicación sobre todo esto.

- Cómo no - dijo VJ -. Pero vamos a las habitaciones, que estaremos más cómodos.

Bordearon la gran rueda y el microscopio electrónico, y se dirigieron al extremo de la sala. VJ abrió la puerta de la izquierda pero antes de pasar señaló la de la derecha:

- Ahí dentro hay más laboratorios. El espacio nunca alcanza. Antes de seguir a VJ, Víctor echó una mirada sobre su hombro. Philip los seguía, pero los guardias de seguridad no les prestaban la menor atención. Dos de ellos jugaban a las cartas sobre una mesa tosca.

Entraron en un cuarto que realmente parecía un dormitorio.

Sus ocupantes habían colgado alfombras de distintos colores y formas sobre las paredes de granito para conseguir un ambiente más cálido. Había una decena de catres con sábanas y mantas, y junto a la puerta una mesa redonda con seis sillas de lona. VJ lo invitó a sentarse.

Víctor apartó una silla de la mesa y se sentó. Philip ocupó otra, silla.

- ¿Quieres tomar algo? ¿Chocolate caliente o té? – preguntó VJ, jugando a anfitrión -. Aquí tenemos de todo.

- Sólo quiero que me digas qué es todo esto.

VJ asintió.

- Como sabes, empecé a tener interés por lo que sucedía en tu laboratorio desde el primer día que me trajiste a “Chimera”. El problema es que no me permitían tocar nada.

- Por supuesto - dijo Víctor -. Eras un niño muy pequeño.

- Pero no tenía la mente de un niño muy pequeño. Enseguida comprendí que sólo podría trabajar si contaba con un laboratorio propio. Al principio era muy reducido, pero fue creciendo a medida que incorporé nuevos instrumentos.

- ¿Cuántos años tenías cuando empezaste?

- Eso fue hace unos siete años - dijo VJ -. Yo tenía tres. Fue muy fácil instalarlo, contando con los músculos de Philip. – Este sonrió complacido -. Al principio me instalé en el edificio que hay al lado de la cafetería - prosiguió -. Pero cuando me enteré de que pensaban utilizarlo, trasladamos todo hasta aquí, y desde entonces lo mantengo en secreto.

- ¿Desde hace siete años?

- Más o menos - asintió VJ.

- ¿Por qué lo has mantenido en secreto?

- Para poder trabajar en serio. Al verte trabajar en el laboratorio, me sentí fascinado por las posibilidades que ofrece la biología. Es la ciencia del futuro. Y tenía mis propias ideas sobre la manera de realizar la investigación.

- Pero hubieras podido trabajar en mi laboratorio – dijo Víctor.

Librodot

- Imposible - dijo VJ, agitando la mano -. Soy demasiado joven. Nadie me hubiera permitido hacer lo que hice. Necesitaba libertad total para trabajar, sin restricciones ni normas de ningún tipo. Ni ayuda. Necesitaba espacio. Permíteme decirte que lo que he logrado supera todas tus fantasías. Desde hace un año estoy ansioso por mostrarte lo que he conseguido. Vas a alucinar.

- ¿Has tenido éxito en tus experimentos? - preguntó Víctor, súbitamente interesado.

- Digamos mejor que algunos de mis descubrimientos significan saltos cualitativos en la historia de la biología. Trata de adivinar.

- Es imposible.

- Al contrario, es perfectamente posible, teniendo en cuenta que tú mismo has investigado uno de los proyectos.

- He estado trabajando en varias cosas a la vez - dijo Víctor.

- Mira, yo quiero que el mérito por todos los descubrimientos sea para ti. Así “Chimera” podrá patentarlos y ganar mucho dinero. No quiero que nadie se entere de mi participación.

- ¿Cómo la carrera en la piscina?

VJ soltó una carcajada:

- Algo así. No quiero llamar la atención. Es mejor que nadie venga a husmear. La gente se vuelve muy curiosa cuando aparece un prodigio. No, es mejor que el mérito sea para ti y la patente de invención para “Chimera”. Digamos que con eso pagaré por el uso del espacio y el instrumental.

- Cuéntame algo de tus descubrimientos.

- Para empezar, he resuelto el misterio de la implantación de un huevo fertilizado en un útero - dijo VJ con orgullo -. Con un cigoto normal, puedo garantizar la implantación en un cien por cien.

- ¿Es una broma? - dijo Víctor.

- No es una broma - replicó VJ con fastidio -. La solución fue más sencilla y a la vez más compleja de lo que esperaba. Se trata de la yuxtaposición del cigoto con las células superficiales del útero, la cual inicia una comunicación química, que para la mayoría de la gente sería una especie de reacción como la que tiene lugar entre un antígeno y un anticuerpo. En esta reacción se produce un polipéptido que actúa como factor de proliferación arterial que da lugar a la implantación. He aislado ese factor y lo he producido en cantidad por medio de técnicas de ADN recombinante. Basta una inyección para garantizar en un cien por cien la implantación de un huevo fertilizado sano.

Para dar mayor credibilidad a su afirmación, VJ sacó un frasco de su bolsillo y lo puso sobre la mesa:

- Toma, es para ti. Quién sabe, tal vez ganarás el premio Nobel

- Se echó a reír, y Philip se sintió contagiado por su risa.

Librodot

Víctor cogió el frasco y contempló el contenido: un líquido viscoso, de color claro.

- Hay que verificarlo - dijo

- Ya lo he verificado - dijo VJ -. He experimentado con animales y con seres humanos. Lo mismo da. Cien por cien de éxito.

Miro a su hijo, luego a Philip. Este sonrió tímidamente, inse guro de la reacción del hombre mayor. Víctor miró otra vez el frasco. Inmediatamente pudo apreciar el impacto científico y económico de semejante descubrimiento. Sería colosal, provocaría una revolución en las técnicas de fertilización in vitro. “Fertility Inc.” comercializaría el producto y pasaría a dominar el mercado mundial.

Víctor tomó aliento antes de preguntar:

- ¿Está s seguro de que es efectivo con seres humanos?

- Totalmente. Ya he hecho los experimentos necesarios

- ¿Con quién?

- Con voluntarios, por supuesto - dijo VJ -. Pero ya tendremos tiempo de entrar en esos detalles.

¿Voluntarios? La cabeza le daba vueltas. ¿Acaso VJ no comprendía que no se podía experimentar a la ligera con seres humanos? Había problemas legales y éticos de por medio. Pero el potencial era enorme. ¿Y quién era él para juzgarlo? ¿Acaso ese muchacho prodigioso sentado frente a él no era producto de la ingeniería genética?

- Quiero ver el laboratorio otra vez - dijo Víctor.

VJ corrió a abrirle la puerta. Volvieron a la sala principal. Los jugadores de cartas discutían acaloradamente en español.

Víctor recorrió en círculo la sala, lentamente mientras estudiaba el instrumental. Era impresionante: le faltaban adjetivos para calificarlo. Su dolor de cabeza había dejado paso a una creciente excitación. Era difícil creer que su hijo de apenas diez años había creado todo aquello.

- ¿Quién conoce este laboratorio? - preguntó, contemplando el microscopio electrónico. Su mano acarició las superficies curvas del instrumento.

- Philip y algunos guardias de seguridad - dijo VJ -. Y ahora tú.

Víctor se lo quedó mirando, y su hijo le sonrió satisfecho.

De pronto soltó una carcajada

- ¡Y pensar que todo esto sucedía en nuestras propias narices - Meneó la cabeza mientras proseguía la inspección del instrumental científico. Acarició algunos aparatos con las yemas de los dedos -. ¿Está s seguro de que la implantación es eficaz? - preguntó. Por su mente ya rondaban algunos posibles nombres comerciales: Conceptol, Fertol.

Librodot

- Totalmente. Y ése es sólo uno de mis descubrimientos. Hay muchos más. Algunos de mis hallazgos sobre el proceso de diferenciación y desarrollo celular van a significar una nueva era en la historia de la biología.

Víctor se detuvo y lo miró a los ojos:

- ¿Qué sabe Marsha de todo esto?

- ¡Nada! - respondió VJ con énfasis.

- Se va a alegrar - dijo Víctor con una sonrisa -. No sabes lo preocupada que está porque no juegas con otros chicos de tu edad.

- Bueno, no he tenido tiempo para dedicarme a los boy scouts - dijo VJ -. He tenido otras ocupaciones, como puedes ver.

- Ya lo creo - rió Víctor -. Pero va a ponerse muy contenta cuando lo sepa. Tendremos que decírselo y traerla aquí.

- No sé si es lo más conveniente - dijo VJ.

- Yo creo que sí - dijo Víctor -. Así estar tranquila y me libraré de sus sermones sobre tus supuestos problemas psicológicos.

- No quiero que nadie se entere de esto - dijo VJ -. Tú lo has descubierto por casualidad. Iba a revelártelo todo cuando me trasladara a mis nuevas instalaciones.

- ¿Dónde están?

- Muy cerca de aquí. Iremos otro día.

- Marsha tiene que saberlo. Ha estado muy preocupada por ti. Yo me ocuparé de ella. No hablará con nadie.

- Es un riesgo. No creo que mis descubrimientos la impresionen tanto como a ti. La ciencia no la fascina tanto como a nosotros.

- Se quedará extasiada cuando sepa que eres un genio, y que has sido capaz de montar todo esto. Es increíble.

- Bueno, puede ser... - dijo VJ, indeciso.

- Confía en mí - dijo Víctor con entusiasmo.

- Bueno, tú la conoces mejor que yo. Espero que no te equivoques. Podría causarnos muchos problemas.

- Iré a buscarla ahora mismo - dijo Víctor. Evidentemente estaba muy inquieto.

- ¿Cómo la traerás hasta aquí sin que nadie os vea?

- Hoy es sábado. Hay muy poca gente, sobre todo a estas horas.

- De acuerdo - dijo VJ con resignación.

Librodot

Víctor se precipitó hacia la escalera:

- Vuelvo dentro de media hora. O de tres cuartos, como máximo. - Subió una decena de escalones y se detuvo: la escalera terminaba en el techo.

- ¿Se sale por aquí? - preguntó.

- Empuja la trampa. Tiene un contrapeso.

Víctor subió lentamente hasta tocar las tablas con la mano.

Empujó hacia arriba y se quedó sorprendido al ver cómo se abría una trampa con toda facilidad. Echó una última mirada atrás, guiñó un ojo y después de salir dejó caer la trampa, que se cerró sin hacer ruido.

Luego corrió directamente hasta el coche, con el pulso acelerado por la excitación. Hacía años que no sentía una emoción tan grande.

--

Cuando regresó de sus dos desconcertantes visitas, Marsha se preparó una buena taza de té, y luego se sentó a la mesa de su estudio para tomarlo, tratando de tranquilizarse. Entonces oyó el coche de Víctor.

Poco después asomó por la puerta. No se había quitado la gabardina.

Librodot

- ¡Hola, tesoro!

"¿Tesoro? - pensó Marsha con desdén -. Hacía años que no usaba esta palabra."

- Ven aquí - dijo, pero se precipitó dentro.

Le cogió la mano con fuerza e intentó levantarla de la silla, pero ella se resistió.

- ¿Qué te pasa?

-Quiero enseñarte una cosa - dijo, con una mirada risueña.

- ¿Pero qué te pasa?

- ¡Vamos de una vez! - dijo Víctor, y la cogió del brazo -. Tengo una sorpresa que te va a encantar.

- Y yo tengo otra sorpresa que no te va a encantar – dijo Marsha -. Siéntate. Es muy importante lo que quiero decirte.

- Lo mío es más importante.

- Lo dudo. Me he enterado de algunas cosas sobre VJ que no son precisamente tranquilizadoras.

- Precisamente de eso se trata - sonrió Víctor -. Porque yo me he enterado de algunas cosas de VJ que te van a tranquilizar de una vez. La cogió por el brazo e intentó sacarla de nuevo.

- ¡Víctor! - exclamó Marsha, desasiéndose -. ¡Pareces un crío!

- ¡Tus peores insultos son como caricias! - exclamó Víctor alegremente -. Marsha, hablemos en serio. Tengo algo importante que decirte que te va a alegrar muchísimo.

Librodot

Marsha puso los brazos en jarras y separó las piernas para mantener el equilibrio.

- VJ no sólo nos ha mentido sobre la escuela. Acabo de enterarme de que nunca ha pasado la noche en casa de los Blakemore.

- ¡Nunca!

- No me sorprende - dijo Víctor, pensando que realmente VJ tendría que haber pasado muchas horas en el laboratorio para hacer semejantes descubrimientos.

- ¿No te sorprende? - exclamó Marsha, exasperada -. Ni siquiera son amigos. Al contrario, hace poco se pelearon y VJ le rompió la nariz.

- ¡Está bien, está bien! - dijo Víctor, tratando de serenarse.

La cogió de los brazos y la miró a los ojos -: Tranquilízate. Tenemos que hablar. Si vienes conmigo, verás el sitio donde VJ pasa casi todo su tiempo. Todo tendrá su explicación. ¿Vamos?

Marsha entrecerró los ojos. Al menos su tono era sincero.

- ¿Adónde me llevas? - preguntó con suspicacia.

- Vamos al coche - dijo Víctor con entusiasmo -. Coge el abrigo.

- Espero que sepas lo que haces - dijo Marsha, saliendo del estudio. Se puso el abrigo y minutos más tarde iba en el coche que conducía Víctor a toda velocidad -. ¿Por qué corres tanto? - preguntó.

- Estoy impaciente por enseñártelo - dijo Víctor, y giró bruscamente -. -Y pensar que a los doce años yo estaba de lo más orgulloso porque tenía un escondite secreto en un árbol!

Marsha lo miró como si estuviera loco. Ultimamente su conducta era algo rara, pero esto lo superaba todo.

Cruzó el puente sobre el río Merrimack a toda velocidad y poco después llegó a “Chimera”. Había cambiado el turno de guardia. El hombre de la barrera no era Fred.

Para mantener el secreto, Víctor aparcó en el lugar que tenía asignado, frente a la administración.

- Tenemos que andar un poco - dijo, ayudándola a bajar del coche. Caía la tarde cuando se aproximaron al río. Las callejas ya estaban sumidas en la oscuridad. Hacía mucho frío, casi cero grados. Víctor iba delante y de vez en cuando echaba una mirada sobre su hombro, como si temiera que lo siguieran. Marsha también miró atrás por curiosidad, pero el lugar estaba desierto. Se ajustó el abrigo, pero el frío que sentía no se debía sólo a la temperatura ambiente.

Víctor advirtió que caminaba más lentamente que antes y le cogió la mano. Habían salido de la zona habilitada. A cada lado se alzaban las moles de los edificios desiertos, amenazantes a la luz del crepúsculo.

- Víctor, ¿adónde me llevas?

- Ya estamos cerca.

Cuando llegaron a la gran entrada del edificio del reloj, Marsha se detuvo.

- No pensarás que voy a entrar ahí, ¿verdad? Alzó los ojos hacia la torre. Se sintió ligeramente mareada al ver pasar las nubes y bajó la vista.

- Por favor - dijo Víctor -. VJ está aquí. Créeme, te espera una sorpresa maravillosa.

Marsha miró el rostro emocionado de su esposo y después el lóbrego interior del edificio.

- Es una locura - dijo, pero se dejó llevar al interior, donde los envolvió la penumbra.

Se dirigieron cuidadosamente entre los escombros hacia el centro de la sala.

- Ya llegamos - dijo Víctor.

Acostumbrada ya a la oscuridad, Marsha alcanzó a ver las siluetas de algunos objetos en el suelo. A su izquierda, tras las aberturas de los ventanales, veía la luz reflejada en el agua del embalse. También llegaba el estruendo de la caída de agua. Al llegar a un rincón, Víctor le soltó la mano, se agachó y golpeó con los nudillos en el suelo. Marsha se sorprendió al ver que se levantaba una trampa y dejaba pasar una luz fluorescente.

- Mamá - dijo VJ -. Vamos, rápido.

Marsha bajó temerosa la escalera, seguida por Víctor, mientras VJ cerraba la trampa.

Marsha miró a su alrededor. Le parecía como si se encontrara en medio de una película de ciencia ficción. La desorientaba aquella extraña combinación de los engranajes oxidados, la gran rueda y las paredes de granito, con el instrumental de alta tecnología. Saludó a Philip con la mano, quien le devolvió el gesto. También saludó a los guardias de seguridad, pero ellos la miraron en silencio. Observó que uno de ellos tenía un párpado caído.

- ¿No es asombroso? - preguntó Víctor -. ¿Habías visto alguna vez algo parecido?

Marsha se lo quedó mirando. Nunca lo había visto tan alterado.

- ¿Qué es todo esto? - preguntó.

- El laboratorio de VJ.

Víctor le dio una breve explicación de las distintas instalaciones y le explicó también cómo VJ había montado el laboratorio sin despertar la menor sospecha: Incluso mencionó el descubrimiento de la proteína de implantación y el adelanto que supondría en el campo de la infertilidad.

- Ahora comprenderás por qué VJ no tiene tanta vida social como tú desearías - dijo para resumir -. Pasa las horas aquí, trabajando como un descosido. - Se echó a reír y una vez más paseó su mirada por la sala.

Librodot

Marsha miró a VJ, que la observaba cauteloso, a la espera de su reacción. Frente a ella había un aparato enorme. No tenía la menor idea de qué podía ser.

- ¿De dónde han salido todos estos instrumentos? - preguntó.

- Eso es lo más curioso - dijo Víctor -. Todo esto es propiedad de la empresa.

- ¿Y cómo ha venido a parar aquí?

- Pues, supongo.. - Se interrumpió, volviéndose hacia VJ -:

¿Cómo has traído todo esto hasta aquí?

- He contado con la ayuda de varias personas - dijo VJ vagamente -. Philip ha hecho el trabajo más duro. Hubo que desarmar algunos aparatos para volverlos a montar aquí. Utilizamos los antiguos túneles.

- ¿Gephardt fue uno de los que te ayudaron? - preguntó Víctor con suspicacia.

- Así es - asintió VJ.

- ¿Y cómo puede ser que te ayudara una persona como Gephardt? - preguntó Marsha.

- Pensó que era lo más prudente - dijo VJ enigmáticamente -. Yo había entrado en los programas del ordenador de “Chimera” y había descubierto que varias personas estafaban a la empresa. Cuando tuve esa información, pedí a esas personas que me ayudaran desde sus respectivos departamentos. Por supuesto que ninguna de ellas conocía a las demás ni sabía lo que estaba sucediendo. Por eso todo fue muy complicado, aunque sin problemas. Pero lo importante es que todo el instrumental pertenece a “Chimera”. No he robado nada. Todo está aquí.

- Para mí, eso es chantaje - dijo Marsha.

- No amenacé a nadie - dijo VJ -. Simplemente les dije lo que sabía de ellos y después les pedí un favor.

- Me parece bastante ingenioso - dijo Víctor -. Pero me gustaría saber los nombres de los estafadores.

- Lo lamento - dijo VJ -. Tengo un acuerdo con esas personas. Además al peor de todos, el doctor Gephardt, ya lo había descubierto la inspección de impuestos. Y lo más irónico es que pensó que yo lo había denunciado.

- Ahora está claro - dijo Víctor de pronto -. Fue Gephardt quien lanzó el ladrillo y mató a la pobre Kissa.

- ¡Pobre infeliz! - dijo VJ, moviendo la cabeza.

- ¡Me quiero ir! - exclamó de pronto Marsha, para sorpresa de ambos.

- Pero hay mucho más que ver.

- Te creo - dijo Marsha -. Pero por hoy he visto suficiente. Me voy. - Miró a su esposo y a su hijo, y después echó una mirada a su alrededor. Más que incómoda, se sentía asustada.

- Hay una habitación... - -dijo Víctor, señalando el extremo de la sala.

Marsha hizo caso omiso a sus palabras. Fue directamente a la escalera y empezó a subir.

- Ya te dije que era un error traerla aquí - susurró VJ.

Víctor le puso una mano sobre el hombro y le habló al oído: - No te preocupes, yo me ocupo de ella. - Luego se dirigió a Marsha - : Espera, voy contigo.

Marsha subió sin detenerse, abrió la trampa y salió. Luego se dirigió hacia la salida, cruzando la amplia sala y tropezando con los escombros. El aire fresco fue como una bendición.

- ¡Marsha, por el amor de Dios! - exclamó Víctor al alcanzarla -. ¿Adónde vas?

- ¡A casa! - Se alejó con paso decidido. Víctor tuvo que correr para alcanzarla.

- ¿Pero por qué?

Sin decir palabra, Marsha aceleró el paso y subió al coche.

- ¿No quieres hablar conmigo? - preguntó al sentarse frente al volante.

Marsha apretó los labios y clavó la mirada en el parabrisas.

Volvieron en silencio.

Cuando estuvo en casa, Marsha se sirvió un vaso de vino blanco.

- Marsha - dijo Víctor rompiendo el silencio - , ¿por qué actúas así? Pensaba que te emocionarías tanto como yo, sobre todo porque andabas tan preocupada por su nivel de inteligencia. Es evidente que VJ está muy bien. Sigue siendo tan inteligente como siempre.

- A eso quería llegar, precisamente - replicó Marsha -. Es tan inteligente que me aterra. A juzgar por el laboratorio, es un genio, ¿no crees?

- Sí, es evidente - dijo Víctor -. Y me parece maravilloso.

- A mí no - respondió Marsha con brusquedad. Dejó el vaso de vino sobre la mesa -. Si sigue siendo un genio, entonces lo de la pérdida de inteligencia fue una simulación. Desde hace años no hace más que fingir. Y es tan inteligente que supo burlarse de mis tests psicológicos, salvo de la escala de validez. ¿No comprendes, Víctor? Su vida con nosotros es pura simulación. Una mentira gigantesca.

- Podría haber otra explicación - dijo Víctor -. Tal vez su inteligencia cayó y después rebotó.

- Le apliqué un test de inteligencia esta semana. Su coeficiente sigue siendo 130 desde los tres años y medio.

- Bueno, está bien - dijo Víctor con fastidio -. Lo que importa es que VJ está muy bien y no hay de qué preocuparse. Está más que bien. Ha sido capaz de montar ese laboratorio por su cuenta.

Librodot

Su coeficiente debe de estar muy por encima de 130. Esto significa que mi proyecto FDN es un éxito incuestionable.

Marsha meneó la cabeza. Tanta miopía la dejaba atónita.

- ¿Qué piensas que has creado con VJ y tus mutaciones y tus manipulaciones genéticas ? - preguntó.

- Un niño normal, aunque de inteligencia superior - dijo Víctor sin vacilar.

- ¿Qué más?

- ¿Cómo, qué más? No comprendo.

- ¿Qué me dices de la personalidad del sujeto?

- ¿El sujeto? Marsha, se trata de VJ, de nuestro hijo.

- ¿Qué me dices de su personalidad? - insistió Marsha.

- ¡Al cuerno con la personalidad! El chico es un prodigio. Ha hecho descubrimientos importantísimos. Tiene algunos problemas emocionales, es cierto. ¿Pero quién no los tiene?

- Es un monstruo - dijo Marsha suavemente, con la voz quebrada. Se mordió los labios para no llorar, pero no pudo contener las lágrimas -. Has creado un monstruo, nunca te lo perdonaré.

- Confía en mí - dijo Víctor, exasperado.

- VJ es un bicho raro. Su inteligencia lo ha apartado de los demás. Es un solitario, y tan inteligente que no admite las restricciones sociales. Está por encima de todo y de todos.

- ¿Ya has terminado? - preguntó Víctor.

- No, ahora me vas a escuchar - replicó ella, furiosa a pesar de la lágrimas -. ¿Qué me dices de los niños que tenían el mismo gen que VJ? ¿Por qué murieron?

- ¿Y eso qué tiene que ver ahora?

- ¿Y la muerte de David y Janice? - prosiguió, pasando por alto la pregunta de Víctor -. Hoy no me querías escuchar, pero iba a decirte que he estado en casa de los Fay. Según ellos, Janice estaba convencida de que VJ tuvo algo que ver con la muerte de David. Decía que era un demonio.

- Sí, recuerdo que decía estas idioteces antes de morir – dijo Víctor -. Se volvió una psicótica con manías religiosas. Al menos eso decías tú.

- Sí, pero después de visitar a los padres volví a pensar en lo que había sucedido. Janice estaba convencida de que la habían drogado y envenenado.

- ¡Marsha! - exclamó Víctor. La tomó de los hombros y la sacudió -. Tranquilízate. No digas estupideces. David murió de cáncer de hígado, ¿no te acuerdas? Janice se volvió loca antes de morir. ¿Lo has olvidado? Se volvió una paranoica, probablemente a causa de una metástasis al cerebro. Además, no hay veneno en el mundo que pueda causar un cáncer de

hígado. - Hablaba con convicción, pero tenía algunas dudas, sobre todo a raíz de las extrañas porciones de ADN descubiertas en las células tumorales de David y Janice -. Creo que esas muertes están relacionadas con problemas internos de la empresa. Alguien está al corriente del proyecto FDN y quiere desacreditarme. Por eso he contratado un guardaespaldas para VJ.

- ¿Cuándo has llegado a esa conclusión? - preguntó Marsha después de beber un sorbo de vino.

Víctor se encogió de hombros:

- No recuerdo cuándo fue. Hace un par de días.

- O sea que tú también crees que esas muertes fueron intencionadas, que alguien asesinó a los dos niños - dijo Marsha, asustada de nuevo.

Había olvidado su decisión de no revelarle lo que había averiguado sobre el cefaloclor. Tragó saliva.

- ¡Víctor! -Me estás ocultando algo!

Víctor bebió un sorbo de vino para ganar tiempo y echar una cortina de humo que ocultara la verdad. Pero no se le ocurrió nada. Y después de lo que había descubierto ese día, ya no importaba. Suspiró y le dijo lo que sabía.

- ¡Dios mío! - exclamó Marsha -. ¿Estás seguro de que les dieron el cefaloclor en “Chimera”?

- No tengo la menor duda - dijo Víctor -. Sus vidas no tenían otro punto de contacto que la guardería de “Chimera”.. Allí les dieron el cefaloclor.

- ¿Pero quién pudo hacer semejante monstruosidad? - preguntó. Quería tener la seguridad de que VJ no tenía nada que ver en ello.

- Hurst o Ronald, no puede ser otro. Si me dieran a elegir, diría que fue Hurst. Pero mientras no tenga mejores pruebas, sólo puedo ponerle un guardaespaldas para estar seguro de que nadie va a intentar darle cefaloclor.

En ese momento se abrió la puerta y VJ, Philip y Pedro González irrumpieron en la cocina. Marsha no se dio la vuelta, pero Víctor se levantó de un salto:

- Qué tal, muchachos - exclamó con fingida alegría. Iba a presentar a Pedro, pero Marsha dijo que lo había conocido por la mañana.

- Ah, qué bien - dijo Víctor, frotándose las manos.

Marsha miró a VJ. El chico le devolvió la mirada con sus penetrantes ojos azules. Ella tuvo que apartar la suya. Sus propios pensamientos la aterraban. Además, sentía miedo cada vez que él estaba cerca.

- ¿Por qué no os dais un chapuzón en la piscina? - dijo Víctor a VJ y Philip.

- Buena idea - dijo VJ, dirigiéndose con Philip a la escalera.

- Lo espero mañana por la mañana - dijo Víctor a Pedro.

Librodot

- Sí, señor. Mañana a las seis estaré en mi coche frente a la puerta.

Víctor lo acompañó a la puerta y luego volvió a la cocina.

- Voy a hablar con VJ - dijo -. Le preguntaré sobre esa cuestión de su inteligencia. Tal vez su respuesta te tranquilice.

- Ya sé cuál ser su respuesta - dijo Marsha -. Pero pregúntale, si quieres.

Víctor subió la escalera rápidamente y entró en el cuarto de VJ. El muchacho miró a su padre, expectante. Por primera vez se sintió sobrecogido por su propia creación. Era un muchacho hermoso, y de un poder mental ilimitado. No sabía si sentirse orgulloso o celoso.

- Mamá no se siente tan fascinada por el laboratorio como tú - dijo VJ -. Me he dado cuenta.

- Ha sido una experiencia muy fuerte para ella.

- Me arrepiento de haberte permitido que se lo revelaras.

- No te preocupes - dijo Víctor -. Yo me ocuparé de ella. Pero hay algo que le preocupa desde hace años. Esa pérdida de inteligencia que sufriste a los tres años y medio, ¿fue real o fingida?

- Fingida, por supuesto - dijo VJ, cubriendo su cuerpo lampiño con un albornoz -. De lo contrario, no hubiera podido trabajar.

Como prodigio superinteligente no hubiera podido conservar el anonimato. Quería que me trataran como un chico normal y para eso tenía que parecer normal, o casi normal.

- ¿No crees que me lo tendrías que haber dicho?

- ¿Bromeas? Mamá y tú no dejabais de exhibirme. Constantemente. No hubiera podido convenceros.

- Tal vez tengas razón - admitió Víctor -. Durante un tiempo tus proezas eran el centro de nuestras vidas.

- ¿Vienes a nadar con nosotros? - sonrió VJ -. Te dejaré ganar.

A Víctor se le escapó la risa:

- Gracias, pero prefiero bajar a hablar con Marsha, a ver si consigo tranquilizarla. Divertíos. - Fue hacia la puerta, pero se volvió antes de salir - : Mañana me gustaría conocer los detalles del trabajo de implantación.

- Estoy impaciente por enseñpartelos - dijo VJ.

Víctor le dirigió una sonrisa y se dirigió a la escalera. Desde la cocina llegaba el olor de ajo, cebollas y pimientos fritos de la salsa para los fideos. Marsha estaba cocinando; era una buena señal.

Cocinar era para ella una forma de terapia instantánea. En su mente andaban todavía revueltos los descubrimientos del día y el estar ocupada era un medio para dejar de pensar en

las consecuencias. Estaba concentrada en destapar una lata de salsa de tomate, y no prestó la menor atención a Víctor, que permanecía en silencio. Puso la mesa y descorchó una botella de chianti. Después se sentó en uno de los taburetes y se la quedó mirando.

- Tenías razón: la pérdida de su inteligencia fue una pura ficción.

- No me sorprende - dijo Marsha. Sacó lechuga, cebollas y pepinos para la ensalada.

- Pero tenía excelentes motivos - dijo, y repitió la prosaica explicación de VJ.

- Y piensas que esa explicación me hará sentir mejor, ¿no es así?

Víctor no respondió.

- Dime - insistió Marsha -, cuando hablaste con él, ¿le preguntaste sobre esos niños muertos y sobre David y Janice?

¡Claro que no! - exclamó Víctor, horrorizado sólo de pensarlo -. ¿Por qué iba a hacerlo?

- ¿Y por qué no?

- Porque es absurdo.

- Voy a decirte por qué no se lo preguntaste: porque tienes miedo de saber la respuesta.

- Esa es otra estupidez. ¡Basta, por favor!

- Yo sí tengo miedo - dijo Marsha. Sentía de nuevo un nudo en la garganta.

- Te dejas llevar por tu imaginación. Escucha, sé que estás muy nerviosa por todo lo que ha sucedido hoy. Lo lamento. Pensé que te sentirías emocionada al conocer el laboratorio. Pero estoy seguro de que más adelante, cuando recuerdes este día, te reirás de tus propios temores. Si la implantación es efectiva, como él dice, entonces la carrera de VJ no tendrá límites.

- Me gustaría creerlo - dijo Marsha sin convicción.

- Sólo te pido que me prometas que no hablaras con nadie sobre todo esto. El laboratorio debe permanecer en secreto, por ahora.

- ¿Con quién podría hablar de esto?

- Por ahora deja que yo me ocupe de VJ. Algún día nos va a dar grandes satisfacciones, ya lo verás.

Marsha sintió un escalofrío en la espalda y se estremeció.

- ¿Hace frío en casa? - preguntó.

- Al contrario - dijo Víctor, mirando el termostato -. Yo diría que hace demasiado calor.

Librodot

CAPITULO Xll
Domingo por la mañana

Marsha despertó sobresaltada a las cuatro y media de la mañana. No tenía la menor idea de qué la había despertado y por unos instantes contuvo la respiración para escuchar mejor los ruidos nocturnos de la casa. No oyó nada especial. Se acomodó mejor y trató de dormirse, pero no pudo. Cuando cerraba los ojos se le aparecían imágenes del misterioso laboratorio de VJ, combinación de lo antiguo y lo más moderno. Luego aparecía la extraña cara del hombre del párpado caído.

Apartó las sábanas y se sentó en el borde de la cama. Sigilosamente, para no despertar a Víctor, se puso las pantuflas y la bata, abrió la puerta del dormitorio y salió, cerrando la puerta a sus espaldas.

Cuando estuvo en el pasillo, no sabía a dónde ir. Echó a andar hacia el otro extremo del pasillo, como si una fuerza invisible la arrastrara al dormitorio de VJ. Observó que la puerta estaba entornada.

La abrió suavemente. Una suave luz de los faroles de la entrada penetraba por la ventana. VJ estaba profundamente dormido. Tendido de costado, su rostro estaba vuelto hacia ella. Su expresión era realmente angelical. ¿Qué tenía que ver ese niño con los siniestros sucesos de “Chimera”? No podía pensar en Janice ni en David, su primer hijo. Súbitamente apareció en su mente la visión de David en los últimos días de vida, con la piel amarillenta a causa de la enfermedad.

Marsha contuvo un grito de terror. Porque en su mente había aparecido una imagen horrible, en la que cogía una almohada y la aplastaba contra el rostro sereno de VJ hasta ahogarlo. Horrorizada, salió en silencio, huyendo de sí misma.

Se detuvo frente a la puerta del cuarto de huéspedes, temporalmente convertido en dormitorio de Philip. Abrió la puerta: la enorme cabeza del retrasado mental se destacaba sobre la blancura de la ropa de cama. Dudó un instante antes de entrar.

Se detuvo junto a la cama. El hombre roncaba profundamente y lanzaba un suave silbido al soltar el aliento. Marsha se inclinó sobre él y le sacudió el hombro.

- Philip - susurró -. ¡Philip!

Los ojillos de Philip parpadearon al abrirse. De pronto se sentó, asustado. Pero entonces reconoció a Marsha y le sonrió, mostrando sus enormes dientes cuadrados.

Librodot

- Perdona que te despierte, pero quiero preguntarte una cosa.

- Bueno - dijo él, medio aturdido por el sueño. Se apoyó en un codo.

Marsha acercó una silla al borde de la cama y encendió la luz de la mesita de noche.

- Estoy muy contenta de que seas un buen amigo de VJ - dijo.

La cara de Philip se iluminó con una amplia sonrisa. Asintió.

- Lo has ayudado muchísimo para instalar el laboratorio.

Asintió otra vez.

- ¿Quién más le ha ayudado?

Philip dejó de sonreír y sus ojos recorrieron nerviosos la habitación.

- Me dijo que no diga nada - respondió.

- Soy la mamá de VJ. A mí me lo puedes decir. Philip se movió, incómodo.

Marsha esperó unos instantes, pero Philip permaneció en silencio.

- ¿Le ayudó el señor Gephardt?

Philip asintió.

- Pero después el señor Gephardt tuvo problemas. ¿Se enfadó mucho con VJ?

Librodot

- ¡Sí, se enfadó muchísimo! Y después VJ se enfadó y fue a hablar con el señor Martínez.

- ¿Recuerdas el nombre del señor Martínez?

- Orlando.

- ¿El señor Martínez también trabaja en “Chimera”?

Philip volvía a sentirse incómodo.

- No. El trabaja en Mattapan.

- ¿Mattapan? ¿El pueblo al sur de Boston?

Philip asintió.

Marsha iba a hacerle más preguntas, pero de pronto se estremeció al sentir una presencia a sus espaldas y se giró sobresaltada. VJ la observaba desde la puerta, con las manos sobre el marco y la mirada furiosa.

- Creo que a Philip le iría bien dormir - dijo.

Marsha se levantó bruscamente. Iba a decir algo, pero no le salieron las palabras. Salió rápidamente y corrió hacia su cuarto.

Tendida en la cama, esperó aterrada la presencia de VJ en el cuarto. Le sobresaltaba el roce de las ramas del roble contra su ventana.

Pero VJ no apareció, y paulatinamente fue relajándose, aunque no conseguía dormir. Se preguntaba quién sería el misterioso Orlando Martínez. Luego pensó en Janice Fay. Pensó en David y como siempre, sintió que se le humedecían los ojos. Después pensó en el profesor Remington y en Pendleton. Recordó al maestro que había tratado de ganar la amistad de VJ y que había muerto. Se preguntó cuál habría sido la causa de su muerte.

Luego oyó la voz de Víctor, que la despertaba para decirle que salía con VJ.

- ¿Qué hora es? - preguntó, mirando el reloj. Advirtió sorprendida que eran las nueve y media.

- Estabas tan dormida que no quise despertarte - dijo Víctor -.

VJ y yo nos vamos al laboratorio. Me va a enseñar los detalles de la implantación. ¿No quieres acompañarnos? Tengo la impresión de que estamos ante algo muy, pero que muy importante.

Marsha dijo que no con la cabeza:

- Yo me quedo. Después ya me lo contarás todo.

- ¿Estás segura? Si esto es lo que parece a primera vista, creo que te hará bien conocerlo. Así te sentirás mejor.

- Claro que sí - dijo Marsha, pero sin convicción.

Víctor le dio un beso en la frente.

- Tranquilízate. Todo resultar muy bien, ya lo verás.

Víctor bajó las escaleras a la planta baja, desbordante de entusiasmo. Si la implantación era efectiva, sorprendería a los directores en la reunión del miércoles.

- ¿Mamá no viene? - preguntó VJ. Esperaba en la puerta, con el abrigo puesto. Philip estaba a su lado.

- No, pero esta mañana está más tranquila - dijo Víctor.

- Anoche se levantó para sonsacarle información a Philip. Esas son las cosas que me hacen sospechar de ella.

Cuando salieron, Marsha subió al estudio de la planta alta para consultar el listín telefónico de Boston. El apellido Martinez ocupaba varias páginas, y abundaban los Orlando Martínez. Pero sólo había uno en Mattapan. Cogió el teléfono y marcó el número.

Alguien atendió la llamada, pero cuando estaba a punto de hablar

Marsha advirtió que era un contestador automático.

El mensaje grabado indicaba que “Martínez Enterprises” atendía de lunes a viernes. Cortó la comunicación sin dejar mensaje.

Después consultó el listín y anotó la dirección.

Después de la ducha, desayunó dos huevos pasados por agua y una taza de café. Quince minutos más tarde entraba con el coche en “Pendleton Academy”.

Era un día soleado y ventoso. El viento agitaba la superficie de los charcos formados por la lluvia de la víspera. Se veían muchos estudiantes saliendo de la capilla. La asistencia a misa era obligatoria. Marsha acercó el coche al pequeño edificio de estilo gótico y esperó. Buscaba al profesor Remington.

Las campanas de la torre dieron las once. Se abrieron las puertas y una multitud de chicos alegres salió al aire libre y al sol. Entre ellos había algunos maestros y el profesor Remington. Su perfil y su barba se destacaban entre la multitud.

Marsha bajó del coche a esperarlo. El director parecía ensimismado en sus pensamientos. Cuando se hallaba a unos tres metros, Marsha lo llamó y él se detuvo, sorprendido.

- ¡Doctora Frank!

- Buenos días - dijo Marsha -. Espero no molestarlo.

- De ninguna manera. ¿Está preocupada por algo?

Librodot

- En efecto. Quiero hacerle una pregunta que tal vez le parecer extraña. Espero que no le moleste. Usted me habló de un maestro que trató de hacerse amigo de VJ, y que murió ¿Podría decirme cuál fue la causa de su muerte?

- El pobre hombre murió de cáncer - dijo Remington.

- Me lo temía.

- ¿Cómo dice?

- No me haga caso. ¿Sabe qué clase de cáncer?

- No, eso no lo sé, pero ya le dije que su esposa es una de nuestras profesoras. Se llama Stephanie. Stephanie Cavendish.

- ¿Cree que me podrá recibir hoy?

- Me imagino que sí. Vive en un chalé junto a mi casa. Compartimos el jardín. Justamente iba para allí. Si quiere, tendré mucho gusto en presentarla.

Cruzaron juntos el patio del colegio.

- Mi otro hijo, David, ¿tuvo algún maestro que lo conociera bien?

- Casi todos lo querían mucho - dijo el profesor Remington -.

Tanto los maestros como sus compañeros. Pero si tuviera que elegir, creo que Joe Arnold sería el más indicado. Es un profesor de historia muy querido por los niños. Se había hecho amigo de David.

El chalé parecía trasplantado de un distrito rural de Inglaterra. Con sus paredes muy blancas y un tejado que parecía hecho de paja, era una vivienda propia de un cuento de hadas. El profesor Remington llamó a la puerta y presentó a la señora Cavendish, una mujer esbelta y atractiva, aproximadamente de la edad de Marsha. Dirigía el departamento de educación física.

Invitó a Marsha a pasar, y el profesor Remington se excusó.

La señora Cavendish la invitó a pasar a la cocina y le ofreció una taza de té.

- Llámeme Stephanie - dijo -. Así que usted es la mamá de VJ.

Mi esposo era un gran admirador de su hijo. Realmente estaba maravillado de su inteligencia.

- Eso me ha dicho el profesor Remington.

- Le encantaba contar la anécdota de cómo VJ resolvió un problema de álgebra.

Marsha asintió, y dijo que conocía la historia.

- Pero Raymond pensaba que su hijo tenía problemas - prosiguió Stephanie -. Por eso trataba de que fuera menos introvertido.

Trataba de ayudarlo. Pensaba que VJ pasaba demasiado tiempo a solas y que podría desarrollar una tendencia suicida. Se preocupaba mucho por él. El problema no era de aprendizaje sino de relación.

Marsha asintió.

- ¿Cómo está últimamente? Lo veo muy poco.

- La verdad es que tiene muy pocos amigos. Sigue siendo tan introvertido como siempre.

- Lamento oírselo decir - dijo Stephanie.

Marsha tomó aliento y se decidió:

- Espero que no se ofenda, pero quiero hacerle una pregunta personal. El profesor Remington me dijo que su esposo murió de cáncer. ¿Puedo preguntarle qué tipo de cáncer sufrió?

- Sí, no hay problema - dijo Stephanie con tristeza -. Estuve mucho tiempo sin poder hablar de ello. Ray murió de un tipo muy raro de cáncer hepático. Lo trataron en el hospital general en Boston. Los médicos que lo atendieron dijeron que sólo conocían uno o dos casos similares.

Aunque era lo que esperaba oír, la respuesta le cayó como una bomba. Era la confirmación de sus peores miedos.

Con mucho tacto puso fin a la conversación, pero antes consiguió que la señora Cavendish la presentara por teléfono a Joe Arnold.

El profesor de Historia no era el tipo estirado y pomposo que Marsha esperaba encontrar. Sus ojos pardos tenían una mirada de lo más cordial. Parecía más o menos de su misma edad. La cara morena de rasgos armoniosos, la mirada cálida y la ropa un tanto desaliñada configuraban una personalidad de lo más seductora. Sin duda era un excelente profesor, de los que transmiten su entusiasmo a los alumnos. No era de extrañar que David se sintiera atraído por él.

- Es un placer conocerla, señora Frank. Adelante, pase por favor. - La hizo pasar a un cuarto con estantes de libros en todas las paredes. Marsha echó una mirada complacida a su alrededor -.

David pasó muchas tardes en este mismo cuarto.

Marsha sintió que estaban a punto de asomarle las lágrimas.

Pensó con tristeza que había muchas facetas desconocidas en la vida de David. Se dominó rápidamente.

Le dio las gracias por recibirla sin aviso previo, y fue directamente al grano. Le preguntó si David hablaba de su hermano VJ.

A veces - dijo Joe -. Dijo que tenía problemas con él desde el primer día que trajeron a VJ del hospital. Al principio me pareció una expresión de la rivalidad normal que existe entre hermanos, pero con el tiempo tuve la sensación de que había algo más. Sin embargo, David

Librodot

nunca quería hablar de ello. Tenía una relación muy estrecha conmigo, pero jamás conseguí que me hablara con franqueza sobre ese tema.

- ¿Nunca le dijo concretamente qué sentía por su hermano, o cuál era el problema?

- Bueno, una vez dijo que le tenía miedo.

- ¿Le dijo por qué?

- Mi impresión es que VJ lo había amenazado - dijo Joe -.

Esto es más o menos lo que me dijo. Sé que las relaciones entre hermanos suelen ser problemáticas, sobre todo a esa edad. Pero para serle franco, tenía una sensación extraña. David parecía muy asustado. No hablaba de su hermano porque le tenía miedo. Al final insistí para que viera a la psicóloga del colegio.

- ¿Lo hizo? - preguntó. No estaba enterada de ello. Era una cosa más de la que se sentía culpable.

- Ya lo creo - replicó Joe -. No iba a quedarme con los brazos cruzados. David era muy especial... - Se interrumpió, bruscamente emocionado -. Perdóneme - dijo después de una pausa. Marsha asintió, conmovida por esa muestra de emoción.

- ¿La psicóloga sigue en la escuela? - preguntó.

- Por supuesto - dijo Joe -. Madeline Zinnzer es una institución en este colegio. Lleva trabajando aquí más años que nadie.

Gracias a los buenos oficios de Joe Arnold, Madeline Zinnzer la invitó a su casa. Marsha le dio las gracias muy sinceramente.

- No se merecen - dijo Joe, estrech ndole la mano con fuerza -. Pase cuando quiera. Lo digo de veras.

Madeline Zinnzer tenía todo el aspecto de una verdadera institución. Era una mujer robusta, de unos noventa kilos cuanto menos. Tenía el pelo gris, corto y rizado. La hizo pasar a una sala cómoda y espaciosa, con un gran ventanal desde el que podía verse el patio central de la escuela.

- Esta es una de las ventajas de ser la decana del cuerpo de profesores - dijo al ver la mirada de admiración de Marsha -. Tengo la mejor vivienda.

- Perdone que la moleste en domingo.

- No tiene importancia.

- Quiero hacerle algunas preguntas sobre mis hijos.

- Ya me lo ha comentado Joe Arnold. La verdad es que no tengo un recuerdo de David tan profundo como Joe, pero he consultado mi archivo mientras la esperaba. ¿De qué se trata?

- David le dijo a Joe que VJ, su hermano menor, lo había amenazado, pero no quiso seguir hablando de eso. ¿Usted pudo averiguar algo más?

Madeline juntó las yemas de los dedos y se acomodó en su sillón.

- Hablé con David en varias ocasiones. Después de una larga conversación que tuve con él, llegué a la conclusión de que utilizaba el mecanismo de defensa llamado proyección. Es decir, David proyectaba sus propios sentimientos de hostilidad y rivalidad sobre VJ.

- Entonces, ¿no hubo una amenaza concreta?

- No es eso lo que he querido decir. Al parecer, sí hubo una amenaza concreta.

- ¿Cuál fue?

- Cosas de niños. Parece que VJ tenía un escondite y David lo había descubierto, o algo así. No tenía importancia.

- ¿Pudo haber sido un laboratorio en lugar de un escondite?

- Es posible - asintió la psicóloga -. Tal vez dijo que era un laboratorio, pero en el historial clínico escribí escondite.

- ¿Habló alguna vez con VJ?

- Una vez - dijo Madeline -. Se me ocurrió que sería conveniente conocer la verdadera relación VJ se mostró sumamente franco. Dijo que su hermano David sentía celos de él desde el día que lo llevaron a casa desde el hospital. - La psicóloga añadió, sonriendo - : VJ me dijo que recordaba cuándo lo llevaron a casa después de su nacimiento. Me hizo mucha gracia.

- ¿David no le dijo en qué consistía la amenaza?

- Sí, sí. David me dijo que VJ le había amenazado con matarlo.

De “Pendleton Academy”, Marsha se dirigió a Boston. Por un lado se resistía a unir las piezas, pero por otro no podía dejar de hacerlo. Trataba de convencerse de que eran todos hechos circunstanciales, fruto de la casualidad, o carentes de importancia. Ya había perdido al hijo, pero de todos modos estaba decidida a seguir adelante hasta descubrir la verdad.

Marsha había estado como médico residente en el hospital general de Massachusetts, que durante un par de años se convirtió en su segundo hogar. Pero no estuvo en el departamento de psiquiatría sino en el de patología. La recibió el doctor Preston Gordon.

- Claro que sí - dijo el patólogo -. No ser fácil porque desconoce la fecha de nacimiento, pero hoy no tengo nada que hacer.

Fueron a una oficina del departamento de patología y se sentaron frente a una terminal del ordenador del hospital. Había varios Cavendish en el archivo, pero a través del año de fallecimiento averiguaron el número del historial clínico de Raymond Cavendish, de Boxford, Massachusetts.

- Aquí está el historial - dijo Preston. Pasó varias páginas -.

Bueno, aquí tenemos la biopsia y el diagnóstico. Cáncer hepático de las células de Kupffer, de origen reticuloendotelial. Eso sí que es curioso. Nunca había visto nada semejante.

Librodot

- ¿Puede averiguar si hubo otros casos en el hospital?

Preston apretó una serie de teclas en el tablero, y minutos más tarde obtuvo la respuesta. Apareció un solo nombre en la pantalla.

- En este hospital sólo hubo otro caso - dijo -. Una tal Janice Fay.

--

Víctor sintonizó una emisora de radio del coche que transmitía música nostálgica de finales de los años cincuenta, cuando era estudiante de enseñanza media. Acompañaba las canciones, lleno de entusiasmo. Se sentía excitado y feliz después de haber pasado el día en el laboratorio secreto de su hijo, donde había conocido sus prodigiosos descubrimientos. Tal como había dicho VJ, era algo que superaba cualquier fantasía.

Enfiló hacia la casa cantando a todo pulmón Dulce Carolina junto a Neil Diamond. Abrió la puerta del garaje, metió el coche y esperó a que terminara la canción antes de apagar el motor. Finalmente salió, bordeando el coche de Marsha.

- ¡Marsha! - gritó al entrar. Debía de estar en casa, ya que tenía el coche en el garaje, pero las luces estaban apagadas.

Iba a llamarla otra vez, pero entonces la vio, sentada en la penumbra de la sala.

- ¿Estás aquí? - dijo.

- ¿Y VJ? - preguntó ella con voz cansada.

Librodot

- Ha preferido venir en bicicleta - dijo Víctor -. Pero no te preocupes, Pedro está con él.

- En todo caso, no estoy preocupada por VJ. Después de todo lo que he averiguado, me preocupa más el guardaespaldas.

Víctor encendió la luz pero Marsha se tapó los ojos.

- Por favor, no la enciendas todavía.

Apagó la luz y se sentó. Esperaba encontrarla de mejor humor que el día anterior, pero parecía que no era así. De todas maneras, inició un largo panegírico de la obra de VJ y de sus asombrosos descubrimientos. Dijo que la proteína de implantación era efectiva. Las pruebas eran irrefutables. Luego le habló de lo más importante: la solución del problema de la implantación contenía la clave de todo el proceso de diferenciación.

- Si no le obsesionara tanto la necesidad de mantener todo en secreto, podría aspirar al premio Nobel. Estoy convencido. Pero quiere que el mérito sea para mí y el beneficio económico para la empresa. ¿Qué te parece? ¿Crees que esto obedece a un trastorno de la personalidad? Yo diría más bien que es una gran muestra de generosidad.

Marsha no respondió, y Víctor ya no sabía qué decir. Tras unos minutos, ella rompió el silencio.

- Después de este gran día, lamento decirte que he averiguado cosas aterradoras sobre VJ.

Víctor desvió la mirada y se alisó el cabello con los dedos. No era ésa la respuesta que esperaba.

- Había un profesor en “Pendleton Academy” que hacía grandes esfuerzos por ganarse la confianza de VJ. Murió hace unos años.

- Lo lamento mucho.

- Murió de cáncer.

- Bueno murió de cáncer - dijo Víctor, con el pulso acelerado.

- De cáncer hepático.

- Ah, ¿sí? - No le gustaba el cariz que iba tomando la conversación.

- Del mismo tipo de cáncer que mató a David y Janice.

Se hizo un silencio tenso en medio del cual el ruido del motor de la nevera parecía atronador. Víctor no quería escuchar más.

Quería hablar sobre la tecnología de la implantación y de cómo beneficiaría a las parejas que eran infértiles porque sus cigotos no se implantaban.

- Es una incidencia muy alta para tratarse de un tipo de cáncer tan raro, ¿no te parece? - dijo Marsha -. Lo contraen las personas que se cruzan en el camino de VJ. He hablado con la esposa del señor Cavendish. Mejor dicho, con su viuda. Una excelente persona. Es profesora en “Pendleton”. Y también he hablado con un profesor llamado Arnold, que era muy amigo de David. VJ había amenazado a David, Víctor, ¿lo sabías?

- ¡Por Dios, Marsha! Es cosa de niños. Si supieras lo que le dije a mi hermano mayor el día que derribó una casa de nieve que yo había construido...

- VJ dijo que lo iba a matar, Víctor. Y no fue en el curso de una discusión. - Estaba al borde del llanto -. ¡Abre los ojos de una vez, Víctor!

- ¡Bueno, basta, no quiero escuchar una palabra más! – replicó él, furioso -. Al menos por ahora.

Aún seguía deslumbrado por lo que había visto en el laboratorio, pero no conseguía liberarse de la idea de que el genio de su hijo tenía una cara oculta. Tiempo atrás había tenido sus sospechas, pero las había justificado con facilidad. VJ era un niño perfecto. Y ahora Marsha expresaba las mismas sospechas y las fundamentaba con argumentos que en conjunto configuraban un cuadro espantoso. El muchachito que había montado ese laboratorio, el genio que había desentrañado el proceso de implantación ¿era también el autor de hechos inconfesables? ¿Era el asesinó de los dos niños, de Janice Fay y de su propio hermano? Víctor no podía afrontar semejante horror. Se negaba a considerarlo. Era imposible. Algún trabajador del laboratorio había matado a los dos niños. Las demás muertes eran pura coincidencia. Marsha exageraba, se había mostrado histérica desde la muerte de los niños.

Pero si sus temores eran justificados, ¿qué cabía hacer? ¿Podría seguir respaldando las experiencias científicas de VJ sin pensar en las consecuencias? Y si realmente VJ era un prodigio y a la vez un monstruo, ¿qué decir de su creador?

Marsha iba a proseguir la discusión, pero en ese momento llegó VJ. Entró como había hecho el domingo anterior, con las alforjas sobre el hombro, mirándolos como si supiera de qué estaban hablando, con aquellos ojos azules, más fríos que nunca. Marsha se estremeció. No podía sostener aquella mirada. Le daba miedo.

Víctor se paseaba por su estudio, mordisqueando un lápiz.

Reinaba el silencio en la casa. Todos dormían desde hacía varias horas. La velada había sido tensa, y Marsha se había encerrado temprano en el dormitorio, furiosa porque Víctor se negaba a seguir discutiendo el tema de VJ.

Tenía la intención de preparar un informe sobre el nuevo método de implantación para presentarlo en la reunión del miércoles, pero no se podía concentrar en el trabajo. Las palabras de Marsha lo habían perturbado. No podía dejar de pensar en ello. ¿Qué importancia tenía que VJ amenazara a David? Era cosa de niños.

Para colmo, se había descubierto un nuevo caso de ese extraño cáncer de hígado, y por otra parte no conseguía explicar lo de la porción extra de ADN en los tumores de David y Janice. Le había ocultado su descubrimiento a Marsha. Bastante sufría él. Si no podía ahorrarle el dolor de la espantosa verdad, al menos le ocultaría las pequeñas pruebas que se iban acumulando.

Librodot

Por otra parte, Marsha le había preguntado qué sucedía en la parte del laboratorio que VJ aún no le había enseñado. El muchacho era lo suficientemente ingenioso, y contaba con el instrumental necesario como para realizar cualquier experimento biológico que quisiera. ¿Qué experimento estaba realizando, aparte del de la implantación? La visita al laboratorio había sido extensa y exhaustiva, pero Víctor tenía la sensación de que VJ no le había revelado todo.

- Tal vez podría darle un vistazo por mi cuenta - dijo Víctor en voz alta, arrojando el lápiz sobre la mesa. Eran las dos menos cuarto de la mañana, pero qué más daba.

Dejó una breve nota por si acaso Marsha o VJ bajaban a buscarlo. Cogió el abrigo y una linterna, sacó el coche del garaje y cerró la puerta con el control remoto. Al llegar al camino se detuvo y miró hacia atrás: no había luces encendidas; nadie se había despertado.

En la barrera de “Chimera”, el guardia salió de la garita y le enfocó la cara con la linterna.

- Disculpe, doctor Frank - dijo, y corrió a abrirle.

Víctor le dio las gracias y se dirigió al edificio del laboratorio, donde aparcó. Tras asegurarse de que no lo seguían, se dirigió hacia el río. A pesar de la oscuridad, no encendió la linterna por temor a que lo vieran.

Cerca del río, el estruendo del agua era aún más ensordecedor que durante el día. Las ráfagas de viento en los callejones levantaban nubes de polvo que le obligaban a agachar la cabeza. Finalmente llego al edificio del reloj.

Vaciló un momento en la entrada. No tenía miedo a los fantasmas, pero la oscuridad y la desolación lo atemorizaron. De nuevo resistió la tentación de encender la linterna para evitar que el resplandor lo delatara.

Avanzó a tientas, midiendo cada paso. Cuando ya estaba cerca de la trampa, sintió un revoloteo de alas delante de la cara y soltó una exclamación, pero inmediatamente advirtió que sólo se trataba de palomas que pasaban allí la noche.

Tomó aliento y siguió avanzando. Tuvo una sensación de alivio al pisar la trampa, pero luego cayó en la cuenta de que no sabía abrirla. Buscó una ranura donde introducir los dedos, pero no la encontró.

No le quedaba más alternativa que encender la linterna en busca de algún objeto que le sirviera de palanca. Entre los escombros encontró una varilla de hierro, con la que consiguió abrir la trampa.

Bajó rápidamente unos escalones hasta que pudo cerrarla.

Luego encendió la linterna porque la oscuridad era total. Buscó los interruptores de la luz y los encontró al pie de la escalera

Cuando la luz fluorescente bañó la sala, soltó un suspiro de alivio.

Decidió explorar una parte del laboratorio que VJ no le había enseñado y sobre la que le había respondido a las preguntas de Víctor con evasivas.

Librodot

Pero no consiguió llegar. Cuando se hallaba a unos cinco metros se abrió la puerta del dormitorio y un perro guardián se abalanzó sobre él. Víctor dio un salto atrás, se protegió la cara con las manos y cerró los ojos esperando la acometida del animal.

Pero no se produjo. Abrió los ojos con cautela y vio que el perro estaba sujeto a una traílla sostenida por un guardia de seguridad de “Chimera”.

- ¡Gracias a Dios! - exclamó -. ¡Benditos los ojos que lo ven!

- ¿Quién es usted? - preguntó el hombre con fuerte acento español.

- Víctor Frank. Soy uno de los directivos de la empresa. Me sorprende que no me haya reconocido. Además, soy el padre de VJ.

Está bien - dijo el guardia, y el perro soltó un gruñido.

- ¿Cómo se llama?

- Ramírez.

- No lo recuerdo. Pero créame que me alegro de verlo. Víctor se dirigió a la puerta, pero Ramírez lo cogió del brazo.

Sorprendido, miró la mano que lo retenía y luego los ojos del guardia.

- Ya le he dicho quién soy. Haga el favor de soltarme. - Trató de mostrase severo, pero era evidente que Ramírez dominaba la situación.

El perro gruñó de nuevo y avanzó hacia él, enseñando los dientes.

- Lo lamento - dijo Ramírez, aunque evidentemente no lo lamentaba -. Nadie puede atravesar esa puerta sin autorización de VJ.

No cabía la menor duda de que el hombre hablaba en serio.

Víctor se preguntó qué hacer para salir de aquella ridícula situación -. Tal vez deberíamos llamar a su jefe señor Ramírez - dijo.

- Este es el turno de medianoche - dijo Ramírez -. Yo soy el Jefe.

Se miraron a los ojos un instante, pero no había duda de que el hombre no iba a ceder, y además tenía el perro.

- ¡Está bien! - exclamó, y Ramírez le soltó el brazo -. Me voy - dijo Víctor sin perder de vista al perro. Ya se ocuparía de Ramírez por la mañana. Hablaría con VJ.

Volvió directamente al coche y se fue. Pero antes se detuvo en la barrera y llamó al guardia.

- ¿Desde cuándo trabaja Ramírez aquí?

- ¿Ramírez? - preguntó el guardia -. No hay nadie que se llame Ramírez en el servicio de seguridad.

Librodot

CAPITULO Xlll
Lunes por la mañana

Había un ambiente tenso a la hora del desayuno. Mientras se duchaba, Marsha tomó la resolución de actuar como si todo marchara con normalidad, pero en la práctica resultó imposible.

Cuando VJ bajó a desayunar, quince minutos más tarde de lo habitual, le dijo que se diera prisa porque iba a llegar tarde al colegio.

Sabía que era una provocación, pero no se pudo contener.

- Ahora que estááis al corriente de mis secretos - dijo VJ - , me parece absurdo ir a la escuela y fingir interés por las tareas de quinto grado.

- ¿Pero no dices que es importante conservar el anonimato?

- insistió Marsha.

VJ miró a su padre en busca de apoyo, pero Víctor tomaba tranquilamente el café. No quería meterse.

- A estas alturas, ir o dejar de ir a la escuela no va afectar mi anonimato - dijo fríamente.

- La ley dice que debes ir a la escuela.

- Hay leyes más importantes.

Marsha no esta dispuesta a enfrentarse sola con VJ.

- Bueno, aceptaré lo que decidáis tú y Víctor - dijo, y se fue a su trabajo sin esperar respuesta.

- Nos va a causar problemas - dijo VJ, cuando Marsha hubo salido.

- Debes darle tiempo. Quizá debieras hacer una concesión respecto al colegio.

Librodot

- No me parece necesario. No me va a ayudar en mi trabajo. Al contrario, me va a retrasar. ¿No es importante obtener resultados?

- Sí, es importante pero no es lo único que importa. Bueno, ¿cómo piensas ir a "Chimera" hoy? ¿Quieres que te lleve?

- No, prefiero ir en bicicleta. ¿Le prestas la tuya a Philip?

- Claro. Iré a tu laboratorio a media mañana. Me faltan algunos detalles de la proteína de implantación para que nuestro departamento legal inicie los trámites de patente. Además, quiero conocer el resto del laboratorio y las nuevas instalaciones. - No mencionó el incidente con Ramírez.

- De acuerdo - dijo VJ -. Pero ten mucho cuidado. No quiero otras visitas.

Quince minutos más tarde, VJ se lanzaba a la carrera por la calle Stanhope, con la cabellera al viento. Philip lo seguía en la bicicleta de Víctor, y Pedro en su "Taunus"

Dijo que lo esperaran fuera mientras entraba en el Banco con sus alforjas. Afortunadamente, el señor Scott estaba ocupado con otro cliente, de manera que pudo bajar a la caja de seguridad para dejar el dinero sin tener que soportar su sermón.

El viaje de Víctor hasta el trabajo no fue tan alegre. Por más que trataba de pensar en otras cosas, una y otra vez volvían a su mente las palabras de Marsha: "Es una incidencia muy alta para tratarse de un cáncer tan raro. Lo contraen las personas que se cruzan en el camino de VJ." ¿Qué sucedería si Marsha se pusiera enferma? ¿Qué haría VJ si ella le causaba problemas?

A pesar de sus temores, el proyecto de la proteína de implantación despertaba su entusiasmo. Abordó con mejor buena voluntad que de costumbre las engorrosas tareas administrativas que se acumulaban todos los lunes. El trabajo rutinario le venía bien para evitar los pensamientos molestos. Colleen entró en su despacho con el habitual montón de llamadas telefónicas y de problemas que requerían su atención. Víctor dio un rápido vistazo a las notas con la esperanza de encontrar la pista de alguna conspiración contra el proyecto FDN, pero no encontró nada de interés.

Uno de los problemas a resolver, para su satisfacción, era el de los cargos contra Sharon Carver. Dijo a Colleen que informara a las partes que no los presentaría, a cambio de que ella desistiera de su absurdo juicio por discriminación sexual.

Finalmente, le pidió que le concertara una entrevista con Ronald Beekman para hacer frente a los problemas relacionados con el FDN. Si la entrevista resultaba tan estéril como imaginaba, hablaría con Hurst. Con toda seguridad, él era el culpable; al menos, Víctor así lo deseaba. Sobre todo, quería reunir pruebas concretas e irrefutables que le permitieran decirle a Marsha: "Lo ves, VJ no tuvo nada que ver."

Marsha no podía trabajar. Por más que se esforzaba, no conseguía mantener el nivel de concentración que requerían las sesiones de terapia. De pronto, y sin dar la menor explicación, le dijo a Jean que anulara el resto de visitas de la mañana. La secretaria accedió con evidente desagrado.

Librodot

Atendió a los pacientes que ya se encontraban en la sala de espera, y después salió por la puerta de atrás en busca del coche

Cogió por la carretera 495 hasta la 93 y enfiló hacia Boston. Pero no se detuvo en la ciudad. Cogió el acceso sudeste hasta Neponset y de allí siguió hasta Mattapan.

Puso sobre el asiento el papel en el que había anotado la dirección y buscó la empresa “Martínez”. No resultaba un barrio atractivo. La mayoría de los edificios eran desvencijadas estructuras de madera de tres pisos; algunos habían quedado reducidos a meros cascos vacíos.

La dirección de Martínez resultó ser un gran almacén sin ventanas. Marsha se detuvo junto a la acera y bajó del coche. No había timbre en la puerta. Golpeó tímidamente, y al no obtener respuesta lo hizo con más fuerza, pero sin resultado.

Dio un paso atrás para estudiar la puerta y la fachada del edificio, pero entonces advirtió que alguien la miraba: un hombre de traje oscuro con corbata blanca, apoyado contra la esquina, a su izquierda. Sostenía un cigarrillo entre los dedos y la observaba con aire divertido. Al ver que ella lo había descubierto, le habló en español.

- No hablo español - dijo Marsha.

El hombre le preguntó qué quería, en buen inglés aunque con fuerte acento español.

Marsha dijo que buscaba a Orlando Martínez. Al principio el hombre no respondió. Dio una chupada al cigarrillo y lo arrojó a un charco.

- Venga conmigo - dijo por fin.

Marsha llegó a la esquina del edificio y echó un mirada al callejón lleno de basura. Estuvo a punto de salir corriendo hacia el coche, pero pudo más su afán de saber. Siguió al hombre hasta una puerta entreabierta, a media manzana de la esquina.

En el interior del edificio, tan ruinoso como el exterior, se percibía un aire húmedo y mohoso. Las paredes estaban sin revocar.

Del techo colgaban bombillas desnudas. Al fondo del sombrío almacén había una mesa de oficina rodeada de varios sillones desvencijados, en los que se sentaban unos diez hombres, vestidos todos ellos con trajes oscuros, como el hombre de la calle. El que ocupaba la mesa llevaba una camisa blanca con adornos de encaje, por fuera del pantalón.

- ¿Qué quiere? - preguntó el hombre con acento también español, aunque no tan marcado.

- Quiero hablar con Orlando Martínez - dijo Marsha, acerc ndose a la mesa.

- ¿Para qué?

- Estoy preocupada por mi hijo. Se llama VJ, y me he enterado de que tiene tratos con Orlando Martínez, de Mattapan.

Marsha oyó un murmullo de voces a su espalda. Echó una mirada r pida a los hombres sentados en los sillones y se volvió nuevamente hacia el de la mesa.

- ¿Es usted Orlando Martínez?

Librodot

- Tal vez.

Marsha lo estudió cuidadosamente. Tenía algo menos de cincuenta años. Era de tez morena, con ojos negros y cabello muy oscuro. Sus manos estaban cargadas de anillos y pulseras de oro, y en la camisa llevaba gemelos de diamante.

- Quiero saber qué clase de tratos tiene con mi hijo.

- Señora, escuche mi consejo. Si yo fuera usted, me iría a casa a disfrutar de la vida, en lugar de meterme en lo que no me importa. Así se evitan los problemas. - Levantó una mano para señalar a uno de los hombres -: José, acompaña a la señora hasta la puerta antes de que le pase algo malo.

José la cogió suavemente del brazo y la llevó hacia la puerta.

Ella giró la cabeza hacia Martínez, tratando de pensar en alguna respuesta, pero en todo caso hubiera sido inútil. Alcanzó a ver la cara de un hombre moreno sentado en uno de los sillones: Tenía un párpado caído. Era el mismo hombre que había visto en el laboratorio de VJ cuando lo visitó con Víctor.

José no dijo nada. La llevó a la puerta y se la cerró en la cara.

Marsha se la quedó mirando unos instantes, con una mezcla de desconcierto y alivio.

Volvió a la calle, subió al coche y lo puso en marcha. A media manzana vio a un policía. Detuvo el coche y bajó la ventanilla.

- Disculpe - dijo, y señaló el almacén -: ¿Tiene idea de lo que hay en ese edificio?

El agente se inclinó para ver mejor hacia dónde apuntaba el dedo de Marsha.

- Ah, ahí - dijo al enderezarse -. No estoy seguro, pero me han dicho que unos colombianos están instalando una tienda de muebles.

A la primera oportunidad, Víctor llamó a Chad Newhouse, director de seguridad, para preguntar quién era Ramírez.

- Es uno de nuestros agentes de seguridad - dijo Chad -. Lo contratamos hace varios años. ¿Ha habido algún problema con él?

- ¿Lo contrataron por el procedimiento habitual?

- ¿Es una broma, doctor Frank? - rió Chad -. Usted mismo lo contrató para ese grupo especial de espionaje industrial. Depende directamente de usted.

Víctor colgó el teléfono. No dejaría de hablar con VJ sobre Ramírez.

Concluidas las tareas administrativas, y una vez concertada la entrevista con Ronald para las once y cuarto, se dirigió al laboratorio de VJ. Antes de llegar se ocultó en la sombra de uno de los edificios abandonados para cerciorarse de que no lo seguían.

Entonces cruzó al edificio del reloj.

Librodot

Bastó un golpe para que le abrieran la trampilla. Bajó rápidamente. Había varios guardias de seguridad con uniforme de la empresa, leyendo revistas o jugando a las cartas. VJ apareció por la puerta que Víctor había tratado de abrir la noche anterior, secándose las manos con una toalla. Su mirada era más intensa que de costumbre.

- ¿Anoche viniste al laboratorio? - preguntó en tono perentorio.

- Así es...

- Pues no vuelvas a hacerlo - dijo VJ con severidad -. No lo hagas sin mi autorización, ¿entendido? Tengo derecho a que se respete mi intimidad.

Víctor lo miró, desconcertado. Había venido con la intención de regañarlo por el incidente, pero ahora resultaba que debía disculparse.

- Lo siento - dijo por fin -. No tenía intención de causar problemas. Sentía curiosidad por conocer el resto de las instalaciones.

- Ya las conocerás - dijo VJ en tono más cordial -. Pero antes quiero que conozcas el nuevo laboratorio.

- De acuerdo - dijo Víctor, aliviado porque el mal momento había pasado rápidamente.

Fueron al coche de Víctor, salieron de “Chimera” y cruzaron el puente sobre Merrimack. Por el camino le preguntó quién era Ramírez.

- Introduje varios nombres en la nómina de la empresa – dijo VJ -. Si te preocupa el gasto, piensa en los enormes beneficios que va a obtener “Chimera” con una pequeña inversión.

- No me preocupa el gasto - dijo Víctor. Lo que le preocupaba, aunque no lo dijo, era la facilidad con que VJ lograba sus propósitos.

VJ le indicó que se detuviera frente a una de las fábricas abandonadas junto al río. Bajó rápidamente del coche, ansioso por mostrarle el nuevo laboratorio a su padre.

El edificio se encontraba justo en la orilla del río. Desde allí se distinguía claramente la torre del reloj. Pero a diferencia de las otras, estas instalaciones eran ultramodernas en todo, incluso en la decoración. Ocupaban tres plantas, y le causaron una profunda impresión. En el sótano estaban las jaulas de los animales, los quirófanos, unos enormes fermentadores de acero inoxidable y un ciclotrón para la fabricación de sustancias radiactivas. En la primera planta había un escáner “NMR”, un escáner “PET” y un laboratorio de microbiología. La segunda planta estaba ocupada por los laboratorios y los instrumentos necesarios para la manipulación y fabricación de genes. Y en la tercera y última planta se encontraban el ordenador central, la biblioteca y las oficinas administrativas.

- ¿Qué te parece? - preguntó VJ con orgullo. Estaban en la sala de la planta superior. Numerosos obreros instalaban equipos, pintaban paredes, colocaban puertas y ventanas.

- Es tan asombroso como todo lo demás - dijo Víctor -. Pero todo esto ha costado una fortuna. ¿De dónde has sacado el dinero?

- Uno de mis proyectos colaterales es la fabricación de un producto de fácil comercialización, por medio de la tecnología del ADN recombinante. Como ves, es un éxito.

Librodot

- ¿Qué producto es? - preguntó Víctor con ansiedad.

- ¡Secreto comercial! - dijo VJ, con una sonrisa.

Entreabrió una puerta y echó una mirada al interior.

- Y ahora, la última sorpresa del día. Quiero presentarte a alguien.

Abrió totalmente la puerta y lo invitó a pasar. Una mujer joven, sentada a una mesa de oficina, se levantó al verlo.

- ¡Doctor Frank! ¡Qué agradable sorpresa!

Por un instante, Víctor no supo qué decir. Jamás se le había ocurrido que volvería a ver a Mary Millman, la madre sustituta que había llevado a VJ en su vientre.

El desconcierto de Víctor, parecía divertir a VJ.

- Me hacía falta una secretaria eficiente - explicó -, así que la traje de Detroit. Además, sentía curiosidad por conocer a la mujer que me dio a luz.

Víctor le estrechó la mano:

- Encantado de verla - dijo sin salir de su asombro.

- Igualmente - dijo Mary.

- Bueno, tengo que volver a mi laboratorio - dijo VJ con una sonrisa.

- Yo también tengo prisa - dijo Víctor, consultando el reloj.

--

La entrevista con Ronald Beekman fue una pérdida de tiempo.

Víctor intentó provocarlo para averiguar qué sabía sobre el proyecto FDN, pero Ronald se dio cuenta de que podría sacar ventaja de la situación y respondió con evasivas. Cuando Víctor le recordó sus amenazas de venganza de unos días atrás, Beekman dijo que había sido una expresión de enfado y que no tenía importancia. De manera que al salir del despacho, seguía tan confundido como al llegar.

En todo caso, Ronald había expresado gran interés por el proyecto de implantación y Víctor prometió presentarle un informe escrito lo antes posible.

Volvió a su despacho con la intención de concertar una entrevista con Hurst, aunque la perspectiva le resultaba desagradable.

- Robert Grimes ha llamado desde el laboratorio - dijo Colleen al verlo -. Dice que tiene algo muy interesante que comunicarle. Quiere que lo llame inmediatamente.

Víctor se sentó pesadamente detrás de su mesa. En otras circunstancias, esa llamada del jefe de laboratorio hubiera despertado su entusiasmo, porque hubiera significado un descubrimiento importante. Pero ahora tenía que ser algo muy distinto, relacionado con el trabajo especial que Víctor le había encargado, y la expresión “muy interesante” tenía otra connotación.

Al final decidió llamar, y mientras esperaba que Robert cogiera el teléfono, pensó en sus experimentos y en el escaso interés que tenían para él. VJ había resuelto casi todos los problemas. Se sentía humillado al pensar en la ventaja que le llevaba su hijo de diez años. Pero lo que harían juntos era otra cosa, pensó con emoción.

- ¡Doctor Frank! - La voz de Robert al teléfono lo sacó de sus pensamientos -. Por fin lo encuentro. Bueno he terminado de analizar las secuencias del fragmento de ADN dé los tumores y quiero consultarle antes de reproducir la secuencia por medio de la recombinación. Me va a llevar mucho tiempo, pero es la única manera de determinar con exactitud qué es lo que codifica.

- ¿Pero tiene alguna idea de lo que codifica? - preguntó Víctor con temor.

- Desde luego. Es una especie de polipéptido que actúa como factor de proliferación.

- Entonces no es un retrovirus - dijo Víctor con cierto alivio, pensando que eso descartaba la posibilidad de que fuera una partícula infecciosa, diseminada de manera artificial.

- No, estoy seguro de que no es un retrovirus - dijo Robert -.

En realidad es una especie de gen artificial. Un gen “Chimera” - dijo riendo -. La secuencia incluye un agente promotor interno que yo mismo he usado en varias ocasiones; se saca del virus simiesco SV40. Pero el resto del gen proviene de otro microorganismo, una bacteria o un virus.

Víctor no respondió.

- ¿Doctor Frank? - dijo Robert, pensando que se había cortado la comunicación.

- Sí, le escucho - dijo Víctor -. ¿Está seguro de que es así como dice? - preguntó con voz temblorosa. Las implicaciones eran demasiado claras.

- Totalmente seguro. Yo también me quedé sorprendido, desde luego. Jamás había visto nada parecido. Lo primero que se me ocurrió fue que una especie de vector de ADN se había introducido en el torrente sanguíneo de estas personas. Pero era un mecanismo tan extraño que me dio qué pensar. La única posibilidad, en mi opinión, es que aparecieron membranas de glóbulos rojos en la sangre llenas de ese gen infeccioso. Al ser recogidas por las células de Kuppfer, las partículas infecciosas se introdujeron en el genoma. Los nuevos genes transformaron los protooncogenes en oncogenes, y listo: cáncer de hígado. Pero esta hipótesis presenta un problema. ¿Sabe cuál?

- No, dígame.

- Esas membranas de eritrocitos sólo pudieron introducirse en el torrente sanguíneo a través de un medio - dijo Robert, inconsciente de la reacción que sus palabras le iban a producir -.

Las inyectaron. Yo se que...

No pudo terminar la frase porque Víctor cortó la comunicación.

Las pruebas se acumulaban y eran irrefutables. No podía negar que David y Janice había muerto de cáncer de hígado provocado por un fragmento extraño de ADN que se había

Librodot

introducido en sus cromosomas. Lo mismo le había sucedido al profesor Pendleton. Los tres tenían una estrecha relación con VJ y VJ era un genio de la ciencia que contaba con un laboratorio ultramoderno y de los más completo.

Colleen se asomó por la puerta.

- Esperaba que terminara de hablar - dijo con una sonrisa -. Su esposa está aquí. ¿La hago pasar?

Víctor asintió. Se sentía abatido.

Marsha entró en el despacho y al cerrar la puerta con fuerza la corriente de aire agitó los papeles de la mesa. Fue directamente hacia él y lo miró a los ojos:

- Sé que preferirías no hacer nada - dijo -. Sé que no quieres contrariar a VJ y que está s emocionado con sus descubrimientos, pero ha llegado la hora de afrontar los hechos. Aquí hay un juego muy sucio. Escucha lo que acabo de descubrir. VJ tiene tratos con un grupo de colombianos que según dicen está instalando una tienda de muebles en Mattapan. He ido a verlos y la verdad es que parecen cualquier cosa menos vendedores de muebles.

Se calló de pronto. Víctor no reaccionaba.

- ¿Víctor, me está s escuchando? - Su mirada parecía extraviada.

- Siéntate, Marsha. - Movió la cabeza lentamente, con mucha tristeza; después la cogió entre sus manos y apoyó los codos sobre la mesa. Se alisó el pelo con los dedos, se frotó la nuca y finalmente se la quedó mirando. Marsha se sentó frente a él.

Su pulso se aceleraba por momentos.

- Yo he descubierto algo mucho peor. Hace unos días conseguí muestras de los tumores de David y Janice y los hice analizar por Robert. Acaba de informarme que esos cánceres fueron provocados de manera artificial por un gen cancerígeno inyectado en el torrente sanguíneo.

Marsha se llevó las manos a la boca pero no pudo reprimir un grito de horror. Aunque lo que acababa de oír no hacía más que confirmar sus sospechas, el efecto era igualmente espantoso, sobre todo porque la noticia venía de Víctor, que se había resistido con todas sus fuerzas cada vez que ella le comunicaba sus temores. Se mordió el labio, agitada por la furia, la tristeza y el miedo.

- Sólo ha podido ser VJ - dijo en un susurro.

- ¡Todavía no podemos asegurarlo! - exclamó Víctor con un violento puñetazo sobre la mesa que hizo volar algunos papeles.

- Todas estas personas tenían una relación estrecha con VJ - dijo Marsha como si leyera sus pensamientos de unos momentos antes - , y él quiso deshacerse de ellas.

Víctor movió la cabeza con resignación y tristeza. La culpa no era sólo de VJ, sino también suya. Con sus manipulaciones, había producido un genio. Pero en ningún momento se había detenido a pensar en las consecuencias de su creación. Si VJ había causado las muertes de David, Janice y el profesor, también Víctor tendría que responder a su conciencia.

Librodot

Marsha vaciló antes de hablar, pero se sentía fortalecida por su propia convicción:

- Ante todo tenemos que averiguar qué hace VJ en ese laboratorio que no te ha enseñado.

Víctor dejó caer los brazos y se volvió hacia la ventana. Contemplo el edificio del reloj, sabiendo que allí se encontraba VJ.

Se volvió hacia Marsha.

- Vamos ahora mismo.

Lunes al mediodía
CAPITULO XIV

Marsha tUYo que echar a correr para que Víctor no la dejara atrás. La parte habitada del complejo quedó pronto a sus espaldas. A la luz del día los edificios abandonados perdían su aspecto siniestro.

Víctor entró en el edificio y fue derecho a la trampa, golpeándola varias veces con fuerza.

Poco después asomó la cara de un hombre uniformado. Los miró con suspicacia y luego les indicó que pasaran.

Víctor iba delante. Cuando Marsha llegó al final de las escaleras, él ya bordeaba la rueda y se dirigía resueltamente a la gran puerta metálica que cerraba el acceso a la parte inexplorada del laboratorio de VJ. A ella el ambiente le parecía tan amenazante como en su visita anterior. Sabía que los frutos de la investigación científica se podían usar para el bien o para el mal, pero el clima sobrecogedor del lugar creaba la sensación de que allí se hacían cosas con fines inconfesables.

- ¡Oiga! - gritó uno de los guardias al ver que Víctor se acercaba a la puerta prohibida. Se levantó de un salto, cruzó la sala corriendo y cogió a Víctor por el brazo -. Nadie puede pasar – dijo con su fuerte acento español.

Ante la sorpresa de Marsha, Víctor puso su mano abierta sobre la cara del hombre y le dio un fuerte empujón. Sorprendido, el guardia se tambaleó. pero sin soltarle el brazo. Víctor se liberó de un tirón y nuevamente trató de abrir la puerta.

El guardia sacó una navaja de la bota y la abrió con rapidez. La hoja lanzó un destello.

Librodot

- ¡Víctor! - gritó Marsha, y él se dio la vuelta con rapidez. El hombre avanzó hacia él con la navaja por delante, como si fuera un minúsculo florete. Víctor esquivó el navajazo, pero su contrincante le cogió de la manga y levantó el arma.

- ¡Basta! - gritó VJ al irrumpir en la sala por la puerta que Víctor había querido abrir. Los otros dos guardias separaron a los contrincantes. Uno cogió a Víctor por los brazos y el otro trató de alejar al hombre de la navaja.

- Suéltelo, es mi padre - ordenó VJ.

- Iba a entrar - exclamó el guardia de la navaja.

- ¡He dicho que lo suelte! - repitió VJ con firmeza.

Lo soltó de un empujón. Víctor se dirigió tambaleante hacia

la puerta, pero VJ lo cogió del brazo:

- ¿Estás seguro de que quieres saber lo que hay dentro?

- Lo quiero saber todo.

- ¿Recuerdas el árbol de la Ciencia?

- De la Ciencia del Bien y del Mal - replicó Víctor -. No me convencerás.

- Como quieras - dijo VJ, y lo soltó -: Tal vez no te gusten las consecuencias.

Víctor miró a Marsha, quien le indicó con un gesto que estaba dispuesta. Al abrir la puerta lo bañó una luz azulada. Cruzó el umbral seguido por Marsha y VJ.

La sala medía algo menos de veinte metros de largo y era más bien estrecha. Sobre una mesa larga, de madera sin cepillar, cuatro depósitos de cristal de unos doscientos litros cada uno, con los bordes cerrados con silicona. Cada uno estaba iluminado por una lámpara calorífica, y la luz refractada a través del líquido de los depósitos adquiría un extraño tinte azulado.

Al ver el contenido de los depósitos, Marsha abrió la boca, horrorizada. En cada uno, envuelto en membranas transparentes, había un feto de unos ocho meses, nadando en su matriz artificial. Sus ojos azules, muy abiertos, contemplaban a Marsha. Gesticulaban, sonreían e incluso bostezaban.

Con un aire despreocupado y a la vez arrogante, VJ les dio una explicación superficial del sistema. En cada depósito, la placenta estaba sujeta mediante una red de material plástico a una bolsa membranosa que contenía el aparato de respiración y circulación.

Cada aparato estaba provisto de su propio ordenador, conectado a su vez a un sintetizador de proteínas. La superficie líquida de cada depósito estaba cubierta por unas bolas de plástico que retardaban la evaporación.

Marsha y Víctor se quedaron sin habla ante la visión de los niños en gestación. Estaban preparados para lo peor, pero esto superaba todo lo imaginable.

Librodot

- Supongo que querréis saber de qué se trata - dijo VJ. Se acercó a uno de los depósitos y consultó los indicadores. Golpeó uno de ellos con la mano, y la aguja atascada señaló la escala normal, de color verde -. En mis primeros estudios de la implantación, hice modelos de úteros con tejidos cultivados. Al resolver el problema de la implantación, también descubrí por qué era necesario el útero.

- ¿En qué mes está n estos niños? - preguntó Marsha.

- Tienen ocho meses y medio - dijo VJ, confirmando la primera impresión de Marsha -. Voy a prolongar la gestación bastante más tiempo de los nueve meses. Cuanto más la prolongue, más fácil ser criarlos.

- ¿Cómo conseguiste los cigotos? - preguntó Víctor, aunque conocía la respuesta.

- Tengo el placer de comunicaros que todos son hermanos y hermanas míos.

La mirada incrédula de Marsha saltó de los depósitos a VJ, que se echó a reír.

- Bueno, no hay por qué sorprenderse. Saqué los cigotos del congelador del laboratorio de papá. No tenía sentido desperdiciarlos ni permitir que los implantaran en otras personas.

- Había cinco - dijo Víctor -. ¿Dónde está el que falta?

- Te felicito por tu buena memoria - replicó VJ -. Por desgracia perdí uno en el curso de los primeros protocolos de implantación. Pero cuatro son suficiente para una extrapolación estadística, al menos para la primera camada.

Marsha contempló de nuevo los niños en gestación. ¡Eran sus hijos!

- No hay por qué sorprenderse tanto - repitió VJ -. Vosotros sabéis que esta tecnología estaba en marcha. Yo no he hecho otra cosa que acelerar el proceso.

Víctor se acercó a un ordenador que se había encendido automáticamente y que arrojaba una hoja de datos. Cuando finalizó la impresión, el sintetizador empezó a producir una proteína.

- El sistema percibe la falta de algún factor de crecimiento - explicó VJ.

Víctor leyó la hoja impresa. Contenía los signos vitales del feto, análisis clínicos y recuento de glóbulos sanguíneos. La sofisticación del dispositivo era asombrosa. VJ había reproducido en condiciones artificiales la interrelación extraordinariamente compleja de las fuerzas necesarias para producir un organismo completo a partir de un huevo fecundado. Eso representaba un salto cualitativo en la biotecnología, infinitamente superior incluso a la tecnología de la implantación, ya de por sí importante. Víctor se estremeció al pensar en las posibilidades diabólicas de los descubrimientos de su criatura.

Marsha se acercó tímidamente a uno de los depósitos y observó más de cerca al feto, un varón -: El bebé la miraba como si quisiera tocarla, y apoyó la diminuta palma de su mano contra el cristal.

Marsha posó la suya en la del feto, separadas sólo por el grosor del vidrio. Pero la apartó bruscamente con una mirada de asco.

- ¡La cabeza! - exclamó.

Librodot

Víctor se inclinó sobre el depósito

- ¿Qué le pasa a la cabeza?

- Mira las cejas. La cabeza nace directamente ahí. No tiene frente.

- Son mutantes - dijo VJ con indiferencia -. Eliminé el segmento que había agregado Víctor y luego destruí algunos puntos del FDN normal. Quiero lograr un nivel de inteligencia similar al de Philip. Philip me ha sido más útil que nadie en mi trabajo.

Marsha sintió un escalofrío por la espalda y apretó la mano de Víctor, tratando de que VJ no advirtiera el gesto. Víctor pareció no darse cuenta y señaló el otro extremo de la sala:

- ¿Qué hay al otro lado de esa puerta?

- ¿No te parece suficiente por hoy?

- Quiero verlo todo - dijo Víctor dirigiéndose hacia la puerta.

Marsha contempló un instante al pequeño ser de cejas prominentes y cabeza aplanada. Un ejemplar humano involucionado en quinientos mil años. VJ había hecho retrasados mentales a sus propios hermanos, siguiendo una lógica maquiavélica inconcebible.

Se apartó de los depósitos de gestación y siguió a Víctor, dispuesta como él a verlo todo. En todo caso, nada podía ser peor de lo que acababa de ver.

En la sala contigua había unos enormes recipientes de acero inoxidable dispuestos en hilera. Marsha recordó las calderas gigantes de la fábrica de cerveza que había visitado cuando era estudiante de secundaria. El ambiente era cálido y húmedo. Varios hombres, vestidos sólo con pantalones, introducían sustancias en uno de los recipientes. Interrumpieron su trabajo al ver a Víctor y Marsha.

- ¿Qué es esto? - preguntó ella.

- Fermentadores para el cultivo de microorganismos, como bacterias o levadura - respondió Víctor, volviéndose hacia VJ -:¿Qué cultivas?

- Bacterias escherichia coli - dijo VJ -. El animal de trabajo de la tecnología del ADN recombinante.

- ¿Qué producen?

- Prefiero que no lo sepas por ahora. Ya has visto las unidades de gestación. ¿No te basta por hoy?

- Quiero saberlo todo. Quiero ver todas las cartas sobre la mesa.

- Producen dinero - sonrió VJ.

- No estoy de humor para adivinanzas - dijo Víctor.

- Bueno, está bien. El nuevo laboratorio requirió una gran cantidad de capital a corto plazo. Evidentemente, no podía ofrecer mis servicios al público. De manera que hice traer plantas de coca de Sudamérica y extraje los genes apropiados. Luego inserté los genes en una

preparación operativa de la escherichia coli y por medio de un plásmido resistente a la tetraciclina volví a meterlo todo en la bacteria. El producto es de primera. Las escherichias coli se vuelven locas por él.

- No entiendo nada - dijo Marsha.

- Yo sí - dijo Víctor -. Dice que estos fermentadores producen cocaína.

- Y trabaja en sociedad con Martínez - dijo Marsha, estupefacta.

- Es una línea de producción provisional - explicó VJ -. Un medio necesario para reunir capital a corto plazo. Dentro de poco, el laboratorio se financiar con productos legales y prescindir del contrabando. Y es verdad que Martínez es mi socio. Estamos en condiciones de presentar un pequeño ejército en cuestión de minutos. Por ahora, algunos hombres está n en la nómina de “Chimera”.

Víctor examinó los fermentadores. Eran de una asombrosa sofisticación y muy superiores a los que se utilizaban en “Chimera”.

- Bueno, ahora ya lo sabéis todo - dijo VJ -. Ha llegado el momento de que hablemos seriamente.

Se dirigió de nuevo hacia la sala principal, seguido de Víctor y Marsha. Cuando atravesaron la sala de gestación, los fetos se acercaron nuevamente a la superficie de los depósitos, como si anhelaran el contacto humano. Tal vez VJ no lo advirtió, pero en todo caso no les prestó la menor atención.

Atravesaron la sala principal hacia el dormitorio sin decir una sola palabra. Había otro cuarto, más allá del dormitorio principal, que Víctor no había visto. A juzgar por el decorado y las publicaciones especializadas, debía de ser la habitación privada de VJ. Había una cama, una mesa pequeña, sillas plegables, una estantería con revistas especializadas y un sillón. VJ les ofreció asientos y él se sentó a la mesa.

VJ apoyó los codos, juntó las manos y miró a sus padres con ojos fríos y brillantes como zafiros.

- Quiero conocer vuestras intenciones. He sido franco con vosotros, ahora os toca a vosotros ser francos conmigo.

Víctor y Marsha intercambiaron una mirada, y fue ella quien abrió el fuego.

- Quiero saber la verdad sobre David, Janice y el profesor Cavendish.

- Por el momento no me interesa tratar las cuestiones subsidiarias, sino mis proyectos en toda su magnitud - dijo VJ -. Quiero creer que sois capaces de apreciar lo que está en juego. El valor de mis experimentos está por encima de cualquier otra cuestión, que de otro modo podría ser oportuna.

- Lo siento, pero antes de juzgar tendré que saber algo de esas tres personas - respondió Marsha con serenidad.

VJ miró a Víctor:

- ¿Eres de su misma opinión?

Librodot

Víctor asintió.

- Me lo temía - murmuró VJ. Los miró con severidad, como un padre a sus hijos descarriados -. Está bien, os lo contaré todo. Las tres personas en cuestión querían delatarme, lo que en ese momento hubiera sido catastrófico para mi trabajo. Hice lo posible para que no supieran nada de mi laboratorio ni de mis experimentos, pero eran implacables. Tuve que poner el asunto en manos de la Naturaleza.

- ¿Qué quieres decir? - preguntó Víctor.

- Mis investigaciones sobre los factores de crecimiento que intervienen en la gestación, que me sirvieron para resolver el problema del útero artificial, me llevaron a descubrir ciertas proteínas que actúan como promotores de los protooncogenes. Las envolví en membranas de glóbulos rojos y dejé actuar a la Naturaleza.

- O sea que las inyectaste - dijo Víctor.

- ¡Por supuesto que las inyecté! - exclamó VJ con fastidio -.

Esa clase de sustancias no se pueden tomar por vía oral.

Marsha trató de dominarse:

- Quieres decir que mataste a tu hermano... ¿Y no sientes ningún remordimiento?

- Yo fui un intermediario. A David lo mató el cáncer. Le supliqué que me dejara en paz. Pero no, me seguía a todas partes, quería destruir mi trabajo. Lo mataron sus propios celos.

- ¿Y qué me dices de los dos niños?

- ¡Basta! - exclamó VJ, dando un puñetazo sobre la mesa -.

Vamos al grano de una vez.

- Nos has preguntado cuáles eran nuestras intenciones – dijo Marsha -. Bueno, antes tenemos que conocer los hechos. ¿Qué pasó con los niños?

Tamborileó impaciente con los dedos sobre la mesa. Se le estaba agotando la paciencia.

- Se habían vuelto demasiado inteligentes. Empezaban a adquirir conciencia de sus posibilidades. Yo no quería tener competidores. Bastó con echar un poco de cefaloclor en la leche de la guardería. Estoy seguro de que a los demás niños les sentó bien.

- ¿Y qué sentiste cuando murieron?

- Alivio.

- ¿No sentiste tristeza ni remordimiento? - insistió Marsha.

- Esto no es una sesión de terapia, mamá- dijo VJ bruscamente -. Mis sentimientos no tienen nada que ver. Ya conoces los secretos. Ahora te corresponde a ti ser franca y decirme cuáles son tus intenciones.

Marsha miró a Víctor, a la espera de que reprobara las acciones demoníacas de su hijo, pero él miraba a VJ, desconcertado y atónito.

Marsha interpretó su silencio como una muestra de resignación, tal vez incluso de aprobación. ¿Acaso pensaba que los descubrimientos de VJ justificaban cinco asesinatos, entre ellos el de su hijo? Ella no lo iba a aceptar en silencio.

- Bueno, ¿qué contestas? - preguntó VJ.

Sus ojos azules se clavaron en ella, serenos y expectantes. Marsha contempló esos ojos, ese rostro angelical con sus rizos rubios, y se sintió embargada por la tristeza. También él era su hijo. ¿Y era verdaderamente responsable de los horribles crímenes que había cometido? Era un monstruo creado por la ciencia. Víctor le había dado inteligencia, pero al parecer lo había despojado de toda conciencia. Era tan culpable como VJ. Marsha sintió lástima por el chico.

- VJ, me parece que Víctor no ha comprendido las consecuencias de su experimento...

- Al contrario - interrumpió él -. Víctor sabía muy bien a dónde quería llegar. Y al ver lo que soy y lo que he logrado, puede tener la certeza de que su experimento ha sido un éxito total.

Soy lo que él esperaba y anhelaba. Soy un producto acabado de la ciencia. Soy el futuro. - Sonrió -: Tendrás que acostumbrarte a las personas como yo.

- Tal vez eres lo que Víctor quería lograr en términos científicos - prosiguió Marsha sin amilanarse -. Pero no pensó en la personalidad que estaba creando. Lo que quiero decir es que si cometiste esos asesinatos, si está s fabricando cocaína, si no comprendes que existen objeciones morales a tus acciones..., bueno, no es culpa tuya.

- Mamá- dijo VJ exasperado - , siempre te dejas llevar por los aspectos secundarios: sentimientos, síntomas, personalidad... Acabo de revelarte el descubrimiento más grande de la historia de la biología, y lo único que se te ocurre es hacerme otro Rorschard. Es demencial.

- La ciencia no es la ley suprema. Tiene que estar sometida a la moral. ¿Es qué no lo entiendes?

- Te equivocas - dijo VJ -. Al crearme, Víctor demostró que para él la ciencia está por encima de la moral. De acuerdo con las normas morales convencionales, no tendría que haber realizado el experimento FDN. Pero lo hizo. Es un héroe.

- Lo que hizo Víctor al crearte fue un acto de soberbia irresponsable. Víctor estaba tan obsesionado por los medios y por el fin puntual, que no pensó en las consecuencias. La ciencia liberada de la moral y de la conciencia de las consecuencias es una locura homicida.

VJ chasqueó la lengua con desdén y sus duros ojos azules se clavaron en Marsha.

- La moral no puede dominar a la ciencia porque es relativa es decir, variable. La ciencia no lo es. La moral corresponde a la sociedad humana, que varía en el curso de los años, de una civilización a otra. Lo que es tabú para una es sagrado para otra.

Esos caprichos no tiene cabida aquí. Si hay algo inmutable en este mundo son las leyes de la Naturaleza que rigen el universo actual. El juez supremo es la razón, no los caprichos de la moral.

- No es culpa tuya, VJ - dijo Marsha moviendo la cabeza con tristeza. No se podía razonar con él -. Tu inteligencia superior te ha aislado de los demás. Careces de las cualidades humanas de compasión, empatía, e incluso amor. Crees que no tienes límites. Pero los tienes. No tienes conciencia, pero no puedes comprenderlo. Es como querer explicar el concepto del color a un ciego de nacimiento.

VJ se puso en pie de un salto, con el rostro crispado.

- Con el debido respeto - dijo - , estoy harto de sofismas.

Tengo mucho que hacer. Quiero conocer vuestras intenciones.

- Antes, tu padre y yo tenemos que hablar.

- Bueno, pues hablad - dijo, con los brazos en jarras.

- No hablaremos de esto en presencia de un niño – dijo Marsha.

VJ apretó los labios, furioso. Su respiración era agitada, y sus ojos lanzaban chispas. Salió del cuarto y cerró la puerta. Se oyó un chasquido. Los había encerrado con llave.

Marsha volvió la cara hacia Víctor, que movió la cabeza con desaliento e impotencia.

- ¿Te queda alguna duda sobre el asunto que estábamos discutiendo? - preguntó ella.

Víctor negó con la cabeza.

- Muy bien. ¿Qué estás dispuesto a hacer?

- Jamás pensé que éste sería el resultado - dijo Víctor, mirándola a los ojos -. Marsha, por favor, tienes que creerme. Si hubiera sabido...

No pudo seguir. Quería que Marsha le expresara su apoyo, su comprensión. Pero le era difícil concebir la magnitud de su error.

Si alguna vez dejaban todo aquello atrás, le parecía imposible volver a estar en paz consigo mismo. Entonces, ¿qué podía pedirle a Marsha?

Se cubrió la cara con las manos.

Marsha le puso la mano en el hombro. La situación era espantosa, pero al menos Víctor parecía haber adquirido conciencia de ello.

- Tenemos que tomar una decisión - dijo suavemente.

Víctor se levantó decidido del asiento.

- La responsabilidad es mía. Tienes razón sobre VJ. No sería lo que es si no fuera por mis manipulaciones científicas. - Se volvió hacia ella - : Bueno, lo primero es salir de aquí.

- ¿Crees que VJ nos va a dejar salir alegremente? ¡Vamos, piensa! Recuerda cómo ha resuelto sus problemas. David, Janice, el profesor, los niños. Y ahora, sus fastidiosos padres.

- ¿Cuánto tiempo crees que nos tendrá encerrados aquí?

Librodot

- No tengo ni la menor idea. De lo que estoy segura es de que no va a ser fácil salir. Creo que no le somos indiferentes. En caso contrario, no se hubiera tomado la molestia de explicar nada ni de preguntar cuáles son nuestras intenciones u opiniones. No va a dejarnos salir hasta que tenga la seguridad de que no vamos a causarle problemas.

Permanecieron en silencio unos minutos ensimismados en sus pensamientos, hasta que Marsha dijo:

- Tal vez podríamos llegar a un acuerdo. Uno sale y el otro se queda.

- ¿Quieres decir que uno de nosotros se quede como rehén?

Marsha asintió.

- En ese caso, debes salir tú.

- No - dijo Marsha -. Si llegamos a eso, debes salir tú. Tienes que encontrar la manera de detenerlo.

- No, me quedaré yo. Creo que puedo controlar a VJ mejor que tú.

- Nadie puede controlar a VJ. Vive en un mundo propio, sin límites ni conciencia. Estoy segura de que no me hará daño, al menos mientras piense que no estoy en situación de causarle problemas. Creo que confía en ti más que en mí. En ese sentido, tú está s en mejor posición que yo para tratar con él. Creo que busca tu aprobación. Quiere que te sientas orgulloso de él. En eso es como cualquier chico de su edad.

¿Pero qué podemos hacer? - dijo Víctor, paseando por el cuarto -. No creo que la Policía pueda ayudarnos. Tal vez podamos recurrir al departamento antidroga. La droga es su flanco vulnerable.

Marsha asintió en silencio y sus ojos se llenaron de lágrimas.

No terminaba de dar crédito a lo que sucedía, porque pese a todo VJ era su hijo. Pero la manipulación genética había hecho de él un monstruo. No había manera de imponerle límites.

- ¿Podríamos intentarlo en un hospital psiquiátrico? – preguntó Víctor.

- Sería muy difícil lograr que lo aceptaran sin que demostrara una conducta psicótica, o sin que lo declararan culpable de asesinato, con eximente por locura. Pero me parece difícil que podamos llegar a los tribunales. Un crimen de alta tecnología me parece difícil que deje huellas. Tiene un trastorno de la personalidad, pero no está loco. No, tendrás que pensar en algo más viable. Por desgracia, no sé cómo ayudarte.

- Ya pensaré en algo - dijo Víctor. Se ajustó la americana y se alisó el pelo con los dedos. Tomó aliento y se dirigió a la puerta.

Estaba cerrada. La golpeó con fuerza con el puño.

Después de unos minutos se abrió la puerta y apareció VJ seguido por varios sudamericanos.

- Quiero hablar contigo - dijo Víctor.

Librodot

VJ lo miró un instante y luego clavó los ojos en Marsha, que apartó los suyos.

- A solas - dijo Víctor.

VJ se apartó para dejarlo pasar. Víctor salió directamente al laboratorio principal y oyó cómo cerraban la puerta tras él. Así pues, no cabía duda: Marsha y él eran prisioneros de su propio hijo.

- Está muy alterada - dijo Víctor -. Eso de matar a David no tiene perdón.

- No me quedó otra alternativa - dijo VJ.

- Para una madre es difícil de aceptar - dijo Víctor. VJ no parpadeó.

- Hicimos mal en traerla al laboratorio - dijo VJ -. No respeta la ciencia como tú y como yo.

- Sí, tienes razón - dijo Víctor -. Esos úteros artificiales la horrorizaron. Es algo asombroso. Yo sí puedo apreciar la magnitud de la hazaña. Va a tener un impacto increíble en la comunidad científica. Y las perspectivas comerciales son incalculables.

- Cuento con grandes beneficios para abandonar la producción de cocaína.

- Me parece bien. El negocio de la droga representa un grave peligro para tu trabajo científico.

- Eso ya se me había ocurrido hace tiempo - dijo VJ -. Tengo varios planes alternativos en caso de que haya problemas.

- No me cabe la menor duda.

VJ lo miró con suspicacia:

- Creo que ha llegado el momento de que me digas cuáles son tus intenciones con respecto a mi laboratorio y mi trabajo.

- Lo primero es ocuparme de Marsha. Creo que se hará a la idea, cuando se recupere del shock inicial de lo que ha visto.

- ¿Cómo te ocupar s de ella?

- La convenceré de la importancia de tu trabajo y de tus descubrimientos. Cambiar de opinión cuando comprenda que tus descubrimientos no tienen parangón en la historia de la biología.

Y sólo tienes diez años...

VJ parecía no caber en sí de orgullo. Marsha tenia razón: anhelaba complacer a su padre, en eso era igual que cualquier otro chico. Ojalá lo fuera en todos los sentidos. Pero eso es imposible por culpa de mis experimentos, pensó Víctor con tristeza.

- Quisiera ver la lista de factores de crecimientos proteínicos del útero artificial - prosiguió Víctor -. Cuanto antes, mejor.

Librodot

- Son más de quinientos - dijo VJ -. Puedo darte la lista, pero no se puede publicar, desde luego.

- Comprendo - dijo Víctor. Miró a su hijo y sonrió -. Bueno, tengo que volver al trabajo, y a Marsha la esperan sus pacientes.

Así que nos vamos. En casa seguiremos hablando.

- No me parece bien que os vayáis -dijo VJ, moviendo la cabeza-. Será mejor que os quedéis unos días. Tengo una línea telefónica; podrás dirigir tus asuntos por teléfono. Mamá tendrá que disculparse con sus pacientes. Aquí estaréis cómodos, ya lo verás.

Víctor rió sin convicción.

- Supongo que es una broma, ¿no? No podemos quedarnos. Tal vez Marsha pueda recibir a sus pacientes otro día, pero yo no puedo atender “Chimera” por teléfono. Tengo mucho trabajo. Además, todos saben que estoy aquí. Tarde o temprano empezarán a buscarme.

VJ meditó unos instantes.

- Está bien - dijo -. Puedes salir. Pero mamá se queda.

Asombrado de que Marsha hubiera previsto la reacción de su hijo con tanta exactitud, Víctor aún intentó que los dejaran salir a los dos.

- No la perdería de vista en ningún momento.

- Ella o tú - dijo VJ -. No voy a discutir.

- Está bien, ya que insistes - dijo Víctor -. Hablaré con Marsha. No me entretengo.

Víctor volvió al cuarto, y uno de los guardias abrió la puerta.

- Accede a que salgamos uno de los dos - le susurró al oído -. ¿Estás segura de que no quieres salir tú?

- No. Habla con Jean, dile que no volveré hasta nuevo aviso.

Que remita los casos urgentes a la doctora Maddox. Víctor asintió. Besó a Marsha en la mejilla y volvió a salir.

En el laboratorio, VJ impartía órdenes a dos de los guardias.

- Te presento a Jorge - dijo, señalando a un sudamericano sonriente. Era el mismo que había tratado de apuñalarlo. Aparentemente no era hombre rencoroso, porque además de la sonrisa le tendió la mano -. Jorge se ofrece a acompañarte.

- No me hace falta niñera - dijo Víctor, tratando de contener la ira.

- Me parece que no comprendes la situación - dijo VJ con una sonrisa siniestra -. No tienes alternativa. La presencia de Jorge te recordar que no debes tratar de hablar con nadie que pueda causarme problemas. También te recordar que Marsha está aquí, con uno de sus amigos. - La amenaza era tan clara como si la hubiera expresado abiertamente.

Librodot

- Pero es innecesario. Y además, ¿cómo voy a explicar su presencia? No esperaba esto de ti, VJ.

- Tengo plena confianza en que hallar s la manera de justificar su presencia - dijo VJ -. Gracias a Jorge, todos dormiremos más tranquilos. Y te lo advierto: la intervención de la Policía o de cualquier otra autoridad demoraría mis proyectos, pero no los detendría. No me decepciones, papá. Juntos revolucionaremos la biotecnología.

Víctor tragó saliva con dificultad. Tenía la boca reseca.

Lunes por la tarde
CAPITULO XV

El día se había puesto nublado y ventoso cuando Víctor salió del edificio del reloj y se dirigió a su despacho. Jorge lo seguía, después de haberle enseñado la navaja que llevaba oculta en la bota derecha. El gesto había sido eficaz. Víctor sabía que su acompañante estaba acostumbrado a matar.

Le había dicho a Marsha que se le ocurriría un plan, pero no tenía la menor idea. Cuando llegó a la oficina, estaba sumido en la confusión. Atravesó la administración con paso vacilante, seguido muy de cerca por Jorge.

- ¡Espere un momento! - dijo Colleen cuando Víctor pasó sin detenerse. Se puso en pie y le entregó una lista de llamadas. Víctor había llegado a la puerta de su despacho y se volvió hacia el sudamericano.

- Espere aquí - dijo.

Jorge pasó dentro como si no lo hubiera oído. Colleen lo miró azorada, sobre todo porque el sudamericano vestía el uniforme de “Chimera”.

- ¿Quiere que llame a seguridad? - susurró.

Víctor dijo que no era necesario. Colleen se encogió de hombros y se dispuso a trabajar.

- Hay un montón de llamadas - dijo -. Hace rato que trato de localizarlo. Necesito...

Víctor la cogió del brazo y la hizo salir.

- En seguida la llamo.

- Pero... - empezó a decir Colleen cuando él le cerró la puerta en la cara.

Jorge se había acomodado en el sofá del fondo del despacho y se cortaba las uñas.

Víctor se sentó detrás de la mesa. Sonó el teléfono pero no lo cogió. Sabía que era Colleen. Desde el sofá, Jorge le mostró los dientes en una sonrisa.

Víctor se cogió la cabeza con las manos. Tenía que preparar un plan, pero Jorge lo distraía. Se mostraba insolente y confiado, como si dijera: “Soy un asesino. Estoy aquí, en tu despacho, y no puedes echarme.” No se podía concentrar bajo la mirada del sudamericano.

- No veo que tenga mucho que hacer - dijo Jorge -. VJ dijo que lo dejaba salir porque tenia mucho trabajo. H galo de una vez, a menos que prefiera que llame a VJ y le diga que no hace más que cogerse la cabeza con las manos.

- Estaba pensando un poco - dijo Víctor. Apretó el botón del intercomunicador y le dijo a Colleen - : Venga con la lista de llamadas y los papeles para la firma, y pong monos a trabajar.

Durante una hora, Marsha trató de entretenerse con las revistas especializadas que encontró en la estantería. Pero eran demasiado técnicas: trataban de teorías y experimentos relacionados con los últimos descubrimientos de la biología, la física y la química. No los entendía. Se paseó por el cuarto y trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada.

Se sentó a la mesa y se preguntó qué haría Víctor. Tendría que emplear toda su inteligencia, porque VJ era un adversario excepcional. Además, debería mostrar un gran temple moral, lo que parecía dudoso a juzgar por sus experimentos con el FDN.

En ese momento se corrió el cerrojo y entró VJ.

- He pensado que te gustaría estar acompañada - sonrió -.

Quiero presentarte a alguien. - Se apartó y dejó pasar a Mary Millman, quien le ofreció la mano.

Marsha se puso en pie sin saber qué decir.

- ¡Señora Frank! - exclamó Mary, estrechándole la mano efusivamente -. Tenía muchas ganas de verla, pero pensaba que aún tendría que esperar un año más. ¿Cómo está?

- Bastante bien, gracias.

- Bueno, señoras, que disfruten de la charla - dijo VJ -. Dejaré la puerta entornada. Si tienen hambre o sed, avisen a los guardias.

Librodot

- Gracias - dijo Mary. Esperó a que saliera y le dijo a Marsha - : Qué chico tan extraordinario, ¿verdad?

- Un caso único - dijo Marsha -. ¿Cómo ha venido a parar aquí?

- Qué sorpresa, ¿no? A mí también me sorprendió. Bueno, ahora se lo cuento.

- ¿Qué más? - preguntó Víctor. Colleen ocupaba su asiento habitual, frente a él. Jorge estaba cómodamente tendido en el sofá.

La secretaria echó un último vistazo a los papeles -. Creo que por ahora no hay nada más. Salvo que tenga algún encargo - añadió, guiñando un ojo significativamente.

- No, nada - dijo Víctor, entregándole los documentos firmados -. Me voy a casa. Si surge algún problema, que me llamen allí.

Colleen echó una r pida mirada al reloj, y nuevamente a Víctor.

Su conducta resultaba muy extraña desde que había aparecido con ese guardia de seguridad.

- ¿Hay algún problema? - preguntó.

- Ninguno, todo marcha a pedir de boca.

Colleen lo miró sorprendida. Hacía siete años que trabajaba con él, y jamás había utilizado esa expresión. Se puso en pie y salió, dirigiendo una mirada furiosa a Jorge.

- Bueno, vamos - dijo Víctor.

- ¿Al laboratorio? - preguntó Jorge con su fuerte acento español, mientras se levantaba del sofá.

- Yo me voy a casa - dijo Víctor mientras se ponía el abrigo -.

Usted vaya adonde quiera.

- Yo voy con usted, amigo.

Víctor se preguntó si surgiría algún problema al salir de la empresa, pero el guardia de la barrera lo saludó como siempre.

El hecho de que lo acompañara un hombre uniformado no le mereció ningún comentario.

Cuando cruzaban el Merrimack, Jorge puso la radio, buscó una emisora con canciones en español y elevó el volumen a un nivel ensordecedor.

Era evidente que Jorge constituía el primer obstáculo a superar. Cuando se acercaba a la casa empezó a barajar las distintas alternativas. Debajo del garaje había un sótano con una puerta gruesa que se podría cerrar. El problema era cómo atraer a Jorge hasta el lugar.

Cuando bajaban del coche se preguntó si podría sorprenderlo con un golpe por la espalda, parecido al que le dieron a él cuando descubrió el laboratorio secreto. Abrió la puerta de la sala e invitó a Jorge a pasar, pero él insistió en ir detrás.

Librodot

Víctor echó el abrigo sobre el sofá. Era realista, y sabía que no podría golpearlo. El golpe sería demasiado débil o demasiado fuerte, y en cualquier caso sería un desastre. Tendría que buscar otra alternativa, ¿pero cuál?

No se le ocurrió nada hasta que fue al lavabo y vio un frasco de aspirinas en el botiquín. Entonces recordó el viejo maletín de médico que le habían regalado cuando estaba en cuarto año. Lo había utilizado durante sus años de residente, si no recordaba mal debía contener una gran cantidad de muestras de medicamentos.

Cuando salió del lavabo, observó que Jorge había encendido el televisor de la sala y pasaba los canales distraídamente. Víctor subió a la planta alta, pero desgraciadamente el hombre lo siguió. De nuevo encendió el televisor, esta vez el del estudio. Víctor encontró el maletín en el armario, cogió un puñado de píldoras de “Valium” y de cápsulas “Seconal” y “Dalmane” y se las metió en el bolsillo. Jorge había encontrado el canal de televisión en español y estaba absorto contemplando la pantalla.

Siempre bebo una copa cuando llego a casa - dijo Víctor -. ¿Quiere que le sirva un trago ?

- ¿Qué tiene? - preguntó Jorge sin apartar la vista del televisor.

- Lo que quiera - dijo Víctor -. ¿Le apetece un cóctel margarita?

- ¿Qué es eso?

La pregunta sorprendió a Víctor. Creía que el cóctel margarita era común en Sudamérica, pero tal vez sólo lo bebían en México.

Le explicó en qué consistía.

- Beberé lo mismo que usted - dijo Jorge.

Víctor bajó a la cocina, seguido por Jorge, quien de nuevo encendió el televisor de la sala. Víctor juntó los ingredientes, incluida la sal. Preparó la bebida en una jarra de vidrio y, cuando observó que Jorge no le prestaba atención abrió las cápsulas una a una y vació el contenido en la jarra. Luego echó las píldoras de “Valium”. Revolvió la mezcla con fuerza, pero quedaba un sedimento, de manera que la pasó por la licuadora. Alzó la jarra a la luz. El aspecto era normal, pero tenía suficiente poder somnífero como para que un paciente soportara una intervención quirúrgica.

Bebió un sorbo de la mezcla. El sabor era un poco amargo pero si Jorge nunca había bebido un cóctel margarita, no se daría cuenta de nada. Frotó los bordes de los dos vasos altos con sal y llenó el suyo con jugo de limón. Luego llevó la jarra y los dos vasos llenos a la mesita del té.

Jorge cogió su vaso sin apartar la vista de la pantalla. Víctor también se sentó a mirar. Parecía el episodio de una telenovela.

Víctor no sabía español, pero no era difícil comprender de qué se trataba.

Miró a Jorge de reojo: el sudamericano había vaciado su vaso y se servía otro trago. Al parecer le gustaba. No tardó en acusar los primeros síntomas: empezó a parpadear con rapidez. No veía bien. Luego se volvió hacia Víctor, pero no consiguió enfocarlo.

Librodot

El alcohol había introducido la droga en su organismo con gran eficacia. Empezaron a cerrársele los ojos cuando aún no había bebido la segunda copa.

De pronto se puso en pie. Había comprendido la situación, porque arrojó el vaso al otro extremo de la sala y se abalanzó sobre el teléfono. Víctor dejó su vaso y le cogió la mano. Jorge trató de sacar la navaja pero sus movimientos se habían vuelto lentos y torpes. Víctor lo desarmó fácilmente, y, poco después, el hombre cayó redondo. Víctor lo tendió sobre el sofá. Fue al botiquín, donde guardaba algunas ampollas de "Valium" parenteral, y le inyectó diez miligramos como refuerzo. Arrastró el cuerpo al patio y de allí al garaje. Lo bajó al sótano y lo cubrió con mantas y trapos para mantener la temperatura del organismo a un nivel adecuado.

Después cerró la puerta con un candado viejo.

Al volver a la casa, saboreando la sensación de haber superado el primer obstáculo, pensó que podía darse el lujo de sentarse a pensar, pero sonó el teléfono. Al oírlo, cayó en la cuenta de que tal vez Jorge tenía instrucciones de llamar a alguien para dar la novedad. No descolgó el teléfono. Se puso el abrigo y salió para dar cuenta a la Policía.

La comisaría ocupaba la esquina de una plaza ajardinada. Era un edificio de ladrillo de dos pisos, con una farola a cada lado de la entrada, coronada cada una de ellas por una esfera de vidrio azul. Dejó el coche en la zona de aparcamiento. Al salir de casa se había sentido satisfecho de su decisión: por fin podría dejar todo el embrollo en otras manos. Pero al subir los escalones de la entrada y pasar entre las esferas, azules, se sintió menos seguro.

Vaciló ante la puerta. La situación de Marsha era su mayor preocupación, pero no la única. Tal como había dicho VJ, la Policía no podría hacer nada y lo dejaría en libertad. Si el sistema no era capaz de manejar a simples punks, ¿qué iba a hacer con un chico de diez años cuya inteligencia era superior a la de Einstein?

Cuando se estaba preguntando si valía la pena entrar, se abrió la puerta, y el sargento Cerullo se pegó un topetazo contra él.

Se enderezó la gorra, y al disculparse reconoció a Víctor.

- ¡Doctor Frank! - exclamó, y se disculpó de nuevo -. ¿Qué lo trae por aquí?

Víctor trató de pensar en alguna explicación razonable, pero no pudo. La verdad ocupaba todos sus pensamientos.

- Tengo un problema. ¿Puede atenderme?

- Pues lo lamento mucho - dijo Cerullo -. Ahora mismo salía a cenar. Pero le diré a Murphy que lo atienda. Cuando vuelva de cenar, me aseguraré de que lo han tratado bien. No se preocupe.

Cerullo le dio una palmada amistosa en el hombro, abrió la puerta y lo hizo pasar.

- ¡Oye Murphy! - exclamó Cerullo sin soltar la puerta -. Este señor es el doctor Frank. Es amigo mío. Atiéndelo bien, ¿has oído?

Murphy era un Policía irlandés gordo, de cara roja y pecosa.

Su padre había sido policía, al igual que el padre de su padre.

Librodot

Entrecerró los ojos detrás de sus gruesas gafas bifocales y miró a Víctor.

- En seguida lo atiendo - dijo, y le señaló un banco con el lápiz -. Tome asiento. - Se concentró nuevamente en rellenar un formulario.

Víctor se sentó donde le había indicado - un viejo banco de roble, lleno de marcas y manchas - y repasó mentalmente la conversación que tendría con el agente Murphy: Vea, señor policía, mi hijo es un genio increíble, está criando una raza de retrasados mentales en unos frascos de vidrio y ha asesinado a varias personas para proteger un laboratorio secreto construido con fondos extorsionados a unos estafadores que trabajaban en la empresa de su padre.

Le bastó pensarlo con palabras para comprender que nadie le creería. Y si le creían, ¿qué? No había manera de acusar a VJ de haber cometido los crímenes. Todo eran simples indicios. En el laboratorio no había un solo objeto robado, al menos por VJ. En cuanto a la cocaína, el pobre niño había caído bajo las garras de un poderoso traficante de droga extranjero.

Víctor se mordió el labio. Murphy seguía rellenando penosamente el formulario, agarrando el lápiz con una mano sudorosa.

La lengua le asomaba entre los dientes. Como no levantó la vista Víctor se perdió otra vez en sus pensamientos. Era fácil deducir que VJ entraría en comisaría por una puerta y saldría por otra sin problemas. Tendría su laboratorio ultramoderno y haría casi todo lo que se propusiera. Ya había demostrado que estaba dispuesto a eliminar a quien se le cruzara en su camino. ¿Cuánto tiempo de vida tendría n Marsha y él en esas circunstancias?

Deprimido y casi al borde del llanto, Víctor tuvo que reconocer que su experimento había tenido éxito, pero también algo más.

Como decía Marsha, no se había detenido a pensar en las consecuencias y las ramificaciones. La emoción de lo que estaba a punto de realizar había borrado cualquier otro pensamiento de su mente.

El resultado superaba todas sus previsiones. Y con los límites que la constitución imponía a base de leyes restrictivas, el sistema social estaba mal equipado para habérselas con un ser como VJ, que parecía venir de otro planeta.

- Bueno, ya está - dijo Murphy, y dejó el formulario en una bandeja sobre la mesa de oficina -. ¿En qué puedo servirle, doctor?

- Hizo crujir los nudillos, entumecidos tras el esfuerzo de agarrar el lápiz.

Víctor se puso en pie sin mucha convicción y se acercó a la mesa. Murphy clavó en él sus ojillos azules. El cuello de la camisa era demasiado estrecho, y la papada lo cubría en parte.

- Bueno, ¿qué le trae por aquí doctor? - preguntó Murphy, acomodándose en el asiento. Sus brazos eran gruesos y fuertes.

Parecía la clase de tipo que a uno le gustaría ver llegar en el momento en que unos muchachos intentaban robar los tapacubos o el caset del coche.

Librodot

- Tengo un problema con mi hijo - dijo Víctor -. Nos hemos enterado de que hace novillos en el colegio para...

- Disculpe, doctor - interrumpió Murphy -. ¿No cree que seria mejor consultar con un asistente social o con alguien por el estilo?

- Me parece que la situación está fuera del alcance de un asistente social - dijo Víctor -. Mi hijo se junta con elementos criminales...

- Perdone que le interrumpa otra vez, doctor. Tal vez debería haberle aconsejado un psicólogo. ¿Cuántos años tiene su hijo?

- Diez. Pero es que...

- Nunca hemos recibido una denuncia en contra suya. ¿Cómo se llama?

- VJ. Yo sé que...

- Antes de decir nada, escúcheme. Tenemos bastantes problemas con los menores. Quiero ayudarle. Si su hijo ha hecho algo realmente muy feo, como exhibirse en un parque o meterse en una casa para robar, tal vez convenga denunciarlo. Pero si no, me parece que le ir mucho mejor un psicólogo y un poco de disciplina a la antigua. ¿Entiende lo que le quiero decir?

- Perfectamente - dijo Víctor -. Me parece que tiene razón. Gracias por atenderme.

-De nada, doctor. He querido ser franco con usted, ya que es amigo de Cerullo.

- Se lo agradezco - dijo Víctor.

Al salir corrió hacia el coche. Estaba embargado por el pánico.

De pronto comprendió que sólo él podía enfrentarse a VJ: padre contra hijo, el creador contra su criatura. Tuvo una sensación de náuseas y abrió la puerta del coche, pero al estremecerse las disipó sin vomitar. Cerró la puerta y apoyó la frente sobre el volante.

Estaba empapado de sudor.

De niño había estudiado religión, y de pronto recordó el dilema de Abraham. Pero había dos diferencias abismales con su caso Dios no iba a intervenir, y Víctor se sabia incapaz de matar con sus manos. Pero lo que estaba claro es que uno de los dos no sobreviviría. Además tenía que pensar en Marsha, en cómo sacarla del laboratorio. De nuevo se sintió invadido por el pánico. Tenia que actuar rápidamente, antes de que VJ empezara a sospechar, y antes de que le fallaran los nervios y la resolución.

Puso el coche en marcha y se dirigió hacia su casa sin pensarlo mientras su mente trataba de elaborar un plan. Al llegar, echó una mirada al sótano. Jorge dormía, tranquilo como un bebé, y bien abrigado bajo las mantas y los trapos. Llenó una botella con agua y se la dejó al alcance de la mano.

Al entrar en casa le sobresaltó el teléfono. Lo miró sin saber qué hacer. ¿Y si era Marsha? Por fin se decidió a cogerlo. Una voz gruesa, con fuerte acento español, preguntó por Jorge.

Víctor no supo qué responder. La voz preguntó de nuevo por Jorge, esta vez en un tono más impaciente.

- Está en el lavabo - dijo Víctor.

Aunque no sabía español, se dio cuenta de que su interlocutor no le había entendido.

- ¡Lavabo! - exclamó Víctor -. Jorge está en el lavabo

- De acuerdo - dijo la voz, y colgó.

Esta vez el pánico fue como una corriente eléctrica. El tiempo lo apremiaba, era como un tren sin control que corría hacia un precipicio. Si Jorge no salía pronto del lavabo, recibiría una visita como la de Gephardt.

Víctor golpeó la mesa con violencia, tratando de dominarse para poder pensar. Tenia que elaborar un plan.

Lo primero que se le ocurrió fue un incendio. El edificio era viejo y la madera estaba reseca. Además, le atraía la idea de un cataclismo que borrara todo el laboratorio de la faz de la tierra.

El problema era que el fuego se podía apagar. Un trabajo a medio hacer seria peor que no hacer nada, porque entonces tendría que enfrentarse a la furia de VJ apoyada por la fuerza de Martínez.

Pensó que una explosión era una idea mucho mejor. Pero ¿cómo llevarla a cabo? Seguramente podría confeccionar un artefacto explosivo pequeño, pero no tan potente como para demoler toda la construcción.

Ya se le ocurriría algo, pero lo- primero era sacar a Marsha de allí. Fue al estudio y cogió las fotocopias que había hecho cuando buscaba la entrada al sótano. Tal vez podría escapar por los túneles. Pero al consultar los planos observó que los túneles estaban muy lejos del cuarto donde ella se encontraba presa. Dobló las hojas y las guardó en el bolsillo.

El teléfono sonó de nuevo, poniéndole los nervios de punta. Pero esta vez no contestó. Tenia que salir de casa antes de que VJ o Martínez enviaran a sus hombres para averiguar qué sucedía con Jorge.

Ya era casi de noche cuando Víctor salió del garaje. Encendió los faros y al dirigirse hacia “Chimera” rogó a Dios que le diera alguna idea para salvar a Marsha y librar al mundo de esa caja de Pandora que él mismo había creado.

Bruscamente pisó el freno y el coche se detuvo con un chirrido de neumáticos. Milagrosamente se le había ocurrido una idea. Los detalles empezaron a encajar como piezas de un rompecabezas. “Es posible”, murmuró entre dientes. Levantó el pie del freno y apretó el acelerador a fondo.

Casi no podía contenerse mientras seguía el ritual de entrada en la empresa. Fue directamente al laboratorio y aparcó frente a la puerta. El edificio estaba desierto y cerrado con llave. Abrió la puerta con manos temblorosas. Cuando estuvo dentro, hizo un esfuerzo por serenarse. Se sentó en una silla, cerró los ojos y trató de relajar cada músculo del cuerpo. Poco a poco el ritmo cardíaco fue normalizándose. Sabía que para cumplir la primera parte del plan tendría que estar muy sereno y mantener el pulso firme.

Librodot

En el laboratorio contaba con todos los elementos necesarios. Tenía glicerina, ácido nítrico y ácido sulfúrico. También tenía un recipiente cerrado con orificios de refrigeración. Por primera vez en su vida pudo poner en práctica lo que había aprendido en tantas horas de prácticas de laboratorio. Montó un sistema para la nitrificación de la glicerina. Mientras tenia lugar ese proceso, preparó la cuba de neutralización. La fase más crítica la realizó con un secador eléctrico montado bajo un alero de ventilación.

Antes de completar el secado, cogió un temporizador del laboratorio y una batería, y conectó un pequeño filamento de combustión. El paso siguiente era el más arduo. Cogió una pequeña cantidad de fulminato de mercurio - toda la que pudo encontrar en el laboratorio - y con gran cuidado la introdujo en un envase plástico. Sumergió el filamento de combustión en el fulminato y cerró la tapa.

La nitroglicerina ya estaba lo suficientemente seca como para meterla en una lata vacía que había encontrado en la bolsa de la basura. La llenó hasta un cuarto de su capacidad, luego introdujo cuidadosamente el envase que contenía el fulminante, agregó el resto de la nitroglicerina y cerró la lata con parafina.

Seguidamente buscó algo que fuera adecuado para meter dentro todo el dispositivo. Vio un maletín de cuero de imitación sobre una de las mesas. Lo vació sin miramientos y se lo llevó a su despacho del laboratorio.

Abrió el maletín sobre su mesa y formó en su interior un colchón mullido con toallas de papel. Colocó encima la lata, la batería y el temporizador. Añadió más toallas hasta llenar totalmente el maletín, y finalmente lo cerró con gran cuidado.

Cogió una linterna del laboratorio y estudió los planos de la red de túneles. Observó que uno de los túneles principales iba desde la torre del reloj hasta el edificio de la cafetería. Y para su satisfacción vio que otro túnel partía en dirección oeste.

Cogió el maletín con gran cuidado y fue a la cafetería. Una escalera central bajaba al sótano. Allí encontró la pesada puerta que daba acceso al túnel.

Iluminó el túnel con la linterna. La estructura de piedra le recordó una antigua tumba egipcia. A unos quince metros de la entrada, el túnel giraba a la izquierda en ángulo muy cerrado.

El suelo esta cubierto de escombros, y un hilo de agua que corría en dirección al río formaba algunos charcos a su paso.

Tomó aliento para darse ánimos, entró en el túnel húmedo y frío y cerró la puerta a su espalda. No había otra luz que la de su linterna.

Avanzó resueltamente pero con cautela. Era tanto lo que estaba en juego que no podía permitirse el lujo de fallar. A lo lejos oía ruido de agua corriente. A los pocos minutos había dejado atrás media docena de entradas de túneles secundarios. A medida que se acercaba al río, crecía el estruendo de la caída de agua y también la vibración del suelo.

De pronto sintió que algo le pasaba rozando las piernas. Aterrorizado, dio un salto hacia atrás, y a punto estuvo de soltar el maletín. Consiguió dominarse y enfocó la linterna hacia atrás. Un par de ojillos brillaron a la luz de la linterna: era una rata de cloaca, grande como un gatito. Víctor sintió un estremecimiento, pero consiguió dominarse y seguir avanzando.

Librodot

A los pocos metros resbaló sobre el suelo húmedo. Hizo un gran esfuerzo por mantener el equilibrio al tiempo que apretaba el maletín contra su cuerpo. Consiguió mantenerse de pie, y por suerte fue su codo y no el maletín el que golpeó la pared de piedra.

En caso contrario se hubiera producido la explosión.

Prosiguió de nuevo su exasperante caminata a través de la pista subterránea de obstáculos y finalmente llegó al camino que salía en ángulo del túnel principal hacia el Oeste. Víctor lo recorrió confiado hasta el sótano del edificio contiguo al de la torre.

Cuando encontró la escalera, apagó la linterna. No podía arriesgarse a que vieran el resplandor desde la torre.

El siguiente tramo de quince metros fue el más penoso. Avanzó paso a paso, primero un pie, después el otro, esquivando los escombros y tratando de evitar la caída.

Por fin alcanzó la escalera y empezó a subir. Cuando llegó a la planta baja, se acercó a la ventana y echó una mirada a la torre. La luna menguante salía por el Este y se encontraba a la altura del Big Ben. Víctor contempló la oscura mole durante diez minutos, pero no vio a nadie.

Luego miró hacia el río. Bajando la vista observó su objetivo.

A unos trece metros de donde estaba se hallaba el punto donde el viejo canal principal se separaba del río y luego corría hacia el arca del agua y el túnel.

Tras una última mirada al edificio del arca del agua para asegurarse de que no había guardias por allí, Víctor salió del edificio en donde estaba y corrió hacia el canal. Se mantuvo tan agachado respecto del terreno como le fue posible, sabiendo que se hallaba en su momento más vulnerable.

Al llegar al canal, se acercó con rapidez a los empinados escalones situados detrás de las compuertas. Sin vacilar, bajó la escalinata abrazado a la pared de granito para permanecer todo lo posible fuera de visión. Al alcanzar al suelo, le complació comprobar que sólo divisaba una porción de la torre de aguas. Aquello significaba que nadie que se encontrase al nivel del suelo llegaría a localizarle.

Sin perder tiempo. Víctor anduvo directamente hacia las dos compuertas de oxidado metal que contenían el agua de la represa del molino. Había una leve filtración; una pequeña corriente zigzagueaba por el suelo del canal. Por lo demás las viejas compuertas eran estancas.

Inclinándose, Víctor depositó con cuidado el maletín en el suelo del canal. Con igual precaución, soltó los cierres y levantó la tapa. El aparato había sobrevivido al viaje. Ahora sólo tenia que prepararlo para que hiciese explosión.

Muy poco tiempo constituiría un desastre; pero también lo sería demasiado. La sorpresa constituía su ventaja principal. Pero no existía un procedimiento aceptable para conjeturar cuánto tiempo necesitaba para su siguiente tarea. Al fin, y un tanto arbitrariamente, lo fijó para treinta minutos. Con tanta delicadeza como le fue factible, Víctor abrió la parte delantera del mecanismo de relojería. Apoyado sobre las manos y las rodillas, protegió con el

Librodot

cuerpo la linterna y la encendió. Con ayuda de su escasa luz, movió el minutero del cronometrador.

Apagó la luz y cerró el maletín. Luego lo llevó hasta la compuerta izquierda y lo colocó entre ésta y la barra de hierro que la sostenía. La barra estaba sujeta por un solo perno, que debía ser el talón de Aquiles de todo el mecanismo. Puso el maletín lo más cerca posible del perno y después volvió a la escalera de granito.

Echó una r Pida mirada sobre el borde del desagüe en busca de alguna señal de vida en el edificio de la torre. Todo estaba tranquilo. Nuevamente corrió agazapado al edificio contiguo, bajó al túnel y volvió lo más rápido que pudo a la cafetería. Ahora comprendía que treinta minutos era muy poco tiempo.

Cuando salió al aire libre corrió hacia el río, pero moderó el paso al aparecer la torre. Si había un guardia, no quería parecer ansioso ni furtivo.

Cuando llegó a la escalera, le faltaba el aliento. Echó una mirada al reloj y comprobó con horror que sólo quedaban dieciséis minutos. “¡Dios mio!”, susurró al entrar.

Víctor corrió hacia la trampa y dio tres golpes. No hubo respuesta. Dio otro golpe, y luego se agachó en busca de la varilla metálica que había utilizado antes, pero en ese momento se abrió la trampa y asomó uno de los hombres de Martínez.

Víctor bajó corriendo la escalera y preguntó dónde estaba VJ.

El guardia señaló la sala de gestación. Cuando se dirigía hacia ella se abrió la puerta y apareció VJ.

- No te esperaba hasta mañana - dijo sorprendido.

- Estaba impaciente - dijo Víctor con una sonrisa -. He terminado el trabajo tan pronto como he podido. Ahora deja salir a tu madre. Tiene que ir al hospital a visitar algunos pacientes.

Los ojos de Víctor se apartaron de VJ y recorrieron la sala una vez más. Quería determinar dónde estaría a la hora cero. Debía

situarse lo más cerca posible de la escalera. El aparato más cercano era la gigantesca unidad de cromatografía a gas. Llegado el momento, fingiría que lo estaba examinando. En medio de la pared frente al río estaba la salida del desagüe con su puerta improvisada de maderas toscas. Víctor trató de calcular mentalmente la fuerza del agua que irrumpiría al estallar la compuerta. La onda de choque, combinada con la fuerza del agua, estremecería los cimientos y toda la construcción se vendría abajo. Calculó que pasarían unos veinte segundos entre la explosión y la irrupción de la onda.

- No me parece oportuno dejarla salir - dijo VJ -. Y resultaría muy violento que Jorge estuviera constantemente con ella. – VJ clavó los ojos en su padre -: ¿Dónde está Jorge?

- Arriba - dijo Víctor. Sentía miedo. A VJ no se le escapaba nada -. Me ha acompañado hasta la trampa y se ha quedado arriba, fumando.

VJ miró a los guardias que leían revistas:

- ¡Juan! Suba y dígale a Jorge que baje.

Librodot

Víctor quiso tragar saliva, pero tenia la garganta reseca.

- Marsha no causará problemas. Te lo aseguro.

- No ha cambiado de opinión. He traído a Mary Millman para que intentara convencerla, pero se aferra a su posición moralista.

Nos va a causar problemas.

Víctor echó una mirada al reloj. ¡Nueve minutos! Debería haberse tomado más tiempo.

- Marsha es realista, pero también es obstinada. Los dos lo sabemos. Pero no intentar nada sabiendo que yo estoy aquí abajo. Y aunque quisiera hacer algo, no sabría qué hacer.

- Está s nervioso - dijo VJ.

- ¡Claro que estoy nervioso! Cualquiera lo estaría en estas circunstancias. - Trató de sonreír y de mostrarse sereno - : Sobre todo estoy excitado por tus descubrimientos. Quisiera ver la lista de factores de crecimiento de los úteros artificiales.

- Me encantaría enseñártela - dijo VJ.

Víctor se dirigió a la puerta del dormitorio y la abrió con decisión.

- ¡Qué bien! - dijo, mirando a VJ -. Me alegro de que no la tengas encerrada con llave. Es un gran paso.

VJ levantó la mirada con aire resignado.

Víctor fue a la salita, donde encontró sentadas a Marsha y Mary.

- Víctor, mira quién está aquí - dijo Marsha.

- Si, ya nos habíamos visto.

VJ apareció en la puerta con expresión sonriente.

- No todos tienen tres padres biológicos legítimos - dijo Víctor, tratando de aliviar la tensión. Echó una ojeada al reloj: seis minutos.

- Mary me ha contado algunas cosas de lo más interesantes sobre el laboratorio nuevo - dijo Marsha, con una sutil ironía que sólo Víctor podía captar.

- Estupendo - dijo Víctor -. Me parece estupendo. Pero tienes que irte, Marsha. Hay algunos pacientes que te necesitan. Jean está desesperada. Me ha llamado tres veces. Yo ya he resuelto mis problemas más urgentes.

- Ahora te toca salir a ti: Marsha miró primero a VJ y después a Víctor.

- Pensaba que te ocuparías de todo - dijo con fastidio -. Valerie Maddox se encargar de cualquier caso urgente. Lo tuyo es más importante.

Víctor estaba desesperado. ¿Por qué no se iba? ¿No confiaba en él? ¿Creía realmente que dejaría todo como estaba? Víctor comprendió con tristeza que en los últimos años no le

Librodot

había dado motivos para esperar otra cosa de él. Pese a todo aún había una solución, pero era cosa de minutos.

- Marsha, quiero que vayas al hospital. ¡Ahora mismo!

Pero Marsha no se movió de su asiento.

- Parece que le gusta mi laboratorio - dijo VJ irónico.

En ese momento lo llamó uno de los guardias, y salió dejando la puerta abierta.

Loco de ansiedad, Víctor se inclinó hacia Marsha, olvidando la presencia de Mary, y susurró:

- Tienes que salir de aquí ahora mismo. Confía en mi. – Marsha lo miró a los ojos y Víctor asintió -. Por favor - gimió -. ¡Vete de aquí ahora mismo!

- ¿Va a pasar algo? - preguntó Marsha.

- Si, ¡vete, por el amor de Dios!

- ¿Qué pasa? - preguntó Mary, mirando nerviosa a uno y otro.

- ¿Y tú? - preguntó Marsha, sin mirar a Mary.

- No te preocupes por mí.

- ¿No vas a hacer una tontería? - preguntó Marsha.

Víctor se tapó la cara con las manos. La tensión era insoportable. Quedaban menos de tres minutos.

VJ apareció en la puerta:

- Jorge no está arriba.

- ¡Va a pasar algo! - exclamó Mary.

- ¿Cómo?

- Lo ha dicho él. Tiene un plan, no sé qué piensa hacer.

Víctor miró el reloj: dos minutos.

VJ llamó a los guardias, luego cogió a Víctor por el brazo y lo zarandeó.

- ¿Qué has hecho?

Víctor perdió el dominio de sí mismo. Agobiado por la tensión y el miedo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Por un instante no pudo hablar. Había fracasado. No había estado a la altura del reto.

- ¿Qué has hecho? - le gritó VJ a la cara, sacudiéndolo con fuerza. Víctor no opuso resistencia.

- Tenemos que salir inmediatamente - dijo entre lágrimas.

- ¿Por qué?

- Porque se va a abrir la compuerta.

Se produjo un silencio tenso mientras la mente de VJ analizaba la sorprendente información.

- ¿Cuándo? - preguntó, sacudiéndolo de nuevo.

Víctor miró el reloj: quedaba menos de un minuto.

- ¡Ahora!

Miró a su padre con el rostro desfigurado por el odio y la furia. Confiaba en ti. Creía que eras un auténtico científico. Ya no me causarás problemas.

Víctor lo derribó de un empujón, cogió la mano de Marsha y la obligó a ponerse en pie. Atravesaron juntos el dormitorio y salieron al laboratorio principal.

VJ se había levantado de un salto y los seguía, llamando a gritos a los guardias para que los detuvieran.

Los dos hombres se levantaron del banco y le agarraron por los brazos, pero Víctor tuvo tiempo de empujar a Marsha hacia la escalera. Ella subió unos escalones y se detuvo para mirar atrás.

- ¡Fuera! - gritó Víctor. Luego miró a los guardias -: El laboratorio se va a desintegrar en cuestión de segundos. Créanme.

Al contemplar su expresión, los guardias se lanzaron a la escalera, dejando atrás a Marsha.

- ¡Esperen! - gritó VJ desde el centro de la sala. Pero la estampida había comenzado. Mary casi tropezó con él en su precipitación por alcanzar las escaleras.

- Confiaba en ti - dijo VJ, mirando furioso a su padre -. Creía que eras un hombre de ciencia. Quería ser como tú. ¡Guardias! - gritó -. ¡Guardias!

Pero todos habían huido con las mujeres.

VJ se dio la vuelta para contemplar el laboratorio principal y la sala de gestación.

En ese momento se oyó el ruido sordo de una explosión y todo el sótano se estremeció. Un rugido atronador se alzó entre las paredes, que empezaron a vibrar. VJ se precipitó hacia la escalera, pero Víctor extendió los brazos y lo agarró con fuerza.

- ¿Qué está s haciendo? - gritó VJ -. ¡Suéltame! ¡Tenemos que salir!

- ¡No! - dijo Víctor alzando la voz sobre el rugido -. ¡Tú y yo nos quedamos!

VJ trató de librarse de los brazos que lo sujetaban, pero Víctor lo agarraba con fuerza. Pensó irónicamente que a pesar de su incalculable poder mental, su hijo tenia el físico y la fuerza de un niño de diez años.

VJ se revolvía e intentaba darle patadas, pero Víctor lo cogió de las rodillas con una mano y lo hizo caer.

- ¡Socorro! - grito VJ -. ¡Guardias!

Su voz fue ahogada por un ruido sordo y creciente que hizo estremecer los objetos de vidrio. Era como el comienzo de un terremoto.

Víctor fue hacia la tosca puerta que cubría la boca del desagüe.

Se detuvo a menos de dos metros de distancia y luego se volvió hacia su hijo, cuyos fríos ojos azules lo miraban desafiantes.

- Perdóname, VJ. - Pero no le pedía perdón por lo que acababa de hacer. No era eso lo que lamentaba, sino un experimento que había hecho diez años atrás, un experimento con el que había creado un ser dotado de enorme inteligencia, pero desprovisto de conciencia -. Adiós, Isaac.

En ese momento, centenares de toneladas de agua incontenible irrumpieron en la sala por la boca del desagüe. La vieja rueda de paletas giró enloquecida y por primera vez en muchos años giraron también los engranajes y accionaron las bielas. Por un instante sonaron las campanas del gran reloj de la torre. Pero en su avance enloquecido, el agua destruyó rápidamente todo lo que halló a su paso. En pocos minutos empezó a socavar los bloques de granito de los cimientos, y algunas de las vigas que sostenían el suelo de la planta baja cayeron al sótano. Diez minutos después de la explosión, la torre del reloj empezó a inclinarse hasta que por fin se derrumbó como a cámara lenta. El edificio y el laboratorio secreto quedaron reducidos a una masa de escombros sepultados bajo el agua.

Librodot

EPILOGO
Un año después

- Queda un paciente y después puede irse - dijo Jean, asomando la cabeza por la puerta.

- ¿Lo ha añadido a última hora? - preguntó Marsha, molesta.

Quería irse a las cuatro. El nuevo paciente la tendría ocupada hasta las cinco. En otra ocasión no le hubiera importado, pero tenia una cita a las seis con Joe Arnold, el profesor de historia de David. Irían a una tienda de animales del centro a buscar el cachorro que ella había comprado inducida por él. “Le ir bien - le había dicho -. No hay mejor terapia que un perrito. Si todo el mundo lo supiera, ustedes los psiquiatras se quedarían en la calle.

Poco después de haber leído las noticias de la tragedia en el diario, la había llamado para expresarle su pésame y para decirle que siempre había lamentado no haberla llamado cuando murió David. Poco a poco se habían hecho amigos. Joe quería sacarla de su voluntaria soledad.

- La mujer insistió - dijo Jean -. Si no, hasta la semana que viene no podría recibirla. Dice que es un caso urgente.

- ¡Un caso urgente! - dijo taciturna. En psiquiatría, afortunadamente había pocos casos urgentes -. Está bien - dijo con un suspiro.

-Es usted encantadora - dijo Jean, y cerró la puerta.

Marsha se sentó de nuevo. Dictó sus apuntes sobre la sesión que había concluido y luego giró la silla para mirar por la ventana.

Se acercaba la primavera. El césped estaba más verde y el azafrán no tardaría en brotar. Los árboles lucían sus primeros brotes.

Marsha tomó aliento. Había pasado mucho tiempo, algo más de un año desde la noche fatal en que había perdido a su esposo y a su segundo hijo en un suceso que los diarios calificaron de accidental. Incluso habían publicado fotos del perno oxidado de una compuerta que había cedido cuando el Merrimack había alcanzado su máximo caudal durante el deshielo de primavera. Marsha no había revelado la verdad. Había permitido que la tragedia aparentemente accidental pusiera fin a la pesadilla. La verdad era mucho más compleja.

No había sido fácil afrontar su dolor. Había vendido la gran casa donde había vivido con Víctor y también sus acciones de “Chimera”. Se había comprado una pequeña casa frente a una cala en Ipswich, cerca de la playa, con hermosos médanos. Había pasado sola muchos fines de semana, sin escuchar otro ruido que el de las olas y los chillidos de las gaviotas. Desde niña siempre había encontrado consuelo en la Naturaleza.

Los cadáveres de Víctor y VJ no habían aparecido. Sólo Dios sabía adónde los habría arrastrado el agua con su tremenda fuerza. Pero la desaparición de los cadáveres había dificultado aún más el proceso de adaptación, aunque no por las razones que suponen los psiquiatras. Jean le había sugerido que hiciera un poco de terapia, pero Marsha se había negado. ¿A quién podría decirle que la desaparición de los cadáveres generaba en ella la horrible sensación de que la pesadilla aún no había concluido? Tampoco se habían encontrado

Librodot

los restos de los cuatro fetos, y en realidad nadie conocía su existencia. Pero durante varios meses Marsha tuvo pesadillas en las que hallaba un dedo o un brazo en la playa por donde paseaba.

Su tabla de salvación había sido el trabajo. Pasados los primeros días de shock y dolor, se había puesto a trabajar con ansiedad, e incluso dedicaba largas horas a distintas organizaciones comunitarias. Valerie Maddox también la había ayudado mucho y con frecuencia pasaba los fines de semana con Marsha en su casa junto a la playa. Tenía una gran deuda con su colega.

Marsha se volvió hacia la mesa. Eran casi las cuatro, la hora de recibir al último paciente antes de ir a la tienda de animales. Tocó el timbre para indicar que podían pasar, y luego fue a la puerta.

Cogió el nuevo expediente que le había dado Jean y vio a una mujer de unos cuarenta y cinco años. Marsha le devolvió la sonrisa y le hizo un gesto para que la siguiera. Dejó entornada la puerta y fue a la silla que ocupaba durante las sesiones, junto a una mesita donde había pañuelos de papel para los pacientes que no podían dominar el llanto. Frente a la mesita había otras dos sillas.

Se volvió para recibir a la mujer. Pero no estaba sola. La seguía una adolescente muy delgada, de tez amarillenta. Su largo pelo rubio estaba desgreñado y muy sucio. En sus brazos llevaba un bebé rubio de unos dieciocho meses, que tenía una revista en la mano.

Marsha se preguntó quién de las dos era la paciente, porque la otra tendría que salir. Por el momento dijo “siéntense, por favor” y esperó a que le explicaran el motivo de la visita. La experiencia indicaba que ese método era mucho más eficaz para obtener información que el de las preguntas y respuestas.

La mujer mayor cogió al niño mientras la joven se sentaba frente a Marsha, y después lo puso sobre su regazo. El bebé parecía absorto en las ilustraciones de la revista. Marsha se preguntó por qué lo habían traído. No era tan difícil conseguir un canguro.

Era evidente que la salud física de la adolescente no era buena.

Parecía débil, y su palidez indicaba un estado de depresión, además de una posible desnutrición.

- Me llamo Josephine Steinburger y ella es mi hija Judith – dijo la mujer -. Gracias por recibirnos. Estamos desesperadas.

Marsha asintió para alentarla a seguir hablando.

La señora Steinburger se inclinó hacia ella como si quisiera decirle algo en confianza, pero no bajó la voz:

- Mi hija no es demasiado despierta, ¿comprende? Tiene muchos problemas. Drogas, escapadas de casa, peleas con el hermano, malas compañías, en fin, todo eso que usted sabe.

Marsha asintió de nuevo y miró a la muchacha para ver cómo reaccionaba ante las críticas, pero Judith tenia la mirada perdida.

- Usted ya sabe cómo son los chicos de hoy en día - prosiguió

Librodot

Josephine -. El sexo y todo eso. Nada que ver con mi propia juventud. No conocí el sexo hasta que fui mayor y nunca pude disfrutarlo, ya me entiende.

Marsha asintió de nuevo. Esperaba que la hija hablara, pero siguió en silencio. Marsha se preguntó si no estaría drogada.

- Bueno, pero Judith dice que tampoco conoce el sexo, y resulta que hace cosa de un año y medio me sorprendió con esta pequeña alegría del hogar - dijo con sorna.

Marsha no pareció impresionada. La negativa era el mecanismo de defensa más frecuente. Muchos adolescentes negaban que tenían contactos sexuales, incluso cuando las pruebas eran concluyentes.

- Judith dice que el padre es un jovencito que le ofreció dinero para meterle el tubito - dijo Josephine, guiñando el ojo -. Sé que lo llaman de muchas maneras, pero nunca había escuchado la palabra tubito. De todos modos...

Marsha no tenia la costumbre de interrumpir a los pacientes, pero en este caso la joven no había tenido oportunidad de hablar.

- Tal vez sería mejor que la paciente me explicara todo con sus propias palabras.

- ¿Sus palabras? - preguntó Josephine, perpleja.

- Sí, sus palabras - insistió Marsha -. Es el paciente quien debe explicar su problema. Al menos, debe tener la oportunidad de participar.

Josephine soltó una carcajada, pero luego se dominó:

- Perdone, pero es que me ha hecho gracia. Judith está muy bien. Incluso se ha vuelto un poco más responsable, ahora que tiene un hijo. El que tiene problemas es el chico. El es el paciente.

- Ah, claro - dijo Marsha, perpleja. Había tratado algunos niños, pero no tan pequeños.

- Este crío es un monstruito - prosiguió Josephine -. No podemos controlarlo.

Eso no significaba nada. Muchos padres decían que sus bebés eran unos monstruitos. Había que conocer los síntomas concretos.

- ¿Qué clase de problemas les causa? - preguntó.

- Ah de todo tipo. Todos los que usted pueda imaginarse. Nos vuelve locas. - Se volvió hacia el niño -: ¡Mira a la señora, Jason!

Pero Jason estaba concentrado en la lectura.

- ¡Jason! - exclamó la mujer. Le quitó la revista con violencia y la arrojó sobre la mesa. Marsha observó que era una revista especializada en biología celular.

- Ya lee mejor que su madre. Nos ha pedido un juego de química.

Marsha sintió la primera punzada de miedo en la garganta, y alzó los ojos lentamente.

Librodot

- Tengo miedo de comprarle eso. Apenas tiene un año y medio. No es normal. A ver si incendia la casa.

Marsha miró al bebé sentado sobre el regazo de Judith. El niño le devolvió la mirada con sus penetrantes ojos azules. Tenia una mirada inteligente que no se correspondía con sus dieciocho meses de edad. Marsha retrocedió en el tiempo. El niño era la viva imagen de VJ.

Inmediatamente supo quién era: el producto del quinto cigoto, el que según VJ se había perdido cuando empezó sus trabajos sobre implantación. Su sexto hijo.

Estaba paralizada, y no pudo reprimir un grito al comprender la espantosa verdad: la pesadilla no había terminado.

Josephine se puso en pie y se inclinó sobre ella, asustada.

- Doctora Frank, ¿se siente mal?

- No..., sí, estoy bien - dijo Marsha -. Perdóneme. Estoy bien, de verdad. - No podía apartar la mirada del niño.

- Entonces, como le decía - prosiguió Josephine - , este crío nos vuelve locas. El otro día...

- Señora Steinburger - interrumpió Marsha, tratando de reprimir el tembor de la voz - , quiero concertar una entrevista con Jason. Tendré que hablar con él a solas. Pero hoy no puedo.

- Bueno, como quiera - suspiró Josephine -. Usted es la que entiende. Supongo que no va de unos días. Espero que pueda ayudarnos.

En cuanto hubieron salido, Marsha cerró la puerta y se apoyó de espaldas contra ella.

- Yo también lo espero - dijo en voz alta.

Tenía que hacer algo para detener al niño, un prodigio cuya maldad tal vez superaría la de VJ. Pero, ¿qué podía hacer?

Cogió el teléfono para avisar a Joe Arnold que llegaría tarde. Al oír su voz se serenó.

- Me alegro de que no intente dejarme plantado, porque no lo voy a permitir - dijo con su voz risueña y cordial -. He pensado que hoy podríamos comer en casa. A un cachorro no se le puede dejar solo la primera noche en su nuevo hogar. Espero que pueda hacer frente a mi salsa picante. Ya la estoy preparando.

En realidad era mucho más grave lo que tenía que afrontar.

Para empezar, la verdad misma. Y de todas sus amistades - Valerie, Joe, Jean - , él parecía le persona en quien más podía confiar.

- Me gusta la salsa picante - dijo -. Y también, me parece mejor comer en casa.

Estuvo a punto de hablarle de Jason, pero decidió que esperaría. No quería decir nada por teléfono.

Librodot

- De acuerdo. Ya empezaba a temer que tendría que pedir hora en su consultorio para hablar a solas. ¿Nos vemos en la tienda de animales a las siete? Creo que está abierta hasta las ocho

- Sí, a las siete está bien. Gracias, Joe.

Colgó el teléfono y fue a buscar el abrigo.

Subió al coche y se dirigió hacia la tienda. Se sentía mejor al pensar que diría la verdad sobre la muerte de Víctor y VJ. Se había contenido tanto tiempo, que sería un gran alivio poder desahogarse por fin. Era una suerte tener un amigo como Joe. La había ayudado muchísimo.

Aparcó el coche cerca de la tienda de animales y apagó el motor. Se cogió al volante y estalló en llanto. Tenía que hacer frente al último demonio y, con ayuda de Joe, poner fin a la pesadilla iniciada por su esposo.

Librodot